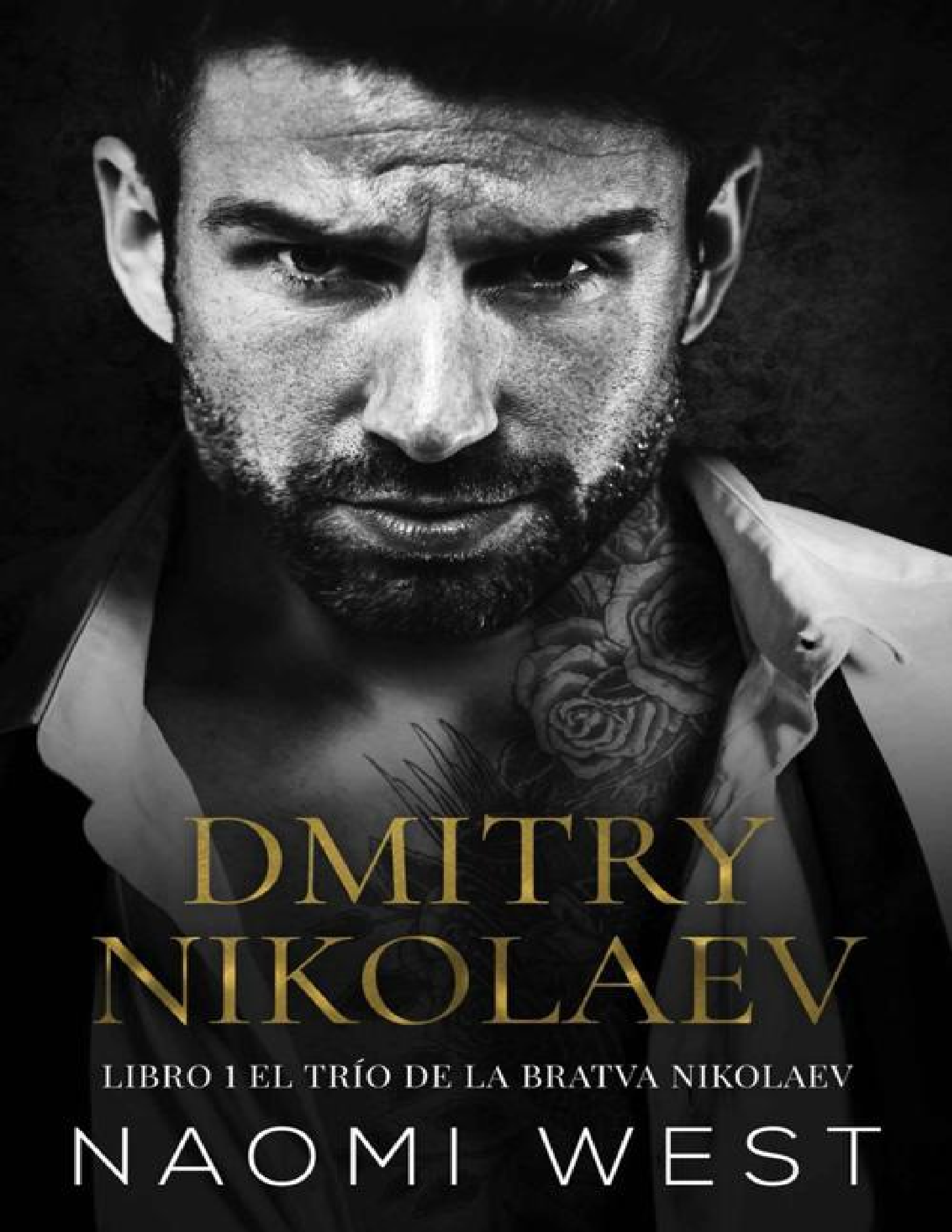


DMITRY NIKOLAEV

LIBRO 1 EL TRÍO DE LA BRATVA NIKOLAEV

NAOMI WEST

DMITRY NIKOLAEV

LA BRATVA NIKOLAEV

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Dmitry Nikolaev

Prólogo: Shannon
1. Dmitry
2. Shannon
3. Dmitry
4. Shannon
5. Dmitry
6. Shannon
7. Shannon
8. Dmitry
9. Shannon
10. Shannon
11. Shannon
12. Dmitry
13. Shannon
14. Dmitry
15. Dmitry
16. Shannon
17. Shannon
18. Dmitry
19. Shannon
20. Shannon
21. Dmitry
22. Shannon
23. Dmitry
24. Dmitry
25. Shannon
26. Shannon
27. Dmitry
28. Shannon
29. Shannon
30. Dmitry
31. Shannon
32. Shannon
33. Dmitry
34. Epílogo: Dmitry

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

DMITRY NIKOLAEV

Me tienen encerrada en una jaula, vestida de novia.

¿Cómo fue que terminé aquí?

Hace tres días era una chica normal, que vivía una vida normal.

Mis padres adoptivos vinieron a cenar a mi apartamento, como todas las semanas.

Sin embargo, esta vez soltaron una bomba.

Me dijeron que no soy quien ellos me habían dicho que era.

Y que todas esas clases de baile y de etiqueta no fueron solo para presumir.

Fueron una preparación.

Tenían que entrenarme para lo que estaba a punto de enfrentar.

Convertirme en la esposa de un don a la fuerza.

Luego, después de dejarme boquiabierta, abrieron la puerta y dejaron entrar a esta pesadilla.

Mi flamante nuevo marido no me quiere. Lo deja claro tan pronto como nos conocemos.

Me tiene atrapada en su mundo con un único propósito:

Ser su esposa y engendrar a sus hijos.

Tratar de escapar no servirá de nada.

Llorar tampoco.

¿Qué será lo único que me ayudará?

Someterme.

DMITRY NIKOLAEV es el primer libro de la trilogía de La Bratva Nikolaev. La historia de

los hermanos Nikolaev continúa en el Libro 2: GAVRIIL NIKOLAEV.

PRÓLOGO: SHANNON

La habitación está oscura y fría.

Estoy sola aquí dentro hasta que se abre la puerta. Es una estancia blanca. Entra una luz cegadora.

Entonces, una silueta se pone frente a la luz.

Puedo sentir su aroma antes de verlo. Huele a sudor, colonia, sangre, dinero y miedo. Huele a poder y autoridad. Huele a mármol y a pólvora, y a algo más intenso, turbio y evasivo que todo lo demás.

Se llama Dmitry Nikolaev.

Dmitry cierra la puerta después de entrar y pasa el seguro. Nunca nada había producido un sonido tan siniestro. Sus ojos tormentosos están marcados por el hambre.

—Vete al demonio —le digo por instinto antes de que empiece a hablar—. Soy una idiota por haber pensado que no eras un monstruo después de todo. Prefiero morir a…

No me deja terminar, porque, justo en ese momento, da un paso adelante y me aprieta el cuello con aquella mano masculina. Trato de liberarme, pero lo del cuello no dura mucho. Da un paso más. Sus potentes brazos me envuelven y me arroja a la cama. Luchar es inútil. Me tiende boca abajo sobre su regazo, como si fuera una niña traviesa. Insisto en forcejear, pero no sirve de nada. Es demasiado grande y demasiado fuerte.

—Deja de resistirte, querida —murmura con esa voz profunda y seductora que reserva exclusivamente para momentos como este. Nuestros encuentros en los que él manda y yo estoy indefensa.

—Vete al demonio —lo insulto—. Nunca.

Suspira.

—Como prefieras.

Agarra el dobladillo del estúpido vestido blanco de encaje que me obligó a ponerme y me lo alza. Expone mi trasero y mis muslos desnudos al aire frío. Se me pone la piel de gallina al instante.

—¿Qué estás…? —empiezo a decir.

Sin embargo, las palabras se quedan cortas cuando su mano se eleva por los aires y se estampa en mi trasero, dándome una nalgada fuerte y contundente. Suelto un alarido. Este desgraciado me está nalgueando. Vuelvo a gritar en cuanto el dolor me golpea como un látigo. Luego, ese grito se convierte en un…

¿Gemido ahogado? ¿Qué rayos es eso?

Es un gemido, no puedo negarlo. Porque, tras el dolor que me produjeron los azotes de Dmitry, algo más se apodera de mí. Son muchas cosas, en realidad.

Primero, conmoción. Luego, rabia. Después, viene la primera oleada de un espasmo que me recorre de pies a cabeza, y un tartamudeo… *No, ese temblor otra vez no.*…

—Dmitry…

¡Una nalgada!

—Tú lo pediste —me recuerda cuando gimoteo de nuevo—. Tú me obligaste a hacerlo.

Sacudo la cabeza frenéticamente, intentando encontrar las palabras, pero mi garganta y mi boca no funcionan bien. Apenas logro decir algo, tartamudeando y balbuceando.

—Lo digo en serio, yo…

¡Una nalgada!

Ambos sabemos que estoy mintiendo. Me tiene temblando no solo por la indignación de ser tratada así, como un juguete, una muñeca de trapo, sino también porque…

—¿Ya terminaste? —gruñe.

—Muérete —lo vuelvo a insultar por tercera vez en pocos minutos.

Es todo lo que puedo pensar y todo lo que puedo decir. *Muérete, Dmitry Nikolaev. Deberías morirte por hacerme esto, por hacerme desearlo. Por hacerme desearte a TI.*

—Supongo que no —se encoge de hombros.

¡Otra nalgada!

Que se vaya al diablo. No voy a…

¡Una tercera nalgada!

Cada vez me tiene más mojada y no puedo evitarlo, no logro contenerme…

¡Una nalgada más!

Otro gemido se escapa de mi boca. Lo que empezó como un leve temblor ahora me recorre como una corriente subterránea. Cada nueva nalgada es más fuerte, más rápida y más potente. Tengo el trasero enrojecido, en carne viva y me arde, pero la sensación húmeda entre mis muslos es imposible de negar.

Mi mente lo odia, pero mi cuerpo lo desea.

—Así me gusta más —hace una pausa para pasarme la mano por el pelo con delicadeza y ternura —. ¿Ya vas a portarte como una niña buena?

No contesto.

Me propina otra nalgada y ya no puedo reprimirlo. Ya no puedo parar de gemir lo que sé que quiere oír: —Por favor…

—Por favor, ¿qué?

Puedo sentir la sonrisa burlona en su voz.

—Por favor… penétrame.

Al segundo siguiente, me arranca el vestido de novia para empezar a hacérmelo.

Ay, claro que no.

Ah, pero claro que sí.

Estoy mojada, empapada. Tan mojada que da pena y vergüenza. Y poder sentirlo dentro de mí… Es indescriptible.

Me penetra hasta que las palabras dejan de tener sentido. No puedo entender más que mi propio placer, que aumenta cada vez que nuestros cuerpos chocan.

Sus dedos se enredan en mi pelo y tira mi cabeza hacia atrás.

—Gime para mí —gruñe Dmitry—. Más fuerte. ¿Quién es tu dueño?

No puedo hacer más que gemir mientras me penetra más duro que nunca.

Eso no le basta, quiere una respuesta. Una concreta.

—¿Quién es tu dueño? —ruge, y su voz resuena en la habitación oscura.

Nadie va a venir a detenerlo. Nadie vendrá a salvarme.

Así, mientras el orgasmo estalla por todo mi ser, le entrego lo último que le quedaba por tomar de mí.

—Tú eres mi dueño, Dmitry. Soy tuya. Toda tuya. Te pertenezco.

DMITRY

DOS MESES ANTES, NUEVA YORK

—Bueno —dice mi hermano Gavriil, apoyado en la barandilla dorada de la escalera—. Llegamos a tiempo.

—No gracias a ti —comento con ironía—. ¿Cuántos sacos te probaste antes de decidirte por ese que llevas puesto? —Gavriil se ajusta las solapas de color borgoña y suelta un resoplido—. Quiero que sepas que es un evento muy importante, en el que debemos dar lo mejor de nosotros mismos para poder codearnos con estos filántropos, que son los máximos estandartes de la sociedad.

—Déjate de estupideces —gruñe Bastien, mi otro hermano. Su cara de niño bonito se ve tan sombría hoy como el resto de los días—. Te tomaste todo ese tiempo arreglándote porque querías que te dejáramos. Mala suerte, *bratan*. Si tenemos que ir, tú también vienes.

Las afiladas facciones de Gavriil pasan de la indignación a la aceptación de la culpa. Suspira.

—Soy culpable de los cargos. No soporto esta basura. Todos estos pedantes de mierda actúan como si les pagaran por ser arrogantes.

—¿Y qué?

—Que aquí están, actuando como si no defecaran.

—Repito —digo—, ¿y qué con eso?

Gavriil vuelve a suspirar.

—Es la pretensión lo que me molesta. Casi todo el mundo usa estas cosas como excusa para lucir el ridículo y caro traje de diseñador que encargaron para la ocasión y que han deducido de los impuestos como gasto de negocios.

—Es lo normal —me encojo de hombros.

Quién sabe por qué Gavriil se queja de esto ahora. Llevamos suficiente tiempo en este negocio como para saber para qué sirve realmente cada «gala benéfica». Sirve como espectáculo para los ricos y los infames. Como dije, lo normal.

—Se trata de aparecer en eventos sociales —añade Gavriil—. Tú lo sabes tan bien como cualquiera de nosotros. ¿Para qué comprarse un Lamborghini o un bolso de Prada si no pueden presumirlo ante los demás parásitos ricachones que tiene esta ciudad?

Ahora soy yo quien frunce el ceño. El mal humor de Gavriil es contagioso, y no se equivoca. Nada mejor para decirle al mundo «soy repulsivamente rico e inútil» que asistir a una gala de recaudación de fondos en la que se pagan cinco mil dólares por entrada.

Mis dos hermanos y yo miramos hacia fuera y observamos a la multitud reunida debajo de nosotros. Es un tumulto de telas caras, joyas relucientes y las risas más falsas que jamás hayamos oído.

—Parece que vino mucha gente —comenta Bastien. Un claro intento de cambiar de tema.

Tampoco le gustan estas cosas, pero hace tiempo aceptó que forman parte de nuestro oficio.

Tenemos que frecuentar estos círculos. Recordarle a la gente que seguimos aquí.

Que seguimos al mando.

—Tienes razón —los labios de Gavriil forman una sonrisa sardónica—. Parece que la señora Peel ya está a la caza de un buen marido para sustituir al que se le murió. Es comprensible: cinco días de luto es mucho tiempo. ¿Sabes qué? Hasta puedo ver por debajo de su vestido desde aquí arriba. Podrían llevarse bien, ¿no, Dmitry? —me dice, dándome un codazo y alzando las cejas.

Mi hermano puede ser un imbécil a veces. Además, nunca se calla la maldita boca.

—Vamos —digo en lugar de contestarle.

Empiezo a bajar la escalera. Después de todo, no vinimos a obstaculizar la entrada y chismear. Vinimos para demostrarle a la gente quienes mandan en esta ciudad.



EN CUANTO NOS mezclamos con la multitud, empiezan los apretones de manos y las exclamaciones de júbilo.

—¡Dmitry, querido, viniste! —exclama Ronny Paulbrook con su acento británico. Se debe estar ahogando con ese corbatín azul tan ajustado, porque los pliegues de grasa del cuello se le desparraman por encima de la camisa—. Pensé que, después de ese desagradable inconveniente con las autoridades…

Le dedico mi mejor sonrisa de desprecio. Los dos sabemos muy bien quién es el responsable de ese «desagradable inconveniente», y pagará por ello cuando llegue el momento.

—Todo fue un inocente malentendido —le digo tranquilo—. Igual que la reciente investigación de tus cuentas en paraísos fiscales, por supuesto.

Ronny tose y se pone morado. Nada se siente tan bien como poner en su sitio a un pedazo de imbécil engreído. Baja la voz y sisea.

—¿Lo sabías?

Otra sonrisa agradable. Le doy una palmada en el brazo.

—Recuerda quién soy, Ronny. Hará que las cosas sean más fáciles.

Le sostengo la mirada el tiempo suficiente para que el mensaje subyacente cale hondo: *Que se te olvide bajo tu propio riesgo*. Ronny es notoriamente estúpido, pero incluso él debería poder entender que no puedes molestar a un león Nikolaev.

Justo cuando desaparece entre la multitud, sudando como un cerdo a pesar del gélido aire acondicionado del salón de baile, escucho otra voz aguda.

—¡Los hermanos Nikolaev! —exclama Simone de Ypris. Casi se le salen los ojos cuando llega hasta nosotros—. ¡Qué alegría! Es raro verlos a los tres al mismo tiempo.

Gavriil sonríe con frialdad. Le gustan las trastornadas, y Simone de Ypris, con su extraño vestido forrado de lazos verdes y amarillos y los ojos, que siempre están demasiado abiertos, encaja a la perfección con esa descripción.

—Teníamos que sacar a Bastien a tomar aire —Gavriil le guiña un ojo.

Bastien pone los ojos en blanco. Su mirada ansiosa se dirige ya a la barra del bar, en el extremo opuesto de la habitación. No lo culpo, a mí también me vendría bien una copa. Esta gente me da asco.

Como sea, tenemos que estar en la movida. Es el poder sutil, la capacidad de gobernar esta ciudad con un gesto o una palabra, y es tan importante como el poder que ejercemos a través de las armas y la fuerza. Necesitamos ejercer ambos.

—Es un placer verte. ¿Es cierto que vas a encargar una instalación de arte para el Central Park? —le pregunto a Simone después de liberar un suspiro.

Simone ríe encantada.

—Siempre estás al tanto de todo, Dmitry. Sí, pero es un secreto, así que no arruines la sorpresa.

Asiento.

—No podría.

En realidad, ambos sabemos que, a Simone, siendo tan rica que no sabe cómo gastar su dinero, le encantaría que difundiera esa información tanto como fuera humanamente posible. Esta mujer haría lo que fuera por buena publicidad, para usarla como un perfume que disimule el hedor putrefacto que emana de donde debería estar su corazón.

—¡Dmitry! —grita un hombre al acercarse—. Dmitry, Dmitry, Dmitry. El inigualable Dmitry Nikolaev. Justo el hombre que quería ver.

Es Bernard. El Fanfarrón, como a Gavriil le gusta llamarlo a sus espaldas. El capitán de la policía de Nueva York. Un hombre de barba gris con barriga de Santa Claus, y más adicto a la cocaína que Keith Richards. Es un sinvergüenza hasta para ser policía de esta ciudad. Eso es mucho decir, teniendo en cuenta cuántos de sus compañeros aceptan de buen agrado sobornos debajo la mesa por parte de gente como nosotros.

Detesto hablar con él, pero sonrío como si fuera el hombre al que vine a ver. Después de todo, ninguno de nosotros está aquí por amistad genuina. Estamos aquí por la misma razón que todos los demás: dinero y poder. Las únicas dos cosas que siempre han importado.

~

La siguiente media hora transcurre entre apretones de manos, risas desenfadadas, cumplidos y, cuando es necesario, algún que otro comentario o mirada mordaz para aquellos que, como Ronny Paulbrook, se pasan de la raya.

Por fin, unos minutos después de que Bastien se escape al bar, Gavriil y yo conseguimos apartarnos de una vieja heredera malhumorada, para dirigirnos al bar también.

—Me duele la cabeza —anuncia Gavriil.

—Siempre tendrás a Simone, si quieres que te alivie —le recuerdo.

Sonríe como un lobo.

—Ese es el tipo de dolor de cabeza que no me molestaría tener —una carcajada demasiado fuerte resuena desde el otro extremo de la habitación, sin duda de Simone, y él hace una mueca de dolor—. Al menos, por una noche.

—Solo asegúrate de tratarla… con delicadeza. Esa mujer está a una decepción amorosa de cometer un asesinato.

Gavriil se limita a sonreír.

—¿Cuándo me ha detenido eso antes?

—Como quieras, solo asegúrate de terminar antes de que sea hora del compromiso de esta noche.

—La gran reunión —se queja Gavriil—. ¿Cómo es que se me sigue olvidando?

—Debe ser porque no fuiste tú quien pasó el último mes planeándola. Y también porque toda la sangre que debería estar en tu cabeza está desplazándose a tu pene, más bien.

¿Yo, por mi parte? Solo puedo pensar en la reunión. Solo mencionarla me produce una anticipación frenética. *Pronto. Será pronto.*

—Sí, sí, vete mucho al diablo tú también —dice Gavriil, que se marcha despidiéndose con la mano—. Deséame suerte.

—No. Te desearé que pienses mejor las cosas —replico.

Se escabulle entre la multitud. Me dirijo al camarero para pedirle una bebida que me apetece, para quitarme el mal sabor de boca que me deja socializar con estos animales.

Antes de que pueda sacarme el pedido de la boca, siento una mano en el antebrazo.

—Ahí estás —dice Vivian, exasperada—. Te busqué por todas partes. ¿No viste mis mensajes?

Me tomo un momento para disfrutar viéndola: tiene el pelo color caramelo, ojos celestes grandes y una boca voluptuosa, que sé por experiencia lo que sabe hacer.

—Media hora tarde —le digo—. Te dije que esta era la hora a la que podía venir. Tenía trabajo por hacer.

Vivian frunce el ceño.

—Pensé que estabas bromeando. Esto es una recaudación de fondos.

—Gracias por decírmelo, no me había dado cuenta.

Hace un puchero.

—Dmitry…

—Vivian.

—Mira, sé que tienes a toda esa gente por saludar y demás, pero… podrías haberlo hecho conmigo.

Aprieto los dientes. Se muere por que la llame mi novia, cuando la verdad es que no es más que sexo fácil. Ya debería cortar las cosas con ella y dejar que busque su final feliz con alguien más adecuado para eso. Últimamente estuve ocupado con la reunión y con otros asuntos de la bratva, así que no tuve tiempo de dejarla libre en la jungla de Manhattan como se debe. No es que no me guste tener sexo con ella. ¿A qué hombre no le gustaría? Tiene un cuerpo que es como un patio de recreo construido para el pecado, y "límites" no es una palabra que ella conozca.

Pero, ahora mismo, lo único que me provoca es querer beber más rápido.

—¿Qué veneno estás tomando esta noche? —pregunto mientras volvemos al bar.

—¿Me escuchaste siquiera?

—¿Entonces, sexo en la playa? Enseguida.

Llamo la atención del camarero y le pido uno a ella, y a mí un whisky con hielo.

Una vez que me bebo casi todo mi trago, la presión que siento en las sienes empieza a desaparecer. Gavriil no es el único al que le duele la cabeza por todo este alboroto.

—Esto está riquísimo —dice Vivian, sonriéndome por encima del borde de su vaso con sus labios rosados y brillantes—. Tú también te ves riquísimo hoy. Me alegro de que me hayas invitado. Hacía como cuatro semanas que no te veía.

Normalmente, que llevaras un mes ocupado bastaría para que la mayoría de las mujeres sospecharan que no estás interesado, pero Vivian no es como las demás. Está tan buena que da por sentado que los hombres la adoran.

Todavía le cuesta entender que solo ocupa un lejano segundo lugar en mi lista de prioridades.

Como siempre, la Bratva es lo primero.

Por encima del hombro de Vivian, veo a Reginald y Delilah Byron, dos personas clave a las que no saludé en mi recorrido. Me bebo el resto del whisky y me dispongo a seguir haciéndome el sociable un poco más.

Sin embargo, justo en ese momento, la mano de Vivian encuentra la mía y la aprieta.

—Está bastante fuerte, y ya sabes lo que pasa cuando estoy ebria…

Suelta una risita. Suspiro y cedo. Que así sea. Los Byron pueden esperar unos minutos más. Le quito a Vivian la copa de la mano y la vuelvo a dejar sobre la barra. Sin mediar palabra, cojo su muñeca y la arrastro por una pequeña puerta auxiliar. Entramos en un pasillo oscuro, donde los camareros van de un lado a otro con entremeses servidos en relucientes bandejas de plata.

Ninguno de ellos se atreve a alzar la vista mientras avanzo por el pasillo con Vivian tropezando a cada paso. Saben que no deben parecer sorprendidos.

—Dmitry, ¿qué estás…?

—Cállate.

Encuentro lo que busco: un baño. Abro la puerta y meto a Vivian dentro. La sigo y cierro bien la puerta.

Vivian suelta una risita y se aparta el flequillo desarreglado de la cara, tan lujuriosa como horrorizada.

—Eres travieso. ¿De verdad quieres…?

No me molesto en hablar. Eso no es lo que me interesa de esta aventurita. En lugar de decirle algo, doy un paso adelante, acorto la distancia que nos separa, y acerco mi cuerpo al de Vivian, poniéndola contra la pared. Sus pechos me empujan mientras toco el muslo bronceado que deja ver la gran hendidura del vestido.

Ronronea como una gata en celo y busca besarme, pero yo no quiero eso. Quiero algo rápido, sin más ni menos. Por eso la pongo de rodillas de un empujón. Jadea cuando me saco el pene del pantalón en un solo movimiento. Pero sabe lo que le toca hacer, y sabe que no puede quejarse si es que le molesta mi falta de afecto.

Sus labios carnosos se posan en mi pene y sus manos me acarician las bolas. A continuación, extiendo la mano para liberar su seno del vestido y le pellizco un pezón que se endurece.

—Ummm… —musita mientras chupa mi miembro viril.

Sube y baja, sube y baja esa boquita haciendo su trabajo. Me echo hacia atrás y cierro los ojos. No fue tan mala idea. Quizá esto me quite el dolor de cabeza.

Vivian se entrega a su tarea. El diminuto e impoluto baño se llena con sonidos guturales y de arcadas que la afectan por chupar mi grueso pene. Tengo que admitir que esta mujer sí que sabe dar una buena mamada. Empujo un poco las caderas y me acerco cada vez más al éxtasis, hasta que…

Con un gemido gutural, me vengo en su boca, y ella se lo traga todo con avidez.

Después de eso, se limpia la boca y me sonríe con picardía.

—¿Quieres quedarte aquí el resto de la noche?

—Tengo que hablar con varias personas. También van a venir mis padres.

Adopta una expresión triste.

—Ah, bueno.

—Pero gracias.

Creo que no es algo que acostumbre decir, pero la chica hizo un buen trabajo. Puedo darle un poco de cariño cuando se lo gana. Que no se diga nunca que los Nikolaev son hombres desagradecidos.



SALGO del baño justo cuando mi padre pasa por allí. Está bien peinado y viste un traje azul marino.

—¡Ahí estás! —grita—. Te he estado buscando por todas partes. Por ahí vi a tus hermanos, pero, ¿dónde estabas metido tú?

—En el baño.

—¿Ah, sí? —pregunta mi padre, con esa cara bronceada tornándose suspicaz.

Sigo su mirada para ver a Vivian saliendo por la puerta lateral, desobedeciendo mis órdenes. Me mira seductoramente por el rabillo del ojo mientras camina hacia la barra.

Maldita sea. Quizá no debí haber sido tan amable con ella, después de todo.

—Este hábito tuyo de follar con toda mujer que esté bonita mientras tenga pulso se acabará pronto, hijo mío —comenta mi padre con dureza.

Antes de que pueda responder, me agarra por el codo y me hace voltear para poder ver a mi madre en medio de un círculo de mujeres extasiadas.

—¿Ves eso? —me dice—. Eso es lo que necesitas, Dmitry. Una mujer como tu madre. Que sepa montar un buen show, que sea como una artista. Una reina por derecho propio. No una… —mueve la mano en dirección a Vivian y arruga la nariz antes de terminar—. Una distracción barata.

No hay muchas cosas que me disgusten de mi padre, pero su insistencia en que me case encabeza la lista. Últimamente se ha puesto peor. Cualquier maldita cosa que ve parece recordarle que no estoy casado ni tengo planes de sentar cabeza en el futuro cercano.

—Tu sermón es tan esclarecedor ahora como lo fue la primera vez que me lo diste, padre —gruño con sarcasmo—. Quizá deberías dárselo a Bastien o a Gavriil hoy. No veo que hayan conseguido una 'reina' todavía.

—Ambos son más jóvenes que tú, y ninguno es el heredero de la bratva —dice con desdén papá —. Sabes que tu madre también me apoya en esto. No puedes estar sin una mujer.

—Así me has dicho hace un buen tiempo.

Puede parlotear todo lo que quiera. No tengo planes de comprometerme pronto. He visto lo que un mal matrimonio puede lograr. No vale la pena el riesgo. Todas las mujeres con las que me relacioné en los últimos años han sido puras "Vivian", pero con otros nombres: mujeres atractivas, divertidas y, al cabo de unas semanas o meses, por completo carentes de interés.

Cuando me aburro de ellas, las cambio por un modelo más nuevo, y así sucesivamente.

Pero ¿una reina, como él dice? ¿Una mujer para toda la vida? ¿Una compañera a mi mismo nivel? ¿Una influencia que me equilibre?

Hay que ser realista.

SHANNON

Suspiro de alivio viendo mi lápiz deslizarse por la página. Esto de crear arte, expresarme visualmente, es lo que más me gusta. Lo hago solo para mí y me hace sentir viva.

—¡Holaaaaa, volví! —me llama Vicki. Se ve radiante cuando entra en la habitación, con sus rizos rojos rebotando—. ¡Y tengo otra historia para contarte!

—Un segundo.

Mientras me apresuro a guardar mi dibujo antes de que lo vea, voltea sus ojos verdes.

—Soy tu amiga, Shann. He visto tus dibujos cientos de veces, ¿no recuerdas?

—Lo sé, es que…

—Eres muy sobreprotectora con tu novela gráfica, te entiendo. Pero no soy tu mamá, ¿sabes?

—Eso fue una vez… —murmuro, aunque no podría convencer a nadie.

Soy muy consciente de que quizás sea tonto que todavía esté sensible al respecto, siendo algo que ocurrió hace años. Cómo se reían cuando me descubrían pasando todas las vacaciones de verano «haciendo garabatos», como ellos lo llamaban.

Todavía me duele recordar esas palabras. No son garabatos. Al menos, no para mí.

—Sinceramente —continúa Vicki—, cualquier cosa que te guste hacer me parece bien. Aunque le dediques una parte de tu tiempo que resulta preocupante.

—Hacer arte de calidad lleva su tiempo —digo—. Además, ni me doy cuenta en el momento. En fin, ¿cuál es tu historia?

—¡Bueno! —Vicki se deja caer sobre mi cama—. En primer lugar, mi cita du jour, Johnathan, resulta que cultiva marihuana en un armario de su apartamento. Sé lo que estás pensando: que me gané la lotería de las citas, ¿verdad? Pero espera, la cosa se pone mejor. Me dijo que quiere que pruebe todas las variedades de hierba que cultiva. Luego trató de fumarse algo que, según él, lo convierte en un dios del sexo; se quitó la camiseta y se puso a bailar al ritmo de Insane Clown Posse con unos espasmos raros. Pensé que estaba convulsionando.

Hago una mueca de desagrado.

—¿Era la primera cita?

—No —suspira Vicki—. La segunda. La primera fue en un café que está literal al lado de su apartamento, donde trató por primera vez de convencerme de que fuera a ver su hierba.

—Auch.

—No sé por qué le di una segunda oportunidad, la verdad —Vicki sacude la cabeza—. La hierba no tiene nada de malo, pero si representa toda tu personalidad…

Le doy una palmada en el muslo.

—Ya encontrarás al chico adecuado.

—No sé, Shann. A veces, creo que tienes razón en no usar ninguna de esas aplicaciones de citas.

—Las borré sobre todo porque mis padres se pusieron como locos pensando que me iba a secuestrar y/o matar algún desconocido —aclaro—, pero sí, se volvió abrumador muy rápido, y realmente no congenié con nadie, así que…

—Te entiendo —bosteza Vicki—. Estoy segura de que tengo como un millón de mensajes sin contestar en este momento. Ay, es que hacer swipe es muy divertido. Me siento como en un buffet de hombres sexys —me mira de reojo—. Quizás me iría mejor si tuviera padres sobreprotectores como tú, o al menos si me dieran clases de etiqueta como a ti. Con eso encontraría un hombre sin problemas.

Me estremezco.

—Te aseguro que algunas de esas clases eran una auténtica tortura. Cada vez que nos equivocábamos con el tenedor para postres, la Sra. Mermelada lo usaba para golpearnos los nudillos.

—¡Es como en Clue, el juego de mesa! *Fue la señora Mermelada, en el salón de baile, con el tenedor para postres* —ríe Vicki. Se apoya en un codo y me mira preocupada—. Pero, espera, ¿eso no es como abuso infantil?

—No lo sé. Probablemente, habría sido demasiado grosero preguntar —me río—. Y no me hagas hablar de las clases de baile de salón. No entiendo por qué alguien necesita aprender a bailar foxtrot en pleno siglo XXI.

—¿Por qué tus padres insistieron en que aprendieras todo eso? —pregunta Vicki—. Para después terminar desaprobando a básicamente a todos los hombres con los que has salido. Te convirtieron en la esposa perfecta para luego mandar a freír monos a todos los hombres del planeta.

—Mamá dice que es por todo eso de que soy adoptada —me encojo de hombros—. Sienten que tienen que protegerme más.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —declara Vicki—. Pero bueno, está bien.

—Sabes que siempre han sido raros —continúo, dibujando medio distraída—. Por ejemplo, conservaron mi apellido de nacimiento.

—Bueno, McNulty suena bien dramático —dice Vicki—. Cuando lo oigo, imagino un castillo en Irlanda, contigo en lo alto, usando un vestido medieval sexy, suspirando dramáticamente mientras contemplas los acantilados…

Pongo los ojos en blanco. Vicki puede ser un poco exagerada, pero es una de las muchas razones por las que la quiero.

—Supongo, pero, ¿por qué meterme en ese montón de clases de etiqueta, y luego dejarme un apellido que…?

—¿Que compartes con unos criminales irlandeses? —Vicki se ríe con picardía—. Quizá estén emparentados. A lo mejor heredarás un prostíbulo en Newark en vez de un castillo en Dublín.

Resoplo y le lanzo una goma de borrar.

—Cállate. Ya hablamos de esto. Conoces la historia. Mis padres biológicos son unos pobres cultivadores de patatas en Irlanda o algo así. ¿Recuerdas esas cartas deprimentes que recibo cada tantos años?

—Cierto. Cierto, muy cierto. Bueno, tal vez me quede tranquila con mis padres si es así.

—Además, esos no son mis padres —sacudo la cabeza—. No en los aspectos importantes, al menos. Mi familia está aquí.

—Qué bonito y qué cierto —Vicki me da un abrazo corto—. Y tú eres básicamente mi hermana.

—Somos hermanas —acepto—. Para toda la vida.

Es un momento muy bonito. Ni Vicki ni mis padres adoptivos comparten ADN conmigo, pero no importa. A veces me siento afortunada. En cierta forma, pude elegir a mi propia familia. A otros les tocan las peores familias que te puedas imaginar.

—Pero en serio —continúa Vicki—, tus padres son muy misteriosos.

—¿Tenemos que seguir hablando de esto?

—Es mejor que discutir mis tremendos fracasos amorosos.

—No son tan tremendos —argumento—. Al menos estás probando el mundo de las citas, para empezar.

—Shannon —exclama—, tuve una cita con un tipo que luego fue arrestado por intentar robar una licorería con una grapadora automática. Nadie tiene tan mala suerte en las citas como yo.

—Por lo menos no te robó a ti.

—Aunque lo hubiera hecho, eso no entraría ni en el top diez de las cosas más locas que me pasaron. Salí con un malabarista profesional, un tipo que dirige videos porno de furros, un sujeto que decía ser famoso porque según él inventó la expresión 'cuerpo de papasito'. También salí con un falsificador de arte, un fontanero obsesionado con atracar un banco y… no olvidemos al que quería que me metiera en un baño helado durante una hora y que me quedara quieta mientras teníamos sexo, para poder fingir que se estaba follando a un cadáver.

Me estremezco. Cuando lo dice así, quizás meterse en el mundo de las citas no suena tan

atractivo. Claro que hay muchos peces en el mar, pero resulta que la mayoría son peces raros, como los de los abismos marinos.

—Creo que la moraleja de esto es que tenemos que dejar de ir al bar de El gallo Joe.

—Pero tiene las cervezas tan baratas —protesta Vicki—. Y el arte…

—…es tan bueno —concuerdo—. Bueno, podríamos prohibirnos salir con hombres que conozcamos en El gallo Joe.

—No es mi culpa —argumenta Vicki, cruza los brazos sobre el pecho—. Solo necesito que Mercurio salga de retrógrado. O quizá sí sea culpa mía, no sé. ¿No podemos estar de acuerdo en que estoy condenada y ya?

—No —digo con firmeza—. Nuestras vacaciones dobles soñadas en Colorado se harán realidad.

Nuestras «Vacaciones dobles en Colorado» es lo que se nos ocurrió a Vicki y a mí cuando estábamos borrachas y solteras un día de San Valentín hace varios años, después de encontrar por internet un precioso y romántico alquiler de una cabaña de dos habitaciones. Pasamos las cuatro horas siguientes ideando el itinerario perfecto: montar a caballo, ir de picnic, hacer senderismo, navegar en kayak y cenar a la luz de las velas bajo las estrellas.

—Cuando tengamos ochenta años —me responde.

—Cuando tengamos treinta, quizá —corrijo.

—A este paso, no.

—Ya lo veremos.

—Quizá deberías dibujarnos viviendo esa fantasía —sugiere—. ¿O podríamos tener exclusivamente citas dobles a partir de ahora? Seguro que a tus padres no les parecerá arriesgado.

—No sé…

Quiero a mi madre y a mi padre, así que no quiero hablar mal de ellos, pero se ponen rarísimos cada vez que intento tener una relación. Obviamente, no puedo evitar salir con chicos para siempre solo para complacerlos, pero, por ahora, soy feliz trabajando en la oficina cuatro días a la semana y dibujando mi novela en mi tiempo libre.

—Mira, ¿sabes qué? Al diablo con los hombres —proclama Vicki—. Te quiero.

—Yo también te quiero, fea.

Un brillo diabólico aparece en sus ojos cuando nos separamos.

—Oye, tengo una idea.

—Ay, no…

Vicki tuvo muchas ideas a lo largo de los años, y ninguna es buena, aunque ella siempre piense que son divertidísimas. Normalmente soy yo la que se mortifica y tiene que recoger los platos rotos.

—¡Ay, *sí*! —sonríe—. Vamos, Shann, para esto me diste la llave de tu casa, ¿recuerdas? Para que pudiéramos hacer cosas divertidas de forma espontánea.

Frunzo el ceño.

—Estoy segura de que había sido para que mantuvieras viva mi planta matamoscas cuando salí de la ciudad, pero bueno.

—Salgamos a bailar —sugiere Vicki—. ¿Terra Incognito?

—Vick —entierro la cabeza entre las manos.

—¡Vamos! —presiona—. ¿Cuándo fue la última vez que fuimos? Sabes que las vistas desde la azotea son increíbles.

—Cierto —concedo.

—Y no, no tienes que decírselo a tus padres —interviene Vicki, poniendo los ojos en blanco.

Eso es justo. Llevan la sobreprotección a otro nivel: me supervisan cada pocos días, me compran tres cerraduras de más para la puerta y me pagan clases de defensa personal. Empeoró cuando nos mudamos a Nueva York, por alguna razón.

—Supongo que me vendría bien una noche de diversión —admito.

—Genial, porque traje EL Vestido, así que tienes que ponerte uno lindo.

—Pensé que habías dicho que no ibas a usar EL vestido nunca más después de lo de la última vez. Que parecía 'un disfraz de marcador rojo', si mal no recuerdo.

Sentada en mi cama, Vicki balancea las piernas de un lado a otro.

—Conseguí unos cuantos acosadores nuevos la última vez que lo usé. Y es bastante atrevido usar rojo siendo pelirroja. A los chicos les gusta lo atrevido.

—Pero te ves increíble —dejo a un lado mi cuaderno de bocetos—. Dicho eso, no voy a llevar el mío.

—Oh, sí, desde luego que sí —grita Vicki, levantándose y acercándose a mi armario.

Tarda unos segundos en rebuscar entre mi ropa antes de agarrar el gancho y enseñarme el body negro con paneles transparentes.

—Shannon. Tienes que hacerlo. Con tus rizos rubios y tus curvas… te verás divina.

—Vicki…

—Sígueme la corriente… pruébatelo.

—Bueno, ok —digo, más que nada para que se calle. Sé cómo es: si no cedo al menos un poco, nunca me dejará en paz.

Cuando me lo pongo, tengo que aguantar un poco la respiración para que me suba la cremallera, pero después me miro en el espejo. De acuerdo, me queda muy bien.

Ahora, ¿quién dice que estoy preparada para soportar el nivel de atención que recibo cuando me lo pongo? Hasta hace cinco minutos estaba mentalizada para pasar una noche tranquila en casa. Solo mi arte y yo, sin distracciones, sin vestidos ajustados, sin hombres borrachos mirándome desde las esquinas de un club.

—¿Lo ves? —exclama Vicki—. No puedes dejar de usarlo.

—Supongo que podría —digo, medio hipnotizada por mi propio reflejo. Mis curvas definitivamente no se ven tan bien normalmente—, pero no quiero maquillarme…

—Por favor, sabes que me encanta maquillarte —Vicki ya está hurgando en su enorme cartera para sacar varias bolsas de maquillaje que parecen a punto de reventar. Está claro que su plan «espontáneo» no era tan espontáneo en realidad—. No suelo usar las sombras azules, por eso de tener los ojos verdes.

Me siento en la cama y sonrío un poco.

—De acuerdo. Pero recuerda…

—Nada de tonos negros para el cat eye, entendido —recita Vicki—. No queremos que parezcas un mapache.

Nos partimos de risa. Algo en la forma de mis ojos, o en lo profundos que se ven en mi cara, hizo que el último intento de Vicki de hacerme un cat eye sensual hace unas semanas me hiciera parecer más como un panda buscando restos de pizza en la basura.

—Espera —dice Vicki antes de empezar—. Necesito la iluminación adecuada… y, si pudieras inclinar la barbilla así… Joder.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Por qué tu piel es tan increíble?

—La tuya también.

—No, ya sabes a qué me refiero.

—Amiga —le recuerdo—, tuve acné quístico en la adolescencia. Me gasté una pequeña fortuna en cremas y láser. Me gané esta piel.

—Claro —dice ella—, pero es literalmente como porcelana —Suelta otro suspiro antes de sacar la brocha de maquillaje—. En fin… vamos con la sombra de ojos.

—Me muero de ganas.

—Te lo juro —dice, mientras empieza a aplicarme la sombra power blues en los párpados—, esta noche va a ser buena. Lo presiento.

—Woo-uhhh —bromeo—. ¿Dices que esta noche será una buena noche? ¿Como la canción?

Ella sonríe. Sabe exactamente a dónde quiero llegar con esto: es nuestra canción favorita de los Black Eyed Peas. Puede que los demás hayan dejado de escucharla hace como diez años, pero nosotras no.

—Debería haberlo visto venir. Ay, ups —agarra un algodón de maquillaje y limpia la sombra de ojos que me salpicó accidentalmente en la frente—. Creo que debería concentrarme.

—Mensaje recibido —le digo—. Me callaré.

Unos minutos más tarde, después de que Vicki haya dejado de murmurar para sí misma y de pasar la brocha, untar, delinear y maquillar mis ojos hasta el cansancio, hace una pausa.

—Creo que… sí. Espera. —algo que se siente como una brocha roza mi nariz—. Ya está. Listo.

Cuando miro mi reflejo en el espejo que me tiende, mi primer instinto es sonreír.

—Vaya.

—Lo sé, ¿verdad? —me dice—. Pareces una princesa de Disney. Una princesa de Disney bien perra y bien zorra que se va de fiesta.

Me río.

—¿Y el tuyo?

—Dame cinco —dice—. Puedo maquillarme hasta dormida.

—¿Segura que no quieres que…?

—No —se estremece—. Mejor… no. ¿Ya te olvidaste de la graduación?

—Ok, lo siento —repito por trillonésima vez desde la graduación—, pero tienes que admitir que me diste diez minutos y unas instrucciones vagas: 'Hazme parecer atrevida'. Soy dibujante de cómics, no maquilladora.

—Shannon —me mira larga y fijamente—, combinaste verde y naranja en mis párpados. Luego pusiste delineador rojo en el contorno de mis pestañas. Parecía un personaje de Tim Burton.

—¿Pero no era atrevido?

Agita la mano mientras toma el espejo.

—Todo está perdonado. Dos minutos y estaré lista.

Unos minutos después, maquilladas, con los vestidos puestos y los bolsos repletos de tarjetas de crédito y brillos, estamos en el Uber de camino a Terra Incognito, un club nocturno del distrito Meatpacking.

—¡Estoy tan emocionada! —Vicki da saltitos en su asiento—. Hace tiempo que deberíamos haber salido.

—Sí, así es, pero solo iremos por una copa —advierto—. Mañana tengo una cena con mis padres, y no quiero verlos teniendo resaca.

—Sí, sí —la sonrisa de Vicki es pura picardía—. Tienes la última palabra.



ÚLTIMA PALABRA. Media docena de copas después, estamos en la azotea de Terra Incognito, rodeadas de hipsters sonrientes y veinteañeros y treintañeros risueños, bajo luces laser y triángulos de lona y, visibles a través de ambos, alguna que otra estrella o helicóptero borrosos. Estamos bailando la canción de los Black Eyed Peas que mencioné antes y que obligamos al DJ a poner.

Esta noche es la noche. Vamos a vivirla.

El aire está frío y parece relucir, o quizá solo lo sienta así por la purpurina que trajo Vicki, y que insiste en tirarme encima de vez en cuando. Entre los rascacielos, la luna parece sonreír.

El tiempo pasa rápido. ¿Quién sabe cuánto tiempo llevamos bailando? Cada canción nos lleva directo a la próxima. El rostro de Vicki está radiante. Las luces transforman el brillo de sus mejillas en mil destellos diminutos. Me llama la atención y me dice:

—¿Vamos afuera?

—Vamos —acepto.

Aunque técnicamente la azotea cuenta como exterior, es diferente cuando bajamos las escaleras y salimos a la calle. Aquí hay menos gente, sobre todo fumadores, pero cuando caminamos un poco más y nos sentamos en el borde de la acera, estamos solas.

Vicki apoya la cabeza en mi hombro y suspira sonriendo.

—Shannon.

Apoyo mi cabeza en la suya.

—Vicki.

Cierro los ojos y disfruto del momento. Ninguna de las dos dice nada más porque no hace falta. Podemos sentarnos aquí en silencio porque sabemos que con que la otra esté ahí es suficiente. Eso es ser mejores amigas. No puedo imaginarme la vida sin Vicki y no quiero hacerlo. Sin embargo, cuando abro los ojos y miro fijamente el oscuro callejón de la calle de enfrente me recorre un escalofrío.

¿Acaso eso era…?

No. No puede ser. Debo de haberlo imaginado. Me pareció ver el brillo de los ojos de alguien. Seguramente no era más que un pedazo de purpurina que voló por los aires. O quizá la paranoia de mis padres está empezando a afectarme.

Si no supiera lo contrario juraría que, al otro lado de la calle, había alguien en ese callejón. Alguien que nos observaba.

DMITRY

No me resulta fácil escabullirme de la gala. Todo el mundo parece haber decidido llegar tarde y hacerme señas para comunicarme algo que suponen de vital importancia.

Vivian, por su parte, está borrachísima. Se apoya en mí como si fuera un bastón y me susurra al oído una y otra vez que deberíamos buscar otro baño para compartir un segundo revolcón.

Me la quito de encima. Son las nueve y media, ya es hora de que me vaya y para eso debo empezar a reunir a los muchachos.

No lamento tener que irme. Ya no aguanto más las náuseas que me produce esta charada social, a pesar de que sea necesaria para el negocio.

Mamá me dedica unas palabras y se dirige a saludar a otros amigos que hace tiempo que no ve. Lleva puesto un vestido discreto, no luce joyas y, aun así, tiene más clase que cualquier otra.

—Tu amiga no parece estar pasándola bien —comenta.

Hago una mueca compungida.

—Voy a pedir un auto para que se la lleve.

Mi madre me lanza una mirada que podría cortarme un dedo.

—Dmitry…

—Sí, lo sé.

Niega con la cabeza.

—No es eso. Es que… hoy.

Me escanea el rostro con la mirada, aunque su faz se mantiene con un semblante sereno, uno que se obliga a esbozar. Ha tardado décadas en dominar esa estoicidad y en cultivar la risa casual que utilizará tan pronto como vuelva con sus amistades.

Una vez que papá, Bastien, Gavriil y yo nos hayamos ido, bromeará sobre mis muchachos, yéndose a otra reunión de negocios a estas horas de la noche, siempre tramando alguna picardía…

Aquello no es nada más que un pretexto. Ella no es estúpida. Sabe tan bien como cualquiera de

nosotros lo mucho que está en juego esta noche.

—Solo te pido… que tengas cuidado —concluye en voz baja. Sus ojos se clavan en los míos—. He oído cosas sobre Los Verdugos. Cosas preocupantes.

—No vamos a cancelar —exclamo.

—Claro que no —dice ella—. Sé lo mucho que pasaron para concertar esta reunión. Puede que no tengamos otra oportunidad así. Prométeme que tendrán cuidado.

Asiento.

—Te lo prometo. Ordené un vehículo de escolta extra. También llevamos puestos los regalos de papá.

Sus ojos se cierran durante un momento. Luego exhala.

—Está bien —adopta una sonrisa simpática. Vuelve a su personaje, el que tendrá que interpretar por lo que queda de velada—. Eso es todo, hijo. Que tengas una buena noche, cariño.

—Igual tú.

Me abraza con un poco más de fuerza y por un segundo más de lo común.

Luego nos separamos, como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal, como si todo fuera a salir muy bien.

Nada más alejado de la maldita realidad.



LOGRAR que Vivian suba a un taxi es mucho más engorroso de lo que me temía.

—No estoy borracha —argulle mientras la acompaño afuera—, y prometiste pasar la noche en mi casa para variar.

—No, no dije nada de eso —respondo secamente.

Si pierdo la paciencia, las cosas irán de mal en peor, pero cada vez me resulta más difícil no molestarme. Por nada del mundo habría prometido pasar la noche con ella, y no simplemente porque llevo meses planeando los pormenores de la reunión con Los Verdugos esta noche.

No paso la noche con las mujeres con las que salgo. Nunca, sin excepciones.

Cuando por fin la dejo en el taxi y me voy a buscar a mis hermanos, no estoy de muy buen humor.

Casi tengo que sacar a Gavriil a rastras del baño, donde lo encuentro pasándola bien con Simone.

—Oye, tú ya te divertiste, ¿por qué yo no puedo?

Después saco a Bastien del bar. De todos modos, logramos llegar a la calle a tiempo.

A tiempo para esperar.

—Recuérdame por qué era tan urgente que saliéramos de este lugar lo antes posible —refunfuña Gavriil, abrochándose el botón superior de la camisa.

—Porque llegar temprano es estar a tiempo, y llegar a horario es llegar tarde —le explico.

Bastien no dice nada. Se limita a escudriñar la oscuridad una y otra vez, como hace siempre.

—Por lo menos, papá estará contento —continúa Gavriil—. Suenas tal y como él, y juegas según las reglas de su libro.

—Llega temprano a una reunión para inquietar a tu oponente —murmura Bastien para sí mismo.

—Esto sigue sin gustarme —admito—. Rafael y su equipo no son de fiar. No son más que una manada de ratas que, si hace falta, arremeten contra los suyos. Mamá también oyó cosas.

—No importa lo que cualquiera haya oído o dicho. Tenemos que concentrarnos en la reunión que tenemos ante nosotros. Ya no hay marcha atrás.

—En el peor de los casos, sabemos dónde vive Rafael —señala Gavriil.

Los valets revolotean por ahí como insectos, trayendo Ferraris y camionetotas para los demás invitados que vienen saliendo de la gala.

—Claro, porque el maldito se escondería allí si hiciera alguna jugarreta —digo con sarcasmo—. No, sería un tonto si intentara hacer algún truco. Saben que controlamos la mitad más grande de la ciudad. Cualquier jugada estúpida de su parte desencadenaría un baño de sangre.

No es que los mexicanos hayan evitado la violencia sin sentido en el pasado, pero Rafael, el jefe del cártel mexicano conocido como Los Verdugos, es diferente. Prefiere trabajar fuera de los reflectores. Es un traidor, sin duda, pero procura minimizar los riesgos. Nunca nos atacaría sin una buena razón. Sobre todo, porque no podría sobrevivir a esa traición.

Quiero evitar todo eso si es posible. Lo único que me queda es confiar en que no intente nada estúpido.

Aun así, papá les hace un favor a Los Verdugos ofreciendo una tregua por diez años. Fue generoso de su parte, porque el imperio Nikolaev es más fuerte que nunca. Si se llegara a una guerra sin cuartel, no tendrían ni una oportunidad.

Justo entonces, el hombre del momento sale de la gala. Al vernos, papá sonríe y asiente.

—Es una noche importante —afirma—. Supongo que todos se pusieron sus regalos.

—Por supuesto —dice Gavriil.

—Sí —añade Bastien.

Anoche mi padre nos regaló chalecos antibalas. Me doy un golpecito en el pecho y oigo un sonido satisfactorio.

—Sigo impresionado por cómo lo controlaste, Dmitry —dice mi padre con una sonrisa aprobatoria.

—Lo único que entiende Rafael es la violencia —digo con desgano—. Por suerte para él, es el

idioma que mejor hablo.

En ese momento llega la caravana. Una camioneta de escolta va delante de nosotros, luego el vehículo en el que iremos y detrás uno más, lleno de seguridad fuertemente armada.

Todo está listo. Es hora.

Entramos en el vehículo. Bastien sigue mirando por la ventanilla, pensativo, mientras Gavriil tiene los ojos medio cerrados, seguro que reviviendo lo que estaba haciendo con Simone en el baño antes de que lo sacara a rastras.

Mi padre se vuelve hacia mí.

—¿Recuerdas lo que hablamos hace un rato? Esta vez tienes que escucharme —me dice en voz baja—. No me convertí en el Andrushka Nikolaev que soy hoy por intentar hacer las cosas por mi cuenta. Esta ciudad está plagada de cadáveres de hombres que pensaron que podían manejar los negocios solos.

—No estoy solo —replico—. Tengo al Tonto Uno y al Tonto Dos conmigo, velando por mantenerme en el buen camino.

Se ríen, pero el ceño de mi padre se frunce todavía más.

—Son tus hermanos, tus camaradas, entiendo. Por supuesto que te aconsejarán, pero una esposa es diferente.

Pongo los ojos en blanco.

—No veo por qué tendría que escuchar a una mujer que no sabe una mierda de nuestros negocios.

—Una esposa es alguien que te conoce, que ve profundamente en tu interior —papá sacude un poco la cabeza mientras me da unas palmaditas en el pecho—. Un día entenderás a qué me refiero. Un día lo entenderás. Mientras tanto, debes buscar. Mantente abierto a la idea. Recuerda: un lobo solitario no tendrá muchos prospectos.

Otro de los adagios preferidos de mi padre. Podría sonar sabio, si no lo viniera escuchando desde que puedo caminar.

—Pero eres un hombre inteligente, Dmitry. Llegarás a aprender todo esto por ti mismo. No te culpo por dudar de mis palabras. Yo era igual de joven. Solo creía en lo que podía ver con mis propios ojos. No te lo reprocho. De hecho…

¡BAM!

Nuestro auto vira violentamente hacia un lado. Me lanza sobre Bastien y a mi padre encima mío.

—¿Qué carajo pasa? —brama Gavriil mientras las balas martillean el cristal del parabrisas delantero hasta hacerlo implosionar.

—De ninguna manera —gruño. En un momento, estoy pistola en mano y metiendo unas balas en la recámara.

Gavriil y Bastien salen del vehículo y sacan sus teléfonos para pedir refuerzos. Los ojos de mi

padre brillan mientras me mira.

—Corre, Dmitry.

—Claro que no —le respondo. Cierro la puerta y le pongo el seguro—. No me voy.

Papá empieza a responder, pero no consigo oírlo por la cacofonía de disparos que se suceden mientras descargo mi arma en el espacio donde estaba nuestro parabrisas. Eso debería lograr darle a quien sea que nos esté disparando.

—Piotr… —empiezo a decir, pero me detengo.

Piotr, nuestro conductor, está desplomado a un lado, con la cara desencajada y ensangrentada. Debe haberse golpeado cuando el parabrisas cedió.

Llegan más balas. Mi padre y yo nos agachamos detrás de los asientos delanteros. Vacío otro cartucho a través del hueco del parabrisas sin mirar adelante.

¿Dónde demonios están nuestros autos de escolta? Los únicos disparos que oigo son los nuestros, y los de quienquiera que nos esté atacando.

Es entonces cuando escucho un torrente de parloteo en español, y me resulta evidente la naturaleza de esta situación.

Los mexicanos intentan asesinarnos.

Intercambio una mirada con mi padre.

—Desgraciados —digo con rudeza.

Él sacude la cabeza con los ojos entrecerrados.

—No tenemos tiempo.

A continuación, se oye el ruido de otro auto deteniéndose, y más gente que empieza a correr.

—*Lo siento, caballeros* —vocifera una voz familiar con acento mexicano. Es Rafael, ese sucio cerdo traidor—. Es cuestión de negocios, ya saben cómo es —se ríe como si todo esto fuera un juego.

Me abalanzo hacia la puerta, pero mi padre me detiene.

—No lo hagas. No todavía.

No hace falta que explique que ellos son muchos y nosotros pocos. Bastien y Gavriil tardarán mucho en traer refuerzos.

No saldremos vivos de esta.

Otra ráfaga de balas entra volando. Nos obliga a agacharnos todavía más.

—A la cuenta de tres —me dice papá—, saldremos corriendo. No quiero que nos maten aquí dentro, encerrados como perros callejeros.

—Puede que todavía tengamos tiempo —espeto.

Él se limita a negar con la cabeza.

—Escúchame. Pase lo que pase, sigue corriendo.

—Padre…

—No tenemos tiempo. Vámonos.

Rechino los dientes. Sé que tiene razón. Es cosa de correr o morir.

Agachado, abro la puerta lateral y emprendemos la huida. Llegan balas de todas partes, hay gritos cruzando el aire, caos, destrucción por todos lados, sirenas a lo lejos.

Avanzo unos pasos, disparando a todo lo que veo moverse… Es entonces cuando me doy cuenta de que papá no viene detrás de mí.

—¡Padre! —grito. Me giro, tratando de encontrarlo entre tanta confusión.

Debería estar a mi lado. Nuestras vidas están en juego y debería estar a mi lado, pero no está. No corre detrás de mí buscando refugio. Corre en la dirección opuesta, directo hacia ellos.

—¡Vete, hijo mío! —ruge, dispara a los atacantes mexicanos enmascarados, corre.

—¡No! —bramo, empezando a correr tras él.

Apenas alcanzo a dar un paso antes de que una bala le impacte en la cabeza. La rebelde melena gris de mi padre se pierde entre una nube de sangre.

Es como si el sonido desapareciera del mundo y todo se ralentizara. Lo único que llego a ver son los anchos hombros del hombre que me crió volcándose mientras se desmorona en el suelo.

Un instante que dura una eternidad. Cae, se derrumba…

Hasta que, en el preciso instante en que cae en el asfalto, alguien me agarra con fuerza y me arrastra hasta la entrada de un callejón cercano.

Es Bastien, acompañado de Gavriil.

—¿Qué creen que hacen? —rujo, forcejeo con ellos, lucho por llegar hasta nuestro padre, por salvarlo—. Papá está allá, tenemos que ayudarlo. Es…

—Está muerto —sisea Gavriil con la voz quebrada—. Y nosotros también moriremos si nos quedamos aquí.

Entre los dos me levantan y me sacan de ahí entre mis bramidos y contorsiones.

Veo por última vez el cuerpo inmóvil de mi padre, luego cruzamos la esquina y desaparecemos.

Un pensamiento me ronda la cabeza, una y otra vez: *No puede estar muerto. No puede estarlo. No puede ser.*

SHANNON

El escozor de la luz calcinándome los ojos acaba por despertarme.

«Mátame», se lamenta Vicki, tumbada en la cama contigua. Su maquillaje asemeja al que usó Heath Ledger para interpretar al Guasón.

—Demonios —gimo—. ¿Qué hora es?

—¿A quién le importa? Me siento como si estuviera muerta.

La miro.

—Pues sí pareces muerta.

Me fulmina con la mirada, aunque si pudiera verse a sí misma estando sobria, es probable que también se partiera de risa.

—Bueno, muchas gracias.

Una punzada sorda en el estómago me indica que necesito comida enseguida. Sin embargo, intentar levantar mi cuerpo de la cama solo consigue que un dolor palpitante me perfore más el cráneo.

—Solo un trago… —murmura Vicki, hecha una miseria—. Un trago, dijimos. Agh… fuimos unas estúpidas, Shann.

—Espérame —digo, consiguiendo por fin ponerme de pie—. Ahora… vuelvo.

Las paredes me ofrecen un buen apoyo en mi tambaleante camino a la cocina, intentando no vomitar. Me las arreglo para aguantar y vuelvo con una jarra de agua y una bolsa de mini donas espolvoreadas.

—Eres una reina —musita Vicki. Se incorpora un poco y agarra la primera dona con la que entran en contacto sus dedos.

—Gracias a Dios por las donas —me trago una en dos bocados.

Tras un gran trago de agua y otro par de donas, me siento algo menos dispuesta a morir aquí donde estoy.

Una vez que Vicki y yo terminamos de comernos todo el contenido de la caja, me lanza una

mirada mordaz.

—¿Quieres desayunar?

—¿Justo después de comernos unas donas? —pregunto.

—Como si eso nos hubiera detenido en el pasado —bufa.

—Cierto. Entonces, iremos por un resayunito.

Después de todo, es la tradición. Irse de parranda por la noche quiere decir que tocará un desayuno para recuperarnos de la resaca al día siguiente: por eso es que lo llamamos resayuno.

Conseguimos arreglarnos lo suficiente, con ayuda de algunas almohadillas de maquillaje, lentes de sol grandes y varios vasos más de agua, para salir de mi casa y llegar al Comedor y Lunchería de Johnny, que queda en la esquina.

Allí, en nuestra mesa reservada de siempre en una esquina, con asientos forrados de vinilo rojo, nos deleitamos comiendo montones de waffles de arándanos, huevos revueltos, salchichitas de cóctel, panecillos de avena con pasas, tostadas rebosantes de mantequilla y cualquier otra cosa que pueda absorber el exceso de alcohol que va flotando por nuestro organismo.

—Pues… —Vicki me mira mientras se come una tostada—, eso estuvo muy bien.

La miro sin comprender.

—Hablo de lo que pasó anoche. Me salvaste el trasero.

Sigo mirándola desconcertada.

—Espera… no me digas que no te acuerdas —pregunta, incrédula.

Niego con la cabeza.

—Básicamente, no recuerdo nada de lo que pasó después de que salimos a tomar aire.

Frunzo el ceño. Vaya, sí que bebí demasiado. No es algo que haga seguido.

—Un tipo intentó llevarme con él a su casa, me estaba empujando hacia su auto —Vicki hace una mueca y se ríe—. Entraste en modo Karate Kid, le diste una patada en las bolas y después me guiaste de vuelta al antro. Hasta brindamos por eso —me mira boquiabierta—. Dios, ¿en serio? ¿Nadita?

Hago una pausa, impresionada por este vacío en el que debería encontrar ese recuerdo.

—Al parecer, no.

—Bueno, gracias de todos modos. Te debo una. Quién sabe… ahora mismo podría estar amordazada en el maletero del auto de ese tipo, o algo por el estilo. Yo qué sé.

Me estremezco.

—Ni de chiste digas eso.

De todas formas, hay algo que me preocupa. Algo que sí recuerdo de la velada. Es como una

sensación más que un recuerdo concreto. Es una sensación que tengo cada vez más. Anoche solo bromeaba al hablar de que la paranoia de mis padres me estaba afectando, pero quizá esa teoría tenga más fundamento del que creía.

Intento expresar con palabras el miedo que me revuelve el estómago.

—Vicki, una pregunta rara, pero, ¿no nos pusieron el ojo encima en algún momento de la noche?

—Bueno, creo que podríamos decir que toda la noche. ¿Cómo no íbamos a llamar la atención con esos vestidos?

—No, quiero decir que nos vieran de alguna forma rara. Como que nos estuvieran vigilando.

Hace una mueca.

—Sí, Terra Incógnito sí tiene su buena cuota de tipos raros, pero eso no es nada nuevo.

—No. Me refería a…

¿Qué es lo que quería decir? ¿Realmente estábamos siendo vigiladas por alguien diferente, alguien que no habría estado allí por otra razón? No tiene sentido cuando lo pienso, y tampoco tiene más sentido si lo digo en voz alta.

Prefiero olvidarme del asunto. Es entonces cuando Vicki se incorpora.

—Tengo que ir al baño. No me sigas.

Luego de eso, sale corriendo.

Frunzo el ceño. Típico de Vicki. Es la persona menos acomplejada que conozco y, sin embargo, le da pena que la gente la pueda escuchar vomitando, incluso si soy yo.

Miro el reloj y anoto mentalmente que debo ir a echarle un ojo dentro de diez minutos. Puede que no le guste, pero no puedo dejar que mi mejor amiga se muera ahogada en su propio vómito.

Juego un poco con la comida. De pronto se me quita el hambre. Tampoco puedo quitarme esa sensación de hormigueo en la piel.

La sensación de que unos ojos me acechan.

—Oye, ¿Shannon? —me llama una voz que suena vagamente familiar.

Se me encoge el corazón cuando me giro para ver quién es.

Ah. Sí, por supuesto.

Tengo a Jared parado frente a mí, inquieto, en un extremo de la mesa.

—¡Qué sorpresa! —hace una pausa. Intenta sonreír. Me pregunto si me veo tan incómoda como él en este momento—. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

—¡Vaya! —tartamudeo. Intento adoptar ese tono relajado que percibo en su voz—. ¿Cinco o seis meses? Mucho tiempo, desde luego.

Pero no el suficiente.

—¿Qué tal te va?

—Pues, bien. De maravilla. ¿Y tú cómo sigues?

Por dentro, ruego que Vicki vuelva y me salve. Una parte de mí quiere ir al baño a buscarla, aunque sé lo quisquillosa que puede llegar a ser en cuanto a su espacio personal cuando está indispuesta. Sin embargo, no puedo huir justo después de haberle hecho una pregunta al pobre tipo.

—Bien, me va bien —hace otro de esos terribles amagos de sonrisa—. Me dieron un ascenso. Terminé yendo de vacaciones a Tailandia. Fueron increíbles. ¿Qué hay de ti? ¿Algo nuevo? ¿Un trabajo, algún novio?

Suelta una leve risita con esa última parte, como si fuera algo casual.

—No. El mismo trabajo de mierda —esbozo una sonrisa—. Archivar y enviar notas a la empresa cuatro días a la semana, esa es mi vida.

Sí que es guapo. Tiene los ojos color ámbar, unos pómulos esculpidos, mide 1,80 y es esbelto. Tuvimos un puñado de citas y fueron divertidas. Es sencillo, inteligente, un buen partido en todos los sentidos posibles.

Por un segundo, me cuestiono en qué estaba pensando al terminar las cosas con él antes de que empezaran.

—Escucha… —empiezo a decir.

En ese momento, lo recuerdo todo. Todo lo que quise decir sin poder encontrar la manera.

Cosas como: *lo siento, no sé cuál es mi problema, no sé por qué no me gustas, ni por qué no siento la más mínima chispa o atracción hacia ti por muy perfecto que seas.*

Sea lo que sea, es obvio que soy yo, no él. La mayoría de las chicas matarían por estar con él. Cielos, las universitarias de la mesa de al lado se lo están comiendo con la mirada mientras hablamos.

Algo está roto dentro de mí. Siempre ha sido así.

—Me tengo que ir —digo levantándome. Si Vicki no quiere que vaya a verla, bueno, tendrá que soportarlo—. Lo siento.

Por todo, debería añadir.

Pero no agrego esa última parte. Esto ya ha sido dolorosamente incómodo de por sí.

—Sí, por supuesto —dice—. Te… veré después.

—Claro, nos vemos —suelto antes de alejarme a trompicones. Cuando llego al baño, golpeo la puerta con los nudillos—. ¿Vicki?

—Vete —gimotea.

—No puedo —respondo alegremente—. ¿Necesitas algo? ¿Estás bien?

—No, pero… ¿puedes pasarme una coleta para el pelo? Por… razones.

—Por supuesto.

Abre la puerta hasta formar una rendijita y se lo paso.

—Gracias.

Sale unos minutos más tarde, todavía inestable, pero ya no tan pálida.

Vuelve a su apartamento y yo también me voy a mi casa. Por muy mal que me encuentre, mis padres vendrán a cenar esta noche. Tengo que prepararme.



MALDICIÓN, llevo horas limpiando, pero parecen días. ¿Por qué siempre me lleva más tiempo del que espero?

Quizá sea porque detesto hacerlo: el dolor de espalda al agacharme, los brazos entumecidos por fregar, los restos extraños de sustancias desconocidas incrustadas en las baldosas. Por suerte, ya no estoy en mis fases de repostería o jardinería, en las que abundaban las migas de comida y la tierra. Igual, ¿de dónde viene toda esta mugre? Podría jurar que soy una persona aseada.

De todas formas, esto es importante. Todos los jueves por la noche desde que me mudé ceno con mis padres. Es lo menos que puedo hacer para agradecerles todo lo que hacen por mí. Además, es divertido: ellos aparecen con nuevos chismes, y después todos jugamos Yahtzee, como en los viejos tiempos.

Esta vez me fui por lo barato y nada más compré una pizza al horno Delissio, pero es porque tuve una semana muy ajetreada en el trabajo y mis padres no son muy exigentes, así que seguro les gustará. También compré vino. Puede que sea vino de cajita, puede que no.

Vacío el cubo de la basura mientras le echo una mirada al reloj y suelto una exclamación. Joder, qué raro. Vienen diez minutos tarde. Supongo que me concentré tanto en terminar de limpiar lo más rápido posible que perdí la noción del tiempo.

En este caso me favorece, aunque suene raro. No recuerdo la última vez que alguno de los dos llegó tarde a algo, la verdad. De niña me inculcaron eso:

—Sé puntual, siempre.

¿Será que les pasó algo…?

En ese momento, llaman a mi puerta y exhalo aliviada. Son ellos. Claro que son ellos. Debe haber sido una casualidad: un embotellamiento inesperado o un cierre en la carretera, algo así.

Sin embargo, cuando abro la puerta, veo sus caras y sé que algo anda muy mal.

Mamá está roja. Papá está pálido.

Ninguno de los dos se atreve a mirarme.

—¿Están bien? ¿Qué les pasa?

Se quedan callados por un buen rato, por mucho tiempo. Me rompo la cabeza intentando pensar de qué podría tratarse. ¿Algún pariente que murió de repente? ¿Se habrá inundado la casa, será que hubo un atentado, asesinaron al presidente?

Pero no se me ocurre nada en absoluto.

—Se supone que no debemos decírtelo —dice mamá con la voz temblorosa. Se aferra a la mano de papá como si su vida dependiera de eso—. Pensamos que, tal vez, si dejábamos de aceptar su dinero, si nos mudábamos…

—¿De qué estás hablando?

Claro que recuerdo la mudanza de cuando tenía catorce años. Un día estábamos felices en nuestra casita en los suburbios, y al siguiente estábamos haciendo las maletas tan rápido como podíamos.

Recuerdo lo inquietos que estaban mis padres. Actuaban como si fuéramos fugitivos o algo así.

Pero ¿de qué está hablando ahora?

Papá me pone las manos en los hombros y me clava la mirada.

—Cariño, Shannon, tienes que irte de la ciudad. Sube a un autobús. Vete a Detroit, a Chicago, a cualquier sitio, pero no puedes estar aquí. Te lo explicaremos cuando haya tiempo, pero tienes que largarte, y tiene que ser ya. Vienen… vienen a buscarte.

Me quedo boquiabierta. Me dejan sin palabras. Tiene que ser una broma pesada muy rara, de parte de dos viejos que no se caracterizan por su sentido del humor que digamos.

Papá me sacude por los hombros. Por lo que me dice, es como si pudiera leerme el pensamiento.

—Shannon, esto no es una broma. Tienes que largarte —me vuelve a sacudir antes de empujarme contra la puerta de mi habitación—. ¡Vete!

Parece que mis pies no funcionan. Se quedan estancados donde están.

—¡No iré a ninguna parte hasta que me digas qué está pasando! ¿Qué ocurre? ¿Por qué tendría que irme? ¿Por qué no pueden venir conmigo?

—No podemos… —mamá exhala—. Se suponía que nos reuniríamos con ellos esta noche para discutir los detalles. En lugar de eso, vinimos aquí para ganar algo de tiempo, pero no será mucho. Créeme cuando te digo que tienen más recursos de los que te puedas imaginar —todo su cuerpo tiembla, y la cara se le pone cada vez más roja—. Te encontrarán y luego te lastimarán, porque a eso se dedican.

—¡Mamá, para! —grito—. ¿Quiénes son 'ellos'? ¿De quién hablas? Vayamos a la policía y…

—¡No! Dios, no —se reclina en la pared—. Tienen infiltrados en la policía, cariño. Tienen gente metida en todas partes.

Me los quedo mirando. ¿Será que comieron algo que les esté provocando alucinaciones? ¿Acaso los golpearon a los dos en la cabeza con un martillo?

—Shannon, escúchame.

—No, escúchame tú —interrumpo. Me alejo de repente de la puerta, forzando un tono alegre en mi voz mientras levanto la botella de vino para dejarla sobre la mesa—. Se están portando como locos, pero podemos resolver esto y…

—Te van a casar con Dmitry Nikolaev, el flamante don de la Bratva Nikolaev, recién coronado —suelta mamá. Se muerde el labio al terminar, como si acabara de revelar un secreto que no debía compartir—. Mi amor, lo siento mucho.

La botella de vino se me cae de las manos y choca con el suelo, rompiéndose para dejar que el líquido rojo salpique por todas partes.

Una voz remota y estúpida se queja desde mi interior: *¡Acabas de limpiar el suelo!*

Eso ya no importa. Nada importa ya.

—¿Qué? —susurro, anonadada.

—Les debíamos —sigue papá. Parece miserable—. Y nos pagaron. Pagaron por todas esas clases. Las clases de etiqueta, las de baile, todo eso. Eran preparación para… para esto, supongo. Aunque cambiamos de idea, nos mudamos. ¡Nos mudamos para protegerte! Y pensamos que nos habíamos salido con la nuestra. No obstante, nos llamaron ayer, nos convocaron, y ahora…

Ding. Las puertas del ascensor se abren al final del pasillo.

Mamá se voltea para mirar el ascensor, y luego vuelve a mirarme.

—No te resistas —me suplica. Me toma por el antebrazo—. Por favor, Shannon, no pelees.

Giro la cabeza para descubrir que unos hombres armados vestidos de negro salen del ascensor al pasillo…

Y se dirigen directamente hacia mí.

DMITRY

UNAS CUANTAS HORAS ANTES

—Pues, bien —dice mi madre con voz temblorosa—. Aquí estamos.

Aquí estamos, en el salón de la mansión Nikolaev, todos vestidos de negro tras el funeral de papá. Aquí estamos, en un día que nunca esperé vivir.

Esto no debería estar sucediendo. El funeral fue un asunto apresurado y lúgubre. Ni siquiera sé cómo me las arreglé para organizarlo todo tan rápido. Para buscar la iglesia, el carro fúnebre y arreglar la recepción posterior. Apenas recuerdo haberla concertado, fue como un trance.

Igual, casi sin previo aviso, vinieron todos. Claro que vinieron. Tanta gente. Amigos, socios, compañeros, seguidores, enemigos. Todos hacinados en la iglesia desbordada hasta las calles de fuera.

Cómo lo superamos es algo que también se me escapa.

Para mi madre, debió ser sonriendo con a todas las condolencias que recibía, que eran muchas. Bastien, Gavriil y yo asentíamos a todas las personas tristes y apesadumbradas que nos abordaban.

Tuve que forzarme a mirar a mi padre en el ataúd, con una última sonrisa sobre los labios y el agujero de bala en la frente, tapado lo mejor posible por el sepulturero.

Esto no debería haber ocurrido.

Ahora todo cambió. Papá no está. Eso significa que Gavriil ha sido ascendido a mi subjefe, Bastien es brigadier jefe, es decir que es el ejecutor principal.

Eso quiere decir que ahora yo soy el jefe de la Bratva Nikolaev.

Me prepararon para esto desde que nací… y sin embargo nunca esperé que ocurriera tan pronto, tan de repente.

Mi madre me toma de la mano y me la aprieta.

—Lo hiciste bien, Dmitry. Tu padre estaría orgulloso.

No puedo apartar los ojos del retrato familiar colgado en la pared de enfrente. Lo pintaron hace cinco años, y en las pinceladas de nuestras sonrisas se aprecia la felicidad con tanta nitidez.

Ahora, a la luz de los acontecimientos de hoy, esa felicidad parece tonta. Ingenua, ciega.

¿Cómo pude dejar que esto sucediera?

—No —desvío mi mirada del retrato—. Le fallé. También te fallé a ti. A todos.

—Basta —dice Madre con tono áspero—. Basta de culparte…

—Si Gavriil y Bastien me hubieran permitido volver…

—Tú también habrías muerto —un suspiro desgarrador brota de sus labios—. Ya basta, detente. Perder a tu padre fue suficiente.

Ella tiene razón. Estoy siendo un idiota. El pasado es pasado, ahora tengo que dar mi mejor intento para lidiar con lo que tengo por delante.

—Sigo insistiendo en que deberíamos haber rematado el funeral visitando la casa de Rafael y quemándola hasta los cimientos con él adentro —gruñe Gavriil—. Teníamos suficiente de nuestra gente allí para formar una turba, y ellos amaban a papá. Sabes que lo habrían hecho por él.

Ya mi mano está dirigiéndose adonde suelo guardar mi pistola cuando veo bien el semblante de mi madre. Está demacrada y cansada, más que nunca antes. Me detengo. Ya habrá tiempo para vengarnos, pero no es ahora. No todavía.

—No es lo que habría querido —digo en voz baja—. Mamá tiene razón: obtendremos nuestra venganza, pero tenemos que ser inteligentes. Sabes muy bien que Rafael no estará en su casa y que tiene otras cinco propiedades repartidas por la ciudad. Primero tenemos que reorganizarnos. Hemos perdido demasiados hombres.

Aprieto los puños cuando recuerdo los gritos, el sonido del metal perforado por un disparo tras otro, la risa burlona de Rafael azotando la noche.

Dios, hasta se me había olvidado nuestra última conversación…

—Dmitry —dice mamá con voz temblorosa—. Hay algo más que tu padre y yo queríamos que supieras. Dejó una carta para ti como parte de su testamento.

Hurga en su bolso y me entrega un sobre color crema. La solapa está sellada con el escudo Nikolaev de cera que usaba mi padre. Hago palanca para abrirlo y extraer el pergamino.

Está escrito con su letra descuidada y elegante, con tinta azul marino oscuro. Me dispongo a leer.

Dmitry,

En cuanto naciste, supe que lograrías grandes cosas. No me has decepcionado. Nunca he conocido a un teniente más competente y digno de confianza, y estoy orgulloso de que vayas a dirigir nuestra Bratva cuando yo ya no esté. Eres un verdadero Nikolaev.

Hay ciertas cosas que deberías saber. Son demasiadas como para mencionarlas en esta carta tan breve, pero hay una a la que estoy obligado a referirme. Una que llegó el momento de revelar. Tal vez debería habértelo dicho antes, pero con que te lo cuente ahora será suficiente.

Tienes una esposa, Dmitry. Mejor dicho, una futura esposa.

Hace años, llegamos a un acuerdo con el clan McNulty después de derrotarlos: un matrimonio concertado con su primogénita, para cuando tú te convirtieras en don.

Ahora, ese momento ha llegado.

No sé en qué circunstancias te encontrarás cuando esta carta llegue a tus manos, pero sí sé que será la decisión correcta. Esta mujer ha sido acogida por padres adoptivos, y fue preparada por ellos desde muy joven para ser una buena esposa. Será digna de ti.

Tú también serás un buen marido y padre, hijo mío. Ya me siento orgulloso de ti.

Tu padre,

Andrushka.

Me quedo escudriñando la carta mucho después de terminar de leerla.

—Dmitry Nikolaev —dice mamá con severidad—, sé que ya terminaste de leer. Ahora deja esa carta y mira a tu madre a la cara.

Pongo de lado la misiva y apenas me doy cuenta de que Gavriil se abalanza sobre ella para poder leerla.

Mis ojos se cruzan con los de mi madre. Es una mujer fuerte. Mi padre tenía razón aquella noche en la gala cuando la señaló y me dijo que tenía que encontrar una compañera como ella.

Pero nunca imaginé que sucediera así. ¿Una esposa? ¿Prometida, preparada para mí?

Puta madre. Ni siquiera en esta circunstancia. Ni siquiera por él.

Los ojos almendrados de mi madre brillan con dureza, sin ánimo para tonterías.

—Llevas demasiado tiempo viviendo esa buena vida de soltero. ¿Esta carta, esta revelación? Llega después de que tu padre muriera defendiéndote, defendiendo a esta familia. No me digas que pretendes rechazar su última voluntad.

Frunzo el ceño, sumido entre emociones que no puedo describir.

—Ni siquiera conozco a esa mujer —digo entre dudas.

—Eso se puede resolver fácil —replica mi madre.

—Necesito tiempo para pensar.

—Creo que los beneficios de casarte son obvios —continúa, tan amable, como si yo no hubiera dicho ni pío—. Con ella a tu lado, no habrá duda de que estás preparado para ser un don.

La miro a los ojos y elevo la barbilla para imponerme sobre ella. Puede que tenga coraje, pero yo soy un hombre entrenado y musculoso de la bratva, que mide casi dos metros.

—No dudes de mí, madre. Hay hombres que mueren por cometer ese error.

—¿Qué mejor manera de disipar las dudas que casándote con una mujer capaz?

—No sabemos si es capaz.

El ceño de la matriarca Nikolaev se frunce de nuevo.

—Entonces, ve a conocerla y compruébalo tú mismo.

Se hace un silencio. Sabiamente, Gavriil y Bastien evitan mirarme a los ojos.

—Solo me hace falta algo de tiempo para pensar.

—Nada de *'algo de tiempo'* —corrige mamá, deteniéndose en la salida—. Un poquito de tiempo. Un momento nada más. Tenemos que reorganizarnos y, casarte con esta chica, esta Shannon McNulty, puede servir para ese propósito. ¿O tiene una idea mejor, don Nikolaev?

Hace una pausa de un instante para que sus palabras calen. Luego, por fin, en toda su misericordia, termina de irse.

Aun cuando ya se ha ido, su pregunta flota en el aire como la hoja de un árbol.

Vuelvo a sentarme y cierro los ojos. Tengo mucho que asimilar, entre la muerte de mi padre y una prometida que se me destinó desde el nacimiento. Y una McNulty, nada más y nada menos.

Necesito un momento para procesarlo todo.

Gavriil, por otro lado, parece estar bien. Siempre oculta sus batallas mejor que yo.

—Bueno, en una línea más positiva —comenta como si todo esto fuera un gran chiste, mientras hojea su teléfono—, ¿quieres ver a la chica? Está muy buena.

Bastien toma eso como una señal para irse en silencio. Hace bien, porque estoy a punto de estallar de la frustración.

—De acuerdo —le contesto a Gavriil. Será mejor acabar con esto de una buena vez—. A ver.

—¿Estás seguro? —se mofa—, porque tiene un cuerpo espectacular, así que, si no estás dispuesto, puede que tenga que probar mi suerte y…

—Cierra la puta boca y muéstrame —gruño. Es extraño cómo ya siento que debo proteger a esta chica a la que ni conozco.

—Muy bien, Sr. Ansioso. Saluda a Shannon McNulty —dice y gira su teléfono hacia mí.

El perfil de redes sociales que me muestra en su teléfono es de una mujer hermosa con una cabellera rubia como la arena. Tiene una carita dulce e inocente, y unas curvas mucho más pícaras, que disimula con recato.

El pene se me pone como piedra al verla.

—¿Eso es todo? —exclamo en voz alta.

—¿Que si eso es todo? —Gavriil arruga la nariz—. Pues sí, más o menos. Qué, ¿creías que estaría escondida detrás de las cortinas de la sala, lista para revelarse como si estuviera concursando en un programa de premios?

Pongo los ojos en blanco. Solo Gavriil es capaz de tomarse a la ligera un momento que cambiará

para siempre el curso de mi vida.

Aunque, por muy irritante que pueda resultar a veces cuando hay que ocuparse de asuntos serios, a veces es hasta bueno tener un hermano despreocupado a mi lado.

Vuelve a prestarle atención a su teléfono y sigue buscando.

—Parece que trabaja como secretaria en una empresa de trabajos temporales. Tiene una mejor amiga, una pelirroja muy linda. Parece que se conocen desde hace tiempo.

—¿Algún novio? —pregunto—. Eso complicaría las cosas.

Extrañamente, siento un arrebato de celos muy pronto al pensarlo. En mi cabeza, ya la marqué como mía.

—Si fuera así, ella está menos ilusionada con él que tú con ella.

Le dirijo una mirada gélida, haciendo que la sonrisa en su cara se atenúe un poco.

—No veo ningún novio por aquí —aclara.

—Bien.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos. Me sumerjo en mis cavilaciones. La cara de papá se me sigue apareciendo cada vez que cierro los ojos.

¡Corran, chicos! Lo veo dándose vuelta. La forma en que se desplomó, cayendo al suelo como si fuera un espantapájaros…

Los recuerdos me hacen estremecer. Me duele mucho pensar en ese momento. Siento que pasó toda una vida desde entonces. Me pregunto si este dolor y esta rabia me acompañarán el resto de mis días.

—¿Entonces, realmente lo harás? —Gavriil interrumpe mis pensamientos—. ¿Darás el gran paso?

—No dije que lo fuera a hacer.

—Sabes que mamá te presionará hasta que lo hagas, ¿verdad? —como no respondo, cambia de tono y se pone un poco más serio—. Todo está pasando muy rápido —reflexiona.

—Estás preparado —le digo—, para lo que viene después. Para ser el subjefe y liderar a los hombres de la Bratva.

—No es a lo que… Rayos —arrastra una mano por su cabello, nervioso—. ¿Estás seguro?

Asiento.

—Eres un Nikolaev.

—Eso no quiere decir que…

—Sí, claro que sí.

—Pero…

—Sin 'peros', Gavriil. He visto cómo te manejas con los soldados. Puedes entenderte con ellos, hacerlos reír, hacer que confíen en ti. Eso me hace falta. Juntos tenemos cierto equilibrio.

Gavriil se siente orgulloso por el cumplido, aunque intenta ocultarlo.

—¿Tú crees? Y ¿de verdad piensas que estás listo?

—No —respondo.

—Pero…

—Eso no tiene importancia —declaro—. Soy un Nikolaev. Estaremos a la altura de las circunstancias, tal como papá cuando fue su turno. Pondremos en práctica nuestras habilidades.

—Me gustaría ponerle una pistola en la boca a Rafael —murmura Gavriil.

—Todo a su tiempo. Tendrá su merecido, eso te lo prometo.

Vuelve el silencio. Es espeso, tenso, doloroso.

Gavriil sacude la cabeza.

—Lo que me mata es lo estúpido que fui al pasar así esa última noche con papá. Me la pasé enredado con esa bendita Simone. Fue nuestra última noche con él y apenas le hablé.

Le dirijo una mirada severa.

—No podemos cambiar lo que ya hicimos. Lo único que nos queda es hacer bien lo que viene. Eso es lo que pretendo.

—¿Es por eso qué, ya sabes… todo el asunto con esa tal Shannon?

—No sé. Quizá. Papá acertó en muchas cosas, incluso cuando no veíamos cómo ni por qué.

Gavriil asiente en silencio, contemplando el horizonte. Quizá esté explorando sus últimos recuerdos de papá, igual que yo, una y otra vez en las muchas horas de insomnio que pasé desde su muerte.

Sé que llegará a la misma conclusión que yo: que, aunque no lo supiéramos, ha llegado nuestro momento.

Es hora de que los tres hermanos gobernemos esta bratva.

La ciudad.

Y todo el maldito mundo.

Me levanto.

—Todavía no lo hemos hecho —le recuerdo.

—¿Todavía quieres hacerlo? —pregunta Gavriil.

—No, pero debe hacerse. Ve a buscar a Bastien. Es lo que papá habría querido.

No recuerdo con exactitud cuándo fue que nos sentó para decirnos que quería que esparciéramos

sus cenizas, pero así fue. Ambos sabíamos que no debíamos molestar a mamá. Ella quería que fuera enterrado intacto.

De algunas cosas es mejor que no se enteren las mujeres, ¿no, mis muchachos? Nos dijo con su guiño característico cuando nos comunicó sus últimos deseos hace unos años.

Recuerdo haberme reído entonces. La idea de su muerte parecía tan absurda, tan imposible, tan remota. Ahora nada lo parece.



NOS VAMOS SOLO BASTIEN, Gavriil y yo al acantilado detrás de la mansión.

Nos sentamos en el borde del precipicio. Nuestros pies cuelgan como solía hacerlo él. Cada uno de nosotros tuvo charlas con papá en este sitio. Nos enseñó a vivir, a luchar, a amar. Y ahora ya no está.

—Pues, bien… —empieza Gavriil por fin.

Levanto el recipiente que contiene sus cenizas.

—Deberíamos empezar.

—*'Los hombres que llegan tarde estarán a tiempo para la cita con su propia muerte'* —recita Gavriil con tristeza. Era uno de los dichos favoritos de papá.

—Tú primero —le ofrezco la urna a Gavriil.

Él asiente, afloja la tapa que cubre el interior de la urna y suelta unas pocas cenizas para que el viento se las lleve.

—Eras algo a lo que uno aspiraba llegar a ser —exclama Gavriil, dirigiéndose al crepúsculo ensangrentado—. Siempre nos impulsabas a ser mejores, a honrar nuestro apellido. Estoy agradecido de compartir tu legado. Gracias.

Acto seguido, le entrega la urna a Bastien.

—Fue un buen padre y un excelente don —dice Bastien mientras lanza al aire otro puñado de cenizas—. Un gran hombre. Lo echaremos de menos.

Bastien me lo pasa a mí.

—Mi *budem chtit' to, chto vy postroili* —susurro.

Honraremos su legado.

Luego, volteo el jarrón y vierto el resto de las cenizas en el acantilado. La brisa se lleva una parte a quién sabe dónde, y el resto mancha la superficie del agua antes de desaparecer.

—Te lo prometo.

Me quedo contemplándolo hasta que lo que queda de él se desvanece en el infinito. Después, no queda nada que decir o hacer. Nada más que un vacío enorme que nunca se llenará.

Excepto, quizás, con sangre.

SHANNON

Una parte de mí desea que mis padres se me pongan delante y les griten que nos dejen en paz. Siempre fueron muy protectores.

Pero, para mi desgracia, se limitan a apoyarse sobre la pared. Me basta con mirar por un instante sus pálidos rostros para darme cuenta de que están tan aterrados como yo.

No luches me dijo mamá.

Por mi parte digo: *A la mierda eso.*

Pego media vuelta y empiezo a correr hacia la ventana. Tardo unos segundos en abrirla y unos segundos más en saltar. Al instalarme en este apartamento lamenté estar en un primer piso, porque las ventanas no tienen mosquiteros. Ahora doy gracias a mi buena suerte, si es que me queda algo de ella.

Aterrizo en el espacio con hierba reseca de un metro cuadrado que hay junto a mi apartamento y no pierdo el tiempo. Me levanto y salgo corriendo.

Mientras huyo, intento encontrarle sentido a todo. *¿Qué demonios está pasando, en el nombre del buen señor?*

Lo que me explicaron mamá y papá no puede ser verdad. Esta es la vida real. Cosas así solo ocurren en los libros, en las películas o en pesadillas muy retorcidas.

Mientras mis pies avanzan por la acera inhalo tanto aire como puedo, como si nunca fuera a volver a respirar aire libre. Está limpio y fresco y me ayuda a despejarme.

Paso una esquina y me detengo.

Diablos.

Algo me dice que el grupo de tipos musculosos con equipo táctico en la esquina más alejada de la calle no está aquí para una convención local de fisicoculturismo.

Bien, tan solo tengo que irme por el otro lado…

¡Diablos, diablos, diablos!

Más gorilas se acercan.

Ok, plan B: si me voy caminando por la carretera…

Ay, no me jodas.

Una camioneta negra se acerca chirriando los cauchos y bloquea mi camino. Está lleno de, ¿cómo adivinarlo? Más gorilas armados. Antes de que pueda huir, unos brazos fuertes me agarran y me meten en el interior del auto.

—Si peleas te irá peor —dice uno de ellos, sin ningún tipo de inflexión ni emoción.

Me queda claro que ya han hecho esto antes, por lo que me siento y dejo que me abrochen el cinturón como si fuera una niña de cinco años que no puede valerse por sí misma.

Mientras lo ajustan, intento juntar mis talones como hacía Dorothy en el Mago de Oz y murmurar en voz baja: *No hay lugar como el hogar, no hay lugar como el hogar.*

No obstante, cuando abro los ojos, sigo dentro de una furgoneta con vidrios polarizados, rodeada de media docena de imitadores de Hulk, vestidos con trajes negros de soldado, cada uno portando las armas más grandes y aterradoras que vi en mi vida y mirándome fijamente como si fueran a empezar a disparar si pestañeo mucho.

Sí, creo que ya no estoy en Kansas.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunto. Odio que me tiemble la voz.

No dan ninguna señal de haberme oído. Se quedan sentados en una tensa calma, como un leopardo o un león.

Es bastante obvio que yo soy la presa, pero, ¿qué demonios van a hacerme?

¿Será que mis padres me decían la verdad? ¿Acaso voy a tener que casarme con *un criminal*?

—¿Hola? —repito—. ¿Por lo menos puedo saber a dónde me llevan?

Mi voz suena estridente y llena de miedo, a pesar de haber planeado decirlo con un tono impertinente y *desafiante*.

—Vamos al Hotel Baccarat —espeta uno de los hombres.

—Entiendo, genial, gracias. Siguiente pregunta: ¿por qué?

Esta vez no hay respuesta.

Me quedo callada durante el resto del recorrido, trazando un mapa en mi mente de por dónde vamos pasando: Los Dos Puentes, Parque Gramercy, Centro Este. Tras llegar a un edificio demasiado lujoso, forrado de cristal reluciente y con puertas del tamaño del baño en mi apartamento, el tipo que me respondió en el auto se voltea a verme con expresión impasible.

—Tienes que entender lo siguiente: si intentas escapar o pedir ayuda, te haremos daño a ti y a tus seres queridos. ¿Comprendes?

—Entendido —suelto.

Mi mente intenta débilmente encontrarle un lado positivo a esto, pero lo único que se me ocurre

es que no estoy muerta.

Todavía no, por lo menos.

¿Cómo consiguen las heroínas mantener la cordura mientras les pasan tantas locuras? En los ratos libres en los que escribo mi novela gráfica, es muy fácil imaginarme a mí misma como la estrella de la película, pensando y diciendo todos los diálogos ingeniosos, mordaces y las cosas que diría una mujer fuerte.

Ahora que esto me está pasando en la vida real, solo puedo pensar: *me voy a morir. Me van a matar, me van a matar.*

La camioneta avanza hasta un estacionamiento subterráneo y se detiene allí. Mientras me hacen salir, rodeada de soldados bien armados por todos lados, me pregunto por qué el tipo rudo se molestó en darme esa advertencia.

Este es un frío estacionamiento subterráneo que huele a gasolina y en el que no hay ni un alma a la vista. Entre eso y las férreas manos que me sujetan por ambos lados, la única forma en la que podría huir es si me arrancara los dos brazos de los hombros y los abandonara.

Así que por el momento no puedo correr. Quizá tenga la oportunidad de escapar del lugar en el que me retengan. Es lo único que queda por el momento en mi lista de "grandes esperanzas".

Me llevan a un ascensor. Mientras esperamos guardan las armas, aunque no importa mucho, pues podrían matarme con sus propias manos fácilmente.

Me pregunto si mamá y papá estarán bien. Al fin y al cabo, los gorilas estaban en el apartamento buscándome a mí. De verdad espero que hayan dejado a mis padres tranquilos y que no los lastimaran, aunque Annabelle y Graham tendrán que someterse a un interrogatorio muy *minucioso* por parte de esta servidora, suponiendo que logre salir intacta de esta pesadilla.

—Disculpe —le digo al tipo a mi izquierda, el que se ve menos malvado.

—Yo no abriría la boca —esgrime como respuesta.

Decido callarme.

Una vez dentro del ascensor vacío, uno de los hombres pulsa una serie de botones: el de «Cerrar puertas» dos veces, luego el del penthouse, luego el de «Abrir puertas». El ascensor ronronea hasta llegar a lo más alto, sin detenerse ni una sola vez.

Vaya, hackearon el ascensor. ¿Quién lo hubiera dicho?

Cuando el ascensor se detiene arriba y salgo, encuentro el primer resquicio de esperanza del día: por lo menos, mi asesinato va a ser elegante.

Los ventanales de trescientos sesenta grados que abarcan la altura de la pared y el mobiliario moderno en colores crema convierten el penthouse en un apacible telón de fondo para mi muerte. Una escalera de mármol conduce a un lugar que supongo debe ser todavía más bonito. Este lugar de seguro cuesta más que todas las cosas que me han pertenecido o me pertenecerán juntas.

—¿Están bien mis padres? —pregunto mientras los guardias se dirigen a la puerta.

—Están a salvo —me contesta uno de ellos.

Exhalo aliviada. No tengo más remedio que creerles, por el momento.

—¿Y todo esto? —continúo interrogando—. ¿Me pueden dar una explicación ahora?

—No.

Después se marchan designando, según puedo escuchar, a dos tipos para que se queden apostados en la puerta. Espero unos segundos para ver si los guardias planean hacer algo o si alguien más va a entrar, pero solo se quedan inmóviles en sus posiciones.

Supongo que eso será todo.

Estoy sola en el remanso lujoso, sin nada más que el silencio oneroso haciéndome compañía. Miro a mi alrededor. Podría explorar y ver si se les olvidó algo, alguna cosa que me permita salir de aquí. Este penthouse es tan ridículo que no sería descabellado abrir una puerta al azar y encontrarme un helicóptero en una pista de aterrizaje, esperándome para llevarme a la libertad.

No tengo tanta suerte, por supuesto.

Sin embargo, en lo que respecta a otros aspectos positivos, las habitaciones resultan ser tan hermosas como parecían desde lejos. Todo es estéticamente placentero. Los muebles fueron fabricados por maestros y parecen sacados de la portada de la revista Mafiosos Ilustrados… y, en términos de mi plan de escape, me son completa y absolutamente inútiles.

No hay teléfono fijo para pedir ayuda. No hay cuchillos afilados para defenderme. No hay ningún utensilio a la vista, y lo único que tienen en la nevera es un kiwi solitario todo triste. Ni siquiera veo un cinturón o una cuerda que pudiera resultarme útil para intentar descender a rappel por un lado del edificio si descubriera que puedo escaparme por ahí.

No es el caso, claro, pero aun así una chica en mi situación aprovecharía cualquier oportunidad que surgiera.

El efecto de todo esto es inesperado: un escalofrío me recorre la espalda. Lo único que se me ocurre hacer es ponerme a caminar y reflexionar sobre lo que está pasando.

Sí, hubo muchas cosas raras e inexplicables en mi vida desde que era niña, pero lo que me acaban de contar mis padres no puede ser la verdadera explicación. No puede ser.

¿Ser criada para casarme desde que nací? No puede ser. ¿Quién haría algo así?

Sacudo la cabeza mientras empiezo a fruncir el ceño. No, de ninguna manera aceptaré semejante explicación para toda esta locura. De ninguna maldita forma.

A pesar de todo… ¿por qué otra razón conservarían mi apellido, McNulty, cuando cada dos por tres provocaba una retahíla de preguntas molestas y a veces incómodas?

¿Por qué esa decisión repentina de mudarnos, que fue casi de la noche a la mañana? ¿Y por qué cortar contacto con todas las personas que conocíamos?

¿Y qué hay de aquellas extrañas visitas que recibían mis padres de vez en cuando en mi infancia? ¿Y esa mirada triste que me dirigían a veces cuando pensaban que no me daba cuenta? ¿Y la

forma en que se sobresaltaban cada vez que las noticias o alguien mencionaba algo, aunque fuera mínimo, relacionado con el crimen organizado?

El cosquilleo en mi nuca se intensifica.

«*Te casarás con Dmitry Nikolaev, el flamante don de la Bratva Nikolaev, recién coronado*», fue lo que dijo mamá.

Escuché hablar de los Nikolaev, igual que la mayoría de la gente de esta ciudad. Son poderosos miembros de la alta sociedad que organizan un montón de actos benéficos para las víctimas de catástrofes naturales y otras cosas así. También hay… rumores, por decirlo bonito, sobre algunos de sus negocios.

Ahora, este Dmitry Nikolaev, ¿en serio es como nobleza de la bratva? ¿Es un rey criminal?

Aprieto los puños y sigo caminando.

¿Por qué querría casarse conmigo? ¿Qué clase de psicópata querría casarse con una completa desconocida?

Me estremezco. Esto es un desastre. Tengo que salir de aquí. Lo único que importa ahora es alejarme de estos monstruos. Puedo armar todas las piezas del rompecabezas más tarde, cuando no esté encerrada en el penthouse de un lunático.

Reviso mis bolsillos, pero por supuesto que mi teléfono no está ahí. Está en mi apartamento, donde lo dejé.

Pues muy bien, de vuelta a buscar algo que me sirva de arma.

Otro paseo por la suite me permite encontrar una pesada lámpara de acero, que podría ser una buena arma en caso de apuros. Aunque, mientras más lo pienso, ¿una rehén delirante con una lámpara de acero contra soldados rusos entrenados y armados? Vaya, me pregunto quién ganaría…

Me acerco a la puerta y le doy vueltas al pomo, a pesar de saber muy bien que la cerraron con llave justo después de dejarme aquí. No me sorprende en absoluto encontrarla cerrada todavía.

Llamo a la puerta, sabiendo que los guardias están apostados fuera. Puedo ver las suelas de sus botas cuando me asomo por debajo de la rendija.

—¿Puedo saber cuánto tiempo voy a estar encerrada aquí? —grito.

No obtengo respuesta.

Me escabullo hasta la cocina y acabo comiéndome el solitario, ridículo y triste kiwisito, dándole unas buenas mordidas pues aquí no hay utensilios para trocearlo. Me hace sentir un uno por ciento menos nerviosa.

En algún punto oigo unas botas arrastrándose por el piso. Corro hacia la puerta y me pongo de rodillas para ver el cambio de guardia. Uno de ellos abre la puerta y se asoma para asegurarse de que sigo donde se supone que debo estar.

Interesante. ¿Sucederá lo mismo la próxima vez que cambien de turno?

Si es así, tengo una idea.

Miro el reloj cromado que reposa en la pared. Pasarán justo dos horas. Eso sugiere que, en otras dos horas, vendrán otros dos guardias, y se abrirá la puerta otra vez cuando quieran echar un vistazo…

Y, por lo tanto, tendré otra oportunidad para escapar.

Es una idea tonta, pero a veces las ideas tontas funcionan. Mientras cambian de puesto tomaré la lámpara, golpearé a uno de ellos en su enorme y gorda cabezota y saldré corriendo.

¿Qué podría salir mal?

Me paso las dos horas siguientes fingiendo estar más abatida y acobardada de lo que estoy en realidad, por si tienen cámaras vigilándome. De ninguna manera voy a rendirme y dejar que estos tipos y este imbécil de Dmitry hagan lo que quieran conmigo.

No sin antes pelear. Me animo un poco dibujando representaciones poco favorecedoras de los hombres que me secuestraron y me trajeron aquí. Al calvo con la barbilla enorme le pongo una mandíbula dos veces más grande que su cara, como la de Johnny Bravo, mientras que al que tiene el cuerpo cuadrado como la cabeza le dibujo dos cuadrados apilados, uno encima del otro, como un muñeco de nieve por Picasso. Los dibujo cayendo desde un edificio alto, con una versión mía sonriendo arriba del edificio, mostrando dos pulgares arriba para que los vean todos mis fans.

Aunque, ¿a quién quiero engañar? Aunque tuviera que llegar a salvar mi vida, dudo mucho que pudiera empujar a dos seres humanos desde las alturas.

Con suerte no tendré que hacerlo. No si mi plan funciona.

Cosa que podría pasar, podría ser. Tiene que funcionar.

~

POR FIN, luego de las dos horas más largas de mi vida, llega el momento.

Mientras los tipos se acercan a la puerta, rezo a cualquier Dios que me pueda escuchar y me pongo en marcha.

Agarro la lámpara a toda prisa, porque ya la había desenchufado antes. Repaso mi plan mentalmente. En mi cabeza todo sale a la perfección.

Asestaré un golpe en la cabeza del más bajito, que se desplomará como un personaje de Tom y Jerry con un *¡Plop!* audible. El otro quedará estupefacto ante la muerte de su compañero.

En cuanto a mí, estaré corriendo hacia las salidas como si buscara ganar una medalla de oro en las Olimpiadas.

Preparados. Listos. ¡Fuera!

La puerta se mueve hacia adentro, sobre bisagras silenciosas. Estoy de pie, justo fuera de la línea de visión de este hombre. En cuanto la cabeza del ogro se asoma por la rendija, blando la

lámpara con todas mis fuerzas, agradeciéndole en mi mente a Ricardo, del campamento de entrenamiento de Barry, que me obligó una y otra vez a hacer prácticas de bateo durante los circuitos de entrenamiento cruzado de los sábados por la mañana.

¡BOOM!

Hago contacto de forma impecable. Es un jonrón. Se apagan las luces, el público enloquece.

El gorila se estampa en el suelo con un ruido seco. No hace *Plop* que digamos, pero lo aceptaré. De todos modos, ya estoy pasando junto a él, junto a su aturdido compañero, y entrando en el lujoso pasillo forrado de terciopelo sin molestarme en mirar atrás.

Un giro brusco a la derecha me revela una escalera justo adelante. Oigo pasos detrás de mí. Ya me están ganando terreno.

Demonios.

Era buena en atletismo en la secundaria, pero, ¿seré capaz de superar a unos asesinos entrenados? Imagino que correr está en la lista de habilidades requeridas para su puesto. Casi puedo verlo: *Se buscan secuestradores/asesinos para cargo en la mafia rusa. DEBEN ser grandes y feos, trabajar bien bajo presión, tener dudosos principios morales y una resistencia física de primera.*

Me lanzo por los escalones tan rápido que por poco me caigo. Paso un piso y luego otro.

No voy a lograrlo.

Tienes que lograrlo.

Los gorilas vienen a un piso de distancia de mí más o menos, bajando los escalones a golpes.

No voy a lograrlo.

Tienes que lograrlo.

Llego hasta abajo, gracias a Dios. La salida al mundo exterior está justo ahí. Mi libertad, mi salvación. Todo lo que tengo que hacer es salir y empezar a gritar pidiendo ayuda. Alguien me salvará.

Estoy tan cerca. Empujo la barra de la puerta, se abre y un aire muy fresco inunda mis pulmones.

Planto un pie en la acera, tomo una bocanada de aire y me preparo para gritar "*¡LIBERTAD!*" como si fuera Mel Gibson en Corazón Valiente…

Es entonces que alguien me tapa la boca con una mano.

—Shh, no pongas resistencia, Shannon. Solo lograrás que te lastimemos.

SHANNON

¡*No*!

No estando tan cerca.

No después de haber llegado tan lejos.

Mis ideas vagan por el mismo camino que recorrieron cuando mamá me dijo una frase parecida en el pasillo de mi edificio. *¿Que no me resista? Claro que me resistiré.*

Le muerdo la mano y lo pateo al mismo tiempo. El tipo me ataja el pie en el aire, lo dispone alrededor de su cadera como si estuviéramos bailando un tango y me acerca a él.

Ay, no. Oh, Dios, no.

¿Por qué huele tan bien? Una pregunta mejor, ¿por qué estoy fijándome en su aroma, para empezar? Como si no tuviera problemas más importantes por los que preocuparme.

Pero, de todos modos, reparo en eso. Es una fragancia fuerte, fresca y misteriosa.

Está claro que luchar es inútil, pero aun así intento librarme. Ya me está arrastrando de vuelta al interior, hacia el área de la escalera, al edificio del que acabo de huir.

Intento arrastrar los pies, pero él me toma en brazos como si fuera un bebé que no pesa nada.

Pasamos junto a los hombres que me perseguían.

—Descansen, muchachos —canturrea mi captor sarcásticamente, con una voz grave y áspera. Me siento como un muñeco de peluche en sus brazos, a pesar del efecto que mi agitación ejerce en su comportamiento.

—Muy bueno, jefe —dice uno de los fornidos guardias.

El hombre que me lleva cargada no responde. Se limita a acomodarme entre sus brazos mientras yo sigo forcejeando.

Jefe le dijo…

Trago saliva. ¿Significa eso que este hombre es Dmitry? No puedo verle la cara… aunque, pensándolo bien, es obvio que no lo reconocería aunque pudiera, ya que para mí es, bueno, *un perfecto desconocido.*

Cuando llegamos a la habitación me deja sobre la cama, y yo me envuelvo las rodillas con los brazos hasta convertirme en un ovillo ansioso.

En lugar de escuchar sus pasos salir de la habitación, veo que sigue delante mío.

Observándome. Esperando.

Levanto la cabeza para mirarlo con un gesto mordaz. De todas las cosas que pensé que sería, no esperaba que fuera tan guapo. Tiene unos pómulos elevados, el pelo oscuro y despeinado, unos ojos estrechos que destellan con emociones convulsas.

Aparto esos pensamientos traicioneros.

—¿Qué quieres? —digo bruscamente—. ¿Por qué estoy aquí?

—¿No te advirtieron que no debías intentar escapar? —pregunta con aire aburrido.

—Sí, lo siento —replico con el ceño fruncido—. Tienes razón. Debería haberme quedado aquí después de que me secuestraran unos hombres armados. Qué tonta.

—Ah, por supuesto —responde—. Escapar de hombres que no tendrían problema en dispararte es mucho más inteligente.

Resoplo, agitando el mechón de pelo que me cuelga sobre la cara.

—Da igual. Si eres ese tal Dmitry, te lo diré yo misma: desaparece, vete al carajo, todo eso. No quiero tener nada que ver contigo.

Una sonrisa se le dibuja en la comisura de los labios, aunque su mirada oscura mantiene la misma expresión impasible.

—Es evidente que no lo entiendes. Esto nunca ha tenido que ver con lo que tú quieras.

No puedo creerlo. ¿Cómo es esto posible? Estamos en los Estados Unidos, en pleno siglo XXI. No puedes entregarle una persona a un supuesto futuro marido como si nada, sin siquiera informarle a la persona lo que está pasando.

—Mis padres… —exhalo—. No harían esto… mejor dicho, no lo hicieron…

—Y, fíjate tú, sí lo hicieron. Bueno, parecer ser que intentaron librarse del convenio. Una estrategia poco inteligente.

—¿Estarán bien? —suelto.

Los gorilas armados que me trajeron dijeron que lo estarían, pero él es el jefe, así que está claro que es a él a quien hay que preguntarle.

Se me queda mirando.

—Aun después de lo que te hicieron, de lo que te ocultaron, ¿te preocupas por ellos?

Parpadeo, extrañada.

—Por supuesto, son mis padres. Así es como uno reacciona, si uno es un ser humano normal con sentimientos. Ahora, dime: ¿sí van a estar bien?

—Si cooperas, sí. Eres consciente de que estuvieron metidos en esto desde el principio.

—¿Metidos en qué? Ni siquiera entiendo qué ocurre.

—Soy Dmitry Nikolaev —explica—. Desde que cumpliste cinco años me prometieron tu mano. Tus padres biológicos fueron los líderes de una mafia irlandesa, el clan McNulty. Perdieron una guerra ante mi familia, la bratva Nikolaev, y la única forma en la que se permitió que quedaras con vida fue que te dieran en adopción. Eso hicieron. Dieron sus vidas para que tú pudieras sobrevivir. Tus padres adoptivos conocían a mi padre y anhelaban tener un hijo. Mi padre te dejó con ellos para que te criaran, pero con ciertas… condiciones.

Casi me hace vomitar. «Ciertas condiciones», como si fuera un ternero al que engordan para el matadero.

Miro fijamente el almohadón de gamuza blanca que reposa en mi regazo, el que he venido apretando entre mis manos sin darme cuenta.

—Entonces, viniste para… —indago—. ¿Para qué, exactamente?

Se lleva las manos a la espalda.

—Para verte bien con mis propios ojos.

Un escalofrío me recorre la espalda. Algo en la forma en la que lo dice, algo oscuro y posesivo, me emociona y me horroriza en partes iguales. Solo dejo que vea esa segunda emoción.

—No entiendo. ¿En serio te casarías conmigo? No te conozco, ni tú a mí.

Se encoge de hombros.

—Quizás es lo mejor. Tanto para mi familia como para mi posición.

—Fantástico. Entonces, ¿no soy más que un peón para ustedes?

—Queda por demostrarse qué eres exactamente, Shannon McNulty.

Disimulo el rubor que colorea mis mejillas levantándome y caminando hacia la puerta. Afuera hay dos guardias vigilando, tal como antes.

—Púdrete —mascullo sin mirar a Dmitry—. No soy un cerdo que subastan en una granja.

Viene tras de mí a grandes zancadas. Me pasa por un lado y se me para en frente.

—No, no lo eres —afirma. Hace una pausa antes de continuar—. Eres algo mucho, mucho más valioso.

—¿Ah?

—Te entrenaron para complacer.

—Mira —replico—. Me da igual lo que me ofrezcas, no aceptaré. ¿De verdad quieres compartir una vida con alguien miserable que te odia? No puedes tener unos guardias pendientes de mí toda la vida. Y de verdad no puedes hacer que te quiera.

—¿Es eso un reto? —se echa hacia adelante, de modo que su nariz queda a centímetros de la

mía.

—Es una promesa.

Sonríe como un lobo, con un brillo en la mirada.

—No entiendes lo que rechazas. Tendrás un poder incalculable, acceso a todo lo que desees y más dinero del que pudieras soñar.

—Qué tentador, pero paso.

—No es una propuesta.

En lugar de responder a ese comentario específico tan pendejo, me echo para atrás y lo abofeteo tan fuerte como puedo.

Por lo menos esa es mi intención.

Dmitry es demasiado rápido, veloz como un rayo. Su mano sale disparada como un cohete y me ataja la muñeca en el aire.

No puedo evitar soltar un grito de sorpresa.

Luego, para empeorar… Bueno, ya nada podría ser peor, pero el tipo se ríe en mi cara.

—Cuidado, linda. Podrías salir lastimada intentando hacerle algo así a un hombre como yo.

—¿Ah, sí? —exclamo. Lucho por zafarme—. Así que tengo que hacer lo que digas, o si no ¿me harás daño?

Con un movimiento suave me voltea, me inclina sobre la cama y pone todo su peso sobre el mío. Luego, susurra, derramando su aliento caliente en mi oído:

—Haz lo que te digo, o te mostraré lo que le pasa a la gente que no me obedece.

Solo alcanzo a ver el tejido blanco del edredón en el que me oprime. Lo único que huelo es el detergente con el que lo lavaron y, latente en la lejanía, el aroma intenso y misterioso de la colonia de Dmitry.

Hasta que la presión que ejerce encima de mí se desvanece, desaparece por completo.

Me quedo quieta por un largo minuto. No me muevo hasta que lo oigo caminar por el suelo de mármol.

Cuando por fin alzo la vista, veo a Dmitry en la puerta, sonriéndome con un regocijo exasperante en su expresión.

—Ya lo sabes —me dice—. No vuelvas a cometer ese error.

Después, se va.

Me quedo mirando la puerta anonadada por unos segundos después de que se marcha, antes de volver a hundir la cara en el edredón para ahogar un grito de furia. Entierro mis gritos en el edredón hasta que me duele la garganta. Luego, respiro hondo y vuelvo a gritar.

Cuando ya tuve suficiente, me levanto con esfuerzo y me reclino en el cabecero de la cama.

Todo lo que Dmitry me reveló me da vueltas en la cabeza.

¿Mis padres están metidos en esto desde el principio? ¿Todo el cuento sobre cómo no podían tener hijos propios, cómo decidieron adoptar, cómo me encontraron… todo fue una sucia mentira? ¿Qué hay en mi vida que sea real?

¿De verdad soy la princesa de la mafia McNulty que este psicópata de Dmitry cree que soy?

No.

Me recuerdo a mí misma los hechos: soy Shannon McNulty, hija adoptiva de Annabelle y Graham Patterson. Soy secretaria en una agencia de trabajo temporal. Dibujo novelas gráficas. Mi mejor amiga es Victoria Constanza. A pesar de repasar estos detalles en mi cabeza, es como si de golpe pudiera ver las incongruencias en mi vida, como si me asomara por el ojo de la cerradura de una puerta cerrada para ver lo que ha estado ocurriendo al otro lado todo este tiempo.

No me hace sentir mucho mejor, así que dejo atrás todo ese sórdido ejercicio mental e intento convencerme de que no importa. No importa quién soy, de dónde vengo, hacia dónde voy. Quienquiera que sea, solo necesito salir de aquí.

Irme de esta habitación.

Sobre todo, alejarme de… él.

Aunque, ya que estamos en esto, tengo que preguntarme: ¿por qué mi cuerpo reaccionó así? Mientras intentaba escapar me invadió un bochorno rarísimo. Si no me conociera, diría que me siento atraída por él.

—Pero claro que no —murmuro. Tiemblo como si pudiera sacudir de mi memoria lo que acaba de ocurrir.

Si el tipo fuera más feo…

Bueno, eso tampoco importa. No importa. Es un cerdo asqueroso y prefiero casarme con un perro rabioso y sarnoso antes que con él.

Pero si vuelve…

Se me pone la piel de gallina por instinto. Me pongo de pie. Tengo que salir de aquí antes de que eso ocurra. La pregunta es: ¿cómo?

Voy hacia la puerta, la reviso. De nuevo está cerrada, y no importa cuántas veces mueva el pomo, sigue así. Mis piernas temblorosas logran llegar a la cama de nuevo. Dios, ojalá pudiera llamar a Vicki. Ella sabría qué hacer o, en su defecto, tendría alguna observación graciosa que me haría sentir mejor. Me sacaría de este aprieto.

Pero, ¿cómo podría llamarla, cuando este podría ser el inicio del resto de mi vida?

Si logro huir, ¿acaso un hombre como él me dejaría escapar? Si logro huir, ¿qué me da eso? ¿Unos meses más, unos años?

¿Cuánto tiempo ha estado vigilándome Dmitry Nikolaev, esperando para hacer esto?

¿Qué está dispuesto a hacer para darle fin?

Tantas preguntas y tan pocas respuestas.

Solo hay una forma de salir de esta habitación, y es a su modo. Así que por ahora jugaré según sus reglas. Al menos, hasta que encuentre una mejor opción.

Me levanto y le doy golpes a la puerta por más tiempo del que creo razonable hasta que, por fin, me responde una voz masculina.

—¿Qué?

—Dile que estoy dispuesta a considerar lo que me dijo —le digo—. ¿Será que puede venir?

—No está aquí —refunfuña la voz. Apuesto a que es cabeza de bloque. La voz de Johnny Bravo es un poco más áspera.

—Pero si pudieras llamarlo —suplico entre dientes con mi tono más dulce—. Seguro él podría…

—No funciona así.

—Bueno, entonces, ¿cuándo sabré de él?

—No sé.

—¿Estaré atrapada aquí?

No me responde.

—¿Hola?

—Te traerán comida en una hora. Eso es todo lo que sé.

De repente, mi estricto autocontrol se quiebra.

—¡Al diablo contigo y tu comida! Dile, solo pídele… que venga aquí, coméntale que estoy dispuesta a escuchar. Se tomó todas estas molestias para traerme aquí, creo que le gustaría saberlo.

—Tiene asuntos más urgentes.

—Ay, por supuesto. ¿Tiene a otras chicas malhumoradas secuestradas? Bueno, discúlpame. En ese caso, por favor, dile que no me lo tomaré personal si decide que está cansado de mí.

Una vez más, no obtengo respuesta. Le doy una patada a la puerta, pero lo único que consigo es que me arda el dedo del pie.

Me siento como si estuviera en terapia de nuevo, con aquel viejo calvo que casi no hablaba al que mis padres me mandaron cuando pensaron que escuchar My Chemical Romance con tanta frecuencia era un signo de depresión y autolesión inminente en lugar de, bueno, un comportamiento más que normal en una adolescente ansiosa.

—Sí que sabes escuchar —comento en la puerta—. ¿Lo sabías?

No se escucha nada.

—De verdad, ¡deberías considerar cambiar de carrera! Los psicólogos de todo el mundo se mueren por aprender tus técnicas.

Unos pasos se alejan. Supongo que está harto de mí. Lo triste es que eso me enfada.

Me echo en la cama e intento pensar en todas las salidas posibles. En avión, en tren, en auto… Estoy abierta a todas las opciones. Quien pide no puede exigir.

No obstante, me quedo dormida con la mente en blanco.



ME DESPIERTO cuando Dmitry se mete en la cama conmigo. Antes de que pueda hablar, sus dedos se posan en mi boca y su aliento cálido me roza la oreja.

—No finjas que no quieres.

Para cuando me doy cuenta, sus labios se posan sobre los míos. Su fragancia me colma los pulmones, nubla mi cabeza y mis pensamientos.

Quizá lo peor de todo es que, si dijera que no me gusta, no estoy segura de si estaría mintiendo o no.

Sus labios se mueven con una habilidad y una certeza innegables. Incluso apartándome un poco nos mantenemos unidos en un beso. Con una mano sujeta mi nuca y con la otra explora mi cuerpo.

Por su expresión, parece gustarle lo que ve; aunque es más que «gustarle». Reconozco una tempestad intensa en el espesor negro de sus ojos, esa misma que vi cuando intenté abofetearlo.

No sabía lo que era en ese momento. No me importaba, lo único que quería era hacerle daño.

Pero ahora lo sé. Ahora es obvio.

Esa mirada es apetito. Un apetito puro e irrefrenable. Me acaricia las curvas con naturalidad y con la convicción de que le pertenecen. Me hace temblar. Sabe cómo tocarme, casi como si… si estuviera hecha para él.

Abro la boca para negarme. Me mete la lengua. Luego se aparta y su mirada recorre mi cuerpo, me admira.

—Tú —murmura—, eres un trofeo.

—Que te jodan.

Escurre la mano dentro de mis pantalones y me acaricia la vagina frenéticamente. Cuando suelto un grito ahogado, una sonrisa de complicidad se esboza en su cara.

—Pronto, pero no todavía.

Me agarra ambos pechos por encima de la camiseta. Nuestras miradas se cruzan, hay una chispa.

Al segundo siguiente me arranca la ropa. Es rápido, pero no lo suficiente, porque quiero, necesito… lo necesito.

—Ayyyy, qué rico —gimo.

Ya está donde tiene que estar.

Por fin está dentro mío. Pero solo me metió la punta. No lo metió todo, al menos no lo suficiente. Él lo sabe. Cuando lo saca, un placer con aire de indignación me agobia.

—¿Qué? —pregunta con una sonrisa burlona—. ¿No fue suficiente para ti, princesa?

—Tú… —digo con un gemido débil.

Pero me contiene, alejándome de lo que más necesito.

—Di 'por favor'.

Pero qué hijo de puta. Estoy enfadada, frustrada y mi desesperación da tanta pena que ni alcanzo a pronunciar las palabras.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo. Todo esto es como una batalla. Lucho contra él, contra su cuerpo, su olor, sus dedos ásperos y callosos, todo mientras lidio con los sentimientos que afloran en mi interior. Esta es la necesidad más poderosa que experimenté jamás. Un apetito tan intenso como el que se refleja en los ojos de Dmitry.

Él también lo reconoce. Una nueva sonrisa se dibuja en sus labios mientras me mira.

—Vamos, dilo.

—Ok —gimo—. Por favor.

—Qué buena chica.

Después de eso, nada más importa. Empieza a embestirme, lo saca y lo vuelve a meter, una y otra vez.

De todos modos, vamos a su ritmo. Bajamos la marcha cuando él quiere, aceleramos cuando él lo desea. Justo cuando estoy a punto de entregarme a la locura, con este apetito y con lo mucho que me provoca, me penetra más duro que antes.

Justo cuando acabo, y el orgasmo me recorre, y se siente tan bien…

De repente abro los ojos y recuerdo que estoy en mi cama, sola. Resulta que todo *no fue más que un sueño.*

—¡Joder! —ahogo un grito en mi almohada. Me levanto de la cama y corro hacia el baño. Me echo agua fría en la cara, aunque no es lo único que tengo caliente en este momento.

¿Qué demonios me pasa?

Me quedo en el baño más tiempo del necesario. Empapo mi cara una y otra vez, como si no fuera más que otro mal sueño. Como si, poniendo suficiente de mí, pudiera despertarme otra vez.

Como no funciona, me doy una ducha helada. Sin embargo, las gotas gélidas que me salpican en

la espalda se sienten ajenas.

Como si todo, este frío, el secuestro, la revelación de una traición y un plan retorcido que tiene más años que yo, todo eso le estuviera ocurriendo a otra persona.

DMITRY

Cuando el reloj marca las ocho vuelvo al hotel. Los guardias me dan su reporte: ha permanecido en su habitación todo el día, negándose a comer.

Qué bien. Así estará hambrienta.

Al llegar, encuentro a Shannon en el balcón, esperándome.

Me paro en seco nada más verla a través de las puertas de cristal del patio. La furia se apodera de mi ser. El guardia de turno, Artyom, está a medio camino de salir de la habitación, pero me doy la vuelta, me abalanzo sobre él y lo agarro por el hombro.

—¿Acaso no ha recibido el vestido? —pregunto con voz gutural.

Su rostro compungido palidece.

—Lo siento, jefe, ella… Pues…

Lo hago voltearse y le señalo a Shannon, que está apoyada en el balcón con vistas a la ciudad, mirando hacia otro lado.

—¿Eso te parece un vestido, Artyom? —gruño.

Él niega con la cabeza.

—No, señor.

—¿Qué parece?

Murmura algo que no puedo oír.

—Habla más alto, imbécil.

—Parece que viste unos pantalones deportivos y una sudadera, don Dmitry.

Asiento.

—Muy bien. Es exactamente lo que lleva puesto.

Tartamudea. Toda la sangre de su cuerpo pasa más tiempo recorriendo sus músculos abultados que su cerebro.

Suspiro antes de dejarlo ir, disgustado.

—Lárgate de aquí.

Asiente, hace una reverencia escueta y sale corriendo de la habitación. Es estúpido, pero no tanto como para no entender que por poco le arranco la garganta.

Volteo a ver a Shannon, con sus pantalones deportivos y una sudadera. Es una afrenta para nada sutil, como mostrarme justo en mi cara los dos dedos de en medio en respuesta a mi petición.

La cosa es que esto no era una petición.

Una parte de mí quiere reírse. La otra parte quiere enseñarle el precio de su rebeldía.

Salgo al balcón hecho una furia y me planto junto a ella en la barandilla, con los brazos cruzados y sin decirle nada.

Ella no me mira ni abre la boca. Eso me hace reprimir una sonrisa. Que así sea. No tengo ningún problema en dar el primer paso. Aprieto el grueso material de su sudadera entre mis dedos.

—Dejé instrucciones muy específicas sobre tu atuendo.

Da media vuelta y alza la vista para plantarme cara. Me fulmina con la mirada y se aparta de mí.

—No soy de tu propiedad.

Suspiro con tristeza.

—Aún no has aprendido.

—¿Aprender qué? —pregunta, intenta que no le tiemble la voz.

—Lo que los retos me obligan a hacer.

Debe percibir algo en el tono de mi voz, algún matiz de peligro inminente, porque retrocede, me mira con ojos muy abiertos e intenta correr hacia las puertas de cristal que dan a la habitación.

La atajo con fuerza por la cintura.

—No, aún no aprendes nada, mi princesa —susurro ferozmente—. Pero sí que aprenderás.

Hago que Shannon se incline sobre la barandilla mientras grita cosas que no me molesto en escuchar. Luego le bajo los pantalones deportivos y me quito el cinturón para demostrarle con claridad lo que quiero decir.

Con cada golpe del cinturón en su pálido trasero, cubierto solo por el encaje de sus bragas, le estoy dando una lección.

Con cada azote *yo gano el control.*

Dos azotes, *yo pongo las reglas. Yo establezco el tono de nuestro encuentro. Yo digo adónde puede ir, lo que puede hacer, lo que se le permite decir.*

Un tercer azote. *No toleraré más desobediencia, nunca más. Ni una vez más.*

—¡Imbécil! —grita—. Cómo te atreves… cómo… ay… —su voz se desvanece entre gemidos apagados.

Apenas puedo oírla. Intento no mirarla para no distraerme, pero es más que imposible. Su trasero es tan hermoso y grueso. Me pican los dedos por acariciarlo, por disfrutarlo.

Pero me abstengo. Todavía no es el momento.

—Discúlpate —refunfuño haciendo una pausa—. Pide perdón por desobedecer. Promete que no volverá a ocurrir.

Queda claro que fui demasiado blando con ella, pero ese es un error que puede rectificarse fácilmente.

—Jódete.

Le tocará un cuarto azote de mi cinturón, entonces. Se lo propino, aunque su piel ya brilla con zonas rojas. Quiero morderlas, lamerlas, tenerla entre mis manos y sentir su calor.

—¡Dmitry! —grita. Intenta echarse atrás y detenerme. La esquivo con facilidad y suelto una risa cruel.

—Dilo.

—¡Maldito!

Suspiro. El dolor no está funcionando. Es hora de una táctica diferente. Tengo una en mente.

Le bajo las bragas todas húmedas y sonrío, aunque ella no puede verme la cara desde donde tiene la cabeza, colgando hacia abajo. Le meto un dedo en su sexo. Jadea, gime y se tapa la boca con la mano, como si no pudiera oír ya lo mucho que le gusta esto.

—Dilo.

Pero solo logra gemir, estremecerse ante el tacto de mi dedo, mientras agita la cabeza una y otra vez como si no estuviera segura de estar tratando de convencerme a mí o a sí misma.

Dios, está mojadita. Bien mojadita y caliente.

Empiezo a meterle los dedos, rápido y con fuerza. Su respiración está acelerada y es difícil de acompasar.

—Dilo. Dilo ya.

Cuando hago una pausa, su vagina me aprieta el dedo, ávida.

—No, es que, por favor… Ay, muérete. Ah, por favor… ¡Lo siento!

Busco su punto G y lo estimulo sin piedad, al tiempo que mi pulgar le acaricia el clítoris, cada vez más rápido. Su respiración y la mía se aceleran entre jadeos hambrientos y salvajes.

Hasta que por fin acaba, entre gemidos y temblando.

Eso es mucho mejor.

Pide perdón cuando yo se lo ordeno, acaba cuando yo quiero, es la esposa obediente que le enseñaron a ser…

Eso es lo que exijo. Lo que espero.

Le subo las bragas y los pantalones deportivos y la dejo descansar en la mesa con sombrilla que aguarda por nosotros.

—Ya está —digo como si no hubiera pasado nada—. Así está mejor.

Tiene el pelo revuelto y la boca bien abierta, como si estuviera en estado de shock. No me devuelve la mirada.

Me encojo de hombros y levanto la mano para llamar a la servidumbre.

—Estamos listos para cenar —le digo al hombre que se acerca trotando. Asiente y se apresura a entrar a buscar la comida.

No aparto la mirada de Shannon mientras el tipo y los otros guardias llegan con platos repletos de filete mignon con mantequilla, risotto cremoso de camarones y trufas, bisqué de langosta y ensalada de rúcula fresca.

Ella se resiste a mirarme. Su torso se eleva y vuelve a descender con esfuerzo.

Qué bien, mi esposita linda fue puesta en su sitio. Por ahora, al menos.

La comida huele sensacional. De repente me doy cuenta de lo hambriento que estoy y del tiempo que pasó desde la última vez que comí. Con toda esta adrenalina que aún me recorre las venas después de doblegar la voluntad de Shannon, tengo ganas de agarrar el filete con la mano como un cavernícola y desgarrarlo con los dientes.

Sin embargo, ya perdí el control por un momento. No había planeado ponerle una mano encima de una forma tan… íntima. A pesar de ello, en cuanto sentí el impulso supe que no podía ignorarlo. Por eso tomé lo que me pertenecía, tal y como estoy destinado a hacer.

Habrá más de eso en el futuro. De momento, tomo el tenedor y el cuchillo dorados que hay junto al plato, corto un trozo de filete con una hábil maniobra y me lo llevo a la boca. Lo acompaño con un sorbo de vino tinto.

Shannon sigue sin decir nada y sin hacer nada, mirando a lo lejos, concentrada en el vacío.

—Tu trabajo —le digo—. Háblame de tu trabajo.

Me mira y parpadea, como si le llevara mucho tiempo procesar lo que acabo de decir. Luego algo cambia en ella, como si hubiera tomado una decisión.

—No hay mucho que contar —dice, mirándome mientras apoya los codos en la mesa a propósito y empieza a masticar con la boca abierta.

—Compláceme.

—Soy secretaria. Anoto citas, simulo trabajar cuando está mi jefe. Ese tipo de cosas importantes.

—Ya veo. ¿Te gusta?

—Gustar no es la palabra que yo usaría.

—¿Qué cosas te gustan entonces?

—¿Qué te importa?

Aprieto el tenedor entre los dedos. ¿Es que ya quiere una segunda ronda? No, ahora no. Todavía no. Paciencia, Dmitry.

—¿Qué te gusta? —repito, con más contundencia esta vez.

Me responde con una mirada voraz.

—Me gusta mi apartamento, mis amigos, mi libertad. Ya sabes, pequeñas aficiones tontas como esas.

—Shannon —mantengo mi voz más calmada de lo que quiero, más ligera—. ¿Necesitas que te recuerde cómo debes comportarte?

Su cara se arruga con una expresión derrotada.

—Me gustan los pastelillos, las calas. Me gusta Halloween. Me gusta dibujar. No hay nada que me guste más en la vida que dibujar.

—¿Qué cosas dibujas?

—Cualquier cosa. De todo.

—¿Algo en particular?

—Estoy dibujando una novela gráfica.

—¿Ah, sí?

—No finjas que te importa —suelta. Luego agrega algo con la cara desencajada—. Lo siento.

Asiento, satisfecho con su reacción. Está aprendiendo. Es lenta y testaruda, pero sí aprende.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?

—Por supuesto —le digo con delicadeza—. Me dedico a las relaciones públicas. Caridad, trabajo social, ese tipo de cosas. Tengo un equipo de hombres que me son leales y hacen lo que yo digo. Trabajamos al servicio de nuestra comunidad.

—Ah, así que esa es la versión socialmente aceptable —dice ella—. ¿Por qué no me dices la verdad? No es como si me fuera a ir a ninguna parte.

Sacudo la cabeza mientras corto otro bocado de filete.

—Esto no funciona así.

—Tú puedes analizarme como si fuera un insecto recién descubierto, ¿pero yo no puedo hacerte preguntas a ti?

—Puedes hacerme preguntas. Me preguntaste algo, y te respondí.

—De acuerdo —acepta—. ¿Hermanos?

—Tengo dos hermanos.

—¿Saben a qué te dedicas?

—Son mis confidentes más cercanos.

—Ay, ¿verdad que son una linda familia?

—Tenemos algunos intereses comunes.

Ella pasa la comida que tiene en la boca.

—¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí?

—El tiempo que yo quiera.

Frunce el ceño de nuevo, aprieta los labios frustrada. Eso me gusta. Su voz, en cambio, tiene una mordacidad que no me gusta. Aprieto fuerte el tenedor y se me marcan los nudillos blancos.

—Este jueguito tuyo de evadir preguntas es una porquería —hace una mueca de asco—. Adelante, dame el guión para que acabemos de una vez. ¿Qué quieres que te pregunte?

Contrólate, me recuerdo. Si permito que me saque de quicio cada vez que me responde mal, nos espera una larga noche y un tortuoso matrimonio. Respira y ya.

—No es un juego. ¿Qué quieres saber?

Me dedica una sonrisa tensa y amarga.

—Lo único que quiero saber es cómo puedo escapar de este lugar.

—Fácil: haz lo que yo diga, desea lo mismo que yo. Con el tiempo, la conversación oscilará hacia lo que tú quieras.

—Ni hablar —se burla—. Eso no va a pasar.

—Como quieras.

Volvemos a comer en silencio durante unos momentos. Me fijo en ciertos detalles: cómo sujeta el tenedor con la mano que no es, cómo mastica solo con un lado de la boca, cómo mueve la cabeza para apartarse el pelo de la cara.

Trato de convencerme de que nada más estoy siendo observador, tal como me enseñaron. Busco debilidades, indicios.

Pero esto es diferente. Hay otro aspecto en lo que hago ahora, uno que no sé cómo describir.

—¿Y tú? —pregunta con voz dulce al cabo de un rato—. ¿Qué te gusta a ti?

—Me gusta la gente que me hace caso.

—Apuesto a que sí —dice antes de resoplar.

—Me gustan las mujeres que hacen lo que yo quiero —añado.

Esta vez, pone los ojos en blanco.

—No paran de llegar las sorpresas.

Le empiezo a agarrar la rodilla por debajo de la mesa.

—No me presiones.

—¡Cielos! —exclama—. Un segundo me tratas mal y al siguiente me tratas bien. Sé coherente, por el amor de Dios. ¿Qué quieres de mí?

—Tratemos de tener una cena medianamente agradable —digo—. Tengamos una conversación como la gente normal.

—¿Y qué pasa si no puedo hacerlo?

Le suelto la rodilla y me reclino en la silla, cruzando los brazos detrás de la cabeza.

—Entonces, supongo que tendré que recordártelo por las malas.

Me clava una mirada que destila odio.

—Tú sí que eres bien hijo de puta, Dmitry.

Pronuncia mi nombre como si fuera un insulto.

—Soy muchas cosas, pero no soy eso. Mi madre es una mujer encantadora.

—Si se parece a ti en lo más mínimo, entonces es una criminal despreciable.

En ese instante, mi voz resuena como un látigo.

—No te atrevas a hablar de mi madre.

Se hace el silencio.

Le da un bocado a su filete sin dejar de mirarme. Mastica y traga. En cuanto empieza a decir algo, alzo una mano para interrumpirla.

—Quizá estar en silencio sea lo mejor ahora.

Esta chica es pura rebeldía y, sin embargo, mi pene no podría estar más duro. Estoy a punto de convencerlo de que se calme, obligándome a pensar en cadáveres, a hacer cálculos mentales sobre los ingresos del negocio en los próximos meses; cosas así, para distraerme de esta agonizante erección. Entonces, ella vuelve a hablar.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

Asiento, renuente.

—¿Nunca te sientes culpable por las cosas que has hecho? ¿Por la gente que has herido?

La respuesta es fácil.

—No. El poder es un aspecto esencial de la condición humana desde el principio de los tiempos. Algunas personas lo tienen, mientras que otras están resentidas por no tenerlo. Si yo no fuera

poderoso, estaría sometido a los que sí lo son. Tienes que tomar el poder o someterte ante él. A mí me desagrada no tener el control.

Me mira fijo, inescrutable, con el cuchillo y el tenedor suspendidos en el aire.

—Mírate a ti, por ejemplo —la señalo—. Si tu familia hubiera sido más poderosa, no estarías en esta situación. Así que ahora déjame preguntarte: ¿preferirías sentarte en mi silla o en donde estás ahora?

—Donde estoy, por supuesto —responde de inmediato—. Al menos puedo estar tranquila sabiendo que soy una buena persona.

Me río entre dientes.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podrías decir? Lo único que te queda en este momento son tus creencias y tu erróneo concepto de superioridad moral. Mira lo bien que te protegen.

—Lo que de verdad no entiendo es, ¿por qué yo? Eres un… Tienes muchísimo poder, ¿no? Podrías tener a quien quisieras. ¿Por qué elegir a alguien que no quiere estar contigo?

—Fue un pacto que se selló hace años. Nuestros nombres unidos serán un símbolo.

—De cómo tu banda de maleantes venció a la mía. Qué edificante.

Asiento.

—Eso… y de nuestra fuerza. Aunque los McNulty huyeron de Nueva York hace años, su nombre sigue teniendo peso, se los respeta. Es una alianza fuerte.

—¿Así que te casarás conmigo por cuestión de imagen, y luego harás lo que te plazca con quien quieras mientras yo me pudro en cautiverio?

—Yo no dije nada de eso.

—Entonces, ¿cómo serán las cosas?

Le vuelvo a poner la mano en el muslo, esta vez con gentileza.

—Dejemos este tema por ahora. Háblame de tu amiga.

Traga saliva.

—No sé si debería hablarte de ella.

—No hace falta. Ya averiguamos todo sobre Vicki Costanza.

Su mirada se llena de horror.

—Ni se te ocurra…

—Pues háblame de ella. Lo sé todo, de todos modos, pero me gustaría oírlo de tu boca.

Se queda callada, mirándome con aire desafiante.

Pongo las palmas de las manos sobre la mesa.

—Shannon, no me obligues a pedírtelo otra vez.

Sus ojos se cierran y, cuando se abren, habla con una voz rígida.

—Pues… ella… somos mejores amigas desde que tengo cinco años. Siempre me apoyó. Es divertida y valiente y, si se te ocurre hacerle algo, te juro por Dios que…

—No será necesario, mientras sigas portándote bien como hasta ahora.

Se queda callada. Pasan unos minutos de silencio. Estoy a punto de pedir el postre cuando, con una mirada agresiva, se inclina para tomar una cucharada de la sopa que no había tocado hasta ahora y sorbe haciendo mucho ruido.

—¿Segura que quieres hacer eso?

Sorbe otra cucharada, dirigiéndome otra mirada agresiva. Luego otro sorbo aún más fuerte.

Aprieto los puños en mi regazo. Si sigue presionándome así…

—Te entrenaron mejor que esto.

—Si pateas a un perro bastante, se pondrá rabioso —sisea con un destello en los ojos.

—Si entrenas bien a un perro, se pondrá contento por complacerte.

Levanta la barbilla.

—Dejemos una cosa clara: nunca seré feliz complaciéndote.

—Eso ya lo veremos. Mientras tanto, te aconsejo que dejes de hacer esto. Ya viste que no me gusta que me desobedezcan.

—Y tú ya viste que me importa un carajo lo que me hagas. Nunca me domarás. Soy un ser humano y no tienes derecho a retenerme aquí.

Ya basta. Es hora de recordarle quién manda aquí.

Agarro su silla y la arrastro hacia mí. Sin dejar de mirarla directo a los ojos, meto la mano en su pantalón deportivo y vuelvo a hundirle los dedos.

—Ah —murmuro—. Todavía estás mojadita. Parece que tu vagina no es tan desobediente como tu boca.

Luego, de la nada, me sorprende.

Sin romper el contacto visual, se echa hacia adelante y me agarra el pene por encima de los pantalones. Mueve la mano de arriba a abajo.

Aprieto la mandíbula para evitar gemir. Durante todo el tiempo que llevamos aquí sentados, mi pene estuvo desesperado por ir adonde están mis dedos en este instante. Para darle un castigo a ese hoyo húmedo que necesita sexo y arrancarle más gritos desesperados a sus dulces labios.

Bueno, si ella quiere jugar este juego, yo también puedo.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Ya la tengo temblando gracias a mis dedos, mientras me

desabrocha los pantalones e introduce la mano bajo mis calzoncillos, sacando mi miembro.

Nuestras miradas no se separan.

Tendrá que aprender que yo no pierdo nunca. No dejo que la gente me falte al respeto. Soy Dmitry Nikolaev, y hago del mundo lo que yo quiero que sea. ¿Y qué si a mi nueva prometida le toma más tiempo entrar en razón?

Tengo tiempo de sobra.

Tarde o temprano, ella acabará entendiendo.

Acabará con más intensidad de lo que nunca creyó posible. De hecho, ya se le corta la respiración. Se siente tan, pero tan bien. De verdad es increíble.

Y así, mientras nuestras miradas se enfrentan y nos masturbamos el uno al otro en este juego tan retorcido, mantengo mi rígido autocontrol y logro reprimir mi orgasmo.

Su rubor facial delata que ella también intenta hacer lo mismo. No durará. Uno de los dos no aguantará. Me niego a ser yo.

Mientras la masturbo con una mano, alzo la otra para acariciarle el torso. Pellizco un pezón, luego el otro. Después, rodeo su cuello, la estrangulo un poco.

—Serás adiestrada —gruño. Se estremece y tiembla, a punto de perder el control—, y serás mía. Adelante, pequeña. Acaba para que tu prometido te vea.

A continuación, justo con mis palabras, acaba tal y como le indiqué. Grita, al tiempo que la mano que rodea mi pene vacila y su vagina se contrae, aplastando mis dedos una y otra vez.

—Qué buena chica.

Cuando su orgasmo termina, quito la mano de su sexo, sonrío y me limpio los dedos en el mantel.

—Eres asqueroso —esgrime. Trata de volver a ponerse las bragas y los pantalones deportivos. Tiene la cara acalorada y enrojecida, además del pelo revuelto, una vez más. Es bastante bella, si he de ser sincero conmigo mismo.

—Siendo así, debería irme —me levanto, con el corazón acelerado—. No querría espantarte el apetito antes del postre.

Lo que no quiero es que note que lo que acabamos de hacer ocurrió muy rápido. Demasiado rápido.

Vuelvo a meter mi pene erecto en mis pantalones, me subo la cremallera del traje y me dirijo a la puerta con paso firme.

Es fácil sentir que salí victorioso de esa pequeña batalla cuando entro en el ascensor y cuando me voy del hotel, aunque mi pene siga duro como una roca. Siempre salgo victorioso. Soy un Nikolaev. Forjo mi propio destino y siempre consigo lo que quiero.

Aunque apenas he pasado tiempo con Shannon, puedo añadir algo más a la lista de cosas que deseo…

A ella.

SHANNON

¿Qué demonios me pasa? Es el único pensamiento que me ronda la cabeza una y otra vez, sentada en silencio contemplando lo que Dmitry me acaba de hacer. Pero eso no es lo peor. Lo peor de todo es… Que una parte de mí lo disfrutó. Ese imbécil sádico quiere controlarme, quitarme todo lo que amo, hacer lo que quiera conmigo. Y me gustó.

Pero, si eso lo convierte en un monstruo enfermo y depravado… ¿qué dice de mí? ¿Por qué cuando estoy cerca suyo, en lugar de odio y asco, lo único que siento es esa palpitación en mi pelvis que delata mi atracción hacia él?

Me quedo sentada un rato más, contemplando el horizonte que se vislumbra más allá de la ventana. El cielo está oscuro, pero la ciudad está radiante. Tanta gente con sus lindas vidas luminosas y yo aquí, con una perspectiva cada vez más oscura.

¿Será este mi futuro? ¿Sentarme en los balcones a detestarme por situaciones del pasado? ¿Por cosas que no pude evitar? Me levanto para dirigirme a la cama. Estar aquí sentada no mejorará nada.

Resulta que él también invade mi sueño. Tengo más sueños donde él entra en mi habitación, peleamos, su mirada destella cuando está enfadado y sus ojos se entornan cuando está excitado.

Y esas manos siempre agarrándome, siempre tocándome, siempre reclamándome como *suya*.

~

UN GOLPE fuerte a la puerta me hace incorporarme en la cama y entrecerrar los ojos ante la luz del sol. No estoy segura de por cuánto tiempo me dormí, pero ya está claro afuera y me siento aturdida.

—¿Sí?

—Vino tu suegra —anuncia el guardia de cabeza cuadrada, cuyo nombre es León, según aprendí —. Vanna.

Rechino los dientes.

—¿No podemos decirle, tal vez —digo, intentando pensar en algo factible o cualquier cosa, en realidad—, que espere…?

—No esperaré —Vanna irrumpe en la habitación sin esperar permiso. Su voz resuena en la habitación.

Se detiene en la puerta. Es una dama impecable y hermosa, con el pelo corto oscuro, una postura perfectamente erguida, como la de una bailarina, y un vestido color bronce a la altura de la rodilla. Tiene una mirada penetrante e intensa.

—Hora de levantarse. Son las nueve de la mañana. No creo que pensaras dormir todo el día.

Ojalá. Cuando duermo, es como si nada de esto fuera real. Como si nada de esto estuviera pasando. Entre estar despierta y soñar, preferiría soñar.

—¿Y bien? —me pregunta. Se acerca al borde de la cama—. No me hagas preguntarlo dos veces.

—¿Cómo es que está de acuerdo con esto? —increpo.

—¿De acuerdo con qué?

Su sonrisa es gélida a causa del bótox. Totalmente desprovista de ninguna calidez o emoción humana. Es una versión aún más tosca de la sonrisa que vi en los ejecutivos de mi trabajo. Esos hombres que visten trajes espléndidos y llevan un café con leche en la mano en todo momento, los que pueden hacer llorar a una secretaria por preparar el café con leche de avena en lugar de leche de almendras sin que eso les quite el sueño.

Esta mujer habla como si secuestrar chicas para obligarlas a casarse fuera lo más normal. Bien podría ser la peor mañana de mi vida, pero ¿para Vanna Nikolaev? Solo un día común. Estoy demasiado abrumada como para poder entender todo esto ahora mismo. Voy a volver a dormirme, volveré a hundirme en la almohada y cerraré los ojos. Tal vez si la ignoro…

—Vamos, muchacha, no seas tonta —dice con un gesto aburrido—. No me gustaría recurrir a las amenazas.

—¿No quieres que tu hijo se case con alguien que lo ame? —pregunto manteniendo los ojos cerrados.

Me siento como una de esas heroínas estúpidas de las películas de los 90s, haciendo todas las preguntas obvias y trilladas. Pero es lo único que se me ocurre. Seguro que alguien en esta familia tiene una pizca de compasión o de humanidad.

Quizá no. Quizá sea tonto intentar razonar con estos psicópatas. De todos modos, vale la pena intentarlo. No puedo dejar de llevarle la contraria a un mundo al que le importa una mierda lo que yo quiero.

—El amor se puede construir —dice—. Eso lleva su tiempo.

Me siento para poder observarla con detenimiento.

—Aclaremos una cosa: nunca lo amaré.

Vanna me mira con unos ojos iguales a los de su hijo: oscuros, un poco rasgados, inteligentes y dignos.

—¿Ya terminaste con tu berrinche? Hoy tenemos programado todo el día.

—No, tú lo tienes programado —corrijo—. Yo me conformo con quedarme aquí, gracias.

Si Dmitry cree que tiene que mandar a la mandona de su madre para lograr callarme, se llevará una gran decepción.

Vanna se pasea un poco de un lado a otro y me mira fríamente.

—Él tenía razón sobre ti: eres impetuosa. Pero me temo que eso está fuera de lugar, por no mencionar que es inútil.

Con un movimiento delicado se acerca a mi cómoda, la abre y saca mi cuaderno de dibujo.

—No me gustaría que le pasara algo a esto.

La miro boquiabierta y es entonces cuando caigo en la cuenta.

—Le contó. Le dijo que me encanta dibujar.

Por alguna tonta razón que no puedo explicar me siento… ¿traicionada? No tiene sentido, pero es lo que siento.

Sé que a Dmitry no le importo una mierda. No le interesan ni mis sentimientos ni mis sueños, ni lo que antes llamaba ‘mi vida’. No había razón para que no le dijera a su madre cómo podía manipularme mejor. Igualmente, se siente como una traición.

—La verdad, no —la boca de Vanna se tuerce—. Mi hijo no siempre es tan… comunicativo como yo quisiera. Sin embargo, le pedí a León que intentara escuchar unas cuantas cosas. Resultó útil, como puedes ver.

Me quedo mirándola. Ella me devuelve la mirada con una ceja levantada. ¿Quién parpadeará primero?

Como no hago nada, abre la libreta y, sin mirar hacia abajo, arranca una hoja.

Me levanto de un salto.

—¡Está bien, está bien, está bien! Pare, por favor. Dios, toda esta gente es igual. Lo único que les importa es salirse con la suya.

Vanna asiente, pone el cuaderno encima de la cómoda y deja caer la hoja de papel al suelo.

Aprieto la mandíbula todo lo que puedo. Si no lo hago, empezarán a caer las lágrimas. Me niego a que esta bruja me vea llorar. No le daré la satisfacción de saber que me está hiriendo. No mientras pueda evitarlo.

Le paso por un lado, recojo el papel arrugado y lo extiendo sobre la cómoda. Mi dedo recorre cariñosamente las líneas de colores como si fuera una madre acariciando la cara de su hijo dormido.

De repente, me viene a la mente una estúpida e irracional imagen de Vanna haciéndole eso a Dmitry: apartándole el pelo de la frente con esa dulzura maternal universal.

Me saco ese pensamiento de la cabeza. Es imposible que lo hiciera. Este es el tipo de familia que se da la mano en lugar de abrazarse. Es probable que de bebé Dmitry usara la culata de una pistola como rascaencías.

—¿Y ahora qué? —pregunto sin girarme para mirarla. Me cuesta hablar porque estoy chirriando los dientes, llena de furia y de tristeza a partes iguales.

—Primero, tenemos que alistarte. Vestirte, maquillarte.

—No voy a dejar que me vistas como a una muñeca.

—¿Ah, no? Lástima. —su sonrisa de labios finos color malva es espeluznante en verdad. Sin dejar de mirarme, llama a los tipos por encima del hombro—. ¡León! ¡Jakob!

Dos guardias corpulentos entran en la habitación. Por debajo de sus chaquetas sobresalen armas de fuego.

Vanna me hace ese gesto que hacen las señoras ricas, flexionando la muñeca.

—Shannon no se siente con ánimos para vestirse sola. ¿Serían tan amable de ayudarla?

Me pongo blanca como un fantasma. Los guardias asienten y avanzan al mismo tiempo, acortando la distancia que los separa de mí con una notable eficiencia militar. Sus manos se retuercen como si desearan desnudarme contra mi voluntad.

Retrocedo lo más rápido que puedo, pero me tropiezo con la cómoda. Ya no tengo más espacio para retroceder, no tengo a dónde huir.

—¡No! No, yo… —empiezo a tartamudear.

—¿Cooperarás? —pregunta Vanna. Sonríe encantada.

—Sí. Por todos los cielos, ¡sí!

Cualquier cosa es mejor que esos hombres quitándome la ropa a la fuerza.

—Muy bien, así será —dice Vanna, haciéndoles señas para que se vayan—. Parece que cambió de opinión. Los llamaremos si los necesitamos. Pueden irse.

El tonto uno y el tonto dos se marchan por donde vinieron.

Si acaso Vanna se siente afectada por los dardos envenenados que le lanzo con la mirada, no lo demuestra.

Señala el baño con una mano.

—Puedes cambiarte allí. La ropa está colgada en el perchero.

Titubeo un momento. Su ceja se arquea de nuevo, como preguntando: *¿Tenemos que seguir jugando a esto?*

Me estremezco y me dirijo al baño, cerrando la puerta tras de mí.

No puedo creerlo. Nada de lo que está pasando. La crueldad y ligereza con la que ejerce su poder sobre mí. Al menos con Dmitry tenía la sensación de que disfrutaba estar conmigo a su manera

enfermiza: la tensión, la lucha, o como quiera que se le pueda llamar a ese tenso intercambio entre nosotros.

Con su madre no siento nada de eso. Nada más veo su frío control, sin ninguna emoción.

Mientras me pongo un vestido negro de gamuza, Vanna sigue hablando con voz firme desde el otro lado de la puerta del baño.

—¿Quieres mi consejo, cariño? Contrólate. Acepta tu nueva vida.

Una risa sarcástica brota de mis labios.

—Sí, claro. Aceptaré vivir como prisionera y olvidaré que antes tenía amigos y familia que se preocupaban por mí, y que podía elegir lo que me ponía, lo que hacía, adónde iba. Esas cosas insignificantes de la gente común.

—Tu antigua vida no era tan fabulosa como lo será esta.

—Tal vez no, pero al menos era libre.

Ahora le toca a ella reír, alto y con un tono de escepticismo.

—¿Libre para hacer qué? ¿Para ser pobre? ¿Estar sola? ¿No saber nada sobre ti misma? Somos los primeros en decirte la verdad sobre quién eres en realidad. Deberías agradecérnoslo.

Me quedo helada, con la mirada perdida en mi reflejo. El vestido me queda tan perfecto que me pregunto si alguien entró mientras dormía para tomar mis medidas. No puedo negar que es precioso. Me favorece, es sexy sin ser vulgar. Es tan elegante que justifica que se volteen a verme una segunda vez.

Claro que eso no importa. Nada de esto importa.

—Cuanto antes aceptes que esta es tu nueva vida —continúa Vanna—, más rápido te darás cuenta de que te hicimos un favor.

Miro fijamente a la puerta. Una parte de mí quiere cerrarla y quedarse aquí para siempre, o al menos hasta que uno de los guardias la derribe.

Aunque quizá no sea tan buena idea. De seguro al salir me encontraría mi cuaderno hecho pedazos. En ese cuaderno está todo el primer borrador de mi novela gráfica. Una de las pocas cosas que me quedan que aún son verdaderamente mías.

—¿Un matrimonio forzado y ser retenida en cautiverio es lo que ustedes entienden como un favor? Qué enfermos están.

Abro la puerta de golpe y me encuentro a Vanna con una mirada que parece melancólica, quizá hasta nostálgica.

—Cariño, no tienes ni idea… —me dice.

Por un breve y rarísimo instante, se le cae la máscara. Debajo de ese disfraz de reina de hielo, está la ruina de una persona real. Alguien con sentimientos, con recuerdos, con un pasado.

Esa mujer se desvanece tan rápido como apareció. Alza la barbilla y se levanta.

—Basta ya. Es hora de maquillarse.

Me sienta en el tocador mientras va abriendo los cajones para revelar un alijo de maquillaje que podría avergonzar a una fábrica de Sephora. Hay sombras de ojos, contornos, delineadores de labios, brillo de labios, pintalabios y rubor en todos los tonos posibles. Vicki estaría dispuesta a cometer varios delitos para obtener algo así.

El corazón se me acelera al recordarla. Dios, Vicki… ¿Qué debe estar pensando ahora? ¿Qué le habrán dicho mis padres?

—¿Volveré a ver a mi amiga o a mis padres alguna vez? —pregunto con timidez.

Vanna se agacha para mirarme a nivel de la cara, demasiado cerca para mi gusto.

—Puede ser. Si cooperas.

Me callo y pienso en mi mejor amiga. ¿Qué estará haciendo? Me la imagino sollozando en una habitación vacía, o pegando carteles de ¿Ha visto a esta mujer? en todos los postes de la ciudad. Es una idea desgarradora.

—Sí, sí —murmura Vanna por lo bajo—. Buena forma y estructura ósea, solo le falta… sí.

Se aleja un momento para examinar su lienzo antes de seleccionar una brocha nueva y volver a concentrarse.

—Te gustará el resultado —afirma. Se aparta para sacar una sombra de ojos marrón y aplica un poco en una brocha—. Ya verás.

—¿Para qué me arreglo tanto? ¿Qué vamos a hacer?

—Cuando me ponga a pintarte los labios tendrás que callarte —suelta Vanna—. Haces demasiadas preguntas. Cierra los ojos.

Obedezco y empiezo a sentir las cosquillas que produce la brocha sobre mis párpados.

—¿Qué te parece esto? —dice Vanna tras un momento de silencio—. Te dejaré invitar a tu amiga, siempre y cuando le digas que lo que hay entre mi hijo y tú es una relación normal, amorosa y auténtica.

Mi voz emerge tan gélida como la de Vanna.

—Entonces quieres que mienta.

La rígida línea que dibuja un delineador en el borde del párpado me hace estremecer. La mujer frunce los labios.

—Bueno, mejor no. Es demasiado pronto para permitirte ver a tu amiga.

—¡No! —exclamo—. Yo… bueno… sí puedo decirle lo que pides. Que Dmitry y yo estamos… —*agh*—. Enamorados, o lo que quieras que le cuente. Por favor, te… te lo ruego. La extraño. La necesito.

Me tiemblan los labios. Odio ser vulnerable delante de esta mujer. Me siento como un corderito que expone la garganta ante un lobo.

Pero, ¿qué otra opción tengo? Nadie tiene el carácter para afrontar cambios tan tempestuosos como estos.

No hace mucho, vivía una vida feliz y normal. Ahora es todo menos eso. De hecho, vivo una pesadilla.

Vicki me ayudaría a sentirme mejor, aunque fuera solo un poquito. Cielos, ver una cara conocida, aunque no pueda contarle la verdad… me hace falta. De verdad lo necesito.

—Lo consideraré —dice Vanna sin más—. Ahora, haz silencio.

Hago justo lo que me indica. Media hora después, más o menos, me pone un espejo en frente.

—¿Qué tal?

—¡Vaya!

Quedó muy bien. Soy yo, pero otra versión. La misma nariz afilada y pómulos prominentes de siempre, pero de alguna manera resaltan más. Los rasgos lucen más dramáticos o más bellos o… ni siquiera sé qué es. Me veo increíble pero natural, como si no tuviera ni una sola gota de maquillaje encima.

—¿Cómo fue que…?

—Te enseñaré en otra ocasión. Por ahora, tenemos una cita a la que asistir.

—Pero, ¿qué pasará con Vicki?

—Puedes llamar a tu amiga en el auto y ver si puede encontrarse con nosotras allí.

—¿Pero a dónde iremos?

—A la tienda de Kleinfeld, por supuesto —explica Vanna, como si fuera obvio. Se encamina hacia la puerta—. Para poder casarte, necesitarás un vestido.

Así, sin más, la puerta de la habitación del hotel se abre ante nosotras. La libertad nos llama, si es que a esto se le puede llamar así. *Al menos voy a salir de esta maldita celda*, me digo.

Es un alivio, aunque esté pasando de la sartén al fuego.

Nos escoltan escaleras abajo hasta una camioneta que aguarda por nosotras…

Mientras un hombre mayor de rostro adusto nos lleva por la ciudad, llamo a Vicki con un teléfono que me da Vanna. Ella está sentada a mi lado con el ceño fruncido. Revisa su teléfono usando una uña muy bien manicurada.

—¡Dios mío, Shannon, hola! —exclama Vicki—. Creí que estarías en Cancún una semana más.

—¿En Cancún?

Vanna alza la vista al oír el sobresalto notable en mi voz, e intento recomponerme rápido mientras Vicki sigue divagando.

—¿Sí? Claro, tus padres me dijeron que te sorprendieron regalándote unas vacaciones y se te dañó el teléfono, y por eso tuvieron que avisarme ellos. ¿Qué tal todo?

—Todo… um, genial. Ya casi volvemos a casa. Hubo un cambio de planes.

Demonios, ¿cómo le explicaré esto? Vanna me sigue vigilando. Sudo. No puedo ni imaginarme lo enojada que se pondrá si se me empieza a correr este maquillaje.

¡Contrólate, Shann!, grito por dentro. Respiro hondo. No hay una buena forma de decirlo, así que tengo que lanzarme al agua de una sola vez.

Vuelvo a respirar hondo por segunda vez, y una vez más por si acaso. En sus marcas, listos…

—Esto te va a parecer una locura —me apresuro a decir—, pero me voy a casar y quiero que nos veamos en la tienda Kleinfeld dentro de media hora para escoger vestidos juntas.

Vicki suelta una carcajada.

—Claro, por supuesto. Ya mismo voy para allá. Nos vemos dentro de nadaaaaa…

—No, Vick. Lo digo en serio.

Se hace el silencio.

Dios, qué horrible es esto. Di algo. Lo que sea.

Empiezo a parlotear.

—Bien, para empezar, nos vinimos antes de Cancún porque, pues, um, papá se intoxicó. Aparte de eso, bueno, siento no habértelo dicho antes, pero no quería arruinarlo. No se lo dije ni a mis padres hasta hace una semana. Estuve saliendo con un hombre que podríamos decir que es una persona importante y quería mantener un perfil bajo tanto tiempo como fuera posible, y ahora…

—Shann… ¿te vas a casar*?* —sigue pronunciando la palabra como si tuviera comillas. No puedo culparla, yo tampoco me lo creería—. ¿Qué…? ¿Por qué…? Dios, tengo tantas preguntas. ¿Cuánto tiempo llevan viéndose?

—Unos cuantos meses —le digo. De ninguna manera le diré a Vicki que le mentí por mucho tiempo—. Ha sido un torbellino de locura.

—Ya veo.

Está claro que sigue sorprendida… pero ¿tanto como para no creerme? Nunca antes le había mentido a Vicki, excepto aquella vez que perdí la mitad que decía "amigas" de nuestro collar de mejores amigas en Disney World y le dije que me lo habían robado. Aun así, terminé confesando un mes después.

Además, no es como si pudiera adivinar la verdad, pues la realidad es cien veces más loca que la mentira que le estoy contando.

—¿Vendrás a ver los vestidos? —insisto—. Te necesito a mi lado.

Mucho más de lo que te puedas imaginar.

—¡Claro que iré! —exclama Vicki. Escucho unos movimientos de fondo. Es probable que ya esté recogiendo sus cosas—. Suponiendo que no estés tratando de jugarme una broma. Tendré que pedirle a la perra de Cassandra que me cubra en el trabajo, pero, ¿qué más da? Tengo que

acompañarte si te vas a casar.

—Muy bien, genial.

Termina la conversación antes de que meta la pata.

Vanna me mira atenta, pendiente de cualquier signo de vacilación.

—¿Nos vemos, entonces?

—Claro que sí —dice entre risas—. ¡Dios, esto es una locura! Shannon, cuéntame cómo es. Tienes que contármelo todo, ¿sí?

—Lo haré —respondo. Vanna me hace un gesto para indicarme que cuelgue. Tiene razón. Ya me estoy quedando sin aliento y estoy aterrada—. Justo tengo que colgar. Me muero por verte.

—¡No puedo esperar a verte!

Cuelgo. La mano que sostiene el teléfono cae sobre mi regazo desfallecida. Me siento total y absolutamente agotada.

—Lo hiciste bien —comenta Vanna.

—Genial —digo cabizbaja—. Me alegro de tener talento para mentirle a mi mejor amiga.

Vanna resopla sin decir nada.

Me volteo para mirar por la ventana. El tráfico va lento, como de costumbre, y la ciudad bulle entre tanta gente. Hay ejecutivos dirigiéndose a sus trabajos, adolescentes saltándose las clases y fumando en el parque, turistas mirando hacia arriba mientras toman fotos con sus celulares delante de una catedral suntuosa.

Nueva York solía hacerme sentir viva, como si su energía me hiciera vibrar. Ahora, sin embargo, no siento más que náuseas.

Dios, esto está pasando. Está ocurriendo de verdad, y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

SHANNON

Cuando nuestro chófer estaciona frente al edificio, es imposible confundirlo. Letras enormes y elegantes encima del edificio de piedra parda anuncian que llegamos a la tienda Kleinfeld.

En sus tres vitrinas amplias se exhiben muchos maniquíes pulcros, esbeltos y sin rasgos distintivos, ataviados con vestidos de alta costura que parecen elaborados a partir de diamantes y luz pura. Es el tipo de tienda en la que nadie pregunta por los precios.

Si las circunstancias fueran otras, creo que estaría emocionada, intimidada y nerviosa de venir aquí. Sin embargo, en este momento, siento una opresión en el pecho de tantos nervios y por esta determinación que siento.

Tengo que lograrlo. No puedo dejar que Vicki adivine la verdad. Puede que su vida dependa de ello.

Nos estacionamos en medio de la carretera. Al parecer, las leyes de tránsito no aplican cuando eres tan rico y poderoso como los Nikolaev. El chófer se aproxima para abrirnos la puerta. Cuando salgo, empiezo a parpadear por la exposición a la luz del sol luego de pasar todo el viaje protegida por los cristales polarizados. Vanna me agarra por el codo demasiado fuerte y me hace pasar por las puertas de cristal de la boutique.

El lugar es tan blanco que me deja boquiabierta. Si hubiera un miligramo de polvo se vería a kilómetros de distancia, pero todo reluce y brilla de limpio. Me da miedo hasta respirar, porque, si estropeo algo, soy demasiado pobre como para pagarlo.

Aunque ya no eres pobre, ¿no?, me recuerda una voz sarcástica en mi cabeza. *Ahora eres una Nikolaev, o al menos lo serás muy pronto.*

Trago saliva. Será mejor que me acostumbre a venir a lugares como este.

Cuando me topo con uno de los muchos espejos colgados en la pared, tengo que verme dos veces. A pesar de lo fuera de lugar que me siento, no puedo negar que sí parece que habituara lugares así. El maquillaje, el vestido… la mujer que veo en el reflejo encaja a la perfección aquí.

Me estremezco por millonésima vez desde que desperté, preguntándome una vez más en qué lío estoy metida.

—¡Sra. Nikolaev! —una mujer rubia, huesuda y con una postura muy recta se nos acerca. Hasta su sonrisa parece una exigencia—. ¡Qué espléndido que haya venido! Tenemos lista una

selección de nuestros mejores vestidos. Si es tan amable de seguirme…

—No será necesario —si la sonrisa de esa mujer es como una exigencia, la de Vanna es una advertencia—. Estamos bien por nuestra cuenta, gracias. Sabemos lo que buscamos.

La sonrisa de la mujer vacila.

—Pero sin duda…

—Agradecemos su ayuda —sigue Vanna. Lo que realmente quiere decir es: aléjese.

La mujer duda por un momento. Junta las manos, fuerza una sonrisa y se marcha.

Cuando la mujer se marcha, Vanna se voltea a verme, sacude la cabeza y susurra algo en voz baja y enojada.

—Qué mala suerte que hoy esté trabajando Philippa. Esa mujer tiene una obsesión enfermiza con los encajes. Cualquiera diría que los inventó ella. No te preocupes. Te encontraremos algo que te quede bien.

Tengo que asegurarme de echarle un buen vistazo. La Vanna que me despertó esta mañana era, por decirlo con amabilidad, una maldita perra. Esta mujer que me sujeta el codo con ternura es medio… ¿divertida?

Es como si estuviera comprando un vestido de novia con el Dr. Jekyll y el Sr. Hyde.

Debo recordar que tengo que mantener la guardia en alto. Un chistecito circunstancial no revierte todo lo que pasó y lo que me dijo esta mañana. Por no hablar de todo lo que su hijo me ha hecho y me ha dicho.

—¿Puedo decidir sobre el vestido? —pregunto.

Las cejas esculpidas de Vanna se arquean como si nada de lo ocurrido en los últimos días hubiera sucedido.

—Por supuesto, *moy dorogoy*. Es tu día especial —su voz parece mostrar asombro genuino, como si se sintiera ofendida de que yo pensara que ella sería la encargada de elegir.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que no nos oyen y me le acerco.

—Entiendo, pero… ¿es en serio? O sea, en serio puedo elegir, ¿no lo dices porque sí?

Vanna me roza el hombro. Una vez más es gentil, cariñosa, amable. Un giro de ciento ochenta grados en comparación con la mujer que se metió en mi habitación esta mañana y empezó a destrozar la obra más importante de mi vida.

—Mientras lo que elijas no tenga pinta de ser para trabajar en un club de caballeros, estará bien —luego, me guiña un ojo.

Mientras intento pensar cómo responder, llega Vicki. Cruza la puerta con su estilo característico.

—Siento llegar tarde —anuncia en voz alta—. El tráfico en esta ciudad apesta.

Philippa, de pie detrás del mostrador, mira alarmada a esta intrusa, aunque a Vicki no le

preocupa el ceño fruncido de la mujer.

—Vaya, Shann, te ves increíble. Y…

Me abraza, pero, cuando nos separamos, se detiene al notar a Vanna y a los dos guardaespaldas que nos siguen de cerca.

—Ay, bueno… ¿Hola?

—Esta es… —empiezo a decir.

—Vanna —se presenta, extendiéndole la mano con una sonrisa cortés.

A esta mujer deberían darle un Oscar. Viéndola interactuar así casi se me olvida que es una bruja malvada.

—Soy la suegra de Shannon —hace una seña mirando a los guardaespaldas—. Mis disculpas por esta compañía tan intrusiva. Mi hijo requiere de esta seguridad.

—Ah —Vicki no puede parar de parpadear.

Di algo, ruego para mis adentros. *Por favor, di algo.*

—Claro. —me mira de reojo y sonrío de la forma más convincente que puedo—. Genial. ¿Por dónde empezamos?

—Por aquí —dice Vanna. Camina hacia una sala llena de vestidos preciosos. Agarro a Vicki de la mano y vamos detrás de Vanna mientras empieza a ojear las perchas.

Al primero solo le echo un vistazo por medio segundo antes de descartarlo.

—No. Demasiados volantes.

Vemos el siguiente.

—Demasiados lazos.

Otro.

—Demasiado escote.

Miramos vestidos pomposos y vestidos ceñidos, otros muy reveladores y algunos abultados como vestidos hawaiianos. Hay vestidos tan deslumbrantes que siento que no pueden ser reales.

Al final, nos decidimos por unos diez y nos dirigimos a los probadores.

—Pueden venir —dice Vanna, haciéndole señas a los guardaespaldas, que han permanecido firmemente apostados junto a la puerta con el ceño fruncido y claramente incómodos todo el rato que hemos estado revisando los vestidos—. Los vestidos no muerden. Por lo menos, no la mayoría.

Vicki se ríe. Yo también me río. Si estuviéramos en cualquier otra situación, creo que la madre de Dmitry me caería bien.

Es un caso de síndrome de Estocolmo de manual, ¿verdad?

—No se preocupen —continúa Vanna cuando los hombres se adentran un poco más—, no los haremos probarse nada. A menos que nos aburramos.

Más risas. Jakob se pone rojo.

—¿Están solteros? —Vicki se inclina para preguntármelo cuando me detengo en la puerta del vestuario. Mira a León coqueteando.

—Ni se te ocurra, Vicki.

Dios, eso sería el colmo.

—¿Por qué?

—Es que los dos están casados —miento.

Ahí está, otra mentira después de la primera. Y me resulta tan fácil esta vez. Pero de ninguna manera permitiría que Vicki se involucrara con uno de esos cerdos. Este mundo ejerce una fuerza de gravedad malsana. Si te le acercas demasiado, nunca escaparás de su órbita.

—Demonios, acaparas toda la suerte —Vicki sacude la cabeza, haciendo ondear algunos de sus rizos rojos, y me hace un gesto para pedirme que me vaya—. Ya, ¡ve y pruébate los vestidos!

Por dentro, el probador está forrado de espejos del suelo al techo, decoración minimalista en tonos bronce y una luz favorecedora. Me cuesta un poco ponerme el primer vestido, pero no voy a pedirle ayuda a Vanna ni a Vicki. Es un alivio estar sola, aunque solo sea por unos minutos, mientras estoy inmersa en una batalla campal contra el vestido más engorroso de la historia.

Primero se atasca la cremallera. Luego me doy cuenta de que lo que creía que era una abertura para el brazo es en realidad la parte delantera del vestido, y justo cuando estaba a punto de hacerle un agujero a la tela. Pequeño detalle.

Para cuando logro ponérmelo, estoy tan harta y enfadada que lo que veo en el espejo me sorprende.

Hola, princesa de Disney.

La falda abultada que me parecía excesiva cuando vi el vestido colgado es, en realidad, perfecta. Las mangas y la parte delantera bordada en encaje realzan mi… contorno, por usar una palabra que conozco por pasar demasiadas noches de chicas con Vicki, bebiendo vino barato y viendo episodios de *Vestido de novia.*

No puedo evitar reírme al recordarlo, aunque también se me arrugue el corazón. Es otro recuerdo de una vida que nunca recuperaré.

—¡Te escuché! Ya debes habértelo puesto. ¡Muéstranos! —exige Vicki. Hace una pausa y luego, como una súplica, añade—: ¿Por favor?

—¡Un segundo!

Me tomo un minuto para asimilarlo. Para asimilar *cómo me veo.*

¿Me veo bien desde este ángulo? Sí.

¿Y desde atrás? Sí.

Pero ¿y desde este ángulo extraño, completamente antinatural, en el que nadie más que yo me podría ver, en el que tengo una papada que se nota? Sí, incluso en ese ángulo.

Es raro que nunca me haya sentido más hermosa que ahora que me pruebo vestidos de novia para un matrimonio forzado, habiendo sido maquillada por mi despiadada suegra.

Pero aquí estoy, sin más remedio que afrontar la verdad: de hecho, estoy preciosa.

Cuando salgo, Vicki se queda sin aliento.

—¡SHANNON!

La delgada sonrisa de Vanna lo dice todo.

—Se ve bien —proclama.

—¿Significa que ya podemos irnos? —digo. Suena más precipitado de lo que pretendía.

Vanna frunce el ceño, igual que yo. Vanna no permitirá que Vicki nos acompañe después de que terminemos de comprar el vestido. Debería disfrutar de mi tiempo con mi amiga mientras pueda. Diablos, si puedo, debería intentar pasar el resto del día aquí.

Al menos podré fingir por un rato que las cosas son normales. Que no tendré un marido mafioso, que no me casaré en contra de mi voluntad. Nada de eso.

—Todavía hay varios vestidos más que deberías probarte —dice tajante.

—Aunque este es el vestido —señala Vicki—. Pero *EL* vestido. En mayúsculas.

Le sonrío. Ya lo sabía, pero es agradable escuchar que otra persona lo diga.

Vanna piensa por un momento y le hace un gesto a los guardaespaldas para que se acerquen.

—León, ¿qué te parece?

Ambos hombres, que han tenido mucho cuidado de no mirarme, se acercan con torpeza, sin dejar de mantener la mirada en el suelo entre sus pies.

—Se ve bien —gruñe León.

—Tonterías —Vanna chasquea los dedos—. Ni siquiera la miraste bien. ¡Mírala!

Se vuelve y me mira con una sonrisa maliciosa en la cara. Parece que le encanta torturar a estos hombres. Otra vez hay un atisbo de conexión entre nosotras antes de llegar a recordar con la mente fría quién es y lo que me está haciendo.

Muy lento y con suma cautela, León levanta la vista. Lo veo enseguida en sus ojos: él también lo sabe.

—Es hermoso —dice con voz entrecortada.

—¿Nada más? —increpa Vanna. Deja que León se consuma en su incomodidad un momento más antes de soltar una risita burlona—. No importa, puedo notarlo en tu cara. No te preocupes,

no se lo diré a mi hijo.

Vicki me lanza una mirada inquisitiva y yo entono una risa nerviosa.

—Ah. Es que Dmitry… puede ser un poco… sobreprotector.

Vicki mira a los dos guardaespaldas antes de echarse a reír también.

—¿Tú crees? Aún no me dices nada de él, ¡ni me has enseñado ninguna foto! ¿Es tan guapo como me imagino?

Fotos, claro. En serio, en serio no lo pensé bien. ¿Qué se supone que diga? *Lo siento, Vic. Estábamos tan decididos a mantenerlo en secreto que ni siquiera nos tomamos fotos juntos… nunca.*

—Disculpen la interrupción —dice Vanna en un tono que deja muy claro que no pide permiso—, pero tenemos otras cosas que hacer, así que no podemos quedarnos aquí tanto tiempo —se voltea para sonreírle a Vicki—. Aunque puedo asegurarte que mi hijo es muy guapo. Mira.

Saca su iPhone y lo revisa por un instante antes de enseñárselo a Vicki.

Es una foto de Dmitry, riendo con dos hombres parecidos a él. Sus hermanos, supongo. Y sí, por mucho que odie admitirlo, está buenísimo. Tiene unos ojos oscuros y tormentosos, un traje impecable que resalta su físico esbelto y tonificado, y esa maldita sonrisa. Desafiante, presumida y maliciosa.

—Es un papasito —podría no ser suficiente para describirlo, aunque fuese un monstruo.

La siguiente hora pasa bastante rápido. Me pruebo otros vestidos, algunos me hacen parecer más delgada, más curvilínea, otros más sexy, pero, al final, no son ese vestido. Solo un vestido puede ser el elegido.

Luego, mientras Vanna discute los detalles con Philippa, Vicki y yo vamos al baño. Una vez que terminamos y nos estamos lavando las manos, Vicki me mira, analizándome.

Entonces pienso en algo: puede que Vicki no se haya creído todo esto tanto como parece. Tal vez sea peor aún y ella presiente que algo está mal.

—Bueno —dice.

—Ajá —contesto yo.

—¿Segura que todo está bien? Esto parece tan precipitado. Y un poco… abrumador. Mira, tienes guardaespaldas, ¿es en serio?

—Lo sé. Todavía me estoy acostumbrando a todo esto —sonrío como si fuera verdad—. Parece una locura, pero… es como con el vestido. En cuanto empezamos la relación, lo supe.

Cuanto más breve sea la mentira, más fácil es decirla. ¿Quién me dijo eso? No me acuerdo. La verdadera pregunta es: ¿se lo está creyendo?

Vicki se deshace en lágrimas mientras me abraza.

—Me alegro mucho por ti, Shann. Ahora podremos irnos juntas de vacaciones a Colorado. Tener

citas dobles, como siempre quisimos. ¡Dios mío! Podemos tener *bebés* al mismo tiempo y podrán ser mejores amigos, como nosotras. ¡Ahh!

Está emocionada y fantasea con el porvenir. Por mi parte, no me había dado cuenta de que se me están saliendo las lágrimas hasta que nos separamos y Vicki me lo señala.

—¿Shan?

—Ay, lo siento.

Demonios.

—Es que…

Nada de eso será posible. ¿O sí? Vanna dijo que quizá podría «ganarme» cierta libertad con Dmitry, pero, ¿de cuánta libertad estará hablando? ¿Acaso él aceptaría algo así? ¿Unas vacaciones en pareja con mi mejor amiga? Claro que no.

Hay tantas cosas que aún no sé. Tantas cosas que faltan por entender de esta pesadilla.

—Estoy tan contenta de que estés aquí —confieso. Es la única verdad que dije en el día—. Todo esto es… agobiante.

—¿Te arrepientes? —bromea Vicki, aunque la expresión en sus ojos verdes no es del todo jocosa.

—Tal vez, un poco.

Más bien estoy horrorizada, a punto de salir corriendo, y con ganas de seguir corriendo hasta llegar muy lejos.

—Oye, es normal —me acaricia el pelo—. Bueno, por Dios, te vas a casar… ¡y ni siquiera he conocido al tipo! ¿Es que no te importa mi opinión?

—Te propongo un trato —digo, antes de poder contenerme—. Si lo odias, la boda se cancela.

Las cejas rojas de Vicki se arquean, y en su mirada se ve el mismo brillo travieso que aparecía siempre que planeábamos una de nuestras tontas aventuras cuando niñas.

—¿En serio?

—Sí.

Sonrío, esperando que el gesto no parezca tan falso y frágil como se siente.

Mientras regresamos con Vanna, siento que las piernas me flaquean. ¿Quién sabe cuándo será la próxima vez que vea a Vicki? ¿O cuándo volveré a salir de esa habitación?

Esta era una oportunidad para escapar, para salir de aquí o para advertir a mi mejor amiga de que algo horrible me estaba pasando.

A pesar de todo, no hice ninguna de esas cosas. Tal vez estaba protegiéndola a ella y a mis padres, pero la verdad es que nunca se me pasó por la cabeza. Ahora que lo pienso, otra idea llega.

Los Nikolaev ya empezaron a meterse en mi cabeza.

SHANNON

—Lo llevaste bien —comenta Vanna mientras observamos desde el auto cómo Vicki llega a su apartamento.

—Estupendo —le contesto sin ánimo. Me alegra tanto oír eso y contar con su aprobación.

Me comporto como un buen perro entrenado. Lo que pase ahora depende de ellos, no de mí. Vanna sí que sabe cómo lograr que una chica se sienta especial.

Frunce los labios.

—Estaba pensando que podríamos pasar a comer con Dmitry en El Río Café.

Vuelvo a repetir lo que dije.

—Genial —es justo lo que se espera de mí. Que sea dócil. Que sea complaciente.

Eres una buena perra, Shann, me digo en silencio. Me siento miserable tan pronto como Vicki sale de mi vista.

—En serio —me dice Vanna—, podrías ser un poco más agradecida. Acabo de gastar más de cincuenta mil dólares en ese vestido, y además te permití encontrarte con tu amiga. Un poco de gratitud no haría daño.

—Gracias —murmuro.

Ella resopla con altanería, pero guarda silencio.

No importa, que ponga mala cara. Una cosa es que me pida que le diga lo que quiere oír. ¿Pero que lo disfrute? Ni pensarlo. Pueden hacer lo que quieran, claro que sí, pero no pueden obligarme a disfrutarlo.

El espacioso interior de El Río Café está atestado de gente alegre e indiferente, entre turistas y lugareños. Observo a algunos de ellos con ternura: hay una familia con niños pequeños de mejillas regordetas, además de una joven pareja que se toma de la mano por debajo de la mesa.

Me pregunto qué pensarían si supieran de mi situación. Quién sabe si les importaría. ¿Le habría creído en mis días de inocencia a una desconocida loca diciéndome que la habían secuestrado y que la iban a obligar a casarse con un capo de la mafia?

Desde luego que no.

Eso no importa, de todos modos. No puedo darme el lujo de seguir pensando así. Aunque lograra escapar, podrían hacerles daño a mis padres o a Vicki. No puedo dejar que eso suceda.

Dmitry ya está aquí, y nos espera en una mesa en el rincón más alejado, entre dos ventanas. Es sin duda la mejor mesa del local. Viste una camisa gris oscuro abotonada, abierta a la altura del cuello, y su postura exuda una energía poderosa pero desenfadada.

Si no lo conociera, pensaría que es el dueño del local. Quién sabe, quizá lo sea. Sonríe cuando me ve, pero sus ojos no se iluminan. Vanna y él se abrazan e intercambian besos en las mejillas.

Luego, tras una breve conversación susurrada en ruso, Vanna suspira.

—Bueno, me voy a hacer unos recados. Los dejo con su almuerzo.

—Pero… —me quedo pensativa.

Pero ¿qué? ¿Que no me deje con él? Dmitry no se atrevería a hacerme una afrenta como la última vez, no estando en público… ¿verdad?

O, si lo intentara, ¿le importaría a Vanna detenerlo? ¿Podría?

Eso tampoco importa. Vanna ya se ha ido.

—Puedes sentarte —su voz es sombría. La mirada oscura se presenta como un desafío.

¿Y si no lo hago? Me entran ganas de decirlo, pero sé que no debo. Aún siento un escozor en el lugar donde me azotó y, más abajo, el recuerdo sensorial persistente y palpitante de sus dedos metidos en lo más profundo de mi ser.

Tomo asiento y le devuelvo una mirada igual de severa. Puedes morirte, gracias. Casi se lo digo, pero me reprimo.

—Mira, lo que pasó la otra noche… —dice muy tranquilo—, no debió haber ocurrido. Me dejé… llevar.

Lo dice como si hubiera sido un arrebato sin importancia, un ligero descuido. Como si se hubiera retirado de la cena enfadado en lugar de… bueno, como sea que se llame lo que pasó.

Aun así, el hecho de que se disculpe me toma por sorpresa. Dmitry Nikolaev no me parece el tipo de hombre que se disculpa, que digamos. Por nada, nunca.

Siendo justos, no es una disculpa real. Seguro es solo otro juego mental. Bueno, dos pueden jugar a eso.

—No pasa nada —digo, con la misma tranquilidad que él.

Frunce el ceño.

—¿Pasa algo? —pregunto como si nada.

—No me respondas eso si no lo dices en serio.

Lo miro.

—¿No me dijiste que no importa lo que yo quiero?

Da un sorbo a su bebida, sin dejar de mirarme.

—Mamá me contó que hoy te portaste bien. Hasta viste a tu amiga. Bien hecho.

—¿Cuándo podré volver a verla? ¿Cuándo podré volver a ver a mis padres?

Las preguntas brotan antes de que pueda detenerlas. Ya no podré hacerme la desinteresada. Le estoy dando oportunidad de atacarme. Le estoy ofreciendo métodos para intentar adiestrarme.

—Ya veremos —dice—. Pero, si sigues así, no pasará mucho tiempo.

—Gracias.

Abre la boca como si fuera a seguir hablando, pero, antes de que pueda, lo llama una voz que me resulta desconocida.

—¡Dmitry!

Son dos hombres de mediana edad, vestidos con camisa abotonadas hasta arriba y pantalones negros de vestir, que sonríen como si se hubieran encontrado al mismísimo Brad Pitt, aunque sus miradas se llenan de curiosidad al reparar en mí.

—Giorgi —saluda Dmitry.

—No sabía que frecuentabas este lugar —observa el otro.

—Vengo tan poco como me es posible —dice Dmitry. Se le contrae un músculo en la mandíbula.

—Escucha —dice Giorgi, pasándose una mano por el pelo canoso—, los dos sentimos mucho lo de tu padre. Era un gran hombre.

La mandíbula de Dmitry se tensa aún más.

—Gracias. En verdad lo era.

Analizo su expresión. ¿Ese dolor que veo reflejado en su mirada oscura es real? Creía que los sociópatas no podían sentir tristeza.

Un pensamiento se me viene a la cabeza, de improviso, como si alguien me hubiera susurrado al oído. *¿Y si lo estás haciendo pasar por un monstruo para poder descartarlo?*

Cállate, cállate.

¿Y será que Dmitry realmente perdió a su padre? Tal vez por eso ha estado tan tenso.

Me mira, forzando una sonrisa.

—Qué descortés soy. Giorgi, Boris, esta es mi prometida, Shannon McNulty.

Nuestras miradas se cruzan y el significado de ese intercambio es tácito. Es rápido, como si nos guiñáramos un ojo sin tener que hacerlo. *Este tiene que ser nuestro secretito.* Como aquella vez en la que Vicki y yo faltamos a la escuela para ir a ver la película de Harry Potter que recién había salido, y fingimos ser la madre de la otra cuando llamaron del colegio para preguntar cómo

estábamos.

—Encantada de conocerlos —digo, dándoles la mano a cada uno de los hombres.

—Un placer —musita Giorgi—. Bueno, no queremos molestar. Ya nos íbamos, pero ha sido un placer toparnos contigo, y conocerte a ti, Shannon. Eres un hombre afortunado, Dmitry.

Dmitry sonríe. Si no lo conociera mejor, casi podría creer que es una sonrisa sincera.

—Más afortunado de lo que ninguno de ustedes podría creer —dice.

Se apresura a darme la mano por debajo de la mesa. No tiene por qué hacerlo, al fin y al cabo, no pueden verlo. ¿O será otra parte de la actuación para meterse en el personaje?

Cuando se van, me sonríe.

—Estuviste muy bien.

Hago una mueca de desagrado.

—Así me han dicho.

—¿Preferirías que solo comentáramos lo que haces mal?

Jugueteo con la cuchara sobre la mesa.

—Preferiría no estar en esta situación.

Esboza otra sonrisa, aunque esta vez parece menos amable. No entiendo cómo consigue parecer un lobo feroz y a la vez verse tan sexy.

—Por desgracia, esa no es una opción. ¿Qué te gustaría comer?

—Ah, ¿en eso sí tengo voz y voto?

Vislumbro un sombrío destello en su mirada. Advierto a estas alturas que hay peligro. Solo puedo ofuscarlo hasta cierto punto.

Cuidado, Shann.

—Era una broma nada más —corrijo rápidamente—. Huevitos con tocino.

—Genial —sus ojos me recorren como si me vieran por primera vez—. Estás preciosa, por cierto.

—Puedes agradecérselo a tu madre. Sabe más de maquillaje de lo que yo jamás podré.

—Quizá no tenga que ser así —dice Dmitry con tranquilidad—. Te enseñará todo lo que necesites saber.

—¡Pero si es mi hermano Nikolaev favorito! —exclama una voz con acento marcado. Otra persona que viene a interrumpir para ofrecer sus condolencias. Esta vez es un hombre mayor con un imponente mostacho negro, que luce una boina a cuadros y se acerca sonriendo de oreja a oreja.

—Ollie —lo regaña su mujer, que viste un suéter de tafetán rosado, dándole un codazo brusco—. Te dije que no saludaras así. Tiene hermanos, ¿que no sabes?

—¿Por qué no? —su sonrisa no se inmuta al estrechar la mano de Dmitry—. Es la verdad.

—Siempre has tenido buen ojo, Oleg —bromea Dmitry.

—Hablando de buen ojo… —la mujer se vuelve hacia mí, haciendo que sus labios pintados de rosa escarchado resalten aún más una sonrisa ya de por sí extasiada—. ¿Quién es ella?

—Mi prometida, Shannon.

—¡Prometida, vaya!

Nos damos la mano y, por alguna razón —quizá sean sus pendientes de pavo real, el tono verde limón de sus párpados que demuestran que le valen las opiniones ajenas, o su olor a melocotón fresco—, decido que me cae bien esta mujer.

—Bueno, hola. Soy Roksana. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

—Siento que no pudiéramos asistir al funeral —dice Oleg—. Acabamos de volver hace pocos días y nos enteramos. Hacía tanto tiempo que no veíamos a los Nikolaev. Le sigo diciendo a Roksana que tenemos que ir acortando esas vacaciones en las Bahamas, pero siempre tiene reservada una nueva excursión en barco, o por la isla, o de compras —se ríe encogiendo los hombros—. Así son las mujeres, ¿no?

Su mujer pone los ojos en blanco y vuelve a darle un codazo en la barriga.

—Ha pasado mucho tiempo —dice Dmitry—. Demasiado.

Una vez más, no sé si lo dice como algo simpático o de mala manera. El sujeto debe ser brutal jugando póquer.

—Oye, ¿qué te parece esto? —dice Oleg—. Quizá sea una idea estúpida, pero, ¿podríamos unir las mesas? Roxy siempre se queja de lo lento que soy para comer y de que la aburro a morir; además, conozco a un tipo aquí, así que podría conseguir un descuento. Todos saldríamos ganando.

Me mira, aclarando en un susurro telepático que él tiene el control.

Sonrío. A mi pesar, me doy cuenta de que él también me agrada.

—Por supuesto. Será un placer —responde Dmitry.

—Genial —afirma Roksana. Pronto está acercando una mesa, aunque Oleg agita la cabeza en desaprobación.

—Ya te lo he dicho, Roxy, los camareros pueden hacerlo. Es su trabajo.

—Ay, qué tonterías —dice. Se deja caer en la silla que acaba de acercar a mi lado—. Así es mucho más rápido. No quiero esperar a que a la mesa le salgan raíces para que vengan —me guiña un ojo—. Hombres, ¿no?

Me río, aunque el dedo de Dmitry que me acaricia la rodilla acaba rápido con mi risa. Ahogo un grito de sorpresa, cubriéndome la boca con la mano.

—¿Cómo se conocieron? —pregunta Roksana. Dirige sus ojos azules hacia Dmitry. Antes de que él pueda responder, Roksana añade un detalle para mí—: Perdí la cuenta de las chicas con las que mis amigos y yo intentamos emparejar a Dmitry. Aparte, eran chicas hermosas y simpáticas, muy adineradas —me sonríe amablemente, y comprendo que no me lo dice porque esté resentida, sino por curiosidad—. Debe sentir algo muy especial por ti.

Reprimo la respuesta que quisiera darle: *Sí, lo que siente es un especial interés por mi apellido de realeza mafiosa, además de que tiene un sentido del deber mal enfocado.*

—¿Qué puedo decir? —la mirada en los ojos oscuros de Dmitry me quema mientras habla—. Cuando uno encuentra a alguien especial, lo sabe.

—Umm —dice Roksana—. ¿Fue en una fiesta?

—No exactamente —responde Dmitry—. Fue en una gala de recaudación de fondos.

Y así comienzan las mentiras.

Debí haberlo previsto. Las circunstancias de todo nuestro… caso… son inapropiadas digamos para discutirlas en una conversación con conocidos.

Dmitry es un mentiroso, un criminal, un animal. Por supuesto que no le contará a esta dulce pareja cómo su familia básicamente compró mi vida desde que estaba en el vientre materno y me crió para que fuera su mascotita perfecta.

Quisiera no sentirme tan decepcionada de que mienta. No esperaría que esta pareja, no sé, me sacara de aquí y denunciara a Dmitry y a su familia. No sé lo que esperaba, la verdad. Todo esto es nuevo para mí.

Por eso, me sorprende que Dmitry añada disimuladamente algo más.

—De hecho, ella estuvo pendiente de mí toda la velada.

¿Disculpa? Si no lo conociera, pensaría que es una broma sutil dirigida a mí. No puede ser…

¿O sí?

—Disculpa —me entrometo—. Si no recuerdo mal, fuiste tú quien no me quitó los ojos de encima en toda la noche.

—Con ese vestido que llevabas, ¿quién podría? —me responde.

—Y, si por ‘pendiente de ti’ —sigo diciendo por alguna razón que no puedo comprender, siguiéndole el juego a esta tonta historia que se vuelve cada vez más ridícula a cada segundo que pasa— te refieres a que te di mi número después de que me lo pidieras o, mejor dicho, que me suplicaras varias veces, entonces claro. Supongo que estuve pendiente de ti.

Silencio. Dmitry y yo nos miramos. Una nueva chispa se enciende entre nosotros. Se siente casi… ¿bien? No puede ser. Aunque la sensación cálida en mi pecho y mis mejillas dicen lo contrario.

Estoy bromeando con Dmitry y él está bromeando conmigo. Tierra a Shannon: *¿qué demonios está pasando aquí?*

—¿Y después de eso? —Roksana nos presiona, encantada con toda la historia.

—Roxy —la regaña Oleg—, deja que los dos disfruten de su sopa, al menos.

Recién entonces me doy cuenta de que la camarera al parecer nos puso un plato de sopa de remolacha delante. Tomo una cucharada, con cuidado de sorberla con delicadeza, como me enseñaron hace tantos años.

—No se puede culpar a una chica por sentir curiosidad —dice Roxy.

—Nuestra primera cita fue aquí mismo. En la bahía —bajo la voz y añado—: Aunque no le gusta hablar de eso.

—¿Por qué no? —pregunta Roxy, girando su cabeza cubierta de rizos hacia Dmitry.

Él se limita a reír, sacudiendo la cabeza.

—Es ella la que se avergüenza de esa historia, después de lo que pasó.

—¿Después de que intentaras enseñarme a navegar y te cayeras de tu propio barco? —pregunto con dulzura.

—¿Hablas de cuando me zambullí para salvarte? —responde.

—Eso fue después de que te cayeras —replico, manteniendo la sonrisa.

—Durante la tormenta —rectifica, sonriendo también—, y antes de que tú te cayeras, horas después, sin una nube a la vista.

Roxy y Oleg se parten de risa. Se secan las lágrimas de la risa. Como si todo esto fuera un adorable encuentro en una comedia romántica. Como si Dmitry y yo fuéramos una pareja perfecta y feliz, como si nada en el mundo estuviera fuera de lugar.

Tengo que preguntarme de nuevo qué demonios está pasando.

De todos modos, esa pregunta solo está en mi cabeza, en alguna parte lejana de mi cerebro de la que apenas soy consciente. Aquí, en el exterior, sigo el juego de Dmitry, conteniendo la risa.

—Intentó declararse al día siguiente —añado con una mueca inocente—. Apenas lo conocía y ya quería casarse conmigo. ¿Puedes creerlo?

Me lanza una mirada para advertirme que sea cuidadosa, pero lo hace sin dejar de sonreír.

—Algunas personas intentan negarse lo que es mejor para ellas. Yo no soy así.

—Algunas personas se precipitan sin conocer realmente a la persona —le respondo fríamente—. Yo no.

A Dmitry le rechinan los dientes. Sus ojos se entrecierran. Si pudiera verle las manos, seguro que vería sus puños apretados.

Fuiste demasiado lejos, Shannon. Demasiado directa. Demasiado obvia.

—Por suerte, claro, no es nuestro caso —añado, acercándome a Dmitry para agarrarle la mano. La siento tensa.

Trato de convencerme de que la corriente que me recorre cuando nuestros dedos se entrelazan son solo los nervios.

El resto de la comida transcurre igual. Hay algo reconfortante en las despreocupadas e íntimas riñas entre Roxy y Oleg. La paso bien, por alguna razón. Es fácil, como meterme en un papel, igual que en la clase de teatro del colegio. Lo diferente es que sí me gustaría ser esta versión de Shannon: una mujer segura, sofisticada, audaz. Lo que no me gusta es el asunto del matrimonio forzado y la completa falta de libertad, por supuesto.

Cuando Roxy y Oleg se van, empiezo a levantarme, pero Dmitry me detiene.

—¿Por qué tanta prisa?

—Ah. Es que pensaba…

Con nuestra audiencia satisfecha, ya no hay por qué actuar. ¿No se trataba de esto? ¿De que nos vieran y nos dejáramos ver? ¿De que Dmitry Nikolaev presentara a su nueva prometida al público, y que se corriera la voz para que el inminente matrimonio saliera como estaba previsto?

O quizá me equivoque. Tal vez esto fue una prueba para ver si la prisionera puede comportarse en público, sí. Quizás evaluaban si me podían someter a punta de escarnio.

Y si es lo segundo, le seguí el juego como quiso. Le seguí la corriente.

Aunque, por otra parte, ¿qué otra opción tenía? No he podido tomar ninguna decisión desde el momento en que mis padres tocaron la puerta de mi apartamento. Parece que fue hace siglos.

—¿Qué? —pregunto, intentando no derretirme bajo la intensidad de su mirada.

—Estaba pensando si debería felicitarte otra vez. No pareciste apreciarlo la última vez.

Intento sonreír, aunque acabo encogiéndome de hombros. Entonces, de pronto, se me ocurre algo.

—¿Puedo preguntarte algo? Sobre esto que todos mencionaban, de tu padre…

La mandíbula de Dmitry empieza a tensarse. Sus ojos se iluminan. Déjalo ir, Shannon.

Es que no puedo. Hace un rato vi algo que quiero volver a ver. Quiero averiguar si era real o solo parte de su actuación.

—¿De verdad…? —empiezo a hablar, pero me quedo a media oración de nuevo.

—Olvídalo —se oye un ruido seco cuando deja la taza de café sobre la mesa y se levanta.

Lo fulmino con la mirada.

—Ay, claro, ¿ahora sí quieres irte?

—De repente perdí el apetito.

—Qué conveniente.

Yo también me levanto.

—Entonces, ¿está bien que me pidas información, pero yo no puedo saber nada de ti?

—Eso no es lo primero que deberías preguntar sobre mi vida. Y no, no necesitas saberlo.

Que se joda. Al diablo lo que sea que haya sido esto, y cualquier buena vibra que pensé que compartíamos.

Es solo un hombre intentando usarme. Necesito recordarlo. Lo que creí ver, esos sentimientos honestos o pruebas de que tiene alma, eso no fue nada.

Dmitry Nikolaev no significa nada para mí.

—Bien —digo en voz alta.

—Bien —responde—. Vamos.

Vamos, dice, como si yo fuera un niño o un perro que lo tiene que obedecer. Los niños pueden correr. Los perros pueden morder.

Dmitry debería tener cuidado con eso.

Me quedo donde estoy parada. A unos pasos de distancia, se detiene y, en una voz muy baja que solo yo oigo, me dice:

—No me hagas repetirlo.

Pienso en negarme, en montar una escena, pero entonces recuerdo la amenaza que sustenta toda esta aventura tan macabra: chasqueando los dedos puede lastimar a mis seres queridos. Gente a la que no puedo perder.

Así que desisto de mi lucha y lo sigo sin mediar palabra.

Cuando estamos afuera, dice algo más.

—Oh, casi lo olvido —se gira para mirarme, me agarra de la muñeca y tira de ella. Siento que algo resbala por mi dedo.

Miro hacia abajo.

Es un anillo de compromiso de una belleza sorprendente. Está cubierto de intrincados tallados, organizados en torno a un diamante en forma de corazón.

—Tenemos suerte de que nuestros amigos no se hayan dado cuenta —señala.

—Tuvimos suerte —hago eco—. Claro.

Nunca fui el tipo de chica que sueña con casarse. Las cosas nunca se pusieron tan serias con ningún chico como para que me lo planteara. Sin embargo, nunca habría pensado que sería así.

Un matrimonio forzado.

Falso.

Lleno de mentiras.

Por el amor de Dios. Fui a comprar un vestido de novia bajo amenaza de represalias violentas. Me están dando un anillo de compromiso sin siquiera preguntarme *¿Quieres casarte conmigo?*

Miro el anillo. Es bonito, glamoroso, único. Me gusta, aunque no debería gustarme, y aunque no sea más que una especie de atadura esclavizando mi dedo, o un recordatorio de lo que soy para él, de que le pertenezco.

—Deberíamos irnos —dice con rudeza. Sin esperar mi respuesta, su fuerte mano agarra la mía y tira de mí.

—Entonces, ¿eso es todo? —digo mientras voy tras él.

En algún momento mientras estábamos dentro, el cielo se puso gris. Tan gris como se siente mi alma. Sin embargo, no llovía. Yo tampoco derramé ni una lágrima. Algunas tristezas son demasiado profundas y demasiado desoladoras como para hacerte llorar.

—¿Realmente vamos a casarnos?

—Sí.

Me abre la puerta y hace un gesto para pedirme que entre.

No me muevo.

—¿De verdad quieres que nos casemos? Porque yo no.

Su gesto se torna severo y se voltea a mirarme.

—Por desgracia, no te estoy dejando otra opción.

DMITRY

Dos días. Solo pasaron dos días, pero parece más tiempo. Quizá sea porque no la vi más. Estuve ocupado.

—¿Será que ir más despacio no es una opción? —pregunta Gavriil con la boca llena de Doritos.

Adelanto a otro auto por la derecha y piso el acelerador. Las señales de tráfico y los semáforos pasan a toda velocidad.

—Por algo soy yo el que está detrás del volante y no tú —digo tajante.

—Sí… —balbucea mientras mastica ruidosamente—. Solo me preocupa que ese algo sea que quieras matarnos a todos.

—Cállate, Gav —murmura Bastien de mal humor—. Ya tenemos suficientes problemas sin tus lloriqueos.

—No me culpes a mí porque los malditos mexicanos intenten iniciar tiroteos —refunfuña Gavriil entre resoplidos.

—Sus 'intentos' mataron a dos de nuestros hombres —le recuerdo.

—Nosotros nos encargamos de seis de los suyos, ¿y qué? —sigue masticando con la boca abierta.

—Que han sido tres ataques en seis días —hago una pausa. Normalmente no me gusta alterar a la gente sin necesidad, pero Gavriil tiene que aterrizar en la realidad de una vez—. Niégalo tanto como quieras, pero no podemos dejar a nuestros soldados en alerta roja por tiempo indefinido.

Esa no es forma de trabajar ni de infundirle confianza a nuestras tropas. Tenemos que erradicar a Rafael y a sus secuaces. La pregunta es cómo.

Nuestro único espía dentro de Los Verdugos apareció muerto ayer por la mañana, y han dejado de frecuentar todos sus antros habituales. Las cosas apuntan a que viene… algo.

Pero ¿qué será?

¿Y qué demonios voy a hacer al respecto?

Nunca tuvimos buena relación con Los Verdugos, pero manteníamos distancia hasta hace poco.

No sé qué cambió, pero debo averiguarlo pronto o morirán más hombres de nuestra bratva.

Tal como le ocurrió a mi padre.

—Ojalá el cobarde de Rafael se atreviera a mostrar su cara —gruñe Bastien, golpeando con el puño la carrocería del auto.

—No lo hará —vaticino—. No a menos que tenga la victoria garantizada. Es demasiado listo para equivocarse así.

—Si fuera tan listo, no nos atacaría —replica Gavriil—. Lo duplicamos en número, y cada uno de nuestros hombres vale por dos de los suyos. Es un suicidio.

—No si juega sus cartas bien —señalo—. Si hay un buen momento para que haga su jugada, es ahora. Sabe que estamos frágiles. Al menos para nuestros estándares.

—Son solo rumores —refunfuña Gavriil, aunque sabe que es más que eso—. No son más que ratas asquerosas, que andan por ahí intentando generar caos. En cuanto estés casado y matemos a unos cuantos más de esos estúpidos del cártel…

—Ya basta de mencionar el matrimonio —advierto.

Se hace un silencio tenso.

—Sabes que mamá tiene razón —dice Gavriil al cabo de un minuto, golpeando el tablero del auto con los dedos—. Necesitamos toda la publicidad que podamos conseguir en este momento. Un reportaje favorable en la sección de sociales con una mención al apellido de tu mujercita valdría oro.

Mis manos agarran el volante más fuerte. Mi pie aprieta aún más el acelerador.

—Te lo dije… pronto. Ahora no.

—¿Qué tan pronto? —pregunta Bastien.

—Por el amor de Dios, no tú también —gruño.

—Está bien, no diré nada.

—¿Qué vas a esperar? —insiste—. ¿Vas a pedirle la mano a su padre?

Todos nos echamos a reír. Sus padres adoptivos están muertos de miedo a causa de nosotros. Se ocultan en Boston, y tienen razón en hacerlo.

—Hablando en serio —continúa Gavriil, limpiándose la boca con el dorso de la mano—, si quieres una despedida de soltero, puedo encargarme.

—No estoy esperando por nada. Mucho menos por eso.

—Entonces, ¿por qué la demora?

Aprieto el volante hasta que se me ponen blancos los nudillos.

—Te lo advierto, Gavriil…

—¡Yo te lo advierto a ti también! —sus rasgos delgados se iluminan con una alegría que no comparto—. No hay razón por la que no puedas casarte con ella mañana o esta noche. Te reto a que lo hagas.

—Mamá quiere que sea un acontecimiento público, con invitados. Lo que es más importante, es que es lo que papá habría querido.

—Bien, entonces, hazlo este fin de semana. Sabes que podemos organizar algo así en un santiamén.

Me acerco a un semáforo en rojo, abro la ventanilla para tomar aire y volteo a mirarlo con mala cara.

—Olvídalo.

—No te molestes conmigo solo por decirte la verdad —continúa—, pero ya han sido dos de los viejos amigos de papá los que me han dado un sermón de diez minutos sobre lo necesario que es que termines con esto. Preferiría que me dieras una fecha concreta, tú entiendes…

Antes de darme cuenta, le arranco la bolsa de Doritos de la mano y la tiro por la ventana.

—¡Ey! —protesta Gavriil—. Me lo estaba comiendo.

—¿Tendré que pedirte otra vez que te calles?

—No —hace un puchero—. El camino a casa era por esta última curva que pasaste, ¿a dónde vamos?

—No lo sé —admito.

Tras estos últimos días y la conversación de hace un momento, hay un montón de adrenalina que necesito quemar. Quizá conduzco solo por placer. Para mantenerme en movimiento.

—¿Por qué no salimos por ahí? Simone no para de escribirme. Me mandó una amenaza de muerte hace unos días, pero podremos conocer chicas nuevas.

Lo considero.

—Me parece bien. Salgamos —digo sin más—. Pero no te prometo nada.

Nuestra madre se enfadaría si se enterara. Ahora que lo pienso, la oportunidad de tener a otra mujer me parece… poco tentadora. No sabría explicar por qué. Pero, ¿quién sabe? Quizá viendo a una chica en persona podría despertarse mi interés. Podría distraerme de ciertos asuntos.

Como que esto de apresurar la boda con Shannon se siente un poco raro. Se siente mal, incómodo.

Además, por unos minutos, en serio disfruté de ese almuerzo junto a ella.

Eso no importa, de todos modos. No hace ninguna diferencia. Lo que tenga con ella será una relación como de trabajo y nada más. No hay lugar para nada más.



EL CLUB 40/40 está a reventar. Gavriil va por bebidas mientras Bastien y yo conseguimos una mesa. Gavriil vuelve con tres whiskys y con un grupo de chicas.

—Estas son Abigail, Anastasia y… se me olvidó el nombre de la última —suelta, con la boca estirada formando una sonrisa de bobo, que a las chicas siempre les encanta.

No deja de arrasar esta noche. Las chicas se ríen a carcajadas de la gracia y todos brindamos.

Pasan unos minutos con la música a todo volumen. Gavriil se queda prendado de la morena más delgada, que quizá tenga problemas con la coca, mientras que la rubia tetona está sentada en el regazo de Bastien, quien parece muy contento con eso.

Yo llevo ya tres copas y la música no mejora para nada. Solo ponen canciones de algún perdedor cursi adicto al auto tune, canturreando al ritmo de un beat EDM sobre un amor perdido. Deprimente.

—Tú —dice la pelirroja presionándome el pecho con la uña roja de uno de sus dedos. Es la última chica, la más sexy y la más decidida a llevarme a la cama hoy—, eres patético.

—¿Lo soy?

Sonríe y se me acerca para besarme. Sus labios están a un milímetro de los míos cuando, por instinto, me alejo.

Mientras me mira confundida sacudo la cabeza, dejo la copa en la mesa y me levanto.

Gavriil y Bastien están entretenidos con sus compañeras a mis dos lados. Las arrugas de la ropa crujen, las manos desaparecen bajo los cinturones y suben por los dobladillos de los vestidos.

Bien por ellos, pero no es para mí.

—No puedo —le explico a la pelirroja antes de irme—. Mejor suerte la próxima.

Cuando me doy cuenta, ya estoy afuera del club. Gavriil y Bastien ni siquiera lo notan.

Fue una estupidez venir a este lugar, igual que posponer lo inevitable. Por esta noche no quiero más distracciones. No quiero a una chica fácil con la que acostarme y perder el tiempo. No más rodeos. Ya es hora de hacer lo que me muero por hacer.

Me estuve muriendo por hacérselo.

~

ES TARDE, pero me dijeron que Shannon es noctámbula. Fuera de su habitación de hotel, los guardias me saludan y abren la puerta. Entro y la encuentro sentada en la mesa, con una camiseta blanca ajustada y unos leggins morados. Lleva el pelo despeinado y suelto sobre los hombros.

Es extraño que me fije en un detalle así, pero con ella me fijo en todo. Cada movimiento de sus labios, de sus dedos, esa marcada línea que traza su clavícula, esa pálida curva de su garganta…

Quiero hacerla toda mía.

Devorarla.

Marcarla como mía con mordiscos y azotes, acariciando cada centímetro de su ser.

Cuando levanta la vista para verme, cierra su cuaderno.

—¿Me estás ocultando algo? —pregunto.

No creí estar borracho cuando me fui del club. Por Dios, solo me tomé tres wiskis. Pero tenerla tan cerca para oler su olor corporal tiene algo que me hace sentir intoxicado. Necesito mucha fuerza de voluntad para no hacerla levantarse, ponerla sobre la mesa y bajarle los pantalones deportivos ya mismo.

—Nada importante —dice, mordiéndose el labio nerviosamente—. Es que… no te gustaría.

—Muéstrame.

Ella niega con la cabeza.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Enséñame lo que tienes ahí y quizá te lo diga.

Suspirando, me lo enseña.

Es detallado, exótico, extraño. No puedo decir que lo entiendo. Una chica que tiene puesto lo que parece un casco de astronauta habla con un hombre alto, de rasgos toscos y sin ojos, en un paisaje colmado de suculentas gigantes, en medio del desierto.

No me extraña que se muerda el labio y me mire la cara una docena de veces cuando estoy analizando el boceto. Está asustada y trata de ocultarlo. Está asustada, y no quiere que yo lo sepa.

Pero hay algo más. Siente lo mismo que yo. La lujuria, la atracción, la descarga eléctrica.

Sería fácil hacer que se aleje en este momento. Podría decirle algo cruel y despectivo e irme. Eso podría ser lo mejor para ambos.

Sin embargo, algo en su mirada no me lo permite.

—Se ve bien —murmuro.

—Gracias —frunce los labios —dime, ¿por qué viniste?

La respuesta sincera es que no tengo ni puta idea. Hace un momento, estaba en un club con mis hermanos, embriagándome con un montón de chicas a mi alrededor con las que podría tener sexo fácilmente. De repente lo único que quise fue largarme de allí.

Y ¿para ir adónde? ¿Aquí? Por qué es una muy buena pregunta.

Pero no puedo decirle a Shannon toda esa perorata. Por eso, una mentira fácil brota de mis labios para disimular.

—Vine a decirte que será pronto. Nos casaremos en unos días.

Reina un silencio ensordecedor. Un reloj hace tic-tac en la esquina.

—¿Así como así?

Me doy la vuelta.

—Así como así.

—Pensé que… —le tiembla la voz. Me entran ganas de acercarme a ella, pero me contengo. No es buena idea—. Pensé que aún teníamos tiempo. Acabamos de comprar el vestido de novia.

—¿Para qué esperar?

—¿No parecerá… precipitado?

Sacudo la cabeza, sin querer mirarla todavía. Es absurdo: fue preparada para mí, criada para mí, siempre estuvo destinada a acabar justo aquí, joder, y aun así casi me siento… ¿mal por ella?

Déjate de chorradas, Dmitry, digo para mis adentros. *Ella te pertenece. No lo olvides nunca.*

—Me importa una mierda lo que piensen los demás. Pospuse esto durante mucho tiempo. Sucederá cuando yo lo diga —respondo en voz alta.

—Entiendo, dos días son 'mucho tiempo'. Por supuesto que sí.

Me volteo para mirarla.

—¿En qué quedamos sobre ser insubordinados?

Mantén la calma, Dmitry. Sabes lo que puede pasar cuando estás con esta chica. Te saca de quicio. Te hace hacer cosas de las que te arrepientes.

Aunque quizás podría necesitar un recordatorio de lo que ocurre cuando no cierra la boca.

El recuerdo está a flor de piel. Recuerdo cómo me sentí al azotar su trasero pálido la noche que me desobedeció en el balcón. Recuerdo el sonido de sus gemidos entre el viento frío.

Se levanta y me fulmina con la mirada.

—¿Insubordinada? Por si olvidas, parece que aquí no tengo voz ni voto en nada. Debería poder decir lo que pienso, aunque eso no cambie nada.

Me acerco lo suficiente como para que nuestros alientos se mezclen. Ella jadea como si fuera un toro furioso.

Soy la viva imagen de la calma, a pesar de que en mi interior se cierne el deseo de hacer lo que ya hicimos: quiero quebrar a esta chica y reclamarla como mía de una vez.

—Solo puedes hacer lo que yo te permita. Creí haberlo dejado claro.

—Bien claro.

Luego parece que piensa en algo, porque su expresión se vuelve cálida.

—¿Qué hay de mis padres, o de Vicki? —pregunta—. ¿Podrán asistir?

Retrocedo de nuevo y me volteo. No me fío de estar tan cerca suyo. Es un juego peligroso.

—Sabes que no puedo permitirlo —digo—. Tus padres ya demostraron no ser confiables.

—Entonces ¿me mentiste? ¿No me dejarás verlos? —reclama mientras se pone en mi campo visual—. ¿Fue verdad algo de lo que me has dicho? ¿Y qué pasa si digo que no?

—¿De verdad quieres que hablemos de eso? —le pregunto con calma.

Si me conociera mejor, reconocería el veneno en mi voz. Sabría que tiene que alejarse o, mejor aún, correr hacia las colinas gritando.

Cuando me enfado puedo lastimar a la gente.

A esta princesita le queda mucho por aprender.

—¿Todo esto solo por satisfacer a tu familia? —continúa en voz baja y furibunda, moviendo tanto la cabeza que se le mece la coleta rubia.

Podría encontrarlo gracioso si estuviera de mejor humor. Pero ahora solo puedo pensar en agarrarla del pelo y echarle la cabeza hacia atrás, aunque solo sea para oírla gemir bajo mi yugo.

—Es ridículo. ¿A quién demonios le importa tu estúpida familia? ¿Se supone que eres un mafioso asesino y te vas a casar para complacer a tu mami?

Ya basta. *Fuiste demasiado lejos, Shannon. Te pasaste bastante de la raya.*

Pego media vuelta, la agarro por el cuello y la pongo contra la pared.

—Te dije que te callaras —le espeto en la cara. Sus ojos se abren de par en par, por miedo, pero también desafiantes.

—No tienes ni la más mínima idea de cómo es este jodido mundo. Tengo intención de liderarlo y, para eso, debo dejarle claro a todos que pienso estar en esta posición por mucho tiempo. Tengo que demostrarles que soy poderoso, que tengo un ejército, que tengo un heredero. Tú me darás ese bebé. Ese es tu papel en este asunto. Así que cállate, abre las piernas y haz lo que te diga.

Mierda, perdí los estribos. Juré que no pasaría.

Disgustado conmigo mismo, la suelto y me alejo una vez más, metiéndome las manos en los bolsillos para evitar que tiemblen.

Detrás de mí, Shannon se hunde en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Oigo un sonido ahogado saliendo de ella. Tardo un segundo en darme cuenta de lo que es.

Se está riendo.

—Ay, Dmitry —suelta un suspiro melodramático—. ¿Así que ahora no solo seré una esposa prefabricada, sino también una máquina de hacer bebés? ¿Eso es todo lo que soy para ti?

—Tienes que ser razonable —advierto—. Te estás quedando sin opciones.

Vuelve a echarse a reír amargamente.

—Nada de esto es razonable.

—No queda otra.

—No seré razonable —sisea—. Esto es demasiado estúpido, demasiado enfermizo. Razonable salió del chat hace mucho tiempo.

Mi ira vuelve a ebullir. Arde, hierve. Me abalanzo sobre ella. La agarro por los hombros, la tiro de espaldas al suelo y planto mis rodillas a ambos lados de sus caderas, inmovilizándola.

—No, lo que es estúpido es permitir que los hombres que mataron a mi padre sigan sin pagar. ¿Sabes de qué son responsables Rafael y su cártel inmundo? De *cientos* de homicidios sin resolver, tráfico sexual infantil, tráfico de órganos. Mi padre trabajó durante años para llegar a una supuesta tregua con esta sabandija para hundirlos, y ellos lo apuñalaron por la espalda como las ratas de alcantarilla que son…

Me quedo callado, sorprendido por lo que acabo de decir.

¿Qué demonios? Nunca había compartido eso con nadie. Era el verdadero objetivo de mi padre al aliarse con Los Verdugos. Nadie más lo sabía.

Nuestros rostros están a centímetros de distancia. Sus ojos color avellana no saben si enfadarse o asustarse.

—No puedes obligarme a nada —dice Shannon en voz baja.

Suspiro. De repente me siento muy cansado. Cansado de toda esta basura. Mi paciencia se agota, mi reserva de serenidad está a nada de quedarse vacía.

—Sí puedo y lo haré —digo en voz baja—. Necesito una esposa. Tú eres el premio que se me prometió —lo único que importa es hacerle entender quién manda aquí—, y tú, Shannon McNulty, honrarás esa promesa.

—Vete al infierno —espeta—. No soy el premio de nadie.

Su mano se levanta para abofetearme. Igual que la última vez la detengo en el aire, poniéndole los dedos alrededor de la muñeca. Ella forcejea, pero yo soy mucho más fuerte.

Nuestras miradas se cruzan.

Una fracción de segundo después, nuestros labios se unen. Nuestro beso hace que su cabeza repose en el suelo. Sus labios me rozan, me muerden y tiran de los míos. Es un beso feroz, sucio y violento.

Como ella.

Como yo.

La pongo contra el suelo con la palma de mi mano. Mi otra mano todavía sujeta su antebrazo. Hace un esfuerzo por soltarse, pero no la dejo ir.

Nunca la dejaré ir.

Nuestras lenguas se entrelazan y nuestros jadeos calientan el aire que nos separa. Sus labios tienen un sabor tan delicioso. Tan embriagante y delicioso.

Esto era lo que necesitaba hoy. Justo ahora.

La necesitaba a ella. Estar encima de ella, con ella, en su interior.

Me levanto y, antes de que pueda reprocharme algo, la alzo en brazos. No se agita ni me muerde como esperaría. Está demasiado aturdida y confundida por el repentino giro de los eventos.

Le vuelvo a comer la boca mientras doy zancadas hacia la cama y la tiro encima del edredón. El chillido de sorpresa que emite me eriza la piel. Quiero oír más sonidos como ese.

—Detente —gime.

Sé que no lo dice en serio. Ella también lo sabe, pero me detengo igual, me aparto. Su mirada muestra una gran furia, impotencia y deseo.

De repente, se aleja de mí, se baja de la cama y se tambalea hacia la puerta del balcón, de espaldas a mí. Apoya la cabeza contra el cristal. Sus hombros se elevan y vuelven a descender al compás de su respiración.

—Solo… vete —su voz se oye tranquila, suplicante—. Por favor.

Su cuerpo está rígido, tenso. Lo desea, y mucho.

La dejaré resistirse. Soy un Nikolaev. Al final, siempre conseguimos lo que queremos.

Aun así, viéndola desde atrás, el trasero en esos leggins ajustados, esa melena rubia…

—Cuando estemos casados —empiezo a decir—, voy a tomar lo que me pertenece.

—Yo no te pertenezco —dice ella, un poco más mordaz.

—¿Ah, ¿no?

—No.

—Si tú lo dices —aparto la mirada de ella y me obligo a dirigirme a la puerta. Por mucho que la desee, ahora no es el momento. No todavía—. Sigue tratando de creértelo.

Luego, me voy.

SHANNON

—Hoy es el día —susurro ante mi reflejo en el espejo dorado.

Estoy sentada en una silla tan bonita como incómoda, en medio de una marea de peluqueros y maquilladores. Vanna preside todo desde su asiento en la parte de atrás, emitiendo órdenes ocasionales como ‘más rizado’ y ‘más polvo’.

De todas las emociones posibles, la que está a tope en este momento es el desconcierto más total y absoluto.

Después de todo, por Dios, estoy en el *Salón Gótico*. Hasta esta habitación secundaria sin importancia en la que estamos, con sus pilares esculpidos rosados y dorados, su suelo de mármol veteado de rosa y su sutil y exquisito aroma a jazmín y lavanda, es más bonita que cualquier hotel que haya visto, y mucho más que en los que me he alojado.

Aunque, admitámoslo: viendo en perspectiva toda esta situación, que es más extraña que la ficción, estar en el lugar más lujoso y caro de Nueva York para casarme es lo menos loco de lo que me está ocurriendo.

Pero no puedo pensar en eso. Si intento dar un paso atrás y pensar en cómo terminé sentada aquí, bien podría derrumbarme y largarme a llorar.

Por eso no lo hago. Me miro al espejo e intento sonreír.

Al menos no se me nota el desánimo. ¿Quién sabe qué haría Vanna si me atreviera a mostrar apenas un ápice de lo desesperada que me siento? La vi ofreciéndole una pastillita de una caja con un símbolo a una maquilladora que empezó a llorar por el estrés que se sentía en el ambiente.

Quizá estoy demasiado afectada como para llorar.

O demasiado rota.

A pesar de que Dmitry compartió la noticia conmigo el otro día, supongo que una parte de mí esperaba que, de algún modo, surgiera algo. Que encontraran a otra novia en la mafia, que toda la familia muriera en un tiroteo. Algo así.

No tuve suerte.

—Deja de poner esa cara —me ordena Vanna. Tardo un segundo en darme cuenta de que me

está hablando a mí.

—¿Qué cara? —le pregunto.

—Esa cara.

Me obligo a adoptar una expresión neutral.

—Bien —dice ella—. Está mejor, al menos.

Con su refinado bronceado dorado, el pelo oscuro peinado con un corte bob recto y una sonrisa pintada de un rojo elegante, Vanna parece ser la que se casará. Ya no queda ni rastro de aquella suegra divertida a la que le gustaba tomarle el pelo a los guardaespaldas. Hoy está muy seria, y tan fría que me dan ganas de temblar. No tiene ni un atisbo de calidez.

—Tu amiga te está llamando —frunce el ceño mientras me pasa el teléfono—. Te daré cinco minutos. Ni un segundo más.

Vaya, cinco minutos para hablar con mi mejor amiga el día de mi boda. Qué considerada.

—Hola, ¿cómo está la novia? —me saluda Vicki, con un aura animada que me gustaría tener—. ¿Cómo va todo?

—Puro estrés —contesto. Jugueteo con mi anillo—. Me hubiera gustado que vinieras.

—A mí también —afirma Vicki—, pero entiendo. Es una boda familiar, un evento pequeño. Dmitry es muy reservado.

Escuchar mis propias mentiras me hace sentir peor. Heme aquí, en el día de mi boda, y mi mejor y casi única amiga en el mundo no puede venir.

—Habrá demasiados jefes de la mafia en el lugar —fue lo que dijo Dmitry en un tono que no admitía objeciones, aunque eso no me impidió intentarlo—. Podría escuchar algo o ver algo que no fuera de su incumbencia, y luego…

No fue necesario que terminara la frase para terminar de entenderlo.

Quizá no sea buena idea mantener el contacto con Vicki. La pone en peligro. Por otro lado, me volveré loca si no puedo al menos seguir hablando. Además, tengo que procurar que esté a salvo, cueste lo que cueste.

A mis padres tampoco se les permite venir a la boda. Mi mayor esperanza es que los Nikolaev me dejen llamarlos pronto.

—¿Shann? —dice Vicki.

Dejo atrás mis pensamientos lastimeros.

—Sí —respondo con tristeza—, pero igual sigue siendo un asco.

—¡Pero no te desanimes por mi culpa! —dice Vicki—. ¡Disfruta de tu gran día! Toma muchas fotos. Y me guardas unos cuantos pedazos de pastel

—Lo haré —digo—. Es que… la verdad, esto se siente irreal. Me faltas tú.

Sí, debería colgar ya. En el espejo puedo ver a Vanna, de pie detrás de mí, con las cejas cada vez más arqueadas.

Pero no puedo. Cuanto antes cuelgue, antes tendré que afrontar el resto del día.

Vuelvo a mirar mi reflejo con una especie de espanto silencioso. La chica del espejo ni siquiera se parece a mí. Está demasiado arreglada, demasiado muerta por dentro.

—No te preocupes —continúa Vicki, con optimismo de sobra—. Igual seré tu dama de honor. Y sé que te la pasarás muy bien con tu marido y tus suegros. Te quiero.

—Y yo a ti —digo.

La Shannon del reflejo se agita. Sabe que ya es hora de lo que intento ignorar. Ya es hora de colgar. Vanna hace sonar sus uñas en el respaldo de mi asiento.

Hazlo ya, Shann. Despídete de Vick y cuelga. Haz lo que tengas que hacer y deja de retrasar lo inevitable.

Pero parece que no puedo decirlo. No puedo hacerlo, no puedo soportarlo, no puedo tolerar nada de esto, toda esta estúpida farsa. Vanna y su expresión de furia. Poco le falta para chasquear los dedos como si yo fuera un mono amaestrado.

—Vicki —digo de repente.

—¿Sí?

—Yo…

¿Por dónde empezar?

¿Empiezo por decirle que soy una gran mentirosa que la ha engañado sobre tantas cosas que ya perdí la cuenta? ¿Le digo que esta boda no es íntima? ¿Que son más de cuatrocientas personas y que no habrá ni una sola cara conocida de mi vida anterior?

¿Que, a pesar de toda esta locura y de que me quitó casi todo lo que amaba, mi libertad y todo lo que valoraba, no consigo odiar a Dmitry tanto como debería?

¿Que estoy desesperada? ¿Que tengo miedo?

¿Que tal vez nunca pueda volver a tener la vida que tanto amaba?

Vanna me pone las manos en el hombro. No es un gesto para amenazarme con ahorcarme que digamos, pero está tan cerca de mí que me incomoda. Siento sus uñas frías cosquilleándome la clavícula como si fueran garras. No puedo decir nada de lo que quiero decir, y no puedo escapar del destino en el que terminé metida.

—Pues… gracias —le digo a Vicki por el teléfono—. Por todo. Adiós.

—Adiós —dice ella, insegura.

Cuelgo y tomo una bocanada de aire.

Ya está. Está hecho. No puedo evitarlo. Me voy a casar y no puedo hacer nada para evitarlo.

Vanna se agacha y me quita el teléfono de la mano.

—Tranquila —me dice. Por poco creo que se siente mal por mí, hasta que añade algo más—. Si lloras te estropearás el maquillaje.

Casi me río. Nada de esto tiene que ver conmigo. Solo quieren que sea la muñeca de novia perfecta para ponerme sobre el pastel.

—¡Ahora, levántate! —me ordena.

Hago lo que me dice y de inmediato me agarra por el codo y me lleva al enorme espejo de cuerpo completo que está colgado en una pared. Me hace girar hasta que quedo de espaldas a mi reflejo, y luego me señala el suelo.

Acto seguido, empiezo a ponerme el vestido de novia blanco que reposa sobre las baldosas. El equipo de estilistas me rodea como si fueran avispas, intentando subírmelo y ponerlo en su sitio. Hasta la propia Vanna se coloca detrás de mí para ajustarme el corsé.

No lo hace con delicadeza. De hecho, cada vez que aprieta más las cuerdas me estruja las costillas como si de una prensa se tratara, sacándome cada vez más aire de los pulmones.

—¿Podrías…? —intento resollar, pero me ignora con un movimiento brusco de la cabeza.

—Silencio. Sobrevivirás.

Puede que sí, puede que no.

Cuando termino de vestirme, Vanna manda a salir a los maquilladores y peluqueros con un chasquido de sus dedos. Volteando a verme, empieza a revisarlo todo ella misma. Ajusta esto, retoca aquello. Mientras lo hace, pienso en estos últimos días.

Ha sido un carrusel de visitas a lugares y capillas, repasando cada detalle de la ceremonia, qué esperar y qué hacer y qué no hacer, como si fuera un simulacro del ejército, y reservando todo lo que requiere una boda, tanto la comida como las decoraciones y los arreglos florales, con apenas días de antelación.

Fue increíble. Todavía no entiendo cómo conseguimos apartar con menos de una semana de aviso lugares que normalmente requieren años de reserva.

¿Así es la vida cuando eres dueño de la ciudad? ¿Siempre tienes lo que quieres, cuando quieres y como lo quieres?

No parece real. Nada de esto lo parece. Vicki y yo solíamos pasar por delante del Gótico y admirar su portal con puertas grabadas de oro y los destellos de las novias despampanantes de la alta sociedad que veíamos entrar y salir.

El tipo de lugar con el que soñábamos en todo el sentido de la palabra: nunca esperábamos que se convirtiera en realidad.

—¡Shannon! —demanda Vanna—. Esa cara.

Al darme cuenta de que estoy frunciendo el ceño, fuerzo los labios a adoptar una expresión más neutra.

—De acuerdo —dice Vanna de repente—. Te dejaré echar un vistazo.

Me agarra por la cintura y me hace girar hacia el espejo.

Una novia me mira. Es una novia preciosa. Mi piel tan pálida, que siempre odié, se ve ahora radiante e impecable. La mitad de mi cabellera se vierte sobre mis hombros formando hermosos bucles dorados, mientras que el resto se eleva sobre mi cabeza como una corona de fantasía.

El pronunciado escote en forma de A deja ver apropiadamente mi busto y mi clavícula. Se estrecha a nivel de mi cintura, como abrazándola, antes de abrirse en una elegante curvatura. Un sutil motivo en encaje remata los bordes de la pieza superior. Todo el conjunto es de buen gusto, luce perfecto.

A pesar de todo lo que me trajo a este momento, hasta yo debo admitir… que me veo hermosa.

—Esto bastará —comenta Vanna con ironía.

No sé si reír, llorar o volverme loca aquí mismo. Esto es demasiado para una sola mujer, sobre todo sin tener a tus padres ni amigos a tu lado.

Al final, decido no hacer nada de eso. No le daré a Vanna ni a su hijo la satisfacción de ver ninguna emoción en mi cara. No me quebrarán ni me comprarán.

Sobreviviré a ellos.

Satisfecha, Vanna coge mi codo otra vez y me saca de la habitación a toda prisa. Vamos rápido. Tan rápido que casi tropiezo por los altísimos tacones y la falda vaporosa del vestido.

Vanna no disminuye la velocidad ni un solo segundo.

Llegamos a un vestíbulo con suelo de mármol frente a dos puertas de caoba tres veces más altas que yo. El techo parece estar demasiado lejos. Oigo el murmullo, la tos y las risitas de la multitud agrupada en el salón de eventos al otro lado de las puertas.

Vinieron cuatrocientos miembros de la crema y nata de la ciudad. Todos esperan algo. Todos me esperan a mí.

Oigo el repiqueteo de unos zapatos procedentes del otro extremo del vestíbulo. Se aproxima un hombre alto, fornido y que exuda arrogancia. Me recuerda mucho a Dmitry.

—Este es Gavriil —dice Vanna cuando el hombre llega hasta nosotras—. Mi hijo, tu cuñado. Él te llevará al altar.

Por supuesto. No iban a confiar en mi padre ni siquiera para esto. ¿Realmente esperaba que los Nikolaev cambiaran de opinión a último minuto? Ahora, con este malestar en el pecho, me doy cuenta de que al parecer era justo eso lo que esperaba.

Lo agregaré a la lista de cosas que Dmitry y su familia me han arrebatado.

Gavriil tiene el pelo y los ojos oscuros igual que Dmitry, con rasgos un poco más toscos. Tal vez lo perciba así porque tiene el ceño fruncido.

—Esto es estúpido, esa es la verdad. No soy su padre, por favor…

—Gavriil —interrumpe Vanna bruscamente.

Se queda callado, aún con el ceño fruncido, pero luego se obliga a esbozar una sonrisa despampanante en su rostro. Parece ser un chico malo. Temerario tal vez.

—Por supuesto, madre. Mejor no estropear este glorioso día con mi mala actitud.

—No creo ni poder mirarte tan feo como mereces —dice llena de ironía—. Ya voy a entrar —hace una pausa para dirigirnos una mirada que nadie con dos dedos de frente se atrevería a desafiar—. Será mejor que no tenga que recordarte que…

—Esperaré a que empiece la música —dice hastiado, mostrando claramente que se lo dijeron muchas, muchas veces antes—. Entendido.

Vanna sonríe y le da una palmadita en la mano.

—Así me gusta. Lo harás excelente.

Gira la cabeza hacia mí y me dedica una sonrisa que calificaría de «amable» si me la dedicara cualquier otra persona.

—Tú también lo harás excelente. Mucha suerte.

Y luego se marcha, dejándome con Gavriil, que me mira con gesto hosco y las manos metidas en los bolsillos.

—Entonces, tú eres la dichosa chica —dice por fin.

—Entonces, tú eres el hermano —le respondo.

Se le ilumina la cara. Resulta un poco inquietante, pero ahora tiene una expresión traviesa que lo hace parecer el miembro más accesible de esta familia hasta ahora.

—¿Dmitry te ha hablado de mí?

—Te ha mencionado casualmente.

—Ah, bueno —vuelve a fruncir el ceño—. Lo mismo contigo.

—Qué bueno.

—Sí, muy bueno —me mira de reojo—. No estarás planeando ninguna locura, ¿verdad? Mi madre me matará si estropeas la boda. Puede llegar a ser muy cruel, por si no te has dado cuenta.

Le lanzo una sonrisa cínica.

—Pues, pensaba salir corriendo, pero, si insistes, supongo que puedo limitarme a mostrarle mis pechos al cura.

Gavriil se ríe.

—Eso podría hacer que el viejo empezara a creer en Dios. Ya veo por qué le gustas a Dmitry.

—¿Cómo dices?

—No dije nada —disimula mientras se encoge de hombros.

La música empieza a sonar. Mi corazón se acelera y empieza el espectáculo.

Respiro hondo y me obligo a abrir las manos. Estoy a unos pasos de mi nueva vida.

Engancha su brazo al mío.

—Esa es nuestra señal.

Empezamos a caminar juntos hacia la puerta. Se abre sin hacer ruido cuando nos acercamos, y unos porteros con uniformes lavanda a juego empujan cada una de las puertas.

Apenas logro ahogar un respingo al contemplar el techo del interior del recinto. La decoración es, por decir lo mínimo, impresionante. Vanna debió de arrancar la mitad de los cerezos más antiguos de Nueva York y trasladarlos aquí. En todo el perímetro de la sala hay hermosas torres de arreglos florales, y hay mantos de pétalos de rosa pálidos adornando el suelo.

La propia sala, con su brumosa iluminación y el horizonte neoyorquino iluminado su colosal cúpula de cristal, se ve mil veces más hermosa que cuando la visitamos anteriormente.

No puedo apartar la mirada. Es tan… bueno, hermoso. Es como un cuento de hadas o una película.

Mis lágrimas amenazan con escaparse de mis ojos, pero las logro contener.

Otras sensaciones me invaden, una tras otra, sin descanso. La fragancia de los cerezos perfuma el aire. Unos violines anónimos entonan la marcha nupcial. Todas mis fuerzas están concentradas en tratar de no convertirme en un hazmerreír. *Un paso, otro paso, vamos despacio, tal como lo practicaste con Vanna, no tropieces con tu estúpido vestido largo, no te caigas de bruces, no te eches a reír… o a llorar… De hecho, es mejor que no respires en este momento…*

Todo el mundo tiene la mirada puesta en mí, pero yo solo quiero encontrarlo a él.

Y una vez que mi mirada se posa en mi futuro marido, parece que no puede desviarse a ninguna otra parte.

Dios, está buenísimo.

¿Es tan hermoso que duele? Sí, claro.

¿Lleva puesto un traje que cuesta más que el auto de mis padres? Sin lugar a dudas.

¿Una sonrisa que invita a pecar? La tiene.

Si no supiera lo contrario, por la forma en que me mira diría que realmente siente algo por mí. Que esto es real.

Aunque no me importa lo que él piense.

Estás haciendo esto por ellos. Por mamá. Papá. Vicki. Aquí eres una actriz, tienes que seguir el guión, decir lo que tienes que decir, hacer lo que debes hacer.

Y así, mientras camino para encontrarme con él, le dirijo a mi marido la mirada de una esposa

enamorada.

Gavriil y yo avanzamos por la exuberante alfombra, dejando atrás a los arrugados y regordetes mafiosos y a sus impúdicos hijos, a sus hijas celosas de mi posición, a sus esposas estiradas.

Nadie se mueve. Nadie respira.

Cuando llego al pie del altar, Gavriil suelta mi brazo y se retira a su lugar junto a los demás padrinos. Me toca subir las escaleras sola.

Voy despacio, subiéndome el vestido para no tropezar con este último obstáculo.

Acto seguido, llego arriba, mucho más rápido de lo que hubiera pensado. Estoy frente a Dmitry en el altar de la iglesia. Estoy a punto de casarme.

Dmitry me absorbe con sus ojos oscuros. Siento un escalofrío que me recorre la espalda, aunque él no ha dicho nada, ni se ha movido, ni siquiera ha pestañeado.

Es solo por la forma en que me mira, como si ya le perteneciera.

Cuando estoy en mi puesto, el cura se aclara la garganta y empieza su sermón. Permanezco parada en el altar y dejo que repita como un loro las palabras vacías que le han fallado a un millón de parejas que se casaron antes que nosotros y le fallarán a un millón más después.

Dura una eternidad hablando. «Asociación» esto y «amor» lo otro, bla, bla, bla…

Entonces, por fin, dice lo que todos estamos esperando. A Dmitry le pregunta:

—¿Aceptas a Shannon McNulty como tu legítima esposa, para quererla y respetarla, desde hoy en adelante, en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarla y cuidarla hasta que la muerte los separe?

—Acepto —dice Dmitry sin vacilar. Una horrible y arrogante sonrisa ilumina toda su cara.

Para ser sincera, a mí también me dan ganas de sonreír. Es eso o abofetearlo.

Maldito sea por gustarle tanto esto. No quiero nada de esto.

Estoy tan concentrada en maldecirlo mentalmente con todas las palabrotas que me sé, que casi no me doy cuenta de que el cura volteó a verme y me está preguntando:

—…Dmitry Nikolaev como tu legítimo esposo, para quererlo y respetarlo, desde hoy en adelante, en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarlo y cuidarlo hasta que la muerte los separe…?

Sé la respuesta que debo dar. Todo el mundo la sabe. Todos en el salón, las cuatrocientos dos personas que estamos aquí, están esperando que la diga.

¿Acaso la multitud aguanta la respiración o solo soy yo? ¿Será que el tiempo se detuvo?

El mundo me parece tan detallado y vívido de repente. Es como si flotara sobre mi cuerpo, sobre este altar, mirándolo todo desde arriba. Puedo verlo todo.

Una gota de sudor solitaria me baja por la espalda. La luz de las vidrieras se refracta en el

mosaico del suelo. Los ojos de Dmitry siguen clavados en mí. Parecen hervir más y más a cada segundo que pasa.

Hazlo, Shann. Ya. Sabes que tienes que hacerlo.

Sin embargo, en cuanto alzo la vista, noto el brillo en sus ojos. Más que nada, me hace sentir rabia.

Una furia ardiente. Me quema.

Así que, ante Dios, el cura, la ley y todos los mafiosos de Nueva York, le respondo.

—Claro que no acepto esta mierda.

DMITRY

Puta descarada.

Es muy atrevida al hacer esto aquí, en una habitación llena de tantos mafiosos que bien podrían para asaltar la Casa Blanca. Me desafía abiertamente.

En el peor momento posible.

Pasó poco tiempo desde el asesinato de mi padre, mi bratva parece débil. Si esto empeora, está virtualmente garantizado que nuestros enemigos tomarán la situación como una oportunidad para atacar, y atacarán duro. Los Verdugos redoblarán sus esfuerzos. ¿Quién sabe quién más se pondrá en nuestra contra? No puedo dejar que eso suceda.

Necesito retomar el control.

Tiene el mismo aspecto que cuando la vi por primera vez en aquella habitación de hotel, no hace tanto. La cabeza en alto, los hombros echados hacia atrás y un brillo desafiante en la mirada.

«Claro que no acepto esta mierda».

Sus palabras todavía resuenan en el espacio vacío. Puedo palpar la conmoción de la multitud que espera a ver qué voy a hacer. La novia espera lo mismo.

Es hora de demostrarles a todos quién manda aquí. Me inclino hacia ella para susurrarle algo al oído.

—Escúchame con atención, Shannon McNulty —susurro. Mantengo la voz baja y hablo en un tono bien mesurado. Que sienta mi poder y mi ira.

—Ya viste lo que hice cuando me faltaste el respeto con lo de la ropa en el balcón del hotel. Tu cuerpo debe recordar cómo se sintió ser sometida. Ahora, imagina lo que haré si me faltas al respeto de esta manera en nuestra boda. Mataré a tus padres y a tu amiga Vicki con mis propias manos. Después me encargaré de ti. Lo que te hice hasta ahora se sentirá como una bendición, comparado con lo que te esperará. Te destrozaré una y otra y otra vez y tendrás que suplicarme. ¿Lo entiendes, Shannon? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Me alejo un poco para que nuestras miradas se encuentren de nuevo. Su mirada mantiene su brillo, pero se ha atenuado. También tiene la boca abierta.

Sabe que hablo en serio. La idea de penetrarla hasta que ya no pueda soportarlo más hace que mi

pene empuje aún más la cremallera del esmoquin. Más que cuando entró a la habitación acompañada por la marcha nupcial. Esa novia parecía un tesoro ya en ese entonces, pero, ¿ahora? ¿con todas estas amenazas sobre la mesa?

Ahora se ha convertido en algo más que eso.

Tiene los ojos entornados y parece aterrorizada. ¿Cómo se las arregla para ser tan atractiva incluso cuando está asustada?

—Estás fanfarroneando —susurra.

Pongo una tenue sonrisa en mi rostro.

—¿Ah, ¿sí?

El padre Antonova carraspea nervioso. Estoy dispuesto a ahorcarle ese cuello lleno de arrugas hasta matarlo para demostrarle que no estoy jugando.

—Por favor, Dmitry —gimotea en voz baja—. Si te importo aunque sea un poquito, posponlo. No me fuerces a hacer esto. No… No hablabas en serio.

Su expresión es suplicante.

Tengo la intención de acabar con esto sin ninguna piedad.

—Mírame a los ojos y dime si no hablaba en serio.

Espero un instante eterno. Examino su rostro para asegurarme de que gané. Luego, asiento y vuelvo a erguirme.

—Continúe —le indico al cura.

—¿Aceptas a este hombre como tu esposo? —repite, optando por la versión corta.

—Sí —susurra ella.

Niego con la cabeza.

—Otra vez. Dilo más alto. Que te oiga todo el mundo —el padre Antonova parece alarmado, pero guarda silencio y vuelve a mirar a Shannon.

Ella se muerde el labio. Odia esto, y se nota que me odia a mí.

No pasa nada. Que me odie. No necesito su amor. Lo único que necesito por ahora es que coopere.

Más tarde, esta misma noche, la tendré toda para mí.

—Acepto —grita con una mirada manchada de odio.

—Entonces, los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia —concede.

Agarro a Shannon por la cintura para acercarla a mí y juntar nuestros labios. Le meto la lengua en la boca. Me estoy excediendo, es demasiado, pero me importa para un carajo. Ardo de rabia y todo mi cuerpo tiene hambre. Este es solo el primero de muchos pasos que pienso dar para

terminar de reclamar a mi esposa como mía.

Después de un rato, la suelto. Se tambalea hacia atrás, con los labios manchados de rojo, mirándome como si quisiera apuñalarme aquí mismo. Yo me limito a sonreírle en respuesta.

Tomo su mano entre las mías, nos damos la vuelta, bajamos los escalones y avanzamos por el salón al mismo tiempo que vuelven a sonar los violines. Muestro la sonrisa accesible de todos los eventos públicos, mientras voy saludando con la cabeza a todos nuestros invitados al pasar junto a las filas de asientos.

Ahora nos dirigimos a la puerta y la gente nos saluda y nos felicita de lado a lado. Mamá sonríe y aplaude. Las sonrisas de Gavriil y Bastien denotan alivio.

Lo que es más importante, en las caras de algunos de mis rivales veo algo que antes no notaba: inseguridad.

Con esto estamos cambiando el tablero de juego, y ellos lo saben. Shannon es mi esposa. Una jodida McNulty. Actúa como un recordatorio de mi poder.

Los dejamos a todos atrás. Atravesamos las enormes puertas de la entrada, salimos del Salón Gótico y entramos directo a una limusina que nos espera al final de la escalera de mármol.

En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, subo la división que nos separa del conductor de la limusina, agarro a Shannon y la arrastro hasta mi regazo.

Intenta forcejear, pero la sujeto por la cintura con tanta fuerza que apenas puede moverse.

—Ha sido un error, *moya zhena* —le digo.

—Vete al demonio —sisea—. ¿Eso quieres oír? Hice todo lo que me pediste. ¿No alcanzó?

—No fue así —la rodeo más fuerte y empiezo a respirarle en el oído—. ¿O creías que quería esa escenita en el altar?

—Lo importante es que al final lo hice. Lo dije —me dice—. ¿Qué más quieres?

—Una promesa.

Ella no dice nada. El auto arranca y se aleja, dejando atrás el inmenso edificio de mármol. Un bache en la carretera hace que su trasero choque con mi miembro, que está como una piedra.

Mierda. Concéntrate, Dmitry.

—Quiero que te portes bien en la recepción —le digo.

Solo obtengo silencio.

—Mira —le digo—, respóndeme cuando te hable. ¿Entendido?

—¿Por qué me quieres en la fiesta? Ya dije lo que tenía que decir. Es oficial, estamos casados. Ya se acabó.

—No se acabó —mis manos empiezan a acariciar sus caderas de golpe. Las detengo—. De hecho, esto acaba de empezar.

—¿Y si yo no estoy dispuesta?

—No me estás entendiendo —le digo sin rodeos—. No tienes elección.

Otro largo silencio. Su falda frondosa pide a gritos que se la baje. Incluso por detrás, mirando por encima de su hombro, la sutil línea de su escote es una tentación que apenas puedo ignorar.

Cuando por fin empieza a hablar, lo hace con voz cansada.

—Fuiste convincente durante la ceremonia. Creí gustarte por un segundo. Qué tonta.

Me río amargamente.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti.

Se contorsiona para poder dirigirme una mirada burlona, un tanto triste, un tanto enfadada, y un tanto de algo más.

—Por lo menos tú sabías lo que te esperaba.

—Tú sabías en lo que te metías desde el principio.

—¿Que sabía en lo que me metía? Como si tuviera otra opción.

—¿Qué quieres que te diga, Shannon? ¿Que esto no es justo para ti? ¿Que la vida no es fácil? Supéralo, maldición. Nada de eso importa.

—No importa —acepta en voz baja—. Nada de eso importa.

—Me alegra que empieces a asimilarlo —la agarro con más fuerza—. ¿Estás lista para portarte bien esta noche?

—Si me sueltas, lo haré —dice.

—Di por favor.

—Dmitry.

—Dilo.

—Por favor —cede en voz baja.

Eso es. Ya es hora de dejarla ir. Aunque quisiera retenerla. Me gusta que esté aquí, y la forma en que respira… es como si supiera lo que pienso.

Como si ella deseara lo mismo que yo, pero quisiera que fuera distinto.

La empujo sin contemplaciones hasta el asiento de al lado. Mantengo la mirada al frente y me muestro tranquilo. Solo quedan unas horas de espera. Podré follármela esta noche.

~

UNA VEZ MÁS, mamá se superó a sí misma. Queda claro solo con mirar la Biblioteca Pública de Nueva York. Envolvió cada una de sus altísimas columnas de piedra con cintas blancas. Los

escalones están llenos de velas decorativas, con un fino camino en el centro, marcado para que suban los invitados.

El mensaje es claro: no nos importa que lleguen rápido a esta recepción, solo queremos asegurarnos de que sepan por qué hacemos esto, qué significa todo esto.

Somos la familia Nikolaev. Sus superiores, sus amos, sus conquistadores. Somos los Nikolaev, y no nos quieren como sus enemigos.

—¿Lista? —pregunto, dirigiéndome a Shannon una vez que hemos bajado de la limusina.

—¿Acaso importa? —responde ella.

Sonrío.

—Así me gusta.

—Si me porto bien, ¿puedo llamar a mis padres?

—Sí que te gusta negociar, ¿verdad? —delante nuestro, uno de los muchos fotógrafos contratados por mi madre nos retrata.

—¿Eso es un sí? —pregunta.

Tomo su mano, me inclino para que mis labios rocen su oreja y le susurro algo.

—Digamos que es mucho más probable que lo considere.

Frunce el ceño. Lo siento por ella, hoy ya fue demasiado lejos. Si cree que bastará con echarme en cara el microsegundo en el que se portó bien para enmendar las cosas, pues está muy equivocada.

Dentro, la orquesta ya interpreta canciones clásicas. Los camareros circulan sirviendo bandejas repletas con entremeses.

Gavriil me saluda mientras devora un plato de pasteles de cangrejo que ya casi se comió por completo.

—¡Dmitry! Shannon. Felicidades a los dos.

Pasa a mi lado y besa la mano de Shannon.

—Estás radiante.

—Es una forma de describirlo —dice con ironía.

—Tengo muchas más de donde vino esa —se vuelve hacia mí—. ¿Me concedes un momento, hermano?

—Si insistes.

—Iré por comida —interviene Shannon. Aprovecha la oportunidad para marcharse con todas las ganas.

Gavriil se me acerca y empieza a hablar en voz baja, muy entusiasmado.

—¡Lo lograste, hombre! Lo lograste. Todo el mundo está impresionado. Dicen que eso demuestra que a Shannon de verdad le corre por las venas la sangre McNulty, porque luchó contra ti hasta el final. Y cómo lograste retomar el control de la situación. Impresionante.

—Bien —le digo—. Pero ¿no podías esperar para decírmelo?

—A estas alturas, pensé que una buena noticia no haría daño. Sobre todo, teniendo en cuenta que los mexicanos aprovecharon la ocasión para dispararle a Oleg —Gavriil se encoge de hombros.

—¿Qué? —mierda—. No puede ser…

—Sí. Mataron al viejo Ollie. Parece que ahora irán tras cualquiera que esté a su alcance, aunque solo esté vinculado con la Bratva de forma lejana.

Asiento, conteniendo la furia que aflora en mi pecho. Shannon y yo almorzamos con él y su mujer el otro día. Estaba tan vivaz esa mañana. Ahora es un cuerpo frío más en una morgue.

Malditos bastardos. No obstante, hasta yo tengo que admitir que Rafael sabe cómo dirigir una guerra de guerrillas. Lanzas un golpe, luego te escondes. Otro golpe, te vuelves a esconder.

—Vamos a aplastarlos pronto —declaro.

Gavriil hace un gesto con su plato en mano.

—Habla con Bastien. Ya tiene todo un plan trazado. Juraría que a nuestro hermano lo excitan las tácticas militares.

Niego con la cabeza.

—Ahora no.

Mamá se acerca, sus tacones de aguja repiquetean en el suelo de mármol.

—¿Qué es esto? ¿Mis dos hijos charlando como viejas chismosas entre ellos, cuando hay una sala entera de gente con la que socializar?

—Sí, sí, nunca pierdas la oportunidad de besar traseros —refunfuña Gavriil, dirigiéndose a la barra—. Deja que me prepare primero.

—Manejaste bien la situación —dice mamá cuando mi hermano ya no está—, cuando ella..

—Podemos hablarlo más tarde —le digo—. Tenías razón: tengo que dar una vuelta por aquí.

Asiente. De cerca, veo que sus ojos no son tan fríos y confiados como parecen a la distancia.

—¿Estás bien, madre?

Me dedica una sonrisa tensa.

—No es nada. Solo … a tu padre le encantaría esto, estar aquí. Estaría muy orgulloso de ti.

Tiene razón. Él habría sido el más feliz en esta boda. Estaría fanfarroneando con todo el que tuviera cerca, radiante de felicidad desde su asiento en la primera fila cuando dijimos nuestros votos, y estrechando mi mano tanto que temería que se me fuera a caer.

Al segundo siguiente mi madre se aleja, enjugándose una lágrima.

—¡Qué tonta, poniéndome así de nostálgica! Vete. Tienes obligaciones.

Pero no me voy.

—Madre, siempre puedo…

Su ceño se frunce.

—Lo digo en serio. No necesito tu compasión. Necesito que termines de hacer de esto el éxito que tiene que ser. Eso mejorará las cosas. Primero el deber, siempre.

Asiento.

—El deber primero, siempre.

Es lo que mi padre hubiera querido.

DMITRY

Media hora más tarde, más o menos, todo el mundo está en la zona principal de la recepción. En las largas mesas hay conchas doradas que sostienen elegantes arreglos florales de color rojo y verde azulado. La comida está en camino, pero los olores en la sala ya me hacen la boca agua.

—Toca el primer baile —grita mi tía abuela. Es sorprendente lo alto que habla, siendo una vieja bruja que está sentada a cuarenta metros, en el otro extremo de la mesa familiar.

—Todavía no —refunfuño.

Pero entonces, alguien más insiste.

—¡Que bailen!

Antes de que me dé cuenta, por toda la sala resuena el cántico.

—¡Qué bailen! ¡Su primer baile! —incluso la puta orquesta empieza a tocar una melodía alegre.

Maldita sea. Me vuelvo hacia Shannon, que está sentada a mi lado.

—Vamos, entonces.

Ella sonríe.

—Quizá más tarde.

Me levanto y le tiendo la mano.

—No era una petición.

—Entonces no deberías haberlo dicho como si fuera una pregunta.

La miro fijamente.

—Créeme, no cometeré el mismo error de nuevo.

Me dirige una mirada mordaz, pero eventualmente me toma de la mano. Ignoro la corriente que me recorre el cuerpo mientras me acompaña al centro de la pista de baile.

Suena el primer acorde. Acerco a Shannon a mi cuerpo. Su calor y su olor me invaden al mismo tiempo. Tiene un perfume floral y muy natural, y siento el calor de sus caderas al rozar las mías.

La mantengo pegada a mi pecho y empezamos a girar y a mecernos de aquí para allá. Es extraño. Estamos dando un espectáculo, por supuesto. Por eso la mantengo tan cerca de mí, para recordarle su papel. No soy el único que se siente incómodo. Ella me clava sus manos en los hombros como si fueran garras, y le veo una sonrisa que parece estar pintada en su cara. Shannon ciertamente no lo está disfrutando, pero ni un poquito.

—¿No sabes bailar? —le pregunto.

—No. ¿Y tú? —parpadea.

—Odio bailar.

—Me alegro de no pasar este sufrimiento sola —murmura, mirándome—. Um.

—¿Qué? —pregunto.

—Es solo que sonríes mucho para ser alguien que supuestamente está pasándola mal.

—Podría decir lo mismo.

No vuelve a insistir después de eso, pero sus palabras me hacen pensar. ¿Acaso sabe lo que siento? ¿Lo que no quiero admitir? ¿Que una parte de mí, por la razón que sea, disfruta esto?

No es que importe.

Muy pronto, por suerte, llega la siguiente canción y se unen otras parejas. Eso significa que podemos escaparnos a comer el festín servido en las mesas.

Shannon come haciendo gala de una perfecta etiqueta. Me mira de vez en cuando para asegurarse de que lo noto. De verdad se esfuerza. Buena chica, quizá la deje hacer esa llamada a sus padres.

A medida que la comida se va acabando, la música sube de volumen y la pista de baile se llena. Bastien y Gavriil me sorprenden mirándolo todo desde un rincón.

—Lo estás disfrutando —le dice Bastien a Gavriil.

—Estoy disfrutando de la barra libre —responde Gavriil. Se vuelve hacia mí antes de hacer una reverencia para hablar—: Gracias por tu generosidad, querido hermano mío.

—Puedes agradecérmelo evitando acostarte con la camarera con la que llevas charlando toda la noche —le digo con calma.

—¿Tienes que meterte en mi vida privada?

—Cuando la mujer en cuestión es una infiltrada de la mafia irlandesa, entonces sí.

Gavriil se queda boquiabierto.

—¿Eh?

—Investigamos a todos los camareros y camareras con antelación —le explico—. Sabíamos que la mandaban a la fiesta para que averiguara todo lo que pudiera. Tu reputación no es un secreto para nadie, pero no dejaré que muerdas el anzuelo esta vez.

—Hijos de perra —Gavriil profiere un gruñido.

—Siempre podrás contar con Simone —sugiere Bastien.

Todos nos partimos de risa.

La hora siguiente la pasamos bebiendo, comiendo y charlando. Shannon interpreta su papel de maravilla. Es efervescente, su actitud es casi contagiosa. Se ríe sorprendida cuando rompemos el jarrón de cristal, tal como manda la tradición. Le brillan los ojos cuando se posan en mí.

Es una buena actriz. E, incluso con sus curvas metidas en ese vestido de novia, me dan muchas ganas de llevármela a la cama…

Mi pene se me pone como una piedra dentro de mis pantalones.

Basta. Estoy harto de mirar a mi mujer y no poder tocarla, o por lo menos no como yo quiero.

Me levanto del asiento que había estado ocupando mientras charlaba con algún pariente lejano que mamá quería que encandilara. Me acerco a ella y la tomo de la mano.

—Ya nos vamos.

—Pero si la estoy pasando muy bien —exclama con sarcasmo.

—Creí haberte dicho que te portaras bien.

—¿Acaso no me he portado bien? —replica—. ¿Qué más quieres de mí, Dmitry?

—¿Ya se te olvidó el show que montaste en el altar?

—Ese fue un desliz. Todo lo demás fue digno de un Oscar.

—Eso no basta —digo. Estamos fuera y cerca de la limusina—. Qué mala suerte para ti.

—Vete al demonio —replica.

Abro la puerta de la limusina y la meto a empujones.

—Vamos, esposa mía. Tienes que aprender algunas cosas.

Ya adentro, me siento a su lado. No la toco ni le dirijo la palabra. Por ahora será mejor dejar que las preocupaciones de su cabeza la carcoman. Su imaginación inventará cosas más enfermizas de las que yo le podría hacer.

Ella ya sabe de lo que soy capaz.

~

CUANDO LA LIMUSINA se detiene en el Hotel Elysee, la vuelvo a agarrar de la mano y la llevo hasta el interior. Pasamos el vestíbulo de estilo Art Nouveau, entramos en el ascensor decorado con espejos dorados y caminamos por el pasillo lleno de lámparas.

Por último, entramos en la suite nupcial.

La llevo dentro y cierro la puerta detrás. Shannon huye enseguida a la habitación contigua, sin mirar atrás. Me quedo en el umbral y suspiro mientras me quito la chaqueta y la corbata.

Esperaba que esto fuera un oasis de calma, lejos de la locura familiar y de los aliados que estaban en la boda. Sin embargo, no tiene el efecto que esperaba. La ira no sale de mi cuerpo.

Aprieto la mandíbula con firmeza. Supongo que hay que aplacarla de otra manera.

Ambos sabíamos que esto pasaría.

Entro en la otra habitación. Está en la cama, con su vestido de novia todavía puesto, aunque su intrincado peinado se ha desarmado y una maraña de pelo alborotado le cae sobre los hombros. Sinceramente, me gusta más así. Parece una leona con esa melena rubia, por no mencionar la tormenta en su mirada.

Tenerla allí, mirándome insolente, dispara toda la rabia y el deseo que me hierven dentro.

Ahora aprenderá.

Empieza a luchar en cuanto mi silueta se cierne sobre la puerta.

—Soy una idiota por haber creído que no eras un monstruo después de todo. Prefiero morir a…

En lugar de dejarla terminar, la agarro por la cintura, a lo que ella responde tratando de liberarse como puede.

No es necesario aclarar que su intento fracasa.

Doy otro paso adelante hasta que mis brazos le rodean el cuerpo, y la arrojo sobre la cama.

Claramente, pospuse esta lección demasiado tiempo. La pongo sobre mi rodilla de modo que quede con el trasero al aire. Intenta levantarse de nuevo, pero no sirve de mucho.

—Deja de luchar, cariño —murmuro en voz baja. Una parte de ella ya lo sabe: Yo soy quien manda. Está indefensa.

—Vete a la mierda —sisea—. Nunca lo haré.

Suspiro al ver que sigue negándolo.

—Como quieras. Así será.

Cojo el dobladillo de su vestido y lo subo para revelar lo que estuve deseando ver durante horas.

Ah, hola. Ahí están su trasero y sus muslos desnudos, ansiosos por que los manosee.

—¿Qué estás…? —empieza.

Mi mano le propina una nalgada fuerte y contundente. Ella grita, jadea y gime.

—Dmitry…

¡Otra nalgada!

—Tú te lo buscaste —le recuerdo mientras escucho sus gemidos—. Tú me obligaste a hacerte esto.

Sacude la cabeza.

—Lo digo en serio, voy a… —tartamudea.

¡Una nalgada más!

Ahora no se escucha nada. Así está mejor.

—¿Terminaste? —indago con voz gutural.

—Jódete —replica.

—Supongo que no —me encojo de hombros.

¡Otra más!

Que se resista. Que lo intente. Soy un Nikolaev. Soy el jefe, soy su marido, y ella hará lo que yo diga.

Dos golpes más se suceden con rapidez, cada una marcando cada nalga. Ya ni siquiera intenta forcejear. Eso es bueno.

Otro gemido brota de su boca.

—Así me gusta —hago una pausa para acariciarle el pelo con dulzura—. ¿Lista para jugar a ser una niña buena?

—Maldito…

Una última nalgada la hace cambiar de actitud.

—Por favor…

—Por favor ¿qué? —pregunto con una sonrisa.

—Por favor… penétrame.

Así me gusta más, carajo.

Le bajo las bragas blancas delgadas y, sin dudarlo ni un momento, me adentro en su sexo.

Así es como de verdad me gusta, carajo.

Pero qué bien se siente estar dentro suyo. Su vagina estrecha se adapta a la perfección a mi pene.

Esto es lo que necesitaba, lo que los dos necesitábamos. Esto era lo que le hacía falta para que entendiera las cosas.

Me aferro a ella. Su respiración entrecortada calienta mi pecho. Le doy la vuelta para tomarla por detrás, poniéndola de rodillas sobre la alfombra y con la cara pegada al colchón.

Su cuerpo se desploma cuando un orgasmo la empieza a recorrer, más rápido que ningún otro que haya experimentado antes.

La respiración se le agita profusamente, aunque su pelvis se acomoda en cada embestida para seguir recibiendo el pene de su hombre. No puedo hacer más que gemir cada vez que la vuelvo a penetrar, más y más fuerte.

Se la saco y la muevo hasta que queda con el trasero pegado al suelo. Tiene la cara desencajada y luce aturdida de puro placer. Toda intención de luchar desaparece, sustituida por la lujuria. Sus ojos avellana están entrecerrados por esa misma lujuria, sus labios rosados están hinchados de placer.

Le paso el glande por el contorno de los labios, lo deslizo por todo su cuerpo, le subo las piernas por encima de los hombros y acto seguido vuelvo a penetrarla.

—Dmitry… —gime.

Se la meto un poco más profundo.

—Dios, sí —gruño.

Nuestros cuerpos hacen el resto. Puedo sentir su deliciosa vagina estremeciéndose al sentir mi pene mientras la follo sin piedad.

Otro orgasmo la atraviesa y ella grita.

—Eso es, princesa —le paso los dedos por el pelo—. Deja que te haga pedazos.

De nuevo en la cama y ahora frente a frente, seguimos. Nuestros labios se juntan y mi pene la penetra nuevamente.

Su boca es tan obediente y sumisa como el resto de su cuerpo. Se deja llevar por mi lengua.

Me aparto cuando ella suelta un gemido de disgusto.

—Dmitry…

—Cállate —refunfuño, dándole la vuelta de nuevo y clavándoselo dentro de su sexo.

Maldición.

Mientras la penetro, le halo el pelo hacia atrás.

—Gime para mí, esposa mía. Más fuerte. Eso es. ¿Quién es tu dueño?

Ahora todo su cuerpo tiembla. No puede hacer más que gemir.

—¿Quién es tu dueño? —rujo, y mi voz resuena en la oscura habitación mientras la embisto con más fuerza que nunca.

Entonces, cuando está acabando, por fin me da lo que quiero.

—Eres mi dueño, Dmitry. Soy tuya, tuya, solo tuya.

La vuelvo a penetrar hasta que la hago venirse otra vez, con más intensidad que antes. Se la meto hasta que se vuelve a venir, y luego lo hago de nuevo hasta que estamos a una embestida más de obtener la máxima gratificación, hasta que yo también acabo y quedo completamente agotado.

Eso es todo, y ya nada volverá a ser como antes.

Por un momento, sin embargo, todavía se siente bien tenerla entre mis brazos. Con los ojos entreabiertos, un simple vistazo a su hermoso cuerpo desnudo hace que me erecte de nuevo. Esas

tetas, ese trasero, esas caderas…

—Si no te conociera, diría que te gustó —comento.

Su expresión de felicidad se torna amarga, mientras se aparta de mis brazos y se escabulle hasta el otro lado de la cama.

—Eso no significó nada —sisea mientras se cubre—. No quiero tener nada que ver contigo.

Supongo que no le gusta que le recuerden que no acepté nada que ella no me estuviera ofreciendo. Esta pequeña kiska quiere vivir en la negación. Lástima que yo no se lo permitiré.

—Me parece bien —concedo sin problemas—. Con poder castigarte sexualmente me basta.

—Eres repugnante —se envuelve entre las sábanas.

—Te gusta.

—En tus sueños —me responde, alejándose aún más.

—No —sonrío—. En mi cama, justo hace un momento.

—¿Por qué no me dejas en paz? —exige al borde de las lágrimas.

—Me encantaría —las palabras son como cuchillas mortales, frías y despiadadas—. Esto bastó para mí, sirve poder recordarte quién manda. Todo lo siguiente no significa nada.

—¡Bien! —vocifera, como si fuera una gata salvaje.

—Bien —le grito.

Se va furiosa a la sala de la suite. A través de la puerta puedo ver como se echa en el sofá en posición fetal y se cubre con una manta de piel.

Me quedo tumbado en esta cama un buen rato, rechinando los dientes hasta que me duele la mandíbula. ¿Quién diablos sabe por qué sigo despierto? Normalmente, después de un buen polvo, me duermo como un bebé.

Pero esto… esto fue diferente.

Este podría ser el comienzo de algo nuevo.

SHANNON

Yo, la Sra. Shannon Nikolaev, reina de la Bratva. Una prisionera dentro de su propio reino.

Pero bueno, ¿a quién quiero engañar? Lo de ‘señora’ es una treta nada más, no soy ninguna reina, y esta habitación fría llena de sábanas sedosas, una cama cómoda y un precioso armario que ni siquiera pude elegir yo misma no es mi reino, desde luego.

Miro con desprecio la página en blanco de mi cuaderno de dibujo y, a continuación, lo cierro de golpe y lo tiro a un rincón.

Pasaron unos días desde la boda y mi capacidad de concentración se ha ido por la borda. Quizá sea porque nunca estoy realmente sola en este penthouse de lujo. Nunca sé cuándo vendrá Dmitry, entrará a la fuerza y exigirá verme para tomar lo que le pertenece.

Pasaron varios días desde nuestra noche de bodas y aún tengo la cabeza hecha un embrollo.

Me levanto disgustada, me acerco al escritorio, me echo en la silla y abro mi nueva computadora de última generación para llamar a Vicki por Skype. Tienen a alguien vigilando el computador las veinticuatro horas del día, pero supongo que es mejor que nada.

Además, el otro día, sin motivo aparente, Dmitry accedió a dejarme llamar a mis padres hoy por la tarde. Estoy segura de que quiere algo a cambio.

Así funcionan las cosas con los Nikolaev. No puedo olvidar eso.

Si te dan algo, lo quieren de vuelta multiplicado por diez.

—Hola, forastera —saluda Vicki con la boca llena de comida. Agita un tenedor lleno de pastel ante la cámara—. ¡Está delicioso! No puedo creer que te dejaran enviarme todo un piso del pastel. Sin mentir, creo que soy adicta al mousse de chocolate. No exagero. Por favor, envía ayuda.

—Sí, toda una locura, ¿no? —digo distraídamente.

No podía soportar admitir ante Vicki que, luego de que mi marido mafioso me arrastrara a la fuerza a casa y me hiciera el amor no tan ‘a la fuerza’, hasta dejarme destruida, el pastel de boda verdadero fue devorado por completo por cuatrocientos de sus familiares y amigos más cercanos.

Me hace sentir mal haber perdido la oportunidad de arrancarle la cabeza de un mordisco al muñequito del novio. Tenía muchas ganas de hacerlo.

De todos modos, a Vanna no le molestó encargarle al cocinero de la familia que hiciera un pastel completamente nuevo para enviárselo a Vicki, así que supongo que no pasa nada. Excepto que tuve que mentirle a mi amiga otra vez.

Dios, cómo odio esto.

—También debo decirte que te ves preciosa en las fotos de tu boda —me dice después de tragarse muy felizmente otro trozo con los ojos cerrados—. ¡Y Dmitry es un hombre soñado! Aunque parece tosco, como si estuviera en el ejército o fuera un jefe de la mafia sexy o algo así.

Ambas nos reímos. Dios mío, un marido jefe de la mafia, ¡¡¡qué hilarante e imposible!!!

Mátenme.

—Seguro que podemos arreglar una visita alguna vez —digo, aunque no estoy muy segura.

Apenas ayer fue que empezaron a dejarme salir a lugares a los que quería ir, aunque fuera acompañada en todo momento de dos escoltas gruñones parecidos a Hulk. Con buen comportamiento, seguro que el cielo será el límite. Podría llegar a tener un escolta en vez de dos.

—Tú también serás bienvenida aquí siempre —dice Vicki, apuntando a su apartamento.

Solo de verlo, sonrío. Esas paredes amarillo canario y cielo raso de distintos colores, entre rosa, verde y naranja en cada habitación. Tiene un ratón llamado Maurice que come queso de tu mano si te quedas quieto. Un delicioso aroma a pizza emana del horno de ladrillo de la tienda del piso de abajo.

En cuanto a su oferta… sonrío, espero no estar sonriendo con un matiz de tristeza demasiado evidente, porque ir a ver todo eso está fuera de mi alcance.

Mi antigua vida me parece tan lejana. Tantas cosas aparentemente insignificantes que ni siquiera sabía que amaba.

También me apetecen cosas más tontas, como mi colección de calcetines peludos cómodos con estampados de corgis gordos felices.

O cerrar la puerta y tener privacidad tanto tiempo como me dé la gana, o como cuando Vicki y yo nos íbamos a la tienda a comprar bebidas y Oreos.

Pequeñas tonterías que nunca pensé que valiera la pena extrañar. Solo mi vida, nada importante.

Ahora todo eso ya no está.

—¿Cómo van las cosas en tu vida? —pregunto, desesperada por cambiar de tema—. ¿Alguna novedad?

—¿Para nuestras citas dobles? —pregunta Vicki—. No. El último tipo con el que salí resultó ser un traficante de metanfetamina de mala muerte. El otro llevaba veinticinco años trabajando en McDonald's.

—¿Pero acaso eso es tan malo? —le digo—. Hablo del tipo del McDonald's. ¿Sí era simpático?

—Shannon —dice Vicki—, ni siquiera pretendo conseguirme a un billonario como te pasó a ti. Por amor de Dios, salí por nueve meses con Herman, el marihuanero cuya idea de una cita era ir

a la pizzería, ¿recuerdas? ¿pero este chico nuevo, Scott? En nuestra primera cita me llevó a McDonald's y nos consiguió comida gratis porque trabajaba allí.

—Bueno, pero…

—Y, para la segunda cita, trajo a mi casa la comida que sobró de su turno. Luego me preguntó si podía pagarle el autobús de vuelta a casa.

—Ay.

Vicki suspira.

—Está bien, de verdad. Bueno, eso sí… no debería decir que no tengo pretendientes. Tuve una cita con un chico que es simpático, pero… nah. No quiero estropearlo hablando al respecto.

—¡No, cuéntamelo todo! —digo. Discutir las aventuras amorosas de Vicki es lo más normal que podría hablar con ella. Estoy viviendo a través de ella indirectamente.

—Es… agradable —me dedica una media sonrisa mínima. Es una buena señal—. Es policía. Tiene su propio auto. Me llevó a comer burritos. La segunda cita es mañana. Te mantendré informada.

—Uy —mierda—. Un policía, ¿no? Un hombre uniformado.

Por alguna extraña razón, pienso en Dmitry de inmediato. ¿Le molestaría que un policía sea cercano a mi círculo íntimo? O, ahora que lo pienso un poco más, quizá ya tenga a la policía sobornada.

A continuación, se me ocurren muchas cosas que no le pregunté todavía. Cuántos secretos debe tener escondidos en la sombra.

—¡No hace falta que lo digas así! —dice Vicki riendo—. Él es encantador. Hasta paseamos por la calle juntos la otra noche.

—Son unos rebeldes desquiciados.

—Ay, déjame en paz. Como sea, creo que te agradaría. Y, si no es así, recuerda que igual tengo un pase libre. Yo nunca conocí a Dmitry y te casaste con él de todos modos.

—Y me siento fatal por eso, de verdad —insisto—. Es que su familia lo tenía todo planeado hasta el último detalle y luego…

—Escucha, Shann —me interrumpe. Toda la ligereza se borra de su rostro de pronto, tan rápido como si nunca hubiera existido—. Algo está pasando, me doy cuenta.

Mierda. No. Vamos, no.

—No es lo que cr… —empiezo a decir, horrorizada y alterada a partes iguales.

¿Quizás después de esto no tenga que mentir más? Además, no podrían culparme si de alguna manera lo adivina o lo descubre por sí misma, ¿verdad?

—…Sé que realmente quieres a este hombre —dice después—. Nunca te había visto así. Supongo que te pones así cuando estás enamorada. De todos modos, quiero que sepas que te

entiendo.

Resisto las ganas de golpearme la frente contra el teclado. Está tan cerca de la verdad… o eso creí. ¿Cómo no se da cuenta de que me tienen prisionera? ¿Cómo es que no es obvio?

Hay unos segundos de silencio mientras nos miramos. Ella parece abatida, pero no se le ven moratones ni ningún daño visible.

Después, su mirada se ilumina y una sonrisa llena de pesar se dibuja en su rostro al exhalar.

—Cariño, gracias a Dios.

Las lágrimas que había reprimido vuelven con ganas de venganza.

—Qué bueno que están bien.

—¿Nosotros? —dice mi padre. Muestra una versión de esa misma sonrisa espantosa de impotencia que mostraba cuando apareció frente a la puerta de mi apartamento hace una eternidad—. No, le agradecemos a Dios que tú estés bien. Escucha, Shannon, sentimos mucho todo esto. Una disculpa ni siquiera representa lo que sentimos. Solo queríamos que supieras… después de la mudanza… intentamos evitarlo. Nunca quisimos que te pasara esto.

—Está bien, papá.

Aunque estoy enojada, no es con ellos. No. Es con Dmitry y su familia. Ellos son quienes me hicieron esto. Mis padres cayeron en la trampa, igual que yo.

—Sé que no fue su culpa.

—Pero debimos habértelo dicho —insiste mamá. Sus ojos se desvían hacia otra parte, quizá fantaseando con algún otro camino que no nos hubiera llevado a este punto—. Tendríamos que habernos ido más lejos. A otro país, a otro continente… Te fallamos.

—Eso ya no importa —mi voz calmada no refleja cómo me siento. Está claro que esto ya los está afectando bastante—. Las cosas son como son. Me alegro de que ustedes estén a salvo.

—Nos alegramos de que tú estés sana y salva. Estás a salvo, ¿verdad, cariño? ¿Estás bien? —ella hace una mueca, con los labios apretados—. ¿Ellos te…?

—Sí, estoy bien.

Uso ese falso tono alegre que no convence a nadie. A pesar de que no funciona, me aferro a él como si fuera un salvavidas. Quizá porque, si me permito decirles a mis padres la verdad sobre cómo me siento, entonces empezarán a correr las lágrimas y no podré volver a detenerlas.

No, tengo que ser fuerte. Por ellos y por mí.

No dejes que te vean llorar.

—Me dejan salir y cosas así, siempre y cuando vaya con mis escoltas.

Ambos hacen una mueca ante eso.

—Si hay algo que podamos hacer… —dice papá.

—Están monitoreando esta mismísima llamada —fuerzo una carcajada. Así están las cosas—. Así que supongo que lo que pueden hacer es mantenerse a salvo. Cuídense. ¿Cómo está todo por allá?

—Pues terrible —dice mamá con voz inexpresiva. Suelta una risita que solo la hace sonar más triste—, pero la jardinería me ayuda a distraerme. Los tulipanes están floreciendo antes este año. ¿Te acuerdas de los que son rosados?

—Sí —digo—. Son geniales. ¿Alguna flor nueva que tengas por ahí?

Mamá las enumera: los girasoles de siempre, mandevillas, lavanda y algunas chenillas este año. Le respondo con mi habitual entusiasmo insulso. Los nombres de las flores son galimatías para mí, pero el producto final es hermoso, y me gusta ver a mi madre contenta.

Me siento normal, aunque sea solo por un momento. Una conversación normal en el seno de una familia normal. Aun en un momento en el que somos de todo menos eso.

—Te echamos de menos —suelta papá.

—Y yo los extraño a ustedes. Mucho…

No llores, me regaño. *No dejes que te vean llorar*.

—¿Crees que, tal vez, habría alguna manera, de que pudiéramos…? —dice mamá tímidamente. Acomoda un mechón de su pelo gris detrás de su oreja, con los labios retorcidos entre el ansia y el dolor.

—¿Verme? —termino la frase por ella—. Quizá en algún momento. No lo sé; tendré que ver sobre la marcha. A ver qué dicen. Si tengo buen comportamiento, podría…

—¡Dios, cariño, no hables como si estuvieras en prisión! —mamá se lamenta.

—No, no, mamá —protesto—. No pasa nada, de verdad. Mira… me casé en el Salón Gótico. Estuvo precioso.

—Y este hombre, este Dmitry… —papá empieza a refunfuñar, con la cara enrojecida.

Toc. Toc. Toc. Alguien llama a la puerta.

Mierda. Supongo que nos pasamos de tiempo. ¿Cómo pasó tan rápido?

—Bueno, solo me dieron diez minutos para esta primera llamada —digo—. Así que…

Toc. Toc. Toc. Más urgente, más insistente.

—Por supuesto —dice mamá. Corren lágrimas por su rostro—. Te queremos, Shannon. Muchísimo.

—Y lo sentimos tanto, tanto, tanto —dice papá. Se acerca a la cámara, como si pudiera acercarse lo suficiente para atravesarla y darme un abrazo.

—No pasa nada —les digo, hablo rápido ahora. Los guardias irrumpirán aquí en cualquier momento si no termino la llamada—. Por favor, no causen problemas, no intenten rescatarme. Necesito qué estén a salvo. Lo necesito, por favor.

—Te queremos…

La puerta se abre de golpe y cuelgo.

—¿Qué hablamos acerca de mantener la puerta cerrada cuando alguien toca? —protesta León con su acento ruso.

—Lo lamento.

Frunce el ceño, pega media vuelta y se va, dejándome cerrar la puerta tras él.

Imbécil.

Me tumbo en la silla, conteniendo las lágrimas. Lo más importante es que mis padres están bien, pero Dios, qué tristes estaban…

Me rodeo con los brazos.

—Todo va a estar bien. Te lo prometo. Lo prometo.

¿Pero será cierto? Mentirle a Vicki, a mis padres, separarme de ellos para siempre…

—No para siempre —insisto para mis adentros—. No será… para siempre.

Se me ocurre una idea. Saco el teléfono y llamo a Dmitry.

Ring… ring… ring…

Nada. Vuelvo a intentarlo.

Vuelve a sonar.

Vaya, todavía sin respuesta. Intentaré una vez más. La tercera es la vencida.

Escucho el mismo tono una tercera vez.

—Más vale que sea importante —espeta al contestar—. Estoy en medio de ciertos asuntos.

Todos los argumentos que preparé se me escapan de la mente, así que voy directo al grano.

—¿Puedo ver a mis padres?

—Acabas de verlos.

—Eso no cuenta. Quiero verlos en persona.

De la bocina del teléfono solo sale silencio. Hace una pausa demasiado larga como para poder sentir esperanza.

Agarro mi cuaderno de dibujo, lo abro y empiezo a garabatear círculos nerviosos. Ahora, si le doy algo de tiempo para que se decida…

—Dmitry, de verdad, los necesito —exclamo.

—Es un poco pronto para eso.

Maldita sea, sabía que tenía que haberme callado la boca y esperar a que llegara el momento

adecuado. En fin. Ya es demasiado tarde.

—Los extraño —digo—. Hace semanas que no los veo.

—Cierto —su voz no contiene ninguna emoción, es la simple confirmación de la verdad.

—Tienes una relación muy cercana con tu madre, así que seguro que entiendes…

—No metas a mi familia en esto —advierte.

Mantén la calma, Shann. Tomo aire. Necesito reorganizarme, probar una estrategia diferente. Esto es demasiado importante como para permitirme meter la pata.

—¿Puedes darme algún tipo de itinerario? Para saber qué esperar en el futuro.

—No.

—¿Qué dices?

—¿Qué parte de 'No' no quedó clara? —balbucea.

Esto es ridículo. Tiene que haber algo más que pueda decirle o hacer.

—Pero ya me has estado conociendo —señalo, odiando lo desesperada y suplicante que sueno—. Puedes confiar en mí, eso ya lo sabes…

—Te equivocas. No confío en ti. No has demostrado ser digna de confianza.

—Sí, bueno, qué genial —destilo una rabia repentina que no puedo contener—, porque yo tampoco confío en ti.

—En primer lugar, tienes suerte de que te deje llamarlos.

—¿Suerte? —farfullo—. ¿Le quieres llamar suerte a cualquier cosa en esta situación tan jodida?

—¿Tengo que ir al hotel para que tengamos esta conversación cara a cara? —su tono es muy serio. Casi puedo oír a través de la línea telefónica el brillo en sus ojos ante la idea—. Sueles entenderme mejor así.

—Vete al diablo —le deseo por milésima vez desde que me arruinó la vida. Aprieto el lápiz con tanta fuerza que se parte por la mitad. Acto seguido, cuelgo y de inmediato suena el teléfono. Es Dmitry, por supuesto. Seguro no soporta que haya sido yo la que colgó. No contesto la llamada.

Que se vaya al carajo. Que se vayan al carajo él, sus reglas estúpidas y las putas visitas nocturnas.

Y yo también debería irme al carajo por ceder ante sus avances. Me ha visitado dos veces desde nuestra noche de bodas. Dos. Ambas para reafirmar su dominio. Si no puede dominar mi mente, está decidido a dominar mi cuerpo, o al menos así parece.

No debería haber cedido. Lo hice, pero no debería haberlo hecho, porque toda esta situación es más que retorcida. Estoy atrapada en este lugar, no puedo ver a mis padres, no puedo ver a Vicki, apenas y puedo ir al baño sin que me empiecen a tocar la puerta para ver dónde estoy. Hasta echo de menos mi trabajo de secretaria, por más estúpido e inútil que sea. ¿Quién va a regar mi sábila,

que siempre está a punto de morir?

No puedo vivir así, y no debería.

Nadie debería vivir así.

Me tiro en la cama, que es demasiado cómoda, y me desquito con todo. Golpeo una almohada, luego la destrozo, después tiro los restos hacia la pared.

Pero esta cólera no hace más que crecer cuando la largo. Se desborda y lo engulle todo. Me desgarra y se apodera de mí.

—¡Que se joda, que se joda, que se joda*!* —grito, aunque sé muy bien que a nadie que pueda estar escuchándome le importa un carajo.

Las lámparas no están atornilladas al piso, por lo que aprovecho de estrellarlas en la pared. Las mesitas de noche no están clavadas a la pared, así que las hago añicos.

Que se destrocen, que se destroce todo.

Me hace sentir bien arrojar estas cosas y romperlas. Destruir es terapéutico.

Destrozo un gabinete de una patada, también arrojo una lámpara contra el televisor.

—Eso es lo que te buscas —le espeto a la nada con una sonrisa delirante en la cara—. Eso es lo que te buscas, maldito.

Los guardias irrumpen en la habitación, claro. Justo a tiempo. Sonrío y señalo con la cabeza la televisión.

—¿Saben una cosa, chicos? Creo que está dañado.

Los que entran son León y otro tipo: Mikal, Mikhail, Misha, por ahí va. Sean quienes sean, se quedan mudos un segundo, luego se dan vuelta y se van sin mediar palabra.

Me quedo petrificada por unos minutos contemplando mi destrucción. La rabia sigue ahí, pero de todos modos el cansancio se apodera de mí. Apago las luces, me recargo en la cama y me acuesto de lado. Hay una almohada que no destrocé todavía. Por ahora me servirá.

Así, sin tener a dónde más ir, me dejo caer en el único espacio seguro que me queda: mis sueños.

SHANNON

¿Quién me apagó las luces…?

Abro los ojos para descubrir la respuesta.

¡Maldición!

Él está en la habitación conmigo, parado junto a la cama. La única luz que queda viene de la rendija bajo la puerta del baño. Es suficiente para iluminar la cara de Dmitry desde abajo. Desde aquí no parece más que una sombra difusa. Sus ojos son como dos pozos oscuros e insondables.

¿Pero qué es eso que tiene en la mano?

—¿Qué estás… haciendo? —murmuro toda aturdida.

Su rostro está estoico y me acerca lo que tiene en la mano. Intento apartarlo de un manotazo, pero me empuja con facilidad.

—Si te comportas como un animal —vocifera—, te trataré como a un animal.

Es entonces cuando me doy cuenta de lo que es: un collar.

—¡No! —exclamo al tiempo que me incorporo y retrocedo hacia el cabezal de la cama.

Dmitry me alcanza en un santiamén. Me agarra por la pantorrilla y me acerca a él. Vuelvo a gritar y a forcejear con todas mis fuerzas, aunque ninguna de las dos cosas me sirve de nada.

Puede que igual gane, de seguro será así, pero no pienso hacérselo más fácil.

Vuelve a extender la mano, buscando ponérmelo alrededor del cuello. Pega su cuerpo al mío, bien caliente, musculoso y fuerte, y noto que me pincha con esa erección que tiene bajo los pantalones del traje.

Me las arreglo para apartarle la mano de un manotazo y que el collar salga volando hasta caer al suelo de madera, al pie de la cama.

Ahora, si pudiera apartar de un manotazo este inexplicable arrebato de lujuria que siento, este calor que emana de entre mis piernas…

Espero que se levante a buscar el collar para terminar lo que empezó: marcarme como su mascota, para que todo el mundo me vea.

En lugar de eso, se voltea para volver a dirigirme la vista. Ahí es cuando entiendo… que me equivoqué.

Vislumbro un apetito insaciable en sus ojos. Más voraz que el de un depredador, como si fuera violencia pura. Sin embargo, lo más aterrador de todo es lo que provoca en mí. Hace que mi propio deseo me queme mucho más.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando entre nosotros o dentro de mí, sus labios se posan en los míos, mostrándome lo que quiero. Mis labios están encantados de complacerlo.

Su lengua busca entrar en mi boca.

Mis manos encuentran el relieve de su pene por encima de la ropa. Tienen vida propia, yo ya no las controlo. Mi cuerpo solo quiere una cosa: *dale a tu marido lo que tanto quiere.*

Puedo sentir que su beso se va haciendo más salvaje mientras me apresuro a quitarle el cinturón, meto la mano bajo sus pantalones y estrujo su grueso pene. Maldición, es tan enorme, tan duro; es como un arma bien diseñada para matarme y devolverme a la vida una y otra vez.

Se le escapan unos gruñidos. Es un sonido primigenio que me pone los nervios de punta.

Mis instintos animales también se agudizan. Siento una cierta humedad bajo el pijama, impregnándome la parte superior de los muslos. Los pezones se me están poniendo duros, la respiración se me acelera y se hace más superficial. Todo me pide a gritos entregarme, pero no quiero. Él no se merece que le dé esa satisfacción.

Lo que yo quiero es ganarle. Solo por una vez, por todos los cielos. Aunque sea por un momento, tomar el control.

Lo hago ponerse encima mío. Nuestro beso continúa. Él intenta retomar el control, pero, tan pronto como vuelvo a agarrarle el miembro, lo tengo donde quiero y él lo sabe. Después, le quito los pantalones y los calzoncillos para poder pasear las manos por su impresionante sexo desnudo.

Me mira entrecerrando los ojos. Que mire, que disfrute, que me vea asumir las riendas.

Me abro paso por su torso, hasta que mis labios llegan a su duro pene y se le relaja la cara. Lo voy lamiendo de arriba a abajo, haciendo que se endurezca aún más de lo que ya estaba.

Luego, mirándolo directo a los ojos, empiezo a chupar su virilidad, engulléndola hasta llegar a la base, hasta que el glande me roza la garganta.

—*Moya zhena…* —gime.

Vuelvo a lamerle su delicioso pene, empleando una mano para acariciarlo desde la base, moviéndola al compás de mi boca.

—Esa es mi mujer —dice con voz apagada.

Me lo saco de la boca para pasarme el glande por los labios.

—Ah, ¿sí?

Su mano me recorre la cabeza y a continuación se enreda entre las raíces de mi pelo.

—Sí, demonios. Claro que sí.

Murmuro sin articular nada antes de abordar sus bolas. Mientras le sigo acariciando el pene, beso y chupo una de las bolas, luego la otra. Vuelve a gemir, más duro y más salvaje esta vez.

Entonces, vuelvo a enfocarme en su pene. Está más erecto que nunca. Es como una barra de acero, que sobresale por debajo de esos abdominales de granito.

Se la chupo hasta el fondo, luego vuelvo a la punta. Arriba, luego abajo. Con los labios, la lengua y las manos trabajando en equipo como parte de una mamada rítmica. Está apretando los labios, tiene los puños cerrados, y puedo verlo.

Está cerca de terminar.

Es mío.

Quiero que me acabe en la boca, quiero hacerlo llegar al clímax y al orgasmo. Quiero que sepa que *yo* soy quien tiene el control aquí, que soy *yo* quien decide cuándo puede terminar o si tiene que esperar. Son mis manos y mi boca las que toman las decisiones. Veremos si le gusta estar a la merced de otra persona por una vez, y si le gusta ceder el control, y si le gusta que…

De repente, se aleja.

—¿Qué…? —balbuceo cuando me arrebata esta ávida sensación de poder—. No, yo…

A Dmitry no le importa un carajo lo que yo quiera, ni siquiera se molesta en contestarme. En vez de eso, me agarra por las caderas y me pone boca abajo, mangoneándome sin más. Se acabó eso de fingir que puedo tomar decisiones. Aquello nunca fue más que una ilusión.

Después, cuando me quita las bragas y me penetra, no puedo hacer más que gemir y aguantar.

—¡Ahhhhhhhh, Dios!

Nuestros cuerpos se agitan mientras me folla sin piedad. Es lo que me hacía falta, lo único que necesitaba. Lo único que los dos necesitábamos.

Me pongo encima suyo y lo cabalgo frenéticamente. Su pene colma mi interior hasta lo más profundo de una forma que no sabía que necesitaba, que no sabía que podía soportar.

—Esa es mi esposa, portándose bien —dice jadeando—. Tan buena mi mujercita, aguantando toda mi hombría.

Debajo de mí, su pecho es demasiado ancho bajo la camisa blanca de vestir. Su rostro esculpido se congestiona de placer. Tiene los rizos oscuros despeinados, los ojos tormentosos vivos y clavados en mi figura.

Nunca antes un hombre me había mirado como lo hace Dmitry Nikolaev. Lo empiezo a cabalgar más rápido y con más intensidad. Sería muy fácil dejarme caer en la dulce agonía de un orgasmo, pero no me dejo llevar por mi lujuria. Me niego.

Esta es una cuestión de poder, y no perderé.

—¿Te gusta? —murmuro con una sonrisa burlona.

Dmitry responde rodeándome el cuello con el brazo y acercándome a él para poder chuparme el pezón. Mientras me estimula, siento cómo se me escapan los últimos vestigios de control. Mi mente está preparada y dispuesta a triunfar sobre su voluntad, pero mi cuerpo, ese maldito traidor, solo está deseoso de doblegarse.

—¿Te gusta esto? —gruñe.

Mi única respuesta es un gemido.

Me tira a un lado para volver a voltearme, me pega la cara del colchón y empieza a darme por detrás, propinándome embestidas largas y vigorosas.

—Eso es lo que me imaginé, joder.

Lo único que puedo sentir es el roce de nuestros cuerpos y sus embestidas arremetiendo contra mí, penetrándome. Me lo saca y lo vuelve a meter, cada vez más adentro. Más y más y luego aún más y más y…

Dios mío, se siente tan bien, tan jodidamente bien, que ya no puedo aguantar…

Se me escapa un gemido cuando deja de darme duro y me levanta, con la misma facilidad con la que podría levantar a una muñeca. Soy *su* muñequita.

Me sostiene entre sus brazos por todo un minuto, recorriéndome con una mirada voraz, como si no se pudiera saciar.

—Tan hermosa… —murmura, un poco para sí mismo.

—Dmitry —gimoteo.

No puede parar como si nada ahora que estoy tan cerca.

Necesito más y lo necesito para ya.

Una sonrisa satisfecha se dibuja en sus labios carnosos. Luego me acerca a la pared y, poniéndome de espaldas, vuelve a adentrarse en mis profundidades.

La voluntad es una cosa que perdí hace mucho tiempo. Ahora parece un recuerdo lejano. No puedo sino pensar en que no queda ninguna parte de mi ser que no le pertenezca a este hombre.

Abro los ojos. Dmitry está más vivo que nunca: muy agitado, feliz y liberado, todo al mismo tiempo.

De alguna manera, verlo así desata algo en mi interior. Eso es lo que me hacía falta.

Me hundo en el suelo en el momento en que el orgasmo me llena. Dmitry me acompaña en el viaje, con su virilidad enterrada en el fondo de mi sexo. Mientras el placer se apodera mí en el suelo de esta habitación, mirándonos a la cara, Dmitry me envuelve en un abrazo, me lo saca una vez más y luego continúa penetrándome a través de todo mi orgasmo.

Por todos los cielos…

Nuestras miradas se cruzan mientras acabo. Puedo distinguir el momento en que él también termina. Toda la tensión acumulada llega a su punto álgido, estalla y luego desaparece de su

rostro. Es en ese momento álgido que lo miro a los ojos y veo un destello de… algo. Algo dulce, pacífico.

Pero no puede ser. No en este hombre, no en mi marido. No en el Dmitry Nikolaev que yo conozco.

Sus poderosos brazos me envuelven aún, me alzan con facilidad y me tienden sobre la cama. Dmitry me envuelve con unas mantas y se desploma en la cama a mi lado.

—*Chto ya sdelal?* —murmura en voz baja.

Me recuesto en mi lado, con la respiración entrecortada.

Eso fue… Vaya…

Hace tiempo que dejé de intentar entender lo que pasa cuando Dmitry y yo tenemos sexo. Cómo lo malo se convierte en bueno, o hasta cómo después de cada vez que terminamos una parte de mí siente que lo odio un poco menos.

Es mejor no pensar en eso. Mejor no pensar en nada de esto.

Alzo la vista ante un tintineo y lo encuentro sujetando el collar olvidado como amenaza.

—Será mejor que aprendas a comportarte, esposa. Si no, la próxima vez… —lo sacude en el aire.

—¿La próxima vez qué?

—La próxima vez, no cambiaré de opinión sobre esto.

—Te gusta que te desafíe. Eres un hijo de perra muy enfermo —digo después de dedicarle un resoplido.

—No tienes ni idea de lo que me gusta —arguye—. No sabes nada de mí.

Me incorporo en la cama, mirándolo con atención.

—Te felicito. Esto es lo que querías, ¿no? ¿Tener por esposa a una muñeca bonita y sumisa, que no hiciera preguntas y no se defendiera? ¿Cómo acabaste siendo así? —como no contesta, sigo —: Déjame adivinar: alguien te hizo daño. Así que ahora no permites que nadie te lastime. Mantienes a todo el mundo a una distancia prudente. Pobrecito Dmitry, un corazón tan frágil.

Monto una actuación, hago como que lloro como un bebé y me froto el ángulo de los ojos.

Su mandíbula está tensísima.

—Cuidado con lo que me dices a mí —exclama, poniéndose de pie.

Para irse, claro. Como siempre. Me tiene aquí para cuando se aburre o quiere tener sexo, como a un juguete al que nadie quiere.

—¿Por qué? —exijo saber. Me levanto también—. ¿Porque di con la verdad? ¿Porque sabes lo poco original que es? ¿Porque suena como la historia de un oscuro y melancólico personaje de superhéroe?

Lo que ocurre a continuación me aterroriza.

Ruge, se gira y le da un puñetazo a la pared. El yeso se astilla bajo sus nudillos. Una polvareda inunda el aire mientras grito de asombro y caigo de rodillas.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, sigue de pie donde estaba. La sangre gotea de sus nudillos, pero no me devuelve la mirada.

—Creí haberte dicho que tuvieras cuidado con lo que dices —gruñe por encima del hombro.

Me quedo boquiabierta mientras se marcha sin decir una palabra más. Todo lo que había dicho era mentira, porque lo cierto es que no sé absolutamente nada de él.

Pero ¿podría ser verdad? ¿Acaso hay una historia detrás de esos ojos oscuros?

Me vuelvo a tumbar en la cama. Rodeo las rodillas con mis brazos y suelto un suspiro desgarrador.

¿A quién carajos le importa? ¿Y qué si el sexo es bueno? ¿Y qué si una parte ilusa y estúpida de mí quiere que se quede un poco más, o incluso que me abrace?

Es un criminal. Un imbécil.

¿Pero será un imbécil que se enamoró profundamente en el pasado? ¿De quién? ¿Todavía estará enamorado?

—Estoy en medio de ciertos asuntos —me dijo cuándo lo llamé hoy. ¿Era eso lo que tenía entre manos? ¿Estar con ella, la otra mujer, la que sí quiere en verdad?

Miro las arrugas que dejamos en las sábanas. Luego trago saliva y desvío la mirada.

¿Acaso es tan descabellado? Todo esto es obra suya, ¿no es así? Puede que yo sea una esposa de apariencia, pero él aún puede tener otra mujer, un amor de verdad. ¿Es tan difícil de creer?

Me froto las sienes. Intento reunir la fuerza de voluntad para levantarme. Pero lo único que logro es seguir sentada con mi mente corriendo a mil por hora.

Si amara tanto a esta supuesta mujer, no la engañaría conmigo. O tal vez…

—Basta —me digo—. Detente.

Saco mi teléfono. Es casi medianoche, pero quizá Vicki aún esté despierta y en su casa. Por lo menos, vale la pena intentarlo.

Por suerte para mí, contesta al segundo repique.

—Hola, linda. ¿Pasa algo?

—Sí, pues acabo de pelear con Dmitry —confieso sin pensarlo bien—. Nada grave, pero…

No debería confiarle tanto. ¿Quién sabe cuál de los soldados de la bratva estará escuchando esta llamada?

No obstante, estoy cansada de tener que mentir sobre todo últimamente. Necesito decirle algo auténtico a alguien o me volveré loca.

—¿Quieres que lo hablemos? —pregunta con cautela.

—Sí, pero… ¿cómo estás tú? —pregunto—. Es que, perdona, no quiero que sea una llamada para desahogarme y ya.

—Amiga, yo me desahogué contigo como por un año después de que ese profesor de química asqueroso de la secundaria me reprobara cuando le rechacé una salida —rememora Vicki con una risita—. Ahora te toca a ti.

Me río entre dientes. Suelto la almohada que había estado apretando hasta hacerla puré sin darme cuenta.

—Bueno, está bien. Pues… realmente no es la gran cosa, pero…

Dios, se siente raro hablar con mi mejor amiga sabiendo muy bien que algún guardaespaldas mononeuronal de la bratva está escuchando cada una de nuestras palabras en alguna parte.

—Ha sido un poco difícil, ya sabes, conectar —explico—. Es que parece que Dmitry no quiere abrirse, en lo absoluto.

—Bienvenida a tu clase: Hombres I —bromea Vicki entre risas.

Se ríe de su propio chiste, como siempre. Vicki tiene una manera particular de reír resoplando. Es un resoplido mínimo, tan sutil que apenas puedes escucharlo por el teléfono. Al oírlo me dan ganas de llorar ante el recuerdo de la vida que tuve que dejar atrás.

—Bueno, quizá sea injusta —admite—. A ese chico con el que salí, Henry, sí que le encantaba llorar, escribir poemas en haiku y decirme cómo se sentía casi todos los días. Pero era un diamante en bruto.

—Un diamante en bruto con el que terminaste —señalo.

—Un diamante en bruto que estaba tan convencido de que yo lo engañaba que instaló una app espía en mi teléfono y en mi computadora, lo que terminó provocando la muerte prematura de mi laptop de porquería —cuenta Vicki—. También recitaba poemas horrorosos en la noche de recitales local, en el Little Collins. Cada sábado yo me moría de vergüenza.

Nos reímos y suspiramos. Cosas así me parecían tan graves e importantes en el pasado, pero no le llegan ni a los talones a mi situación actual.

—Pero, en serio —dice Vicki al cabo de un rato. Casi puedo sentir su sonrisa tranquilizadora en las palabras que dice—. Quizá eso de que los hombres sean cerrados sea algo normal. Aunque te casaste con él, yo habría pensado que en algún momento de su relación se habrían sincerado el uno al otro antes de, bueno, casarse.

—Sí, sí, por supuesto, lo hicimos —me apresuro a mentir—. Solo que ahora es… diferente. Más difícil.

—Es más serio —añade Vicki—. Entiendo. Bueno, tiene sentido. Ustedes firmaron los papeles. Pues, ya se casaron. Te lanzaste al agua, dijiste «sí, acepto». Sentaste cabeza.

—Sí, lo recuerdo, Vic. Yo estaba allí.

Se ríe.

—Lo siento. Intentaba animarte un poco. De todos modos, no estoy segura de qué decirte. ¿Has tratado de ser la primera en abrirte?

—Bueno, sí, por supuesto, digo… —me quedo pensativa.

Hm, ahora que lo menciona…

La verdad, eso no importa. Esta una conversación tonta e hipotética sobre un problema tonto e hipotético. No es real.

Tu marido mafioso no quiere abrirte su corazón. Ay, sí, pobrecita. Ve a llorar a otra parte.

El *verdadero* problema es que estoy casada con un peligroso y sanguinario mafioso, que me tiene encerrada en su penthouse como si fuera la jodida Rapunzel. Y no puedo contarle nada de eso a mi mejor amiga.

—Parece que ahí tienes la solución —dice Vicki, segura—. Quizás deberías intentarlo.

Tiene razón. Si ese fuera mi problema real, esa sería la solución.

—Quizá mañana —digo—. Hace rato que se fue, quién sabe a dónde. ¿Qué tal si jugamos a Los Sims un rato?

—¿Cómo que quién sabe a dónde? —repite Vicki, confundida.

—¿Quieres jugar a los Sims o no? —le pregunto.

—Bien, bien. Hagámoslo.

Por lo general, Vicki se pone como un perro con un juguete masticable cuando percibe que hay algo que no le estoy contando. Por otra parte, puede que últimamente mi amiga esté teniendo muchas ganas de jugar a Los Sims.

Nos conectamos y empezamos a jugar, y durante medio segundo todo es como en los viejos tiempos. Paseamos por esas vidas virtuales ficticias, fingiendo que todavía tengo esperanzas para el futuro.

Para cuando me acuesto a dormir después de desconectarme, esa felicidad se desvanece y me veo obligada a enfrentar la realidad: ya no queda ninguna esperanza en ningún lado.

No para mí.

DMITRY

Necesito enfocarme en el tablero de juego.

Tres días nada más no deberían ponerme así. Pienso pensando en ella todos los malditos días. Es un riesgo para la bratva.

Sin embargo, creo que una noche más, otra visita, nada de eso haría daño…

—¿Qué demonios, Dmitry? —Gavriil me reprende mientras conduzco por la autopista, tan rápido como me lo permite el Ferrari—. No escuchaste ni una palabra de lo que dije.

—Tengo muchas cosas en la mente —gruño.

—¿No las tenemos todos? —suspira Gavriil—. Es que mira, esta hamburguesa no se comerá sola.

Le quita el plástico a la hamburguesa, le da un mordisco absurdamente grande y emite un gemido satisfecho. A continuación, con la boca llena, sigue balbuceando.

—No puedo creer que esos bastardos mexicanos atacaran Epistrofia, y además que de verdad creyeran que se saldrían con la suya, los muy idiotas.

—No fue el caso —digo, tajante—. Nos están probando. Querían ver cómo nos defendemos en nuestros enclaves.

—¿Y? —traga saliva—. ¿Cómo nos fue?

—Tú fuiste el que recibió la llamada de Bastien, dímelo tú.

Se encoge de hombros.

—Capturamos vivos a dos de los suyos. Eso ya es algo, aunque supongo que debería aclarar que los dos están vivos, pero quién sabe cuánto tiempo. Ambos sabemos que los métodos de Bastien no siempre son… gentiles.

—Más le vale que lo sean —replico—. Tenemos una conversación pendiente con esos hijos de puta. Hay que averiguar lo que saben.

—No conseguí información de ninguna de mis fuentes de siempre —se queja Gavriil—. Ni una noticia de las calles. Nadie sabe qué demonios trama Rafael. A veces me pregunto si al menos él

mismo lo sabe. Pero deben estar cansándose. Diablos, hasta yo estoy cansado de solo pensarlo.

—Será mejor que te acostumbres —digo—. Seguirán con esto hasta matarnos o que los matemos. Si paran ahora, perderán impulso.

—Maravilloso —dice Gavriil malhumorado—. Bueno, hablando de algo más alegre, ¿cómo va tu matrimonio?

—Bien. Cambiemos de tema.

Sus cejas se alzan.

—¿De verdad? Escuché por ahí que no has estado durmiendo con ella.

—Tengo otras cosas de las que ocuparme. Ahora soy el don, por si lo has olvidado.

—Entiendo —concede Gavriil—. Pero ¿ni siquiera duermen en la misma cama? ¿Mamá lo sabe?

—Sigue así y te meteré esa hamburguesa por el trasero, hermano.

—Bien, bien. Aunque no pasa nada, ya sabes, si en serio te gusta la chica.

—Gav… —advierto—. Última oportunidad para hacer silencio.

Él levanta las manos.

—No me agredas a mí por decir las cosas. Solo digo que no es un crimen.

—Es innecesario —digo sin más—. No es un problema. Todo lo que quiero de ella es un heredero. Una vez que esté hecho, no tendré que verla en nueve meses. Estoy contando los días.

—Ese es el espíritu. El amor está en el aire…

Empieza a cantar en voz baja. Dirijo la mirada a las calles por las que circulamos, y al montón de tiendas y negocios tranquilos, donde no tienen ni idea de quiénes somos ni a dónde nos dirigimos. Pronto llegaremos a Epistrofia, pero no tan rápido como deberíamos. Al menos, no considerando lo que necesitamos.

No pasa nada, ya sabes, si en serio te gusta la chica…

Maldito Gavriil. Siempre puedes estar seguro de que será él quien dirá tonterías sin sentido y me distraerá de camino a resolver algo mucho más importante.

No obstante, no puedo negar que hay algo en Shannon. Algo que me hace volver a buscar más.

No es solo mi sentido del deber. No es solo su apariencia. Ni siquiera es por como gime en la cama, produciendo un sonido en el que no puedo dejar de pensar.

Quizá sea porque me ve diferente a como me ven los demás.

Se me escapa un gruñido y vuelvo a centrar mi atención en la carretera. Estamos en guerra. No hay tiempo para nada que no sea la guerra.

—Aquí estamos —digo, estacionando el auto delante de Epistrofia. Hay una señal de 'prohibido estacionar' aquí, pero cualquier policía de tránsito que intente multarme despertará sin lengua.

Además, no es como si este local fuera a recibir entregas esta noche… De hecho, es probable que no las vuelva a recibir nunca.

Gavriil se mete el resto de la hamburguesa en la boca y me hace un gesto con el pulgar.

Salimos del auto y, mientras caminamos, Gavriil hace un comentario.

—Esto es prometedor.

En otras palabras: Epistrofia está vuelto un desastre. Las mesas de tableros cuadriculados están volcadas de lado y astilladas. El escaparate principal hecho trizas es un registro del ataque, al que solo le quedan unos feos fragmentos de vidrio agrietado en las esquinas.

—¡Bastien! —llamo entre la oscuridad del interior.

—Será mejor que entren rápido —responde.

Al entrar, a través de los cristales rotos, encuentro a Bastien sentado en una silla, con los brazos cruzados sobre el pecho mugriento, mirando a dos hombres.

Uno de ellos está muerto, con una herida abierta sangrando en su vientre. El otro está atado a una columna con un cinturón que le sujeta las muñecas. A pesar de tener una pierna manchada de sangre, el cautivo nos mira desafiante.

A nuestro alrededor es claro que hubo una carnicería. Veo otros cinco cadáveres, todos de mexicanos. Los agujeros de bala se extienden por las paredes como si fuera uno de esos juegos en los que tienes que conectar los puntos. Hay mesas y sillas esparcidas por todas partes, como si por aquí hubiera pasado un tornado. Un maldito tornado de muerte.

—No eres muy conversador, ¿verdad? —le pregunta Gavriil al mexicano, sacando su pistola y dándole un golpe con ella.

—*Pendejo* —responde el hombre, escupiéndolo.

A la velocidad de un rayo, mi pierna se levanta y le golpea con la bota esa cabeza redonda que tiene. Se oye un crujido repugnante.

El hombre escupe sangre y luego arrastra su mirada furibunda hasta encontrarse de nuevo con la mía.

—Cuidado —Gavriil bosteza y se sienta en la silla de madera en un rincón—. Este se ve frágil.

—¿Es el único que queda? —le pregunto a Bastien. Mi hermano tiene una pistola en cada mano y empieza a verse impaciente, como si prefiriera estar usándolas—. Creí que tenías dos prisioneros.

—El otro se estaba muriendo —Bastien se encoge de hombros—. Lo ayudé a ir hacia la luz.

—Estas cosas pasan —dice Gavriil, meditativo.

Sigo escudriñando la escena. Más cuerpos yacen en las afueras, entre muchos cristales rotos. Una ruina. Una ruina humeante y putrefacta. Alguien disparó a lo loco aquí, y no fueron mis hombres.

Fueron Rafael y Los Verdugos.

Vuelco mi atención al mexicano.

—¿Será por las buenas o por las malas? Depende de ti, cuate.

Su respuesta es lanzarme otro escupitajo que me cae entre los pies. Unto la punta de mi bota de combate en el charco de saliva, y luego se la vuelvo a pegar en la cara.

—Mala elección. Aquí no toleramos las faltas de respeto.

Normalmente, le dispararía a una alimaña como él sin molestarme en entablar conversación, pero en este momento necesitamos a esta basura. Eso es lo único que mantiene vivo al hijo de puta.

Cuando aparto el pie, el hombre sigue callado y con el ceño fruncido, sin importar que le gotee sangre de las encías.

—¿Nada? —Gavriil suelta un silbido bajo y largo al tiempo que sacude la cabeza—. Eres valiente, *wey*. Si fuera yo, salvaría mi pellejo y hablaría.

—*Hijos de puta* —nos insulta el hombre, ignorando sus dientes rotos y ensangrentados.

No tengo que saber mucho español para entender que no nos está felicitando. Le hago un gesto con la cabeza a Bastien, que se levanta y se acerca sin prestar atención al charco de sangre en el suelo. Casi parece un modelo aburrido, con esa cara de rasgos esculturales y su complexión espigada.

Claro, sería un modelo con una marcada tendencia a ser violento.

Su puño se propulsa hacia abajo hasta golpear el costado de la nariz del mexicano. Se escucha otro crujido, peor que el primero. Eso no puede ser bueno para nuestro amigo.

—Mi turno —Gavriil se acerca y patea al hombre en el pecho.

Luego me toca a mí. Abro mi navaja y tallo una media luna superficial en el muslo del hombre.

Hacemos una pausa. Tengo que darle crédito. El tipo ni siquiera grita. Apenas hace una mueca compungida que deja ver esos dientes ensangrentados.

Ah, bueno. No me sorprende. Una parte de mí se alegra por esto. Es catártico.

Bastien, Gavriil, y yo golpeamos al hombre hasta dejarlo lleno de sangre. Puños y botas vuelan por los aires, más el sonido de la carne magullada de un hombre siendo destruido sin piedad.

Entonces, cuando ya está vuelto un amasijo ensangrentado, justo cuando estoy a punto de perder el control, de ceder a la furia impía que me pide a gritos *patearlo, golpearlo, matarlo, hacerlo pagar, vengarme de todos ellos,* lanza un grito ahogado.

—¡Espera! ¡*Dios*, por favor!

Hago una pausa.

—¿Qué dijiste? ¿Estás listo para hablar?

Mueve la cabeza. Un gesto lo más cercano posible a una afirmación.

—De acuerdo —me agacho, lo agarro por la solapa de la chaqueta y lo acerco a mí—. ¿Para qué

fue todo esto?

—Querían atacar uno de tus lugares, a ver qué salía. Es lo que dijo Rafael… —el aliento le huele a cobre y tiene la voz crepitante.

—No —lo interrumpo. Me importa un carajo lo que salió del hocico apestoso de Rafael. Quiero saber la razón detrás—. ¿Qué quieren conseguir con estos ataques en general? En primer lugar, ¿por qué quieren alzarse en nuestra contra? ¿Por qué Rafael cambió de opinión sobre la tregua al último minuto? No es su estilo.

Cuando lo suelto, se desploma en el suelo. Cada respiración es un resuello irregular. Joder, quizá nos pasamos de la raya.

Entonces, tose y balbucea algo.

—Trabajamos para…

Frunzo el ceño.

—¿Trabajan para quién? ¿Para alguien más? No suena a Rafael.

El hombre es un bastardo pretencioso que nunca aceptaría estar bajo el yugo de nadie, por muy poderoso que fuera. El idiota preferiría morir antes que acatar una orden.

El hombre empieza a convulsionar. Las extremidades se le sacuden, le sale espuma sanguinolenta de los labios y pone los ojos en blanco.

Maldita sea, se está muriendo.

—Oye —lo sacudo—. ¿Para quién trabaja Rafael? —otra sacudida—. ¡Oye! ¿Quién es?

Abre los ojos y lo dejo caer al suelo. Al verlo a la cara, reconozco la bruma de la muerte en sus pupilas. Se ha ido.

—Puede que nos hayamos dejado llevar un poco —dice Gavriil pensativo.

—Estas cosas pasan —ruge Bastien.

—¡Carajo! —pateo una mesa volcada—. Estuvimos cerca. Tan cerca, maldita sea.

—Al menos, ahora sabemos que están usando a Rafael para atacarnos —señala Gavriil—. Solo tenemos que buscar al que lo está usando.

—Quién —dice Bastien.

—¿Cómo dices?

—Tenemos que buscar a quien lo está usando, no al 'que'.

—¿Estás corrigien…?

—Cállense —digo para que cierren la boca los dos—. Es una lista reducida. Siempre tuvimos enemigos, pero ¿enemigos con suficiente dinero y poder como para movilizarse en nuestra contra de esta forma tan agresiva? Si este otro involucrado fuera un maldito don nadie sin poder, Rafael no se tomaría la molestia.

—A no ser que él ya estuviera tramando hacer lo mismo y aprovechara la oportunidad —sugiere Bastien.

Asiento a regañadientes.

—Es una posibilidad.

Echo otro vistazo a la escena. La mayoría de los cadáveres son de mexicanos, sin embargo, hay uno de los nuestros entre los muertos. Gora, se llamaba. Yo conocía a su mujer y a sus hijos.

Su pérdida me pesa. Cualquier muerte de un miembro de la bratva es una muerte innecesaria.

—No lo descubriremos esperando aquí —digo. Me dirijo hacia la puerta de una vez. Si la policía no viene en camino ya, pronto lo hará. Son lentos, pero no tanto.

—Vamos.

Mis hermanos me siguen. En el auto, le digo a Bastien una cosa.

—Es hora de contraatacar. Golpéenlos fuerte donde sea que hayan sido vistos por última vez. Hemos triangulado una base provisional suya, ¿correcto?

—Así es —dice—. Desplegaré algunos exploradores para asegurarme de que siguen es la misma zona antes de lanzar nuestro ataque final.

—Muy bien —volteo a ver a Gavriil, que observa con tristeza el impecable cartel de Epistrofia. Era uno de sus sitios favoritos para comer.

—¿Y Gavriil?

—¿Sí?

—Investiga quién podría estar pagándole a los mexicanos. Averigua a quién estuvo viendo Rafael recientemente. Ve si puedes hacer hablar a uno de sus empleados o a alguien que lo conozca. *Siempre debes estar un paso adelante de tu enemigo, incluso antes de que él sepa el paso que dará*.

Un antiguo adagio de mi padre. Lo escuchamos innumerables veces durante nuestra crianza.

El recuerdo de nuestro padre nos hace poner los pies en la tierra cuando subimos al auto.

—Haremos que paguen por lo que le hicieron —murmuro—, y por lo que intentaron hacernos a nosotros.

—Vamos a masacrarlos —ruge Bastien.

Gavriil, para variar, no dice nada. Sé que se lo toma tan en serio como Bastien y yo, lo vi estudiar detenidamente las imágenes de Rafael, los documentos de sus operaciones. Vi el blanco de tiro con el que practica: tiene la cara de Rafael. Lo he visto visitando el acantilado donde esparcimos las cenizas de mi padre.

Gavriil es un asesino a sangre fría, como el resto de nosotros. Esa sonrisita no es más que su disfraz.

Durante el viaje de vuelta a casa, Gavriil me hace una pregunta.

—¿Tienes planes para esta noche?

—Tengo una cena pendiente —le respondo. Con todo el caos de esta noche lo había olvidado por completo.

—Eso no suena tan mal —comenta Gavriil—. ¿La cena con el fiscal general?

—Esa misma —digo—. Tengo que llevar a Shannon para guardar las apariencias.

—Repito, no veo qué tiene de malo —dice Gavriil, hurgando en la guantera—. Yo, por mi parte, tengo que ir a zarandear algunos árboles que no creo que quieran ser molestados.

—Con gusto cambiaría de lugar contigo.

—Ah, ¿sí?

Dejo su pregunta en el aire. Mi respuesta habría sido a la ligera. Pero ahora que lo pienso… Maldición, claro que no. Mataría a cualquiera que le ponga una mano encima a Shannon.

Ella es mía y solo mía.

Mis manos se aferran con fuerza al volante. Esta cena será la primera actividad en público que Shannon y yo tengamos como pareja desde la boda.

Eso significa que es hora de enseñarle al mundo a mantener sus manos lejos de mi esposa.

SHANNON

—A ver si lo entiendo —dice Vicki. Consigue sonreír de oreja a oreja y mirarme boquiabierta al mismo tiempo—. ¿Irás a una importante cena sofisticada esta noche, *y además* te van a ayudar a ponerte regia maquillistas y estilistas profesionales? Mira, ¿Dmitry tiene hermanos?

—Sí, pero no dejaré que los conozcas —digo.

—¿Por qué diablos no?

—Porque…

Bueno, pues, ¿por qué no?

¿Son feos? Eso es mentira.

¿Son aburridos? También es mentira, aunque solo sea porque no creo que alguien que se pase el día dirigiendo una organización criminal pueda ser aburrido, por derecho propio.

¿Son unos monstruos asesinos? Eso es verdad, pero no puedo decírselo a Vick.

Dios, cómo me gustaría poder decirle. Estoy harta de mentirle a mi mejor amiga. ¿Será mucho pedir poder tener una conversación en la que no tenga que mentirle?

—Tienen novias —invento. En teoría, no es del todo una mentira, porque no sé si es verdad o no.

De todas maneras, no tiene caso. De ninguna manera juntaré a Vicki con otro de los engendros Nikolaev para ponerla en la misma situación descabellada en la que estoy yo. No se lo desearía ni a mi peor enemigo.

—Bueno —suspira Vicki—. De todos modos, las cosas con mi oficial de la ley van bastante bien. Quizá lo lleve a nuestra cita doble en la cafetería cuando por fin suceda.

—¡Hazlo!

Por fuera sonrío, pero por dentro se me revuelve el estómago. Vicki no lo comenta, pero no hace falta. El hecho de que todavía no conozca a Dmitry es raro.

Vicki y yo ya hemos hecho planes dos veces para ir a Starbucks a tomar café y comer unos pastelillos de arándanos (eso sí, con matones encubiertos contratados por Dmitry merodeando en las inmediaciones y aterrorizando al resto de los clientes). Las dos veces le puse la excusa de «el

trabajo de Dmitry consume mucho tiempo, ya sabes cómo es».

Pero ya empieza a cansar.

Después de todo, ¿qué marido que de verdad esté enamorado de su mujer no conoce a su mejor amiga? ¿Qué marido, cualquier marido, no conoce nunca a la mejor amiga de su mujer?

Yo ya no sé ni qué responder. No hay reglas en esta pesadilla.

—¿Algún plan para esta noche? —pregunta Vicki—. Podríamos jugar a los Sims. Tengo el pack de expansión de Mascotas, y no creerás lo lindas que son esas bolas de pelo tan molestas. Sobre todo, los periquitos.

—Tengo que ir a la cena —le recuerdo.

—Ah, claro, tu fiesta elegante. Lo había olvidado. ¿De qué es?

—Es por un amigo de Dmitry.

—Qué ambiguo.

—Bueno, es una cena con el fiscal general, un evento importantísimo en su mansión, que por lo visto es impresionante. Dmitry me compró un vestido para asistir y estoy un poco nerviosa.

—Dios —Vicki se ríe—. Tu vida es un auténtico cuento de hadas.

Si supiera lo equivocada que está…

—Sí, salvo que no quiero ser Cenicienta y volver a mi versión harapienta del pasado a mitad de la cena.

—Oye —me reprende Vicki con severidad—, no te viste harapienta ni un solo día de tu vida.

—Ya sabes de qué hablo. Es que… me siento fuera de lugar. Creo que la persona más poderosa con la que hablé en mi vida fue Cher, y eso fue durante cinco minutos después de su concierto en la Terminal 5, cuando se encontró con un grupo de fans.

—Fueron cinco minutos *increíbles* —me recuerda Vicki—. Igual, ¿a quién le importa? Las personas son solo personas.

—Para Dmitry es importante —suelto un suspiro—. Tiene una reputación que mantener.

—¿Y qué? ¿Espera que seas su encantadora esposa trofeo?

—Sí. En realidad, sí —digo antes de poder evitarlo—. Bueno… no del todo. Creo que esto viene con el trabajo.

—¿Y de qué trabaja…? —se pregunta Vicki—. Soy una pésima amiga, pero es que no puedo recordar lo que me dijiste.

Debe ser porque no se lo dije. Tal vez lo que le dije fue tan vago que no lo puede recordar.

—Es un… filántropo —digo, intentando que no suene recitado de memoria, aunque es justo lo que está pasando—. Dona su tiempo, dinero, experiencia y habilidades para ayudar a crear un mundo mejor.

—Ah. Um, bueno. Parece que estás en un anuncio de UNICEF, pero lo entiendo.

—Vaya, gracias —le digo.

Ella se revuelve el pelo.

—Dios, Shann, ahora parece que vivieras en otro mundo. ¿Qué pasará cuando te vuelvas demasiado *estirada* y quieras tener a alguien más, no sé… elegante como mejor amiga?

—Vicki —la regaño—, te votaron como 'La que más probabilidades tiene de acabar siendo princesa' en el último año. Eres la persona con más clase que conozco y, de todas formas, esas cosas no me importan.

Emite un suspiro de nuevo, de forma un tanto enigmática.

—No es lo que quise decir. Es solo que… quizá no quieras salir con alguien a quien no puedas entender.

—Créeme —le digo—, siempre me entenderé mejor con la chica que come masa de galletas cruda que con esta gente tan fría. Eso no cambiará.

Hace una pausa para mirarme de frente.

—¿Me lo prometes?

Levanto el meñique para mostrarlo en la cámara.

—Te lo prometo. Hemos sido amigas por quince años, Vic. No voy a alejarme de ti ahora.

—Uf, no lo digas así. Nuestra amistad casi tiene edad para conducir —Vicki se carcajea—. Bueno, en fin, no te entretendré más tiempo. Dile a esos maquilladores que prueben poniéndote una sombra verde lima y una naranja en tus ojos. Te encantará, te lo prometo.

—Ja, ja, muy gracioso.

—Nos vemos, te quiero, que te diviertas esta noche.

—Tú también, tú también, tú también —le respondo.

Estoy a punto de colgar, cuando Vicki agrega otra cosa.

—Oye, ¿Shann?

—¿Sí?

—Te mandé un enlace por correo electrónico —murmura de repente con nerviosismo. Su sonrisa relajada se congela en una mirada tensa, con los ojos demasiado abiertos—. Es… una extraña coincidencia. Acabo de encontrarlo y pensé… En fin, échale un vistazo, ¿está bien?

—Claro —digo—. ¿qué es?

—Es mejor que lo veas por ti misma.

—De acuerdo —digo, con una despreocupación fingida en mi voz—. Me parece bien. Luego hablamos.

—Hablamos después.

Segundos después, reviso mi correo electrónico. No me extrañaría que los guardaespaldas que intervienen mis teléfonos y me vigilan tengan acceso a mi correo electrónico y borren algo que no les guste. Tengo que verlo antes de que eso ocurra.

La voz cautelosa y la expresión intensa de Vicki me alertaron: esto es grande, muy grande.

En cuanto hago clic en el enlace del correo, lo entiendo todo.

LA COMUNIDAD IRLANDESA BUSCA RESPUESTAS EN EL CASO DE UNA INFANTE DESAPARECIDA

La policía de Parque Marítimo busca respuestas en el caso de una niña local desaparecida. El Sr. Patrick McNulty, un próspero hombre de negocios, y su esposa, la Sra. Ferna McNulty, informaron el lunes que su hija pequeña no aparecía por ninguna parte. El departamento de policía inició de inmediato las operaciones de búsqueda y rescate, pero hasta ahora no han tenido éxito. Los esfuerzos de la comunidad tampoco han aportado evidencias.

—No puedo creerlo —afirmó Abigail O'Connor, vecina de la zona—. ¿Quién querría llevarse a una nenita preciosa?

Cierro el computador de golpe y aprieto los dientes.

Sé exactamente quién querría llevársela.

SHANNON

Apenas un minuto después de salir de la ducha, llaman a mi puerta y León deja pasar a un par de mujeres cargadas con bolsas enormes de productos cosméticos y de peluquería.

Se apoderan del cuarto como si fueran un frente de viento frío. Me conducen a un asiento y colocan una serie de lámparas a mi alrededor antes de poner manos a la obra. No me dejan decir ni una palabra. Cada vez que intento abrir la boca, la maquilladora me regaña por mover la cara.

Pasa una hora en un abrir y cerrar de ojos. Antes de que me dé cuenta, ya están guardando sus instrumentos y salen corriendo de la habitación. Ni siquiera me dijeron sus nombres.

Después de suspirar, me levanto y termino de arreglarme. Cuando termino de ponerme el vestido verde turquesa que aguardaba por mí en una percha del armario, Dmitry entra a la habitación.

—¿Estás lista? —pregunta.

—Tú me dirás. ¿Paso la prueba, sargento?

—Estás aceptable —me habla con rudeza, pero su mirada recorre mi cuerpo por un buen rato una vez que sus palabras se apagan.

Volteo para verme en el espejo. El vestido tiene un dramático cuello amplio con una falda en forma de A que deja ver mis piernas. Las mujeres inexpresivas, por su parte, también hicieron un buen trabajo, pues mi maquillaje es sutil e impecable, con los labios pintados de color bronce y un delineador de ojos oscuro y ondulante. Además, mi pelo cae en cascada sobre mis hombros con rizos gloriosos.

Elegante pero sexy, como diría Vicki. Igual que Lady Di..

Y, si necesitaba más confirmación, la forma en que Dmitry me mira lo dice todo: le gusta lo que ve.

Pero necesitaría ser aplastado por caballos salvajes para que logre sacarle algún cumplido.

—¿Estás lista? —vuelve a preguntar impaciente.

—Lista.

Asiente y abre la puerta.

—Hora de irnos, entonces.

Durante el trayecto en auto, intento no juguetear mucho con mi bálsamo labial para no parecer tan nerviosa, y acabo metiéndolo en mi reluciente bolso para quitármelo de las manos.

—¿Hay algo que deba saber de antemano? Ya sabes, cualquier recomendación importante o alguna advertencia. Algo así.

—Wallace es un idiota —explica Dmitry con el ceño fruncido de una manera que lo hace parecer todavía más guapo—. No me agrada, pero hay algunos males necesarios en mi trabajo, y charlar con imbéciles como él es uno de ellos.

—Entiendo. ¿Me dices otro?

—Tener que tolerar preguntas estúpidas.

—Muérete —contesto poniendo los ojos en blanco.

Su mano me agarra la muñeca.

—Que no se te vaya a olvidar, *moya zhena*. Estás aquí como un símbolo, no necesitas saber las cosas que yo sé.

—Pero, ¿y si quiero saber? —continúo, intentando que no parezca que lucho para liberarme de su mano, aunque sea justo lo que hago.

—Lo que tú quieras no importa.

—Lo tendré en cuenta —le contesto ofreciéndole una mirada asesina.

Se me queda mirando por unos segundos. Durante un segundo absurdo, juro que veo algo en sus ojos, y creo es que un atisbo de humanidad.

Pronto, el auto se detiene y la humanidad desaparece.

Nos bajamos del Porsche negro y emprendemos el largo camino hasta una mansión que parece sacada de Hollywood Hills. Puedo percibir la mirada de Dmitry clavada en mí durante todo el trayecto, mientras pasamos junto al montón de arbustos con flores de hibisco tallados en forma de animales submarinos y las fuentes que dejan caer el agua en las bocas abiertas de estatuas de piedra con forma de pez. Es un lugar apacible. Se respira el tipo de tranquilidad que solo el dinero puede comprar.

Por eso, casi grito cuando su voz emerge de la oscuridad detrás de mí para romper el silencio.

—Te ves bien —murmura Dmitry.

Cuando me compongo, me permito sonreírle. No es un gesto del todo honesto, pero, bueno, toda esta cena es un espectáculo. Igual que nuestro matrimonio.

—Gracias.

Eventualmente llegamos a la puerta, que, como era de esperar, es colosal e intimidante. Respiro hondo y me armo de valor. Que empiecen los juegos.

Dmitry me rodea para poder tocar la puerta. Intento no inquietarme mientras esperamos a que alguien nos reciba.

—Le gustan mucho los peces, ¿no? digo, mirando la aldaba con forma de pez koi.

—También le gustan las mujeres de otros hombres —dice Dmitry, tomándome de la mano. Si te pregunta si quieres ver su Monet, dile que no.

—¿Seguro que no quieres que haga todo lo posible por seducirlo?

—No bromees con eso —me reprende, mirándome severamente.

—Ay, por favor, perdóneme, señor —refunfuño sarcásticamente—. Es que pensé…

—Puede que no sea el marido que esperabas, pero es lo que hay y, mientras estemos casados, ningún otro hombre te pondrá un dedo encima —gruñe—. Nunca.

Vaya, cuanto fuego hay en su mirada. Todo su cuerpo está preparado para una pelea… Su mano reposa de nuevo sobre la mía, como unas esposas… o quizá más bien como una armadura.

—¿Me estás entendiendo? —repite, con los ojos oscuros todavía desorbitados.

—Sí —contesto, no tan molesta como creo que debería estar—. Creo que sí.

Que me proteja está muy bien, y puede que me recorra un escalofrío por la emoción que me produce lo que acaba de decir. Al fin y al cabo, estoy aquí en contra de mi voluntad.

Resulta molesto tener que recordarme a mí misma ese inconveniente.

La puerta se abre y aparece un mayordomo calvo y huesudo, con nariz aguileña y ojos que parpadean lentamente, lo que le confiere un aspecto de deferencia y superioridad al mismo tiempo.

—Bienvenidos —dice, haciéndose a un lado para dejarnos entrar.

Dentro, lo primero que me impresiona es la música de jazz: es intensa y taciturna. El saxofón suena casi como una alarma antiaérea. La multitud arremolinada en la casa también viste de forma temática: los vestidos de charlestón reflejan la luz, las relucientes cadenas de los relojes de bolsillo se extienden por los vientres de varios hombres risueños. Muchos no siguen la etiqueta, muy al estilo del Gran Gatsby.

—¿Olvidaste mencionar que era una fiesta de disfraces? —le siseo a Dmitry.

Se encoge de hombros, totalmente imperturbable.

—Wallace sabe que no sigo sus reglas.

—¿Qué reglas sigues tú? —pregunto, medio en broma.

—Ningunas.

Durante la siguiente media hora más o menos, Dmitry se pone en actitud encantadora. La mayor parte del tiempo me limito a observar. Los hombres lo miran con respeto y miedo; las mujeres, con deseo y alguna cosa más.

—¡Dmitry Nikolaev, qué maravilla! —retumba una voz estridente al otro lado de la sala.

El hombre es un espectáculo. Va ataviado con un traje de brocado púrpura y dorado, mientras que su peinado plateado brilla untado con tanto gel que casi parece que fuera a resquebrajarse y caerse si alguien choca con él.

—Wallace —saluda Dmitry fríamente. Se abre paso entre la multitud con facilidad, arrastrándome tras él. La gente se aparta para dejarlo pasar.

Los ojos aguados de Wallace se posan en mí y, cuando sus voluminosos labios se curvan para formar una mueca, tengo la impresión de ser una mosca a la que una rana le echó el ojo.

—Así que es ella —me señala con el dedo—. He oído hablar mucho de usted, jovencita.

Me tiende la mano para estrecharla. De mala gana se la doy, e inmediatamente se la lleva a los labios para besarme los nudillos, sin dejar de mirarme a los ojos. Qué asco.

—Puedo ver por qué te ganaste el corazón del buen Dmitry. Es un hombre afortunado. Yo ya pensaba que el hombre nunca sentaría cabeza. ¡Ja!

Finalmente me suelta la mano, gracias a Dios.

Dmitry enseña una sonrisa tenue.

—Cuando conoces a la indicada, lo sabes.

Una parte de mí se estremece al escuchar esa estupidez. Suena tan agradable. Si hay algo que se le da bien a Dmitry Nikolaev es convertir la horrible verdad en una bonita mentira.

Sin embargo, no es el único capaz de hacerlo.

—Si tuvo suerte, esa soy yo —digo con efusividad, agarrándole el brazo a Dmitry como si fuera un salvavidas—. Dmitry es un sueño hecho realidad, un verdadero caballero.

—¿Caballero? —Wallace se ríe, muestra las carillas gigantescas que tiene en lugar de dientes mientras las luces del techo iluminan un punto de su calva—. Vaya, sí que estás enamorada. No es una palabra que haya oído a nadie usar para describirlo. Cuéntame cómo se conocieron.

—En un club —dice Dmitry, muy tranquilo—. Donde sonaba música bien mala. Ya sabes cómo son.

—¿Te gusta la música, cariño? —me pregunta Wallace. Sube y baja las cejas en un repulsivo intento de coqueteo.

—En realidad, me gusta más el arte.

La cara regordeta de Wallace se ilumina.

—Bueno, entonces, querida, tengo un Monet que simplemente tienes…

—No —suelta Dmitry.

Wallace suelta una carcajada.

—Dmitry, no hay necesidad…

—Por supuesto que sí, Wallace —gruñe—. Mantente metido en tus asuntos. ¿Entiendes?

Wallace guarda silencio durante un largo rato. Luego traga, dejando ver como su manzana de Adán sube y baja con el movimiento de su gorda garganta.

—Claro —murmura eventualmente.

Dmitry asiente y cede.

—Bien. Disfruta de la fiesta.

Le ofrece una sonrisa escalofriante y se marcha, arrastrándome con él. Dios santo.

Echo un vistazo hacia atrás y veo a Wallace con cara de haberse hecho en los pantalones. ¿Y yo? ¿Qué es esta sensación en mi pecho, esta emoción? Es como si estar demasiado cerca de una hoguera y sentir que se te está erizando la piel.

Así es el verdadero poder: hacer lo que quieras, tener el aspecto que quieras, decirle lo que te dé la gana a quien te dé la gana. Mi marido básicamente le dijo al fiscal general de todo el maldito estado que se fuera al carajo, y luego siguió caminando como si nada.

Me aleja del bullicio agarrándome de la mano con fuerza. Atravesamos la puerta principal y salimos hacia la noche. La cabeza aún me da vueltas por todo lo que ha pasado.

Lo que hace a continuación no ayuda mucho con eso.

En cuanto perdemos de vista a los demás asistentes a la fiesta, Dmitry me da la vuelta, me pega de la pared oscura, junta sus caderas con las mías y me mete la lengua hasta la garganta.

Es como recibir un martillazo. La intensidad del beso recorre todo mi cuerpo. Lo olvido todo: dónde estamos, quién soy, por qué estamos aquí. Solo soy consciente de que él está aquí, reclamando y consumiendo todo mi ser.

El shock se evapora al mismo tiempo que el beso. Se aparta. Se ve satisfecho por primera vez en toda la noche.

—¿A qué viene eso? —balbuceo, aturdida.

—Necesitaba una dosis que me cure.

—Oh —todavía puedo sentir el beso, el ardor entre mis piernas—. ¿Que te cure de qué?

Me mira fijamente a los ojos durante un buen rato antes de hablar

—De todo lo que me provocas hacerle a cualquier hombre que te dirija la mirada.

Luego, se va paseando por el camino de entrada con las manos en los bolsillos, con cara de tranquilidad.

¿Yo? Me quedo parada en el balcón de la casa de ese cerdo millonario, con el sabor de mi marido impregnado en los labios y pensando en unas palabras que nunca pensé que oiría.

DMITRY

El whisky normalmente mejora mis problemas, pero el vaso que tengo en la mano y el alcohol que ya me tomé esta noche no me han ayudado en nada.

Y, sin ninguna duda, ¿esto? ¿Lo que está pasando entre Shannon y yo?

Es un maldito problema.

Volvemos a mi penthouse después de la cena, yo me echo en el sillón de cuero azul, Shannon en el sofá de cuero negro. Hace un calor sofocante. El aire está cargado de tensiones y cosas que no nos hemos dicho y que ninguno de los dos quiere afrontar.

Le dije que nunca dejaría que otro hombre la tocara. Se lo dije dos veces, de hecho. Pero ¿se lo dije porque me pertenece, como mi auto, mi arma, mi bratva? ¿O lo dije porque ella significa más para mí que todas las otras cosas juntas?

No tengo ni puta idea de la respuesta. Me levanto para irme sin decirle una palabra. Ella no me dice nada. Ni siquiera se mueve.

Mucho mejor así.

Afuera está León de guardia, con su cabeza cuadrada bien alerta. Ni rastro de la pistola descansando en su traje, como a mí me gusta. No hay necesidad de anunciar nuestra fortaleza: se le nota en sus rasgos predadores en alerta y en su postura firme.

No dice nada, su rostro no cambia ni un ápice y, sin embargo, me da la impresión de que se pregunta *por qué me estoy yendo tan pronto.*

—Cómprale un cuaderno nuevo a Shannon —le digo antes de hacer una pausa. ¿De qué va servirá un cuaderno nuevo? ¿De qué servirá que me vaya? —. *Dermo.* Quizás debería quedarme.

Estoy más que todo hablando solo, pero León responde de todos modos.

—La señora Nikolaev parecía disgustada.

Frunzo el ceño. No estoy interesado en su consejo, pero sí en sus observaciones.

—¿Cómo… la has visto? —me sorprendo preguntando—. En general.

—Infeliz —ser encoge de hombros—. Disgustada. Un poco menos a medida que pasa el tiempo.

—¿Menos infeliz o menos disgustada? —le pregunto.

—Ambas.

—Y las llamadas con sus padres y amigos, ¿cómo han estado?

—Más o menos lo mismo —responde León. Aunque habla conmigo, se mantiene alerta, vigila el ascensor y los pasillos en busca de intrusos o visitantes. Como debe ser—. Sus padres están tristes, naturalmente, pero no expresan planes de hacer nada al respecto. Su amiga podría estar dándose cuenta, pero no hemos oído nada concreto.

—¿Y qué piensas tú de toda esta situación? —indago antes de poder contenerme.

—Creo que ella está recapacitando —León asiente. Comprendo su incomodidad: es un tema delicado y muy por encima de su jerarquía.

—Bien —me doy la vuelta.

Ya lo he pospuesto bastante. Es hora de irse. A pocos pasos, sin embargo, suena mi teléfono.

—Tengo algo que podría animarte luego de esa terrible cena —dice Gavriil cuando contesto.

—¿Tienes la cabeza de Rafael clavada en una estaca?

—Desgraciadamente, no. Por lo menos, no todavía —parece que está ocupado en algún sitio. De fondo, oigo voces y ruidos de la calle.

—¿Entonces, de qué se trata? —pregunto mientras reanudo la marcha.

—Nos reservé una mesa en Hanwen —dice.

—Hanwen —repito—. ¿El club nocturno?

—Ese mismo. Bastien ya está de camino. ¿Te vienes?

Hago una pausa, considerándolo. Beber más alcohol puede ser un arma de doble filo, pero, solo pensar que una zorra emperifollada se me puede echar encima por quien soy, por cómo me veo, por lo que soy capaz de hacer… me repugna.

—No —digo—. Tengo algo que hacer.

—Puro trabajo y nada de diversión vuelven a Dmitry un niño gruñón —advierte Gavriil.

—No hagas ninguna estupidez mientras no estoy allí —le digo.

Luego, cuelgo. No es del todo mentira, realmente tengo algo que hacer. Doy media vuelta y me devuelvo al penthouse de Shannon. León abre la puerta sin mediar palabra y entro a toda prisa.

Ella no está en el sofá. Reviso en la cocina. Está vacía.

Se me acelera el corazón. ¿Acaso huyó…? No lo creo. ¿Pero tal vez…? Tampoco está en el dormitorio. Reviso los armarios, el balcón, todo mientras una rabia se me acumula en el pecho.

Es imposible. Todas las puertas estaban cerradas, y, sin embargo, si encontró la forma de escapar…

Voy al baño y me lo encuentro cerrado. Ah, ahí está. Por supuesto.

—Shannon —digo mientras toco.

No contesta. Aprieto los puños con fuerza y toco con más furia.

—Shannon, contesta.

—Vete.

—Abre la puerta.

—No —contesta ella, con un tono desafiante en la voz.

—Ábrela.

—Lárgate —suelta.

—Tienes cinco segundos para abrir, si no quieres que la derribe de una patada —gruño—. Cinco, cuatro… Tres…

El pestillo gira y Shannon me pasa por el lado sin mirarme.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunto.

—¡Tú, eso es lo que me pasa! —grita. Se aleja de mí y se echa en la cama en posición fetal, aferrándose con fuerza a una almohada.

—¿Qué te hice ahora?

—¿Qué no has hecho? Me secuestraste, me obligaste a casarme contigo, me alejaste de mis amigos, de mi familia y de mi maldita vida, pero lo peor… —alza la vista y me quedo atónito al ver que unas lágrimas manchan sus mejillas—. Lo peor es que no consigo odiarte tanto como debería. Debería despreciarte, Dmitry Nikolaev, debería odiarte con cada fibra de mi ser, pero entonces dices cosas como lo que dijiste esta noche, y yo… no puedo.

Deja caer la cabeza entre las almohadas. Parece completamente agotada.

—También hay otra cosa —dice con la mirada perdida—, algo que me estuve preguntando.

—Soy todo oídos.

—¿Estuviste enamorado de alguien alguna vez?

Se me tensa la mandíbula. No contesto. No puedo.

Ella ve mi reacción y suelta una carcajada burlona.

—Ni siquiera sé por qué te lo pregunté. No me dirás la verdad. Nunca me dices la verdad sobre nada.

Camino más allá para tumbarme en el sofá.

—Piensa lo que quieras.

—No, sé que hay una razón —insiste—. Una razón por la que eres así. Lo sé por lo que pasó la

otra noche, por cómo reaccionaste. Toqué una fibra sensible. Tienes a alguien más, ¿no? Otra mujer por ahí. ¿También la mantienes encadenada? ¿Juegas con ella a juegos mentales enfermizos como haces conmigo?

—Basta —rujo.

Volver al penthouse fue una mala idea, y hablar con ella solo empeora las cosas. Es mejor que me vaya, así que me levanto y me dirijo a la puerta.

Entonces, un cristal se estrella en la pared detrás de mí.

Me doy vuelta y me encuentro un jarrón hecho añicos en el suelo. Shannon está de pie junto a la cama, con el pelo alborotado, los ojos encandilados y el pecho agitado por el esfuerzo de lanzarme el jarrón.

Ya es suficiente.

Me abalanzo sobre ella.

Está claro que dejé que esto vaya demasiado lejos. Todavía no ha aprendido la lección. Debe aprender quién da las órdenes aquí, quién es el que manda.

La agarro, la pongo contra la pared y uno nuestras bocas en un beso. Es una batalla de labios y lenguas. Se echa hacia atrás y me propina una fuerte cachetada.

Se hace un silencio por la conmoción y luego se aleja con pasos tambaleantes, tan sorprendida como yo de haberme tocado. Sus ojos danzan de un lado a otro, sin saber si disculparse o mostrarse desafiantes.

Doy un paso al frente.

—Podrían matarte por lo que acabas de hacer.

—¡Entonces hazlo! —grita—. ¡Sería mejor que estar casada con un monstruo! Con un hombre que me usa y me trata como a una maldita amante barata.

—No le pongo ni un dedo encima a nadie más —gruño—. No tengo a nadie más que a ti.

—Entonces, ¿por qué sigues comportándote así, tan frío? —exige saber, reculando delante de mí para poder analizar mi cara.

Me encojo de hombros.

—Es más fácil así.

—¿Cómo es más fácil? —insiste.

Vuelvo a apartarme.

—Es más fácil que involucrarme demasiado.

—Ay, por favor —su voz tiene un tono burlón—. Nunca te has 'involucrado demasiado' con alguien en tu vida.

—No sabes nada sobre mí, Shannon. No tienes ni la más remota idea.

Le dirijo una mirada asesina, sintiendo que más palabras están a punto de brotar de mí. No para apaciguarla, ni para calmarla, sino para echarle en cara, para restregarle en la nariz todo lo que no sabe, como si fuera un perro en proceso de domesticación.

¿Cree que me conoce? Que se joda. No sabe nada.

—Su nombre era Katrina. Era… especial.

Aún ahora, casi puedo ver su imagen delante de mí: tenía el pelo rubio claro, ojos azul glaciar y el labio inferior le sobresalía en esa sonrisa, como un puchero que no podía faltar.

—Estuvimos juntos casi dos años, hasta que ya no fue así.

—Así que ella es el amor de tu vida —dice sin más—. Ella es la razón.

—No —gruño. ¿Cuándo lo va a entender?—. No es ella. Nunca lo fue.

Levanta la cabeza y me fulmina con la mirada.

—Entonces, ¿para qué me cuentas todo esto?

—La cuestión es que… yo estaba demasiado involucrado con ella —explico, dejo que me salgan más palabras que nunca le dije a nadie—, con su imprudencia. Ella no nació conociendo esta vida, ni mi mundo, y lo que conoció fue suficiente para destruirla. Luego, casi fue suficiente para destruirme a mí. Durante dos años, nada me importaba más que ella.

Shannon me mira como si me estuviera viendo por primera vez.

—¿La amabas?

Una risa triste emerge de mis labios en voz baja.

—No. Lo peor de todo es que no la quería. Era como una droga que no sabía cómo abandonar. Todo lo que pasó fue por una chica a la que ni siquiera amaba… es bastante patético.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunta Shannon.

La miro a la cara.

—Le di todo. Dinero, poder, contactos, libertad. Todo lo que la bratva tiene para dar era suyo. Ella lo engulló todo y pidió más, hasta que la mató.

Los ojos de Shannon se abren de par en par.

—¿Hasta que qué?

—Tuvo una sobredosis. La encontramos en su apartamento a la mañana siguiente. Fría, con los ojos bien abiertos y una aguja clavada en el brazo.

Sacudo la cabeza y dejo que mis palabras se pierdan. Afuera, Nueva York se alza con miles de torres salpicadas de decenas de miles de lucecitas.

—Me acerqué a ella demasiado, me involucré demasiado, y por culpa de eso casi se me jode la vida para siempre. No. Aprendí la lección. Eso no volverá a ocurrir nunca.

Tardo unos minutos en volver en mí y recordar que Shannon sigue detrás de mí en el sofá. Ella no se ha movido ni ha dicho una palabra en unos cuantos largos minutos.

—¿Querías saber la razón por la que soy como soy? Ahí la tienes. Esa es una de las razones.

Me dirijo a la puerta. Lo que dije bastará por un largo, largo tiempo.

SHANNON

Todo lo que acabo de escuchar reverbera en mi mente. No tiene a ninguna otra mujer, ni es tan invulnerable como siempre pensé que era.

Entonces, ¿por qué irse? ¿Por qué siempre se va?

—Si te vas de este apartamento —le digo de repente mientras se está marchando—, no te molestes en volver.

Hace una pausa. Suelta una risa áspera.

—Eso no depende de ti. Me perteneces.

—Te equivocas otra vez —replico—, puedo dejar de acostarme contigo. Puedo dejar de ir a esas estúpidas reuniones y cenas contigo. Claro, puedes coaccionarme, amenazarme, y puede que te salgas con la tuya, pero, al final, tengo más poder del que crees.

Se voltea a verme. Un brillo entretenido adorna sus ojos oscuros.

—¿De verdad crees que tienes poder, mi pequeña?

Trago saliva. ¿Cómo es que con una sola mirada me hace dudar de mí misma?

El mundo le pertenece a Dmitry Nikolaev, y todos los demás vivimos según sus reglas.

Se me acerca. Mantiene ese aire entretenido en la mirada, mezclado con un hambre insaciable.

—Vamos, Shannon, cuéntame más. ¿Eres tú quien tiene el poder? Muéstramelo. Hazme entender, haz que me lo crea.

—Muérete —contesto, dándole la espalda a pesar de que todo mi cuerpo lo desea.

—Todavía no —me roza el oído, al tiempo que me acaricia la vagina por encima del vestido—. Quiero que me muestres ese poder del que hablas.

—Vete a la mierda.

—Qué palabras tan desagradables viniendo de una boquita tan bonita. ¿Quieres que te calle?

Sin molestarse en esperar una respuesta, me levanta de un salto, me lleva al dormitorio y me tira en la cama. Se sube después de mí y me aprisiona entre sus brazos.

—Te odio —le gruño.

—No, no me odias. Y eso es lo que más odias.

Es entonces que nuestros labios vuelven a encontrarse y él me besa, arrancándome de la boca todo lo que iba a decir a continuación. Su lengua, sus labios, su mano, mientras nos quitamos la ropa, tocándome entre las piernas y encontrando mi sexo húmedo, que me deja al descubierto.

—Te encanta, maldición —me dice al oído mientras me mete los dedos—. Admítelo.

—No —gimo.

—Admítelo o pararé —ordena mientras hace una pausa que hace que mi placer se desvanezca.

—Bien… sí… por favor —gimoteo—. Me encanta. Me encanta, Dios.

—Así me gusta —me dice al tiempo que me besa la oreja.

Mientras mi vagina palpita a causa del calor carnal, sus manos acarician el resto de mi cuerpo, masajeando mi trasero con una lujuria salvaje.

Cada vez que me dejo sumergir en los momentos más tiernos, los remata con algo fuerte. Bien sea una nalgada, una mano apretándome la garganta, sus dientes mordisqueándome.

Puro placer y dolor y dolor y placer, una y otra vez.

Su pene está tan duro como una piedra y, sin embargo, cuando lo agarro me aparta la mano. Nuestras miradas se cruzan y lo comprendo. Este es su juego. Es él quien debe tener el control.

Cuando sus dedos se meten en mi vagina, todo mi cuerpo se arquea con un temblor.

Cristo, ya estoy al límite. Me empieza a dedear sin piedad, agarrándome por la garganta para ahorcarme solo un poco.

Maldición… maldición… sigo gimiendo a medida que el orgasmo avanza por mi cuerpo.

No se detiene ahí. Saca los dedos y los sustituye por su grueso pene, tan duro como una roca, haciendo que otro orgasmo me sacuda de inmediato. Siento que me derrito, que levito, que floto en todas direcciones a la vez mientras la llamarada se extiende por cada centímetro de mi piel.

—Esa es mi mujer —murmura, abrazándome y haciendo una pausa mientras me penetra hasta el fondo de mi sexo—. Así me gusta.

Esas palabras son casi suficientes para hacerme acabar por tercera vez. Me sujeta a la cama y empieza a follarme más rápido y más duro.

Lo saca y lo vuelve a meter, cada vez más profundo, hasta que toda la cama cruje con nuestros movimientos y las paredes vibran por el sonido de nuestra respiración agitada. Mi cuerpo se estremece de placer. Dejo que me mueva como si fuera una muñeca, que me ponga las piernas encima de sus hombros, que me dé la vuelta y que me ponga la cara sobre las sábanas.

Todo está borroso. Todo lo que sé, todo lo que puedo entender, es lo bien que me siento. Siento su pene dentro de mí, embistiéndome, poseyéndome.

Siento pequeñas punzadas de dolor cada vez que empiezo a olvidar quién es.

Mi marido.

Mi dios.

Mi salvador.

Dmitry ruge y acaba como si pudiera oír mis pensamientos, aceptando por fin lo que significa someterme a él. Me vengo justo después de él, y los dos gemimos intercambiando un beso.

—Eres mía —exclama mientras las últimas oleadas de placer pulsan a través de mi cuerpo—. Y harás lo que yo diga.

No puedo responder, no me salen las palabras. Me hundo en sus brazos, en la cama. Todo está nublado. Me siento tan cálida, tan adormilada, tan irreal.

Poco a poco, mi respiración y los latidos de mi corazón se normalizan. Vuelvo en mí y, al hacerlo, sus palabras burlonas resuenan en mi oído.

¿Tú eres la que tiene el poder?

No importa lo que diga, yo sí tengo poder. Lo tengo, y quizás ya era tiempo de empezar a usarlo.

Cuando el cosquilleo remanente de mi orgasmo termina de extinguirse, me subo a su pene, que sigue duro y vuelvo a introducirlo en mi interior. Poco a poco, llevo mis caderas al encuentro con las suyas, mordiéndome el labio para evitar gemir.

Cuando ya lo tengo bien adentro, empiezo a cabalgarlo. Me mira con una curiosidad mórbida en la mirada. Se pregunta a dónde quiero llegar.

Lo que quiero decirle, lo que le gritaría a la cara si no me faltara tanto el aire, es que esto es lo que es el poder. Mi poder, para ser exacta.

Noto algo por el rabillo del ojo: el collar que intentó ponerme hace unos días, que sigue tirado en la mesita de noche. Lo alcanzo, mientras aún tengo su pene dentro de mí, y me lo pongo en el cuello.

A Dmitry se le abren los ojos notablemente. No tanto, no lo suficiente como para que se dé cuenta alguien que no lo conoce; el tipo tiene muy buen entrenamiento para evitar eso. Pero yo sí puedo notarlo. Veo el efecto que está teniendo en él.

Es justo el efecto que estoy buscando.

—Tira de él —ordeno—. Vamos.

Al ver que duda en hacerlo me agacho, le retiro la mano de mis caderas y la guio hasta mi garganta. Al mismo tiempo, empiezo a moverme más rápido sobre su miembro.

Maldice en ruso. Luego, con un gruñido salvaje, tira del collar. Se me corta la respiración y empiezo a ver estrellas y colores que se funden en mi campo visual.

Sigo cabalgando cada vez más rápido y más rápido mientras él tira más fuerte.

Él y yo funcionamos. Esto funciona. Nuestros cuerpos lo entienden, aun cuando nuestras mentes están totalmente desconcertadas. Es increíble perderme en él, entre el dolor y el placer. Me estoy asfixiando, mi vagina está siendo destrozada, mi vida está hecha pedazos.

—Esto te encanta. Admítelo —vocifera con los ojos entrecerrados de placer.

—Quiero que tú lo reconozcas, hijo de perra —respondo con un susurro áspero.

Nuestros cuerpos lo admiten mucho antes que nuestras palabras. Antes de que me dé cuenta, me estoy viniendo otra vez y él igual. Ambos nos mecemos juntos mientras gozamos unos espasmos incontrolables.

Me atraviesan como un millar de explosiones en miniatura, y luego me siento relajada y cómoda entre sus brazos.

Se me cierran los ojos. Siento su pecho subir y bajar, oigo los latidos de su corazón retumbando en mi oído. Poco a poco, se calman.

Hasta ahora nada se ha resuelto en realidad. Nada ha cambiado en cuanto a quiénes somos y lo qué estamos haciendo. A medida que se desvanece la euforia del sexo, la fea realidad vuelve a asomar la nariz. Las cosas solo son fáciles cuando son nuestros cuerpos los que hablan.

Me alejo. Dmitry se queda quieto, con los ojos cerrados, aunque estoy segura de que está despierto. Acurrucada en mi lado de la cama, me quito el collar y lo vuelvo a poner en la mesita de noche de madera. Resisto el impulso de voltear a mirarlo o de preguntarme en qué estará pensando. Mantengo la mirada fija en el suelo.

Ya tengo bastante con mis propios pensamientos. ¿Quién puede saber lo que estoy pensando o sintiendo? ¿O qué significa todo esto?

—Siento oír lo de tu exnovia —susurro sin mirarlo—. Y lamento haber sacado conclusiones precipitadas.

Cuando me atrevo a dirigirle una mirada furtiva, su rostro es indescifrable.

—No pasa nada —su tono es igual de misterioso.

—Pero —añado—, no me parece justo que me faltes al respeto.

La voz de Dmitry cuando habla es tranquila.

—No había planeado esto.

Se me corta la respiración.

—¿Planear qué?

Dmitry es un hombre de certezas, de definiciones, de controlar todas las variables. ¿Qué podría hacerlo parecer tan… descuidado?

—Esto. Tú. Todo esto.

No da más detalles. Tal vez no lo vaya a explicar más. Quizá no pueda.

—Intenté odiarte —digo en voz baja, las palabras salen a borbotones, aunque no deban, a pesar de que quisiera evitar que escaparan de su escondite. Hasta quisiera destruirlas—, pero ya no funciona. Nunca me había sentido así. No sé qué significa, o por qué está pasando, o por qué resulta ser contigo, de entre todo el mundo, que tengo esta chispa especial, pero…

Me pierdo en el silencio, sin dirigirle la mirada. Esta vez no. No lo miraré. No haría más que delatarme.

Casi puedo oír el coro de pensamientos racionales en mi mente, diciendo: estás delirando, eres una demente. Una niñita enamorada, crédula e ingenua. Un caso típico de Síndrome de Estocolmo y uno severo de legustanimbecilesitis.

Todos esos pensamientos son correctos. Me levanto dando tumbos para llegar hasta la puerta. Necesito respirar y salir de aquí antes de acabar diciendo algo de lo que me arrepienta.

—Shannon —me llama en voz baja.

—No —no puedo evitar que el llanto se apodere de mi voz, y mucho menos que las lágrimas corran por mis mejillas, pero ya no me importa. Lo único que quiero es salir de esta habitación —. No te molestes, no necesito que me tranquilices.

—No iba a tranquilizarte.

—Ah, ¿no? ¿Entonces qué ibas a hacer? ¿Reírte viendo en lo que me has convertido? ¿Reírte por tan asombroso éxito?

—Ya te lo dije. Nunca planeé…

—¿Qué importa eso? —pego media vuelta para verlo a la cara—. Estoy atrapada aquí, lo hayas planeado o no, ¿no es así? ¿Acaso cambiaría algo para mí?

Y entonces veo su cara. Unos rizos oscuros despeinados descansan a cada lado, que tiene una expresión que no puedo creer. Los ojos le brillan… ¿es afecto? ¿En serio? No puede ser.

Es increíble lo guapo que se ve cuando la niebla del odio y la violencia no enturbia sus ojos.

—¿Me vas a dejar hablar? —pregunta.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que vayas a decir.

Deja escapar un suspiro.

—Lo que diré es que no planeé esto, pero haré todo lo que esté en mis manos para que tengas una buena vida. Lo que dije esta noche iba en serio, Shannon: mientras yo viva, ningún otro hombre te tocará. Te mantendré a salvo y te haré feliz. Lo juro.

Me quedo perpleja, parpadeando varias veces, mientras trato de asimilar sus palabras. Mientras lo hago, siento que la montaña de odio sólido que llevo por dentro empieza a derrumbarse de a poquito.

—Ahora —dice—, vuelve a la cama.

Exhalo lentamente. Entonces, antes de que pueda decidir si es mala idea, vuelvo a la cama y me meto debajo de las mantas que me está extendiendo. Me acurruco a su costado y vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho, ahí donde encaja tan bien.

—Quédate esta noche —susurro—. ¿Lo harás?

Vuelve a suspirar, derramando un aliento suave y cálido sobre mi mejilla.

—Bien —dice—. Me quedaré.

Nos quedamos acurrucados durante un buen rato. Ninguno de los dos dice nada durante una hora o dos, a pesar de que ni él ni yo terminamos de quedarnos dormido. Es como si necesitáramos tiempo para disipar de la habitación todas las emociones turbulentas que estamos experimentando.

—Siento que apenas te conozco —susurro al cabo de un rato—. ¿Cómo eras de niño?

—Un alborotador —cuenta sin dejar de sonreír mientras dice cada palabra—. Por un tiempo.

—¿Y luego qué pasó?

—Mi padre pasó. Un día me sentó y me dijo que ya no era un niño, que era un hombre. Un hombre de la bratva. Las cosas… cambiaron.

—Suena como un hombre rudo.

—Lo era. Rudo, pero benevolente —deja escapar un suspiro de tristeza y a continuación me da un codazo suave—. Tu turno.

—No era muy problemática. Nunca falté a clase, nunca rompí una regla —le cuento—. Aunque una vez me rompieron la nariz cuando intenté hacerle frente a mi bravucón.

Siento cómo sus dedos se enroscan, formando una garra furiosa en mi espalda.

—¿Quieres que vaya a buscar al maldito y lo mate?

—De hecho, era una maldita —digo riéndome—. Y si mal no recuerdo ahora está presa por robar autos. No necesita más castigos de parte de la vida.

—Si tú lo dices —se relaja.

Nos quedamos despiertos y hablamos un rato más. Hablamos de nuestras películas y libros favoritos, de cosas que siempre hemos querido hacer y de cosas que hicimos que no resultaron como esperábamos. Hablamos de fe, de la vida y de la muerte. Conversamos hasta que estamos medio dormidos, y luego un poco más cuando ya nos estamos cayendo del sueño.

Después, cuando me despierto a la mañana siguiente, ya no está.

DMITRY

Las cosas no van como esperaba. La guerra con los mexicanos está empeorando. Es un juego de uno contra uno que acabará con un bando siendo masacrado y el otro victorioso.

Mi intención es ser el bando victorioso.

Hay trabajo que hacer. El ataque de Bastien a su base provisional fue todo un éxito. Resultó en todo un batallón de sus hombres muertos, lo cual es satisfactorio pero no basta para erradicarlos, ni es suficiente siquiera para retrasar su contraofensiva. El cártel es como una jauría interminable de ratas, en el sentido de que siempre hay más de ellos merodeando en las sombras.

Es por eso que tenemos que ponernos a pensar. Yo necesito pensar bien.

Estoy en el sótano con mis hermanos. Aquí abajo, el ambiente es tranquilizador. La paz atemporal, del lugar, el aire frío, las paredes de piedra grabadas con los nombres de nuestros antepasados de la bratva. Tomándolo todo en cuenta, me impresiona lo que está en juego: No solo nuestras vidas, sino nuestro legado.

El apellido Nikolaev.

—Lo único que tenemos que hacer es seguir dándoles duro —afirma Gavriil—. Ya viste lo bien que han salido estos últimos ataques.

—También podríamos aceptar la oferta de Rafael —sugiere Bastien. En teoría, está descansando sobre un banco de piedra. Sin embargo, todo su cuerpo forrado de vestimenta negra permanece preparado para luchar como una pantera.

Gavriil frunce el ceño.

—Es de Rafael de quien estamos hablando. No confiaría en él ni para mearme encima si estuviera prendido en llamas. La oferta es una mentira, está claro.

—¿Y si no lo es? —le digo.

Dejo que mis pensamientos discurran por esa posibilidad mientras lo medito. Que un enemigo quiera reunirse para negociar condiciones no es inaudito. Aunque que los mexicanos resisten bien nuestros ataques, sin duda van perdiendo. Quizá no por mucho, al menos no todavía, pero Rafael nunca fue de los que tientan a la suerte cuando las probabilidades no están a su favor.

A menos que algo, o alguien, haya cambiado el panorama.

—¿Qué te parece? —le pregunto a Bastien, que mira fijamente a la pared. Siempre está callado durante estas reuniones. Bastien es un hombre de acción: dispara primero, pregunta después, o cuando le dé la gana. O no pregunta nunca.

Su voz es apacible, pero no por ello menos vehemente.

—Debemos cazar a Rafael y a sus hombres hasta que no quede ni uno en pie. Basta de juegos.

—De eso es de lo que estoy hablando, diablos —apoya Gavriil—. Saca la artillería pesada, Dmitry.

—Todavía no me decido. Quizá podamos sacar algo de ventaja si aceptamos la reunión.

—Sí, puede ser. Quizá nos enteremos de cuántas balas puede meternos en la nuca —murmura Gavriil. Se pasea por la habitación, frunce el ceño a la distancia—. Rafael aplica juegos mentales, *sobrat*. ¿Cómo sabemos que esto no es solo otra treta?

—No sabemos —me encojo de hombros—, pero no dejaré pasar la oportunidad de terminar con este desastre pronto. Si el desgraciado quiere guerra, seré el primero en dársela, pero antes preferiría que se arrodillara y suplicara un alto al fuego. Entonces, podremos decidir cuánta piedad merece ese *mudak*.

—Pero…

—Nada de peros —replico—. Mi decisión está tomada. Nos reuniremos con ellos. Es hora hablar con ese bastardo de frente y mostrarle con quién demonios está tratando.



UNAS HORAS MÁS TARDE, empieza todo.

Nos esperan en el Túnel de la Libertad, cerca del parque Riverside, en la calle 125. La luz intermitente de nuestras linternas ilumina el graffiti en las paredes de concreto. Huele a rancio aquí. A humedad y a muerte.

De vez en cuando, aparte de las suaves pisadas de nuestros hombres, se oye el sonido de un correteo. Nada más Rafael elegiría un punto de encuentro lleno de ratas de verdad.

—Entonces —susurra Gavriil—, solo para aclarar, los otros muchachos…

—Cállate, Gav —le digo.

No quiero que nadie sepa la segunda parte de mi plan. Tenemos cerca toda una caravana extra llena de soldados por si Rafael intenta alguna estupidez.

Gavriil lo sabe. Yo lo sé. Pero a él le gusta hablar para aliviar el estrés. Bastien y yo preferimos cavilar.

Pasamos una esquina. Nuestras linternas se abren paso entre la oscuridad… hasta encontrar una docena de pares de ojos reflejando la luz.

Son hombres. Muchos hombres. Muchos hombres mexicanos.

Mi mano, por instinto, se mueve a buscar mi arma hasta que controlo el impulso. Prefiero tener a mis hermanos y a mis puños para pelear antes que cualquier otra cosa.

Sin embargo, un verdadero don sabe cómo ganar una guerra sin derramar una gota de sangre.

El haz de luz de la linterna de Gavriil se posa en un interruptor de la pared. Lo acciona. Una única luz en el techo empieza a parpadear. Es suficiente para provocar una migraña, pero al menos así podré ver al bastardo que vine a ver.

Rafael está sentado en una podrida silla de oficina, como si fuera un trono, y sostiene una Uzi entre los brazos.

—Hola, amigos míos —dice.

El hijo de puta parece un cadáver sacado de la tumba. Nada más hace dos meses, cuando nos atacó inicialmente, y pude verlo en medio de la carnicería, no se veía tan mal.

¿Pero hoy? Parece algo salido de una pesadilla.

Puro huesos como si fuera anoréxico, con manchas y un color cetrino, con largos mechones de pelo negro grasiento. Su cuerpo parece a punto de desmoronarse, pero el brillo de sus ojos sospechosamente grandes y sin color revela que está lleno de drogas potentes.

Eso, y una dosis poco saludable de delirio.

Una mirada a esos ojos pálidos hundidos me basta para saber que esta noche no habrá ninguna negociación. Ni negociación, ni un alto al fuego.

Esto es solo el preludio del baño de sangre. De todos modos, ya estamos aquí. No hay que darle la espalda a un hombre como Rafael, a menos que quieras que te clave un balazo. La única salida es hacia adelante.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Seré breve —sonríe, y noto que sus carillas están extrañamente inmaculadas teniendo en cuenta nuestro entorno y lo demacrado de su rostro—. Dame el cincuenta por ciento de tus ganancias de los próximos cinco años, o te seguiremos aplastando.

Gavriil suelta una carcajada y empieza a sacar la pistola, pero lo detengo justo a tiempo.

Iniciar un tiroteo en un túnel subterráneo con pobre iluminación es lo último que necesitamos. No puedo culpar a mi hermano. Me encantaría acabar con esta rata yo mismo, pero eso no podrá ser. No todavía. No hasta que llegue el momento adecuado.

—¿Para quién trabajas? —indago.

Murmura algo en español y escupe al suelo. En cuanto su mirada se cruza con la mía, una fea expresión se dibuja en su rostro.

—¿Por qué? ¿Quieres saber a quién culpar de que le dieran un tiro en las bolas a tu papi?

Me saluda con la mano. Sonríe mientras hace la forma de una pistola con los dedos, se la pone en la sien y aprieta el gatillo imaginario.

—Adiós, papito —canturrea con voz de niño.

Ni siquiera siento que me muevo hasta estar encima de él. Doy dos zancadas hacia delante y el cañón de mi pistola encuentra la depresión en su cuello. Mi dedo aprieta el gatillo, pero no lo suficiente como para que se dispare, solo aplico la mitad de la presión necesaria. Suficiente para que, si sus hombres me acribillan a balazos, mi último reflejo reduzca a su jefe a un charco de sangre.

¿Quiere jugar con pistolas simuladas? Le enseñaré lo que puede hacer una de verdad.

—Dmitry —dice Rafael gratamente, con la voz tensa por el arma que le aprieta la laringe—. ¿Es este acaso un buen momento?

—No —gruño—. Hace meses, sí era un buen momento. Hace años, en realidad.

—No saldrás vivo de esta —ronca.

—Eso ya lo veremos.

Me pica el dedo. Podría apretar el gatillo y acabar con este maldito enfermo. *Mátalo, mátalo, mátalo*, dice una voz en mi cerebro.

Él me enseña los dientes. La vena de su cuello palpita.

—Me matas, ¿y luego que pasará contigo, tus hermanos y tus hombres? Todos morirán.

No se equivoca, pero de pronto, ahora que miro al asesino de mi padre a los ojos, me importa un carajo.

No quiero paz y prosperidad. Quiero venganza.

—Por cierto, me enteré de que recibiste a un nuevo miembro en tu familia —añade—. Es una linda muñequita la que tienes por esposa. ¿Ella lo sabe?

—Cierra la puta boca, Rafael —vocifero, afincando más la pistola.

No sé de qué está hablando y no me importa. Tiene que cerrar su sucia boca. No tiene derecho a decir ni una maldita palabra sobre ella.

El insecto hace una mueca.

—Sería una pena que le pasara algo. Una pena espantosa, pero, ¿lo sabe?

Algo en mí se desata. Golpeo su cara con la pistola. Al segundo siguiente, Bastien y Gavriil me arrastran para atrás. Es un milagro que ninguno de los hombres de Rafael haya abierto fuego.

Es casi como si supieran que todo esto pasaría. Como si estuvieran esperando a ver qué pasa.

—¡Deténganse! —protesto—. Quítense de encima. Lo mataré yo mismo. Lo…

Pero, a pesar de mi resistencia, de mi arrebato, me arrastran de vuelta a la entrada del túnel. Mientras tanto, Rafael ríe sin parar, está algo ruborizado y tosiendo, pero riendo, y luego ríe un poco más y repite lo mismo.

—¿Lo sabe, Gavriil? ¿Lo sabe?

Hasta que se pierde de vista, y por fin sale del alcance de mis oídos también.

—Contrólate, Dmitry —me reprende Gavriil mientras él y Bastien me arrastran por el mugriento túnel, hacia la noche.

Cuando el aire fresco entra a mis fosas nasales, me los quito de encima y me recompongo. Respiro hondo para controlarme. Esta no es forma de comportarse para un don. Es que oír a ese *mudak* Rafael hablar de mi padre, y luego de Shannon…

Perdí los estribos.

—Gracias —les digo a mis hermanos.

La cara de Bastien presenta una mueca sombría.

—Tú habrías hecho lo mismo por nosotros.

Gavriil patea por el suelo una lata de cerveza vacía.

—Ese cabrón necesita que le metan una bala en el cráneo más que nadie.

—La recibirá —prometo—. Pronto.

No me importa lo que cueste. Los Nikolaev obtendrán su venganza.

DMITRY

Joder, esto fue un fracaso, una pérdida de tiempo, una broma sin sentido. ¿Qué averiguamos aparte de que estamos tratando con un sabueso demente que debe ser sacrificado? No son noticias nuevas.

La partida de hombres que teníamos aguardando en los alrededores nos alcanzan. Tienen poco que reportar. Al parecer, algunos de los soldados de Los Verdugos hablaron en español muy rápido antes de nuestra llegada. No hay sorpresas en eso.

Aunque indican que algunos parecían discutir. Eso llama mi atención. ¿Quizás algunos de sus hombres están empezando a cuestionar el liderazgo de Rafael?

Despacho a mis soldados, pero mis hermanos se quedan conmigo. Caminamos rápidamente hasta nuestro auto. El cielo está gris y parece no decidirse por un clima, justo como mi estado de ánimo.

—¿De qué demonios hablaba ese lunático cuando preguntó si ella sabe? —pregunta Gavriil cuando estamos dentro—. Recuérdame no consumir la droga que se haya metido ese sujeto.

Abro de un tirón la puerta del auto, con tanta fuerza que se estremece toda la carrocería.

—Sabía que no aceptaríamos sus términos —reflexiono mientras empiezo a atar cabos—. Toda esta situación… es solo un juego para él.

—¿Un último aliento? —musita Gavriil, frotándose la barbilla mientras sus cejas se alzan—. El desgraciado parecía estar viendo a la muerte de cerca. Tal vez todas esas drogas por fin están ganándole la batalla a su hígado.

—Ahora que lo pienso, ¿por qué Rafael sabría algo sobre Shannon? —se pregunta Bastien. Responde a su propia pregunta con una suposición antes de que yo pueda agregar algo—. Pudo haberlo informado una fuente interna.

Gavriil hace un ruido para mostrar su escepticismo.

—Hermano, tu matrimonio fue noticia en la sección de sociedad. Lo único que tenía que hacer Rafael era agarrar un maldito periódico. No estoy convencido de que sea capaz de leer en ese estado en el que se encuentra, pero, aun así, entiendes mi punto.

—No importa —digo—. Venir aquí no sirvió de nada.

—Valió la pena intentarlo —declara Gavriil suspirando—, pero tengo la sensación de que esto no acabará sin que rueden muchas cabezas.

—Ese es mi plan —añado.

Nos quedamos en silencio el resto del viaje. No hay mucho más que decir. Una cosa está clara: ahora no hay una forma sencilla de terminar este conflicto.

No habrá ningún alto al fuego.

Lo único que tendremos serán muertes.

Conduzco el resto del camino tan rápido como puedo. Siento una repentina y molesta opresión en el pecho. Es como si tuviera un imán que me hace volver a ella.

Solo para verla… nada más para verificar…

Para, Dmitry.

Me concentro en el manejo. Primero dejo a Gavriil en su penthouse. Entra en el edificio con menos pretensión de la normal.

Bastien es el siguiente al que dejo. Se aleja con la cara tensa, lo que significa que esta noche su saco de boxeo se las verá mal.

Estoy cerca de mi penthouse cuando recibo una llamada de mi madre.

—Esta noche compartiremos una cena familiar —anuncia.

—Acabo de estar con Gavriil y Bastien —explico—. No necesito verlos de nuevo tan pronto.

—También estará Shannon. Tú tienes que asistir.

—Madre, yo…

—Esto es importante —suelta—. Espero verte aquí —su tono se anima y me hace una pregunta —. ¿Cómo siguen las cosas con tu mujercita?

—Mejor.

—'Mejor' no es ‘bien’, Dmitry.

Frunzo el ceño. Siempre puedo contar con que mamá ponga el dedo en la llaga y me obligue a pensar en cosas que he estado evitando.

—Tengo la situación bajo control.

—Bien. Como debe ser —se aclara la garganta—. ¿Y Gavriil?

—¿Qué pasa con él? —me froto las sienes. Me vendría bien un whisky en este momento.

—Acabo de salir a comer con el capitán Bernard. ¿Y sabes lo que me dijo?

—Estoy ansioso por saberlo —digo con sarcasmo.

—¡Me contó que una mujer presentó una denuncia por maltratos contra Gavriil! Bernard se

encargó de todo, claro. Bien sabe que para eso le pagamos bastante bien.

Resoplo de la risa. Es imposible que Gavriil le haya puesto un dedo encima a una mujer. Es violento en batalla, pero cuando se trata del sexo opuesto es un maldito Casanova. Es un encanto. No es de los que coaccionan a las chicas. Le gusta dar amor, no golpes.

—Pues alguna chica ingenua se habrá enamorado perdidamente y pensó que podría conseguir que el chico malo con corazón de oro sentara cabeza con ella. No es la primera vez que pasa y no será la última. Hablaré con él.

—No te limites a hablar con él —casi logro ver las oscuras cejas de mi enfadada madre arqueándose—, prohíbele verla. Contrólalo más. Mejor aún, consíguele una buena muchacha.

—Ese ya no es tu problema —gruño, poniendo fin a la discusión al dejar traslucir mi irritación —, y tampoco es un problema que nos concierna ahora. Por si lo has olvidado, estamos en guerra con los gusanos que asesinaron a mi padre.

—No necesito que me recuerdes lo que esos bastardos le han hecho a nuestra familia, Dmitri — suelta mordazmente.

—Pues yo no necesito que me digas cómo hacer mi puto trabajo. Ahora el don soy yo, madre. No lo olvides.

Ella deja salir un bufido, pero no contesta. Las cosas han cambiado, ella lo sabe. Se acabó la etapa en la que podía cuestionar mis decisiones.

—La cena es a las ocho —termina diciendo.

Luego, con un *clic*, cuelga.

Mientras pienso en los acontecimientos de esta noche, la voz de Rafael retumba en mi cabeza: ¿Ella lo sabe?

¿Que si sabe qué cosa? Me devano los sesos en busca de respuestas, cuando de repente se me ocurre algo. Me viene a la mente nuestra última conversación. Hablamos sobre sus padres biológicos, sobre que ella pensaba que yo… que nosotros… *¡Ah!*

Lo que Rafael preguntaba era, ¿sabe Shannon que sus padres biológicos siguen vivos?

Diablos.

Marco su número antes de saber lo que quiero decirle. Justo cuando estoy a punto de pensarlo mejor y colgar, ella contesta.

—Justo a tiempo —responde alegre—. Acaban de entregarme tu regalo. Es un cuaderno precioso, Dmitry. Así que… gracias, supongo —su voz se apaga al final de la frase, como si se diera cuenta de lo contenta que estaba sonando. Como si no quisiera que viera ese lado de ella.

Agarro el volante con fuerza.

—Hay algo que debería decirte —empiezo.

—¿Lo de la cena? Ya me informaron —dice. Alcanzo a oír el ruido que hacen los enseres de maquillaje y el lavamanos abierto. Debe de estar preparándose—. Tu madre me llamó.

—No, yo… —dejo la frase incompleta, frunciendo el ceño.

Es una idea estúpida decírselo justo ahora. Hay cosas que no necesita saber. No todavía, tal vez nunca deba saberlo.

Cree que quiere conocer todo mi mundo, pero se equivoca. Está muy pero muy equivocada.

—Olvídalo —continúo—. Llegaré allá en cinco minutos.

SHANNON

Apenas pone un pie en la habitación, su mirada se posa en mí.

Lleva pantalones de vestir azules y una camisa blanca desabotonada que realza sus rizos oscuros y su piel bronceada. Un pecho musculoso y bronceado se asoma por el espacio que dejan los botones abiertos.

Aun así, me mira a mí como si fuera *yo* la obra de arte.

—No me vas a hacer más fácil esta cena, ¿verdad? —pregunta en voz baja.

—No cuentes con eso —bromeo, resistiendo el impulso de cubrirme.

Ya estás tapada, me recuerdo. ¡*Tienes puesto un vestido, por el amor de Dios!* Pero es que cuando me mira me siento completamente desnuda.

—Tengo ganas de encerrarte aquí conmigo si vas a seguir viéndote así.

—Vamos, este outfit no podría ser más elegante —digo intentando no sonreír, sin conseguirlo—. Me llega hasta las rodillas.

Se acerca a mí y me pasa la mano por la cadera.

—Parece hecho a tu medida.

Me da un beso en el cuello, justo debajo de la oreja, un lugar que no sabía que era erógeno hasta que Dmitry me lo demostró.

Al apartarse, llevándose consigo su soberbio aroma a almizcle, veo un nuevo gesto de preocupación entre ceja y ceja.

—¿Tuviste un día duro en el trabajo? —indago.

—No quiero hablar de eso.

—¿De qué quieres hablar entonces?

—Lo que quiero hacer no requiere que hablemos.

Me ofrece un rugido gutural grave, como el de un oso pardo, y a continuación se abalanza sobre mí. Es ardiente, rápido y salvaje: me voltea y me estampa de bruces en la pared más cercana.

Luego, me levanta el vestido y me quita las bragas antes de que pueda entender lo que está pasando.

Entonces, me penetra. Siento una punzada de dolor antes de que mi cuerpo se relaje y acoja su miembro con avidez. Me dejo aplastar contra los ladrillos mientras él me embiste vigorosamente, con movimientos de cadera feroces y bestiales que me empotran en la pared una y otra vez.

Sus dedos buscan mi clítoris y me conducen a un orgasmo precoz y egoísta. Él acaba justo después, eyaculando dentro de mi sexo.

Luego se tambalea hacia atrás, como si las piernas no le funcionaran del todo bien, antes de volver a incorporarse y recuperar su aura de invencibilidad.

Yo tardo un poco más en recuperar la compostura. El sudor me empapa el pelo hasta cubrirme la frente. Me meto en el baño para asearme, pero cuando salgo todavía estoy sobresaltada y mareada.

Dmitry está recostado en una silla, extrañamente pensativo. Me mira cuando vuelvo a entrar al salón.

—¿Será que nos saltamos la cena y hacemos una segunda ronda? —me pide.

—A tu madre no le gustaría.

Arruga la nariz.

—No me importa lo que le guste o no le guste a mi madre.

—Tienes suerte de tenerla —suelto antes de poder contenerme. Me muerdo el labio apenas pronuncio las palabras, deseando poder retractarme.

Hace una pausa y me observa.

—Los echas de menos, ¿verdad? A tus padres.

—Sí —digo sencillamente. Fue él quien preguntó y no mentiré al respecto.

Asiente, frunce el ceño y me mira. Me ve como si buscara algo… pero, ¿qué podría ser?

Se da la vuelta antes de hacer un anuncio.

—Yo diría que te has ganado una salida con ellos.

Me quedo boquiabierta.

—¿En serio?

—Será una salida estrictamente vigilada y en un lugar que nosotros aprobemos, por supuesto. Tendrás máximo una hora.

Si se supone que eso debía atenuar mi entusiasmo, fracasó, y por mucho.

—¡Dmitry! ¿Estás… estás seguro?

—Puedo cambiar de opinión, si quieres —murmura. Pero no puede ocultar la sonrisita que se le

dibuja en la comisura de los labios.

Me río y apoyo la cabeza en su hombro.

—Gracias —susurro.

—No me agradezcas todavía. Solo si sigues portándote bien podrás disfrutar de ese regalito.

—¿A qué llamas tú portarse bien?

Sus ojos centellean deliciosamente.

—Creo que lo sabes muy bien, *moya zhena* —Me sube a su regazo.

—¿Qué tienes en mente? —pregunto. Es obvio que hay una razón por la que se le ven nubes de tormenta en los ojos.

Mira por la ventana, callado durante un largo rato antes de responder.

—Estar cerca de ti me está resultando menos… agotador que antes.

—Vaya, gracias. El cumplido del siglo.

—Tú me lo pediste.

—Es cierto. Lo que me recuerda: ¿qué querías decirme antes? Por teléfono, dijiste que tenías algo que contarme…

Sus ojos vuelven a brillar, pero esta vez no con esa lujuria que me hace sonrojar. Es otra cosa. Se vuelve a ocultar detrás de su muro de hielo.

—Nada —dice. Me empuja de su regazo sin ninguna contemplación y se levanta—. Tenemos que irnos.

~

UNA VEZ que Dmitry se cambia, nos vamos en auto a la mansión familiar. Todavía parece ensimismado, aunque la mano que me toca el muslo está relajada.

—¿Así que aquí es donde ocurre la magia? —le digo mientras nos detenemos.

—¿Cómo?

—La casa en la que creciste.

Gruñe a manera de respuesta.

—Sí, magia. Es algo parecido.

Aparca el auto y se acerca para ayudarme a salir. Sus manos son fuertes y firmes, pero su mente está ausente en algún lugar muy lejano.

Mientras me guía, intento deshacer el extraño nudo que tengo por dentro a causa del estrés. ¿Cuál es el gran problema? La familia de Dmitry fue la que me eligió para empezar. No tengo

que causar buena impresión ni nada parecido.

Por otra parte, ¿quién sabe hacia dónde oscilan mis sentimientos estos días? Sigo sintiéndome animada, feliz y sorprendida por lo que dijo Dmitry hace un rato sobre dejarme ver a mis padres.

Supongo que es una buena razón para preocuparme por causar una buena impresión. De lo contrario, podría estropearlo todo.

Mi atención se centra en la casa a la que acabamos de entrar. Es un lugar glamouroso de estilo europeo, repleto de antigüedades que, sin duda, valen más que la casa de mis padres. Los suelos de madera están pulidos hasta el punto de poder ver tu reflejo, y cada detalle de cada mueble es puro lujo: hay seda, terciopelo, láminas de oro.

Sin embargo, el conjunto final no es exagerado. Es abrumador, sí, pero no ostentoso. No es más que suntuoso.

—Mira quién ha decidido aparecer —dice una voz masculina complacida antes de que su dueño aparezca por una esquina.

Es Gavriil. Tiene un plato pequeño de delicateses en una mano y come tranquilamente.

—Se supone que debo darte de comer estos rugelach —añade—, pero me temo que tendrás que arrancármelos de mis manos frías y muertas —se mete otro en la boca.

—Están tan buenos, ¿eh? —le digo.

Gavriil frunce el ceño.

—Ah, ¿ya vuelves a hablar?

—¿Qué puedo decir? Los dulces sacan lo mejor de mí.

—Yo diría que ese vestido saca lo mejor de ti —replica.

—Gav —Dmitry me aprieta la mano. ¿A modo de advertencia? ¿Es posesivo hasta cuando se trata de una lisonjería de su propio hermano?

—Dmitry —una voz femenina conocida nos saluda desde la estancia contigua—. Shannon.

Vanna entra al recibidor como si acabara de salir de una portada de *Vogue*. Lleva puesto un vestido granate de cuello alto que realza sus hombros, además de un collar de diamantes.

Sonríe como si estuviera encantada de verme.

—Shannon, *lyubimaya*, estás maravillosa.

Incluso con todo lo que Vanna me ha hecho pasar, casi logra ser agradable cuando quiere. Es desconcertante, todos en esta familia tienen múltiples personalidades que intercambian a su conveniencia. No sé si es admirable o un rasgo sociópata.

Vanna se vuelve hacia Dmitry.

—Tú, en cambio, llegas tarde.

—Llévame preso y tira la llave —refunfuña Dmitry con sarcasmo.

Justo entonces, otro hombre entra por la puerta principal. Es Bastien, el hermano más discreto. También diría que es el más guapo, si tuviera que elegir a uno solo, aunque las ojeras y el moretón que no logra disimular el alto cuello negro de su vestimenta sugieren que lo que sea que haya estado haciendo en el trabajo no es tan bonito como él.

Me saluda con un gesto seco sin dedicarme ni una palabra.

—¿No recibiré un saludo? —pregunto. Me sorprende lo ligera y despreocupada que sueno. Quizá estoy aprendiendo a utilizar máscaras como el resto de los Nikolaev.

A Bastien se le dibuja una tenue sonrisa en la cara.

—No es muy conversador.

Dmitry le da una palmadita a Gavriil y se ríe.

—Nuestro hermanito lo compensa con creces.

—Sí, sí —dice Gavriil—, no me den amor todos a la vez.

—El *pelmeni* ya está listo —declara Vanna. Sale de la sala y nos hace señas para seguirla—. Es hora de comer.

—Después de ti —murmura Dmitry.

Sigo a Vanna y a los hermanos por un pasillo bordeado de cuadros hasta un comedor dominado por un candelabro dorado ornamentado.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto a Vanna, una vez que consigo alcanzarla.

—Puedes ayudar a servir los platos —dice con una sonrisa de satisfacción.

Hago todo lo posible por devolverle la sonrisa, aun expulsando la desconfianza de mi mente. ¿Lo hago porque quiero? ¿O solo para seguir portándome bien con Dmitry y poder ver a mis padres?

¿Acaso importa?

Me estremezco y me centro en la tarea que tengo entre manos. De ninguna manera voy a sobrevivir esta noche si cuestiono y me replanteo cada cosa que hago o digo.

De todos modos, me siento bien ayudando. Aunque sea sirviendo la comida nada más.

Y luego, una vez que llegamos a la parte donde comemos… bueno, demonios. Cada bocado es delicioso. El *pelmeni* ruso, que es como una bolita de masa rellena de jugosa carne picada, sabrosas cebollas y una cucharada de crema agria, me reconforta por dentro. Los varones Nikolaev lo devoran y hacen a Vanna volver a la cocina cuatro o cinco veces para volver a llenar sus platos.

Dmitry no me quita la mano del muslo en ningún momento.

Cuando terminamos de comer, Gavriil se aparta de la mesa y se limpia la boca.

—¿Y el postre?

—¿No te tragaste ya un plato entero de rugelach? —pregunta Bastien.

—Eso fue antes de la comida. Por tanto, no era un postre. El postre viene después de la comida, tonto hermano mío.

Vanna se levanta de repente y empieza a recoger los platos.

—El postre será más tarde.

Las dos recogemos los platos y los metemos en el lavavajillas mientras los chicos charlan. Cuando terminamos, Vanna los manda a callar.

—Vayan a ponerse al día entre ustedes o a maltratarse o a hablar de negocios. Hagan lo que sea que los hombres hacen en su tiempo a solas. Shannon y yo tenemos que discutir nuestras cosas.

Se marchan. Dmitry se detiene en la puerta para lanzarme una última mirada penetrante antes de entrar en el estudio.

Cuando se van, Vanna me lleva a un par de sillones frente a la chimenea de la biblioteca contigua.

La habitación es increíble. Los techos son tan altos que, si lanzara una pelota de tenis, no llegaría ni a las vigas. Las claraboyas abovedadas dejan pasar una luz que resplandece reflejada en los libros encuadernados de cuero. Las estanterías de madera están cubiertas de una enredadera que serpentea por todas partes.

—Bueno —dice Vanna sin preámbulos una vez que nos sentamos—, ¿cómo van las cosas? Se te ve genuinamente feliz.

—Bastante bien —digo de forma diplomática—. Muy bien. De maravilla.

Me lanza una mirada fulminante.

—La única respuesta incorrecta en esta situación es una respuesta falsa, Shannon.

Suspiro.

—Yo… no estoy muy segura —confieso al fin—. A veces, estar con Dmitry es fácil. Otras veces… —me detengo, frunciendo el ceño.

¿Qué iba a decir? ¿Que otras veces quiero apuñalarlo? Eso no terminará bien, estoy segura.

No importa lo que diga Vanna o lo bien que nos hayamos llevado estas últimas horas, al final sigue siendo la madre de Dmitri. Ella es la que orquestó todo este asunto. Por supuesto que no quiere que le diga la verdad completa y sin censura.

Quiere la versión de la verdad que le convenga. Ni más ni menos.

—Lo entiendo —dice, asintiendo sagazmente—. Más de lo que crees, en realidad.

—Ah, ¿sí?

—Andrushka y yo no nos casamos por amor —explica—. No al principio, al menos.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestra unión fue arreglada. Nuestras familias pensaron que sería lo más sensato. Yo, por

supuesto, lo odiaba al principio. Pensaba que era dominante, arrogante, y Cristo, ¡no creerías cómo roncaba! Pero luego… —se detiene, frunce los labios—. Llegué a conocerlo más, pude ver lo buen hombre que era, lo fuerte, y tan cariñoso. Quizá no era a quien habría elegido como primera opción, pero fue mi elección al final.

Me clava una mirada solemne que no logro descifrar.

—Sé cómo debe sonarte esto viniendo de mí. Debe parecer hipócrita, por no decir otra cosa. Pero que algo no empiece como queremos no significa que no pueda volverse lo que queríamos. En cualquier caso, espero lo mismo para ti y para mi hijo.

—Eso… no estaría tan mal —afirmo con precaución.

No me permito explorar esa idea por completo. Esto es demasiado y va muy rápido. Necesito estar en algún sitio sola, donde pueda meditar cómo me siento en realidad, donde no tenga a Vanna ni a Dmitry ni a nadie más respirándome en la nuca, diciéndome lo que debería hacer o pensar. Un lugar donde pueda ser yo misma.

Aunque ya no sé quién soy, en este punto.

—Vamos a buscar a mis hijos —dice Vanna de repente.

Se levanta y salimos de la biblioteca por la parte de atrás, deteniéndonos detrás de un arbusto gigante tallado en forma de rectángulo. Vanna se lleva un dedo a los labios.

—Justo lo que pensaba: están en el jardín.

A través del espeso follaje, aún puedo distinguir a mi marido de perfil: veo su cuerpo alto y poderoso, adornado con la más tenue de las sonrisas.

—…supongo que deberíamos felicitarte —dice Gavriil—. Esa esposa tuya parece haber dado un cambio de trescientos sesenta grados. Ya veo por qué te enamoraste de ella.

Me armo de valor, preparada para la tajante negativa de Dmitry, pero, en lugar de eso, se limita a mirar al suelo con el ceño fruncido.

Gavriil se ríe.

—Vaya, ¿no vas a responder? En serio te has enamorado de ella, ¿no?

Dmitry levanta la cabeza.

—¿Por qué no discutimos sobre tu vida amorosa?

—Ya lograste que rompiera con Anika. Olvídalo, ¿de acuerdo? —Gavriil deja de sonreír.

—Lo mismo digo —gruñe Dmitry.

Las miradas de los dos hombres se cruzan y Gavriil se marcha.

—Ignóralo —le dice Bastien a Dmitry—. Anika era una muerte segura. En cuanto a lo otro… pareces feliz, hermano. De verdad.

Suspira y se pasa una mano por la cara.

—Quizás sí estoy feliz —exclama en voz baja—. Quizás así sea.

SHANNON

Este Dmitry que va en el asiento trasero del auto a mi lado tiene un aspecto distinto al del hombre relajado que estaba sentado contando chistes con sus hermanos en la mesa. Se ve más sombrío, más melancólico. Quiero volver a ver a la versión despreocupada.

—No puedo creer lo gordo que eras de pequeño —susurro antes de poder contenerme—. Parecías un malvavisco chiquitito.

Vanna sacó varias fotos familiares viejas cuando comimos el postre. Fue divertidísimo ver la mirada sombría de Dmitri, pero en la cara regordeta de un niño. En la mayoría de las fotos sonreía de una forma que no creo haberle visto nunca al adulto. Sonreía como solo un niño puede sonreír: sin preocuparse por nada.

Cómo un querubín así pudo convertirse en este hombre seco y distante es algo que no entiendo.

Bueno, miento. Sí puedo entenderlo. Entiendo el tipo de factores que pudieron llegar a borrar esa sonrisa de su rostro.

La violencia. Mucha violencia.

—Te portaste bien —dice en lugar de responder a mi broma—. ¿Qué pasó con la mujer rebelde que se negaba a ser domada? Supongo que mi método funcionó.

—Yo no diría eso.

Me agarra la barbilla para forzarme a mirarlo.

—Ah, ¿no?

Su mirada se dirige a lo que quiere: mis labios. *Dilo,* me urge mi mente mientras se me empieza a calentar la entrepierna. *¿Qué esperas? Dilo.*

—No.

—Mentirosa.

Entonces, sus labios reclaman mi boca y el aroma de su colonia y el vino en su aliento llenan mi nariz. Sus manos recorren mi cuerpo y masajean mis caderas.

Él… yo…

—No —suelto, apartándome. Mis manos presionan su pecho, pero él no se mueve.

—Dmitry, lo digo en serio —lo fulmino con la mirada—. Ahora no.

Aparta su mirada de mis labios.

—¿Por qué no?

Señalo al conductor.

—¿Y si mirara por el retrovisor?

Dmitry me quita la otra mano de encima y frunce el ceño.

—Si otro hombre viera lo que es solo para mí, lo mataría.

Un matiz siniestro de placer retumba en mi interior, seguido inmediatamente por un escalofrío. ¿Qué demonios me pasa? ¿Por qué me excita que sea un asesino posesivo?

Me obligo a exhalar el aliento que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Es hora de cambiar de tema.

—¿Dónde fueron tomadas esas fotos del álbum azul? —le pregunto—. No parecía Nueva York.

—No eran en Nueva York —dice.

—¿Dónde fueron tomadas?

—Rusia.

—¿Fueron de visita, o…?

—Mi padre tenía familia allá.

Dios, hacer hablar a este hombre a veces es más difícil que arrancarle las muelas a alguien.

Me giro hacia la ventana. No pasaré el resto de la noche intentando que me hable en vez de meterme mano. Además, hay cosas más interesantes que ver por la ventanilla ahora que estamos en la autopista: grandes tiendas lejanas, señales de tráfico que ya he visto media docena de veces…

—Shannon —me pone la mano en el hombro—. Algo te está pesando.

Me encojo de hombros.

—Bueno… ¿no podríamos hablar a veces como… como gente normal?

Me mira.

—¿No te gusta cómo nos comunicamos?

Lo miro feo.

—No fue lo que dije. Es solo que… a veces parece que soy yo la que habla siempre. De todos modos, ¿por qué no quieres contarme sobre esas visitas familiares? ¿Es otro secreto de la bratva?

—No —frunce el ceño—. Simplemente no me pareció importante.

—Lo es —le digo—, para mí. Necesito saber que eres… humano.

—No lo soy.

—Dmitry.

Suspira.

—Tenían unos viñedos muy bonitos en el campo justo al lado de un lago. Nos encantaba —mientras habla, su cara se relaja—. A Bastien le gustaba pescar y a Gavriil comerse el pescado. Hacíamos hogueras en la playa, los tres solos. Era bonito. Sencillo.

—Suena bien —digo—. ¿Todavía visitan ese lugar?

—No en los últimos años —Dmitry sacude la cabeza—. Quizá algún día podamos…

¿Realmente va a decirlo?

La única vez que Dmitry me ha mencionado el futuro fue aquella horrible vez en la que sacó el tema del bebé. He empezado a preguntarme si ha pensado en nuestro futuro juntos.

Quizás no hay ningún plan más allá de esto. Tal vez terminaré siendo esclava de sus caprichos por el resto de mi vida.

—Olvídalo —dice después de un rato.

Sus palabras son como una bofetada. Quizá porque sigue provocándome con la idea, la ingenua pero eterna esperanza, de que hay una luz al final de este largo y oscuro túnel. Que algo bueno puede salir de toda esta desgracia.

Que podríamos labrar un camino hacia un futuro feliz.

Así que cuando me quita eso, me duele. Cada vez más.

—Estás enfadada —señala.

—Quizás lo esté —me burlo, repito las palabras que lo escuché decirle a Bastien en el jardín. Es cruel, un verdadero golpe bajo, pero estoy dolida y no puedo evitar ser mezquina y rencorosa en esta situación.

Se pone rígido.

—Me oíste.

—Tu madre me hizo caminar hasta detrás de los arbustos del jardín después de que hablamos en la biblioteca.

Los labios de Dmitry se contraen, aunque una sonrisa apenada intenta escaparse.

—Sí, así es ella.

—Tú… ¿lo dijiste en serio?

Se queda callado durante un buen rato, solo mirando por la ventana. Ya ni siquiera puedo ver su perfil taciturno, solo la nuca, con esos rizos diminutos por los que quiero pasar mis dedos.

—No importa. Olvídalo —digo en voz baja—. Olvida lo que te dije.

Se da la vuelta.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, lo dije en serio —cada palabra sale como arrancada a la fuerza, como si luchara por sacarlas de un agujero negro—. Me haces feliz, Shannon McNulty.

Sus ojos se ven como me imagino que se deben ver los míos: llenos de alegría. Se me acerca para besarme, yo cierro los ojos y después…

El auto se vuelca a un lado de la carretera.

Un chirrido terrible estalla de todas partes mientras damos vueltas por el aire en el interior del auto. Alguien grita. ¿Soy yo? Tiene que ser.

Lo último que veo antes de que todo se apague es… a Dmitry, tratando de protegerme cubriéndome con su cuerpo.

Después de eso solo hay caos.

DMITRY

La emoción que pasa por mi cabeza cuando el auto se vuelca no es miedo, ni rabia, ni nada parecido.

Es asombro.

Estoy asombrado de que lo que pasa entre Shannon y yo es real. No es forzado. No es falso. Tiene vida propia. Es una conexión real que nos involucra a los dos.

Y así, mientras el vehículo aterriza en el suelo y los cristales se rompen y el metal cruje, mi primera y mi última preocupación es solo ella. No dejaré que le pase nada. No puedo. La protegeré tan pronto como este auto termine de dar vueltas…

La camioneta se detiene con un ominoso y prolongado estruendo. La dejo ir, dándole órdenes de inmediato.

—Métete en el hueco de los pies y quédate quieta. Si te digo que corras, sal por la puerta más alejada del tumulto, corre tan rápido como puedas a la carretera más transitada que encuentres y grita hasta que alguien se pare a ayudarte. ¿Entendido?

Se estremece y palidece, pero no dice nada.

La agarro por los hombros y la sacudo con fuerza.

—Necesito que me digas que lo entiendes, Shannon.

—S-sí —dice con voz temblorosa—. Lo entiendo.

Miro por la ventana y solo me encuentro con una noche apacible. No se ve nada más que la lejana franja de una autopista, con las luces de los autos titilando. Debimos haber caído en una zanja, aunque está demasiado oscuro como para distinguir dónde está el auto que nos impactó.

La división se baja y el conductor, Jannik, nos mira con ojos desorbitados.

—No sé qué habrá pasado, jefe. Algún idiota debe de haber…

Mi mirada registra movimiento a través del parabrisas. En el arcén de la carretera. Una silueta camina hacia nosotros. ¿Es eso…?

Pum.

Jannik se desploma muerto en su asiento, con un cráter ensangrentado a un lado de la cabeza.

Me paso a la parte delantera y me dirijo a la ventanilla. Por ella veo a unos enmascarados que se acercan al auto.

Maldición.

Más disparos resuenan en la noche, salpican el parabrisas y provocan grietas en forma de telaraña en el cristal. Más allá, otros hombres enmascarados disparan a nuestros autos de escolta, que les devuelven la balacera. Ya hay es tiroteo feroz.

La silueta que mató a Jannik sigue avanzando hacia nosotros. Necesito un arma, pero, lamentablemente, la mía está metida en la guantera y el metal deformado de la carrocería la bloquea. Debería poder encontrar una pistola en el cinturón de Jannik. La encuentro, pero está desplomado en una posición incómoda y no puedo mover el peso muerto desde este ángulo.

—*Blyat* —gruño mientras me levanto. Shannon está vuelta un manojo de nervios en el asiento trasero. No dice nada hasta que…

—¡Dmitry, cuidado!

Alzo la vista para ver al tirador casi sobre nosotros. Vuelve a levantar el arma para apuntarnos. Agarro la pistola de Jannik, la desenfundo y la levanto, pero antes de que pueda apuntar, se oye un *PUM-PUM-PUM* ensordecedor. Una bala pasa a dos centímetros de mi cabeza y se incrusta en la tapicería de cuero. Otros dos balazos me hacen doblar de dolor a nivel de mi hombro y mi antebrazo. Hijos de puta.

El dolor anula todo lo demás, excepto una cosa: *Shannon… Necesito… no puedo dejar que la encuentren.*

El tirador está en la puerta ahora. Debería estar bien cerrada, pero el choque ha jodido el mecanismo, así que el tipo solo tiene que tirar de la manilla y, poco a poco, la puerta empieza a ceder. El metal cruje, el aire nocturno empieza a entrar.

¡Vamos, maldito!, sisea la voz en mi cabeza. *Haz algo.*

Me lanzo hacia adelante y cierro la puerta de golpe sobre la mano del mexicano. Suelta un aullido ahogado y deja caer la pistola. Vuelvo a abrir la puerta de un tirón y le disparo en la cabeza. Cae muerto.

Doy otro portazo para cerrarla.

Estoy adolorido y la sangre gotea por mi cuerpo. *Ahora no*, le digo al dolor. *Solo unos minutos más. Solo tienes que permanecer alerta unos minutos más.*

Saco el teléfono y vuelvo a pasarme al asiento trasero.

Shannon me mira desde el reposapiés.

—¿Dmitry? —titubea. Sus ojos avellanados están llenos de lágrimas y se mordió el labio hasta sangrar.

Me hace doler el pecho. Merece algo mejor que toda esta pesadilla, este miedo, esta cobardía.

—No pasa nada —murmuro, aunque el dolor que recorre mi cuerpo dista mucho de ser nada. Tomo su mano y la aprieto. Tanto por ella como por mí.

Puedo hacerlo. Tengo que lograrlo.

—Llamaré a Bastien para pedirle refuerzos. El auto está blindado. Puede soportar mucho daño. Estaremos a salvo aquí.

Ella asiente, traga saliva y luego agrega algo.

—Dame un arma.

—Tú no…

—Dame un arma, Dmitry. No moriré como una damisela en apuros.

Su voz es firme, pero es su mirada lo que me sorprende: sus ojos revelan la ferocidad de una leona. Shannon tiene el alma de una reina de la bratva, aunque todavía no se dé cuenta.

Le doy la vuelta a la pistola y se la doy por la culata.

—Mantén el dedo alejado del gatillo hasta que vayas a disparar —le digo—. Reculará, así que usa las dos manos. Apunta al pecho. Mantén el equilibrio.

—¿Crees que…? —empieza.

Antes de que pueda terminar, algo se estrella contra el techo, sacudiendo el auto y a nosotros como un trueno ensordecedor. *BAM*. Reconozco el sonido de inmediato.

—Un mazo —gruño.

No hay tiempo que perder y, *¡BAM!*, llamo a Bastien después del último golpe.

—Necesitamos refuerzos. Ya —le digo a mi hermano apenas atiende—. Estamos adentro del auto en la carretera I-78. Esto está hecho un maldito baño de sangre.

—Vamos para allá —gruñe.

—Date prisa —le digo—. Estamos atrapados en el auto. Están tratando de entrar. Tienen un puto mazo. Shannon está aquí. Asegúrate de que salga de esta sana y salva.

Cuelgo y me vuelvo hacia ella.

—Pase lo que pase —le digo. Cojo su mano y la aprieto con fuerza—, no dejaré que te lastimen.

—De acuerdo —consigue balbucear—. Pero ¿y tú?

Otro reverberante *¡BAM!* que estremece todo el auto evita que tenga que responder. Creo que es lo mejor.

—Lo estás haciendo bien —le digo. Paso la mano por su cabeza para acomodarle y acariciarle el pelo.

Apenas puedo ver su sonrisa entre la oscuridad.

—¿En serio?

—En este escenario, mientras no grites tan fuerte que me ensordezcas, todo bien —digo con una risita sombría.

Otro golpe estruendoso del mazo resuena en el auto, aunque es menos estremecedor que el primero. No porque lo estén blandiendo con menos agresividad, sino porque estar aquí con Shannon tiene un no sé qué, al tenerla entre mis brazos, que hace que todo lo demás se desvanezca.

Frunce el ceño.

—¿Entonces esos son Los Verdugos de los que me hablaste?

Vaya, después de todo, sí me había estado escuchando.

—Creo que sí —contesto—. Cerdos asquerosos. Van a pagar por esto, eso te lo puedo jurar.

Después de esto, no descansaré hasta que cada uno de ellos sea masacrado. No importa si tengo que hacerlo yo mismo. No puedes matar a mi padre, poner en riesgo mi vida, amenazar a mi esposa, y vivir para contarlo.

No mientras yo sea el don.

De repente me doy cuenta de algo: el mazo se ha detenido. Solo queda silencio.

—¿Se rindieron? —me pregunta esperanzada.

Niego con la cabeza.

—Ni por asomo. Vinieron preparados. Lo que significa…

Un ominoso rumor penetra en el auto mientras el techo se va calentando.

No estarán… Sí lo están haciendo. Carajo.

—Es un soplete —adivino mientras la arrastro a la esquina más alejada del auto, poniéndome delante de ella y apuntando al techo con mi arma—. Agacha la cabeza. Yo me encargo.

Está rígida pero callada. Observa absorta.

Se acabó. Este es el maldito momento. Cuando vengan por nosotros, estaré listo.

—Cuando tengas la oportunidad, corre, ¿me oyes? —le digo bajito.

No responde.

—Shannon.

Ella aparta la mano.

—No voy a dejarte…

—No tienes otra opción —mi mirada no se aparta del creciente agujero que hace el soplete en el techo, con chispas chisporroteando por los bordes—. No puedo ocuparme de esto y protegerte al

mismo tiempo.

Sigue sin responder. Solo escucho su respiración entrecortada.

—Shannon —gruño.

—Está bien —susurra.

No tengo tiempo de confirmar si lo dice en serio. Cada vez entra más calor, más chispas, un sonido más estridente y el techo del auto se desprende como si fuera una lata de sardinas.

Empiezo a disparar en cuanto veo asomarse el cielo nocturno. Mueran, hijos de puta, mueran. Uno, dos, tres mexicanos caen. Los mando a que conozcan a su Dios con agujeros donde antes estaban sus caras.

Pero otros dos entran al auto de un salto. Me lanzo sobre el primero y le doy un buen puñetazo antes de empezar a luchar. Es grande y fuerte, tiene tatuajes carcelarios a lo largo del cuello que mis manos intentan estrangular, pero hay algo que no tiene: una esposa a la que ha jurado proteger. No puedo perder si ella está en peligro.

Pierde el aliento rápidamente y se aferra a mí en vano. Le propino un puñetazo en la cabeza, le apunto a la sien y disparo. Su vida se apaga al instante.

Uno menos. Falta otro…

—Yo bajaría el arma si fuera tú, cabrón.

Me paralizo.

Conozco esa voz, y cuando me volteo, compruebo lo que sabía que me encontraría. Detrás de mí está Rafael, apuntándole a Shannon a la cabeza con su pistola.

—Un movimiento y mato a la zorra —sisea.

Parece estar más loco que nunca, con esas pupilas dilatadas y enseñando los dientes como si fuera una rata rabiosa.

Lo hará. Claro que lo hará. No puedo arriesgarme.

SHANNON

Estoy a un centímetro de la muerte. Tengo el cañón de la pistola clavado en el cráneo, y cualquier movimiento accidental me mandará al más allá. Tiemblo y sudo frío de miedo, todo al mismo tiempo. Además, tengo el pensamiento y la certeza de que *voy a morir*.

Dmitry no se queda atrás. Mi marido está perdiendo tanta sangre por las heridas de bala que tiene en el hombro y el brazo que será imposible que aguante mucho tiempo así.

Tengo que ayudarlo.

—Por favor —digo con los dientes temblando—, sea quien sea, por favor: deje que busquemos ayuda para mi marido y le daremos lo que quiera.

—Cállate —gruñe el hombre, afinca el arma en mi cabeza—. ¿Acaso dije que podías hablar?

—No te molestes —dice Dmitry con voz cansada. Ni siquiera parece enfadado porque me haya ofrecido a rendirme, o quizá está demasiado agotado como para que le importe a estas alturas.

—Lo único que Rafael quiere es verme muerto.

—Bingo —el hombre se ríe. Es un sonido horrible y rasposo que termina con una tos, aunque la pistola nunca se aparta de su posición en mi sien—. No eres tan tonto como pareces, ruso. Lástima que tengas que morir.

Me lleno de valor ante sus palabras.

—¿Qué te hemos hecho? —digo.

Es una tontería. Parezco una de esas protagonistas de una película de acción de los noventa, que se pone respondona y descarada con el malo. Sin embargo, parece que este enfermo está decidido a matarnos de todos modos, así que ¿por qué no? Por lo menos podré hacer un par de buenas frases lapidarias antes de morir.

—¿Además de azotar mi ciudad y tomar el control cuando no tenía derecho? —sigue otra carcajada, esta vez más aguda, como si viniera de otra persona, aún más chiflada que la anterior —. No, seré totalmente sincero: lo hago por dinero. Liquidar a mis enemigos de toda la vida no es más que un premio extra.

—Olvídalo, Shannon —dice Dmitry en voz baja—. Quiero que sepas que te quiero.

—¡No! —exclamo—. No te atrevas, Dmitry Nikolaev. No te atrevas, maldita sea. Mata a este monstruo. Mata a este hijo de puta.

Rafael me golpea la cabeza con la pistola.

—Eres bonita, sí, pero no muy brillante.

Desde este ángulo, puedo ver su barba enmarañada y empapada de sangre y migas, el ligero brillo del sudor en su labio superior desnudo, sus fosas nasales enrojecidas.

—Déjala en paz, Rafael —interviene ahora Dmitry—. Suéltala y dejaré que dispares.

—¡No! —no puedo dejar que lo haga, no puede sacrificarse por mí. De ninguna puta manera.

Rafael gira el arma hacia Dmitry, hace la mímica de disparar a matar, luego gira el arma hacia mí de nuevo y hace un teatro al revisar su reloj.

—Solo me lleva dos segundos dispararles a los dos. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Está alargando las cosas. No entiendo por qué hasta que lo miro y veo la fea sonrisa que dibujan sus labios agrietados. Entonces lo entiendo: está disfrutando. Cree que el resultado, su victoria, está casi garantizada. Y piensa saborear hasta la última gota de su triunfo.

—Déjala ir —dice Dmitry en voz baja—. Me quieres a mí. Ella no es más que una víctima.

Rafael huele asqueroso. Un extraño aroma a dulce, sudor y como a algo que hace tiempo que está podrido. Vuelve a apuntarle a Dmitry con la pistola.

—Podría… O podría dispararte ahora y hacer que ella te vea morir.

No lo hará si puedo hacer algo al respecto.

Mientras Rafael se concentra en Dmitry, yo me abalanzo sobre la pistola que mi marido dejó caer. El tipo se voltea, trata de dispararme pero falla, y su bala solo atraviesa la tela de mi vestido. Antes de que pueda disparar de nuevo, le apunto con la pistola caída. Él se me queda mirando.

Pero ya no se ve tan seguro de sí mismo. Quizá, en algún nivel, hasta él se da cuenta de que sea cual sea la droga o el delirio que tiene en la cabeza, eso puede volverse en su contra en cualquier momento. Tal vez no se dé cuenta de nada en absoluto.

No importa, supongo. Solo tengo que disparar. Ahora mismo. *Dispara, Shann. Por el amor de Dios, ¡dispara!*

Rafael empieza a escupir más risas enloquecidas.

—No tienes las agallas, niñita —gruñe y extiende los brazos—. ¡Vamos! Dispárame.

Tengo el dedo en el gatillo. Podría hacerlo. Podría acabar con él. Después de todo, él quiere matarme a mí, así que, ¿por qué no iba a acabar con él yo primero? A pesar de todo, vacilo. Cada fibra de mi ser odia esto. Este mundo, este derramamiento de sangre, esta violencia. Dmitry me ha dicho una y otra vez que soy su reina, que estoy hecha para él, pero se equivoca.

No estoy hecha para esto. No pertenezco a este mundo. No puedo matar a nadie, ni siquiera para

salvar mi vida. Rafael se da cuenta de esto al mismo tiempo que yo. Esa sonrisa de desgraciado se extiende por su repulsivo rostro. Prepara la pistola, se alista para ejecutarnos a ambos… Y entonces, Dmitry se lanza hacia él con un bramido salvaje.

La lucha se convierte en una maraña de extremidades ensangrentadas. Apenas puedo distinguir a un hombre del otro, y mucho menos hacer nada al respecto. Cuando me acerco demasiado intentando separarlos, recibo un codazo en un lado de la cabeza y salgo despedida hacia el asiento, mareada y tambaleándome.

—¡Shannon, dispara! —grita Dmitry. Su voz suena como si saliera del fondo de un pozo. O tal vez está arriba y me grita a mí, no estoy segura.

Ya no estoy segura de nada. Nada parece real. Hay demasiada sangre aquí como para que esto sea la realidad. Dmitry tiene a Rafael inmovilizado contra un asiento mientras el don mexicano forcejea y gruñe como un animal salvaje. Está claro que Dmitry pierde fuerza rápidamente.

Mientras pierdo el conocimiento, soy vagamente consciente de que intento tomar la pistola para ponérsela en la mano. Pero pesa, pesa mucho, y yo estoy muy débil, así que se cae al suelo.

Dmitry y Rafael intentan alcanzarla al mismo tiempo. Se escucha un disparo, de repente cae sangre por todos lados, hay sangre goteando por las paredes, sangre bañando incluso mis propias manos… A continuación, mis ojos se cierran y todo se vuelve negro.

~

EN LA OSCURIDAD, oigo voces.

Son Vicki y mis padres. Gritan.

—¡Despierta, Shannon! ¡Despierta! ¡Despierta! —sus palabras no coinciden con el movimiento de sus labios, es como ver un vídeo mal sincronizado. Es extraño: sus caras se ven felices, pero sus voces suenan enfurecidas.

Y, mientras los miro, sus bocas empiezan a abrirse de una manera imposible, como la de una serpiente desencajando la mandíbula. Se acercan cada vez más y luego me engullen y caigo gritando en una oscuridad más negra que el vacío…

Entonces, me obligo a abrir los ojos. Sigo en el auto. Han pasado unos instantes, si acaso, aunque siento que llevo años inconsciente. Dmitry sigue encima de Rafael, inmovilizándolo, y hay sangre por todas partes.

Le da una bofetada en la cara.

—Dímelo. Dime quién te paga. ¡Dime quién es responsable por todo esto!

Rafael se carcajea un poco más, rociando saliva ensangrentada en la cara de Dmitry. Parece que de verdad la perdió. Tiene las uñas largas y llenas de mugre. Sus oscuros mechones de pelo están empapados de su propia sangre, que también le decora la cara, aunque no parece darse cuenta.

Me alejo todo lo que puedo. Al fondo en la carretera la noche se enciende con el estallido y el resplandor de los disparos. Probablemente no sea seguro correr en busca de ayuda, aunque

Dmitry claramente la necesite. Además, Dmitry dijo que sus hermanos venían.

Tan solo aguanta un poco más, Shannon.

Dmitry tiene a Rafael agarrado por la garganta. Lo sacude como a un muñeco de trapo y profiere maldiciones en ruso. Aquello no hace mucha diferencia. Rafael solo ríe y ríe.

Dmitry mete la pistola en la herida de bala de Rafael.

—Dime quién te paga —ruge.

Otra vez esa risa, aunque ahora parece más un estertor. Cuando las palabras de Rafael por fin salen entrecortadas, carecen de sentido. O, más bien, puede que se entiendan claramente y soy yo quien se niega a entenderlas.

—P-P-at… Patrick… M-Mc-McNul… ty…

Acto seguido, se desploma con los ojos vidriosos.

Se me escapa un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. No. No puede ser.

Está loco, estaba diciendo disparates, no puede ser verdad. Sacudo la cabeza como si quisiera evacuar ese pensamiento.

No. No puede ser cierto.

Miro con desagrado el asqueroso cadáver, casi sin darme cuenta de que todo mi cuerpo está temblando, y casi no me importa.

Es a su estúpido e inútil cadáver al que quiero zarandear, abofetear, gritar hasta que nos diga la verdad y se deje de mentiras. Lo que acaba de decir no puede ser verdad. Es imposible.

Me volteo a ver a Dmitry.

—Dmitry, lo que dijo… no es verdad. ¿O sí? —mi voz es más ronca y suplicante de lo que esperaba.

Obtengo mi respuesta sin necesidad de que diga algo. Tiene la cara descompuesta a causa del dolor y el cansancio. Pero la expresión sombría de Dmitry lo dice todo.

SHANNON

—Necesitas ayuda —le digo a Dmitry.

Sea quien fuere el responsable, tengo que poner a salvo a mi marido.

Pero, en cuanto agarro el pomo de la puerta, él me aparta la mano.

—Podrían haber más de ellos…

Justo en ese momento, suenan más disparos fuera del auto. Tiene razón, maldita sea. Si intento salir para conseguir algo de ayuda, los hombres de Rafael que quedan por ahí podrían venir hasta aquí y acabar con nosotros.

Ya demostré una vez que no se puede confiar en mí para ganar una pelea. ¿Y Dmitry? Pues… tan solo con verlo a él y a su cuerpo maltrecho es suficiente para que las lágrimas corran por mis mejillas.

—Dios mío, Dmitry… —susurro mientras lo rodeo con los brazos y apoyo su cabeza despeinada en mi pecho. Me quito el cárdigan y lo uso como torniquete sobre sus heridas, sobre todo en las que aún siguen sangrando demasiado.

Esto no puede estar pasando. Él tiene que estar bien.

—Tengo que decírtelo… —me dice jadeante.

Lo tomo de la mano y se la aprieto.

—No tienes por qué hacer nada.

Sacude la cabeza, con los párpados fruncidos.

—Debo…hacerlo.

—Te recuperarás, estarás bien —le digo, aunque mi voz es temblorosa y suena pavorosa y poco convincente.

—Silencio —gruñe—. No sé cuánto tiempo tengo, pero tienes que saberlo. La verdad.

Intento alcanzar mi teléfono, pero Dmitry me detiene.

—Bastien estará… aquí pronto. Escúchame —deja escapar una respiración estremecedora y

luego exhala—. Te mintieron toda tu vida. Hace años, mi padre y los tuyos entraron en guerra, y Andrushka ganó.

De acuerdo, eso ya lo sabía, pero…

—Y, como condición para su rendición —prosigue en un suspiro—, tuvieron que trasladar todos sus negocios de Nueva York a Boston, y también renunciar a su única hija, tú, como rehén y como futura esposa del primogénito de mi padre, o sea, yo.

Otra vez, nada nuevo realmente.

Dmitry traga saliva, obligando a sus ojos abrirse nuevamente.

—Pero mentí cuando dije que los mató, Shannon. Ambos siguen con vida, en Boston. Es por eso que nuestro matrimonio significó algo: porque tú sigues siendo la princesa del clan irlandés reinante.

Me quedo boquiabierta.

No, esas palabras no tienen sentido.

—Eso no es posible —digo en voz baja—. No, eso no puede ser cierto.

Me quedo boquiabierta.

No, esas palabras no tienen sentido.

—Eso no es posible —digo en voz baja—. No, eso no puede ser cierto.

Dmitry vuelve a tragar saliva con mueca de dolor.

—Lo siento.

—No lo sientas. Solo dime que están muertos —insisto. Hablo rápido, quiero sacar todo lo que tengo dentro—. Es imposible. Si estuvieran vivos, me habrían contactado. A menos que… —siento que se me para el corazón y miro a Dmitry con desconfianza—. ¿Era parte del trato? ¿Tu padre los obligó…?

Él niega con la cabeza.

—No. Por supuesto que no. Eso no fue… Mi padre nunca… —sus ojos se cierran nuevamente y su voz se vuelve cada vez más débil—. Fue idea de ellos, su elección. No querían tener relación alguna con una hija que sería una esposa de la bratva.

Lo miro fijamente. ¿Puede todo esto ser cierto? Debería serlo, ¿verdad? ¿Por qué Dmitry me mentiría ahora?

Pero, ¿por qué ocultármelo, en primer lugar?

Los ojos de Dmitry se cierran por completo y su respiración se suaviza aún más. Lo estoy perdiendo.

—¡No! —sollozo. Intento sacudirlo, pero no reacciona. Aún no está muerto, pero no falta mucho para que deje este mundo si no hago algo.

Mientras miro por la ventana, suena el teléfono. Es de Rafael. Actúo solo por instinto, respondo la llamada.

—¿Está hecho? —gruñe una voz masculina al otro lado de la línea—. ¿Están muertos?

Aprieto el teléfono en mis manos y respiro profundo mientras me invade una ola de sentimientos sin nombre.

—¿Oye? —gruñe la voz irlandesa—. Rafael, te lo juro por Cristo, tienes que dejar las drogas y…

—¿Papá? —no puedo evitar decirlo.

—Ah —su tono se de voz se torna decepcionado—. Eres tú.

Y aquí estamos: este momento, el que una parte de mí esperó deseosa durante años y años, y todo se reduce a esto. Este hombre vengativo al que no podría importarle menos.

Ese «eres tú» me dice más de lo que podría desear sobre mi querido padre, sobre mi familia. Ese es el «tú» que le dedicas a un vendedor por teléfono que simplemente no se rinde, a tu ex, el que te engañó, a esa rata no deseada en el sótano que simplemente no muere.

—Entonces es cierto —susurro con una voz que ni siquiera yo puedo reconocer—. No se entregaron para salvarme. Me entregaron para salvarse a ustedes mismos, a su única hija.

Me parece imposible de creer. En todas las historias que me conté a mí misma cuando era pequeña sobre mis padres biológicos y por qué no podía hablar con ellos, y el hecho de que no quisieran formar parte de mi vida nunca tuvo importancia. Pero esto es diferente, no podía imaginarme algo tan cruel.

Su risa es sarcástica y cortante.

—Tú no eres mi hija. No eres más que la prostituta del ruso.

Me rechinan los dientes.

—Aunque no por decisión propia —gruño—. Fueron ustedes los que me entregaron, ¿lo recuerdas?

No dice nada. Probablemente ni siquiera se moleste. El amor que mi padre pudo haberme tenido alguna vez, por lo que veo, desapareció hace mucho tiempo ya.

—Y tú no eres más que un cobarde debilucho que ordena a otros a hacer el trabajo sucio que le corresponde —continúo. Quizá llegué tarde al juego de tener que odiarlo, pero puedo igualar con creces el veneno escarnecedor y despectivo que oigo en su voz.

—Déjame que te diga una cosa: Tengo amigos y familia aquí. Y son mucho más fuertes y menos cobardes que tú, que los mexicanos o que Rafael. Que, por cierto, está muerto.

—Ah, maldición —escupe.

Al oír su improperio, sonrío. Quiero que sienta dolor.

Todavía no he terminado.

—Si alguna vez pones un pie en Nueva York, te arrepentirás. Yo misma me encargaré.

Y, justo cuando estoy a punto de colgar, dice:

—¿No quieres saber qué papel juegas en todo esto? ¿Por qué asesinamos a Andrushka?

No quiero tener nada que ver contigo, es lo que no me atrevo a decirle. Nunca más diré que es mi padre, me niego a repetirlo, ¿acaso *este hombre* no lo había dejado claro ya?

Pero tengo que preguntar. Tengo que morder el anzuelo. No puedo contenerme.

—¿Qué? —susurro.

Espera un momento antes de responder.

—Ninguno —dice con suficiencia—. Cero. No eres más que un peón completamente desechable. Asesinamos a Andrushka para desestabilizar a los rusos. No vales ni la bala que haría falta para acabar con tu vida.

Luego, cuelga.

Permanezco unos segundos allí, sentada, inamovible, en silencio y con la mente en blanco. Dmitry sigue con la cabeza apoyada en mi regazo, respirando, aunque cada vez con más dificultad.

Ojalá pudiera hablar con él. Me pregunto qué diría.

De pronto se me dibuja una sonrisa en la cara. Probablemente alguna amenaza. «*No te preocupes, me aseguraré de que tu padre no vuelva a molestarnos. Dejaré que tú misma le dispares*».

¿Quién sabe? Quizá lo acepte. Dios sabe que cambié. Lo suficiente como para convertirme en la asesina de mi padre, aunque no estoy tan segura de eso, pero cosas más extrañas han sucedido.

Como todo lo que ha ocurrido este día. Ahora mismo, me siento desensibilizada. Han pasado demasiadas cosas como para que pueda siquiera empezar a procesar lo que es este extraño remolino de emociones en mi interior.

Ahí fuera, siguen sonando disparos de vez en cuando. Pero no puedo asomarme. Solo puedo mirarlo a él.

A mi esposo. A mi captor. A este hombre al que aún no conozco ni la mitad de bien de lo que quisiera.

A este hombre que odio.

A este hombre que amo.

DMITRY

Estamos todos aquí. Gavriil, Bastien, nuestro padre y yo. En el acantilado, igual que ese día de verano.

Un momento… es ese día. El roble de ramas torcidas sigue en pie. Aún no cayó el rayo.

Me miro las manos y no veo cicatrices, ni tatuajes, ni sangre. Soy un niño, otra vez, inmaculado, sin heridas, y mi cuerpo rebosa energía juvenil. Tengo ganas de correr sin ningún motivo.

—Inténtenlo —nuestro padre insiste, haciéndonos señas para que nos acerquemos hasta aquel enorme árbol al que nunca nos han dejado subir—. Vamos.

—¡Wa-hoo! —no hace falta convencer a Gavriil para que salga corriendo. Es todo un manojo de extremidades desgarbadas revoloteando en el aire y cabello alborotado sin miedo alguno.

Bastien, sin embargo, mira a papá con recelo. Ha empezado a vestir de negro y apenas habla, y siempre que vamos al supermercado, todas las mujeres quedan prendadas de sus hermosos ojos.

Mi padre se ríe al tiempo que sacude su cabeza. Aún tiene el cabello largo y oscuro. Todavía no tiene canas.

—No hay truco, hijo mío. Solo fuerza de voluntad. Adelante, inténtalo.

A unos cuantos pasos está Gavriil, intentando subirse al árbol, trepando sin mirar adónde va, y mucho menos si hay una rama donde la necesita. Bastien solo se adelantó un poco más debajo del árbol, lo suficiente como para ponerse en cuclillas e intentar saltar, con la mirada en alto mientras planea su estrategia.

Me tomo un minuto antes de unirme a ellos. No tardo mucho en decidir cuál es la mejor forma de actuar: saltar a la rama más gruesa, elevarme lo suficiente y avanzar desde allí. Si Gavriil se hubiera tomado un momento para pensarlo bien, antes de lanzarse de cabeza al árbol, lo habría visto. Tal y como están las cosas, lucha por encontrar ramas que soporten su peso en el lado del árbol que mira hacia el oeste.

Así pues, salto, me aferro a la corteza y me subo encima. El árbol se estremece, pero aguanta mi peso. Me levanto y sigo avanzando. Una agarradera por aquí, un punto de apoyo por allá. Huele a verano, a lavanda, a sudor y a hierba recién cortada.

Más allá, en el campo y a lo largo de todo el terreno, el sol azotaba sin piedad, pero aquí, entre el

follaje del árbol, hace sombra y está fresco.

—¿Cómo lo hiciste? —Gavriil gime mientras asciendo a su lado.

—Miré antes de saltar y calculé todos mis movimientos —le digo.

En la copa del árbol, tan alto como puedo subir antes de que las ramas dejen de sostenerme, sonrío y saludo a mi padre con la mano. Él me devuelve el saludo con un brillo orgulloso en los ojos.

Al final, Gavriil consigue llegar a la cima, aunque tiene toda la cara llena de pequeños cortes, rasguños y arañazos. Le echo una mano y tiro de él hasta la rama que hay en lo alto del árbol, donde estoy yo. Bastien no tarda en unirse a nosotros, aunque rechaza mi oferta de ayuda.

Observamos el paisaje durante un rato. Es hermoso desde aquí arriba, todo tan calmado y sereno. Desde aquí, mi padre es una figura solitaria en el borde del acantilado, mirando hacia el horizonte, igual que nosotros.

Entonces, llega el momento de bajar. Uno a uno, nos deslizamos por el árbol, hasta que los tres volvemos a estar de pie, sobre la tierra del campo.

Mi padre se une a nosotros en el tronco del árbol.

—Buen trabajo, Dmitry —me dice, con su pesada y velluda mano sobre mi hombro—. Eres un hombre de acción, y se nota. Ofreces ayuda cuando es necesario y por eso, te felicito.

Pasa a Gavriil.

—Ah, Gavriil. Corriendo directo hacia la acción sin un pensamiento o idea previa. Creo que sabes en qué tienes que trabajar.

—Pensar mejor las cosas y armar una estrategia convincente —responde Gavriil, escarmentado.

—Aunque tu valentía te hizo salir adelante —señala mi padre—. Nunca dudes de ello.

Finalmente, se dirige hacia Bastien, que está sentado con las piernas cruzadas y las manos cruzadas sobre el pecho.

—Como siempre, Bastien, muy comedido en tus decisiones. Muy prudente. Ya veo que darás sabios y buenos consejos a tus hermanos cuando seas mayor. Sin embargo, tampoco te abstengas de pedirles ayuda cuando sea necesario. Ningún hombre sale a flote solo.

Bastien asiente.

—Gracias, padre.

De repente, mi padre se abalanza sobre él y empieza a revolverle el cabello.

—¡Y no te olvides de divertirte, hijo mío!

Bastien estalla en carcajadas mientras Gavriil y yo nos abalanzamos sobre los dos. Rodamos y jugueteamos hasta que todos caemos de espaldas sobre la hierba, con el pecho subiendo y bajando a causa de nuestra respiración agitada.

De repente, la voz de mi padre rompe la quietud del verano.

—Hijos míos. Un día me iré, y solo se tendrán los unos a los otros, será lo único de valor que les quede, ustedes, y por supuesto los lazos que han formado y sus fortalezas. Asegúrense de usarlas bien.

—Sí, padre —decimos al unísono.

Se gira hacia mí, me pone la mano en el hombro y con la otra señala hacia un bosque lleno de cerezos a punto de florecer y que hace un segundo no estaba allí.

—Vamos, hijo mío —brama—. Te están esperando.

Me levanto y camino. Para cuando se me ocurre preguntar quién me espera exactamente, me doy la vuelta y veo que mi padre y mis hermanos ya no están. Y, nada más al llegar al bosque, donde las flores de cerezos alfombran el suelo, miro hacia abajo y veo que vuelvo a ser un hombre hecho y derecho.

Entonces alzo la vista y la veo.

Shannon está recostada sobre una cama que, de algún modo, no parece fuera de lugar en este bosque, envuelta en sábanas de seda del mismo color que las flores de cerezo, con el cabello extendido como un halo dorado.

Lo lógico sería meterme en la cama con ella y estrecharla entre mis brazos.

Dios mío, luce preciosa. Su piel parece brillar bajo la luz del sol que atraviesa el follaje de los árboles. Paso minutos acariciándola. Disfruto cada rincón y cada curva de su maravilloso cuerpo.

Sus pechos son suaves, firmes y voluminosos. Encaja perfectamente conmigo. Destinada y hecha para mí.

Y, cuando nuestros labios se juntan, puedo sentir el sabor a fresas.

Beso la silueta de las pecas de su espalda baja mientras me mordisquea la oreja. Nuestros cuerpos fluyen juntos. Todo forma parte de un profundo beso.

Un beso, mientras mis manos siguen trazando la silueta de su cuerpo como si quisieran memorizarlo.

Un beso, mientras sus palmas acarician mi cara como si no quisiera dejarme ir.

Un beso, mientras encuentro su pezón con mis labios y le arranco un gemido.

—Dmitry —gime, dejándose llevar.

Nuestras miradas se encuentran. Su cabello está un poco despeinado, sus labios sonrosados, pero lo cierto es que luce más hermosa que nunca.

—Te amo —susurra, sus ojos color avellana brillan bajo la luz tenue.

—Yo también te amo.

No hay nada más que se pueda decir después de eso, el resto solo se puede demostrar. Nos

acercamos más y más hasta que estoy dentro de ella, el mayor de los “te amo" de todos.

—Mi esposa —le suspiro en el cuello.

—Mi esposo —murmura ella.

Y entonces me deslizo un poco fuera de ella y vuelvo a sumergirme más, y más y mucho más. Nuestros cuerpos se juntan, muy despacio, con demasiada lentitud. Ya estoy casi al límite.

La luz de sus ojos, su respiración agitada, y ese brillo en su mirada, salvaje y divertido…

Otro beso, y estoy mucho más dentro de ella que nunca. Noto cómo pierde el control: sus músculos se tensan y se estremecen, y entonces termina, gimiendo.

—Dmitry… —gime.

No puedo aguantar más, mi orgasmo estalla. El éxtasis se apodera de mí. No se parece a nada que haya sentido antes. Pura perfección en forma física. Somos uno solo. Un solo placer, una sola alegría, ambos en entera plenitud.

Y entonces, todo acaba.

SHANNON

Odio este lugar.

Las sillas de plástico color vómito me dan dolor de espalda.

Las luces fluorescentes excesivamente brillantes me provocan dolor de cabeza.

Tener que esperar me genera opresión en el pecho.

Me repito las mismas palabras en la cabeza una y otra vez: *Tiene que estar bien. Tiene que estar bien. Tiene que estar bien.*

Lo repito una y otra vez como si fuera un mantra. Como si fuera lo único que me mantiene en pie. ¿Quién sabe? Tal vez así es.

Todavía estoy agradeciendo a los dioses que Bastien llegó allí en el momento adecuado. Él y Gavriil contuvieron a los mexicanos mientras yo llevaba a Dmitry a bordo de un todoterreno. Condujimos como a trescientos kilómetros por hora hasta la puerta principal del hospital, justo a tiempo.

Al menos, espero que sí haya llegado a tiempo.

No lo sabemos aún. Todavía sigue ahí dentro, justo detrás de esas intimidantes puertas dobles. Bajo anestesia general, siendo operado, reconstruido. Luchando a puño limpio y abriéndose camino con las manos para regresar del umbral de la muerte.

Tiene que estar bien. Tiene que estar bien.

—Ya basta —anuncia Vanna. Se levanta y se quita una pelusa de su jersey negro de cachemira —. Dmitry estará en quirófano al menos un par de horas más. No le hacemos ningún favor quedándonos aquí sentados, muriéndonos de hambre y a punto de quedar parapléjicos por sentarnos en estas sillas tan horribles.

Consigo contener una pequeña sonrisa. Por lo que veo, no soy la única que le resulta incómodo estar aquí sentada.

—No tengo hambre —es lo único que murmura Gavriil.

Todos nos volteamos a verlo.

—¿Qué? —frunce el ceño—. ¿Qué están mirando?

—Gavriil…

—No me digas Gavriil —sisea a Vanna, poniéndose de pie. La revista en su regazo cae al suelo —. Debí haber llegado antes, debí haber tenido mejores hombres en los vehículos de escolta. Es mi culpa. Se supone que soy su teniente, madre. Se supone que debía confiar en mí y le fallé.

—Pero te estas olvidando de ti mismo —dice Vanna con frialdad—. Todo esto puede discutirse más adelante.

Señala con la cabeza a las demás personas de la sala de espera, la mayoría de las cuales hacen un pésimo trabajo fingiendo que se interesan por las revistas de crochet o en sus propios teléfonos, en lugar de lo que están haciendo en realidad, que es escuchar a nuestra conversación.

Gavriil deja caer la cabeza hacia delante.

—Tienes razón, hablamos luego.

—Él estará bien, se recuperará —le digo—. No pasa nada, Gavriil. Dmitry se repondrá. No te culpará, ya lo verás. Todo estará bien.

Cuando la mirada sombría de Vanna se dirige hacia mí, algo tenso y rígido se libera en su rostro. Un leve destello de lágrimas se asoma en sus ojos, pero se apresura a secárselas.

—Sí —dice, un poco distraída—. Sí, claro que tienes razón, Shannon. Dmitry se recuperará.

—¿Y no nos dirás lo que te dijo el médico? —le pregunta Bastien por tercera vez.

—Ya se los dije —suena la voz de Vanna en un chasquido apenas contenido—. Es irrelevante. En cualquier caso, Dmitry vencerá. Siempre gana, siempre lo hizo. Ya sabes lo que pasó cuando nació.

—El médico dijo que tenía un dos por ciento de posibilidades de sobrevivir —recita Gavriil con una sonrisa forzada—. Ahórrate la historia del origen del superhéroe, por el amor de Dios. Ya la oímos un millón de veces.

—Luchó por esa primera bocanada de aire. Y lucha desde entonces. No dudes de tu hermano.

Todos permanecemos en un incómodo silencio durante un instante, aunque, extrañamente, siento el impulso de reír. Claro que Dmitry salió del vientre de su madre con ganas de venganza. Con razón no espera menos de su hijo.

—En fin —Vanna se aclara la garganta y mira al frente—. Puedes dejar que tu pobre madre vaya sola a la cafetería y arriesgarte a que la atropelle un camillero demasiado ansioso, o puedes venir conmigo.

Gavriil suspira y se pasa una mano por la cara mientras vuelve a mirar las puertas del quirófano. Como si aún no estuviera preparado para alejarse de su hermano, de su don.

—Dmitry no se enfadará si comes mientras lo operan —le digo.

—Todavía tienen que inventar algo con lo que mi hermano no encuentre la forma de enfadarse —replica Gavriil.

—El estará bien —retumba Bastien—. Vámonos.

Gavriil y Bastien se dan la vuelta y se marchan. Los miro alejarse, y en el último segundo me doy cuenta de que no me uniré a ellos.

Unos metros por delante de ellos, Vanna se detiene en seco y se voltea para dirigirme una mirada penetrante.

—Shannon.

—Debería quedarme —le digo—. Nunca se sabe, quizá la operación termine antes y se despierte y quiera ver a alguien y…

—Shannon —repite—. No me hagas tener que pedírtelo nuevamente.

En realidad no me lo pides, me lo ordenas, refunfuño para mis adentros. Pero tiene razón: no tiene caso quedarnos aquí y torturarnos.

Así que me levanto, y me uno a ellos.

En la cafetería quedaban algunos trozos de pizza con pepperoni. Comemos deprisa. Apenas saboreo la comida y, cuando me llega al estómago, siento como si me hubiera comido un puñado de carbón.

Vanna me da una palmadita en la mano.

—Deberías estar orgullosa.

—¿Orgullosa de que…? —ni siquiera puedo mirarla—. Vanna, tenía una pistola en mis manos y ni siquiera pude disparar, no pude defendernos. Si no fuera por Dmitry…

—No seas tonta, niña. Puede que seas valiente, fuerte y aguerrida, pero algunos no están hechos para vivir este estilo de vida. Hiciste lo mejor que pudiste.

—Lo sé —digo con voz entrecortada. No me molesto en añadir lo siguiente: “¿Y si no fue suficiente?”

Porque, en realidad, eso es lo que todos están pensando, incluyéndome. Estamos en un hospital, donde mueren cientos de personas todos los días. Incluso en los casos más inocentes las cosas salen mal, y Dmitry Nikolaev está lejos de ser inocente. Por el amor de Dios, lo arrastramos aquí con la sangre de su enemigo todavía untada en su cara.

Algunos dirían que merece morir por todo lo que ha hecho. Hubo un tiempo en el que yo, puede que haya pensado de la misma forma.

Pero, y ¿ahora? Ahora lo conozco mejor.

Conozco a la persona que hay debajo del monstruo.

—¿Shannon?

Cuando escucho la voz familiar, me congelo. No puede ser…

Sí es.

—¡Mamá!

Lo siguiente que sé es que mis brazos se lanzan alrededor de ellos. Mamá y papá. Mis padres, mis verdaderos padres. Los que siempre estuvieron ahí para mí. Lucen un poco aterrorizados, un poco emocionados y sorprendidos a la vez.

No me había dado cuenta de cuánto echaba de menos esto: la seguridad de su abrazo, la certeza su amor sincero. Incluso su aroma es igual que siempre.

Y ahora, sabiendo lo que sé… al diablo con lo que sé. Estos son mis padres. Los amo y ellos me aman, pero…

Echo un vistazo a Vanna por encima del hombro. Lo último que necesito ahora mismo es un loco drama con los Nikolaev, pero ella se limita a asentir. No parece disgustada.

—Yo los llamé —explica sin ningún rastro de emoción.

—Entonces… ¿todo está bien?

Después de todas las restricciones que me impusieron desde el momento en el que me llevaron lejos de ellos pataleando y gritando, no me lo puedo creer.

Pero Vanna se limita a asentir con frialdad.

—Gavriil —dice—. Ven y ayúdame a averiguar cómo funcionan estas máquinas expendedoras.

Entonces nos quedamos solos, los padres que no sabía si volvería a ver, y yo. Nos acercamos a un rincón vacío de la sala de espera y permanecemos allí de pie unos segundos, mirándonos tímidamente.

La cara de papá es la misma de siempre, con las líneas faciales levemente marcadas. Su calvicie sigue intacta. Sus ojos azules son tan claros como siempre; al igual que los de mamá. Llevan los mismos vaqueros azules de Joe Fresh y las mismas camisetas negras de siempre.

Sin embargo, de algún modo indescriptible, lucen un poco más avejentados.

—Cuando nos enteramos de que tuviste un accidente de tráfico… —me abraza de nuevo, me mira de arriba abajo como para asegurarse—. ¿Estás bien?

—Sí —digo—. En gran parte lo estoy.

Una parte de mí todavía siente que estoy de vuelta en aquel auto, dando vueltas y vueltas y vueltas. Lo sentiré así hasta que sepa que Dmitry está bien, creo.

—Y ¿cómo va la situación? —dice papá con cuidado, mirando a su alrededor—. Tú no…

—Lo amo —digo simplemente, centrándome en una grieta en el suelo para no ver la consternación en sus rostros.

Por mucho que odie admitirlo, estoy completamente enamorada de Dmitry Nikolaev. Ya no tiene sentido negarlo. Es la verdad.

—Sé lo mal que eso puede sonar —continúo—. Y lo mal que empezó todo esto, pero es la verdad. Ha sido bueno conmigo, y, por si fuera poco, me salvó la vida.

Cuando les dirijo la mirada, puedo ver que sus rostros siguen tensos por la incertidumbre. Después de todo, ¿cómo puedes odiar al hombre que le salvó la vida a tu hija?

Mamá entreabre los labios, y dice:

—Eso quiere decir que, después de esto, ¿no querrás… volver a casa? ¿A tu antigua vida?

—Dmitry me dejará volver a verlos, o al menos, eso fue hasta antes del… —me detengo. Ni siquiera lo pienso—. Como sea —me siento, y ellos también—. Al parecer, eran mis padres biológicos los que estaban detrás del ataque. Y hablé con… —no lo llames así, él no es tu padre —. Hablé con Patrick McNulty. ¿Sabían que estaban vivos y que no querían saber nada de mí? Me refiero a mis padres biológicos.

Mamá habla primero, aunque le cuesta trabajo levantar los ojos de su regazo para mirarme.

—Lo siento mucho, Shannon. Intentamos decírtelo una y otra vez, pero no fuimos capaces. Así que pensamos…

—Que las cartas falsas serían una mejor opción —termino por ella. Me acerco para darle un apretón en la mano—. Y tenían razón. Era mejor no conocer a ese bastardo. Ustedes dos son mis verdaderos padres. Son los que me criaron, los que me quisieron, y me cuidaron.

—No —corta papá con firmeza—. No te cuidamos. Al menos, no como debíamos. Debimos decirte la verdad. Debimos haberte protegido mejor.

—Hicieron lo que estuvo en sus manos —le digo—. Ahora lo sé. Y, si no hubieran fallado, nunca habría conocido a Dmitry.

—¿Pero estás segura, Shannon? —dice mamá—. Sé que esto ha sido mucho para procesar, pero ahora nos tienes. No tienes que afrontarlo sola, ni decir o hacer lo que ellos quieren que digas. Ni siquiera intentaremos detenerte, lo prometo. Solo, por favor… en realidad no amas a este hombre, ¿verdad?

Me siento de nuevo en la silla. Sé lo que debe parecer. Es tal y cómo yo lo vería desde el otro lado. *Síndrome de Estocolmo, típico caso de cualquier clásico de libro ilustrado. La pobre chica cuyo captor le ha lavado el cerebro.*

Pero conozco a Dmitry Nikolaev. Y sé que, aunque no es un hombre común y corriente o incluso «bueno» en cualquier sentido que la mayoría de la gente reconocería, ha sido bueno conmigo. Bueno por mí y para mí.

¿Y no es eso lo que toda chica quiere? ¿El chico malo que es bueno por ella y solo con ella?

Yo ni siquiera sabía lo que quería. Estoy segura de que, si todo dependiera de mí, ni en un millón de años lo habría elegido a él.

Pero me lo impusieron y ahora estoy aquí y es mío. Él me tiene a mí y yo a él. Y lo amo.

Amo a mi esposo.

—Lo siento, mamá —le digo—. Pero sí, lo amo.

—¡¿Shan?! —exclama otra voz familiar.

Vicki irrumpe en la sala de espera, con el cabello hecho una completa locura: medio alisado, un solo ojo maquillado, botones en los ojales equivocados de su camisa manga larga. Cuando ve a mis padres, se detiene y hace una pausa.

—Lo siento, puedo volver…

—No, está bien —dice mamá con una sonrisa—. Ustedes dos pónganse al día.

Un segundo después, Vicki y yo nos abrazamos.

—Gracias a Dios que estás bien —me dice al oído.

—No lo estaré por mucho tiempo si sigues abrazándome tan fuerte —resoplo.

Vicki se ríe.

—Lo siento, mi error. Cuando Vanna me dijo que tuviste un accidente en la carretera, dejé todo, conduje hasta aquí y… —hace una pausa y se queja—. Parezco una lunática ahora mismo, ¿no es así?

—Bueno… —la miro de arriba abajo, intentando no reírme—. No luces exactamente como Cenicienta.

Vicki suelta un bufido.

—¿Vienes conmigo al baño?

Miro a mis padres, que asienten con la cabeza, haciendo ademanes para que nos vayamos. Así que la sigo al baño.

—Por Dios —sisea Vicki al verse en el espejo sobre el lavabo—. No me extraña que casi me rechazaran en recepción. Al menos ahora sé qué aspecto tendría si fuera adicta al crack.

Sonrío al ver su reflejo.

—Te querría aunque no volvieras a ducharte, fea.

Ella me devuelve la sonrisa. —Más te vale —luego hace un gesto de preocupación y añade:

—Mierda. Lo siento, estoy siendo muy insensible. ¿Dmitry está bien? ¿Cómo estás tú? —mira a su alrededor y se agacha para ver si se ve algún pie en fuera del cubículo del baño.

—Estamos solas, sin guardaespaldas ni nada —le digo—. Y no lo sé. Le dispararon tantas veces, perdió mucha sangre. Me salvó la vida, V.

Mientras se aplica delineador en los párpados, el reflejo de los ojos verdosos de Vicki se queda clavados en mí.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—Lo amo —le digo—. Sé que probablemente ya te habrás dado cuenta de casi todo. Que me obligaron a comprometerme y todo lo demás al principio, y que fue un auténtico desastre, lo suficiente como para que ni siquiera toda una vida de terapia haga más que rasgar la superficie del trauma. Pero, a riesgo de sonar como una completa lunática… déjame decirte que, a lo largo

de este camino, realmente pude conocerlo, y terminé enamorándome de él.

—Tienes razón —dice Vicki alegremente—. Pareces una auténtica lunática. Pero quiero que me lo cuentes todo, y más.

Tengo que reírme. Confío en que Vicki me hará sonreír de nuevo, incluso dadas las circunstancias.

—Es un buen hombre, V. No lo parece todo el tiempo, pero ahí dentro hay alguien que merece la pena. Me salvó la vida.

—Incluso después de apartarte —me recuerda sombríamente—. Y alejarte de todos los que te quieren.

Suspiro. Quizá no haya forma de hacerle ver lo que yo vi en Dmitry. Tal vez tenga un pie en mundos diferentes, y quizá esos dos mundos se estén distanciando cada vez más, y sé que tarde o temprano tendré que elegir uno o arriesgarme a caer en cualquiera de los dos que me quede debajo.

Se quita el lápiz de ojos y saca un moño. Recoge su cabello en una cola alta y dice:

—Pero vamos a dejar todo eso a un lado, con una condición.

—¿Cuál? —le pregunto.

—Que vayamos a nuestras vacaciones soñadas de parejas —dice solemnemente. Por una vez, no bromea en lo más mínimo.

—Trato hecho —le tiendo la mano.

—Y si tu esposo intenta impedírnoslo…

—No lo hará —me apresuro a decir—. Las cosas serán… diferentes, a partir de ahora.

—Bien. Me reservaré para entonces.

Justo en ese momento, la puerta se abre de golpe. Es mi mamá. Ambas nos giramos para mirarla, preguntándonos por qué está sin aliento y con el cabello alborotado.

—Es Dmitry —jadea—. Despertó.

SHANNON

Tiene que estar bien. Eso es lo único que me importa.

Salgo corriendo del baño, atravieso el pasillo y vuelvo a la horrible sala de espera con sus horribles sillas. Y veo a un médico canoso delante de las puertas del quirófano con un portapapeles en la mano.

—¿Dmitry Nikolaev? —le pregunto casi sin aliento.

Asiente con la cabeza.

—Por aquí. Sígame.

—La operación, pensé… —me distraigo mientras nos dirigimos a la habitación donde se encuentra Dmitry.

—Estuvo cerca —dice el doctor—. Pero… respondió bien a la cirugía.

—Así que…

Las palabras mueren en mis labios cuando se abre la puerta.

Dios mío, ¡es Dmitry!

Su cara preciosa, bronceada y sin una mancha de sangre, y su cuerpo musculoso casi momificado a causa del vendaje. Parece la estatua de cera de un moribundo.

Entonces, lentamente, se mueve.

Solo el labio. Solo un poquito.

—Shann… —carraspea débilmente.

Me precipito hacia él e intento entrelazar sus dedos con los míos. Creo que intenta corresponderme con un apretón, pero el esfuerzo es tan débil que no estoy segura.

—Dmitry, tú…

Y de repente cierra los ojos.

—¡No! No… —lloriqueo y me doy vuelta para mirar al médico—. ¿Qué sucede?

Pero el médico ya no está. Una enfermera de aspecto afable y cabello rubio entra de pronto en la habitación.

—Finalmente los analgésicos surten efecto —explica en tono malhumorado—. Se negó a calmarse hasta que te trajimos, y no podíamos permitirnos que se desgarraran los puntos de sutura. Pero ahora, estará fuera por, oh… —consulta un reloj en la pared—. Al menos otras cinco horas.

—Cinco horas —murmuro—. ¿Entonces estará bien?

—La operación fue un éxito —afirma, dirigiéndose a la puerta.

—¿Entonces estará bien? —le pregunto en tono hostil.

Incluso yo me sorprendo del sonido de mi voz. La enfermera se queda boquiabierta. Las dos nos damos cuenta del mismo hecho a la vez: Ya no sueno como la niñita asustada que era.

Sueno como Vanna.

Sueno como Dmitry.

Sueno como la señora Shannon Nikolaev.

Hace una pausa y traga saliva.

—Perdió mucha sangre, señora. Pero la operación fue un éxito. Se repondrá, no debería haber problema en ello.

Se repondrá… No me había dado cuenta de lo mucho que me había armado de valor hasta que se me escapó el aliento que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Me inclino sobre su cama, agradecida. La enfermera asiente y se va. Apoyo la cabeza en el dorso de la mano de Dmitry, agradecida por la calidez de su cuerpo, por el latir de su corazón y por el zumbido constante de las máquinas que me indican que sigue con vida.

No necesito nada más.

~

DURANTE LAS HORAS SIGUIENTES, mis padres y Vicki nos visitan durante un rato y luego se despiden. Me puedo dar cuenta de lo mucho que me echan de menos, así como del conflicto interno que cargan acerca de lo que me espera después.

Sin embargo, a mí, nada de eso me preocupa en absoluto.

Tengo que estar aquí y ahora.

Todo lo que les dije era en serio, aunque yo no esté tan segura de las cosas. ¿Cómo reaccionará Dmitry cuando despierte? ¿Cómo serán las cosas entre nosotros después de esto?

No tengo que esperar mucho para tener una respuesta. Solo faltan tres horas, no cinco, para que finalmente se despierte.

De pronto, uno de sus ojos se entreabre, como si pensara si realmente quisiera despertarse. Luego el otro. Su mirada recorre la habitación y se detiene en mí.

—Hola —dice con voz ronca.

—Hola —es lo único que se me ocurre responderle.

—Estás llorando —murmura. Intenta acercar su mano a mis mejillas, pero está demasiado lejos, desiste y entonces deja caer la mano sobre su regazo.

Me agacho un poco para que pueda rozarme la mejilla.

—Estás bien. Estuve muy preocupada.

—Y te quedaste.

—¿Qué quieres decir? —intento reírme, pero me sale un carraspeo—. Por supuesto que me quedé, y permaneceré a tu lado el tiempo que sea necesario.

—¿Y mi madre no te estuvo vigilando? —luego hace un gesto con los labios. Una especie de sonrisa torcida.

—¿De qué estás hablando? —siento un extraño nudo en el estómago.

—¿No se apartaron siquiera alguna vez de ti? —pregunta—. ¿No hubo oportunidad de huir y volver a tu antigua vida?

—La hubo —digo simplemente—. ¿Prefieres que la aproveche?

Permanece en silencio durante un largo rato. Entonces, su rostro se transforma de una expresión que nunca antes había visto en él. Sincera, pura y brillante.

—Oh, *moya zhena*, estabas destinada para mí.

Y entonces nos abrazamos: mis brazos alrededor de él y sus manos sobre mí cintura, y de pronto, todo vuelve a estar bien.

—Estaba tan preocupada que no podía comer ni dormir —me quejo—. Tu madre ni siquiera nos mencionó lo que los médicos le habían informado sobre las probabilidades de que sobrevivieras a la operación. Y cómo te atreves a pensar que me marcharía de tu lado a la primera oportunidad… Dmitry Nikolaev, ¡cómo te atreves!

Me alejo y descubro que está sonriendo, esta vez de verdad. Nunca había visto a Dmitry hacer nada parecido a sonreír, pero supongo que siempre hay una primera vez para todo.

—Se que estás pensando lo mismo que yo —no puedo contenerme—. Dilo de una vez.

Se le cae la cara de vergüenza y suspira.

—Estoy cansado —sus párpados se cierran—. Tan… tan… cansado…

—Oh, claro —balbuceo, sintiéndome culpable al instante—. Dejaré que…

Sus párpados se abren y de nuevo otra sonrisa se dibuja en su cara.

—Te pillé.

—¡Idiota! —declaro, aunque estoy encantada y él lo sabe—. Bueno, ahora tienes que admitirlo.

—¿Admitir qué?

—Que estás pensando lo mismo que yo.

Esa sonrisa de satisfacción aún permanece en la comisura de sus labios.

—No sé en qué estás pensando.

—¡Ay por favor, admítelo! —presiono—. Estás pensando que quizá esto sea real. Que a lo mejor esto ya no se trata de un matrimonio forzado.

—¿De verdad estoy pensando eso?

—Más te vale, o…

De nuevo, esa sonrisa irritante, aunque el brillo de sus ojos lo delatan.

—¿O qué?

—Haré algo como esto —le digo, robándole un beso.

Cuando me separo, tiene una sonrisa de oreja a oreja.

—Quizá tengas razón —susurra—. Supongo que tendremos que esperar y…

Se interrumpe, con la cabeza ladeada, de repente se hace el inconsciente.

—Muy gracioso —cruzo los brazos sobre el pecho, mirándolo—. No volveré a caer en la misma trampa.

No responde.

—¿Dmitry? —digo tímidamente, asomándome para mirarlo. Y luego—: Que bastardo.

Supongo que esta vez es real. Esta vez sí está dormido.

Está bien. No pasa nada, él está bien y yo también.

Todo está en orden.

~

DURANTE LAS SIGUIENTES DOS SEMANAS, vivo prácticamente en la habitación de Dmitry. Acepto la pasta, la pizza y los bocadillos que me traen los demás, duermo en la incómoda camilla que el personal del hospital accede a poner a regañadientes junto a la cama de Dmitry.

Y espero.

La mitad de las veces que se despierta, está aturdido y algo callado a causa de los analgésicos. La otra mitad, sin embargo, conversamos.

—Lo siento —dice de repente un día—. Por lo de tus padres.

Le conté brevemente mi llamada con Patrick McNulty unos días atrás. Sus ojos se encendieron de una forma peligrosa, la misma forma que siempre tiene cuando alguien me amenaza, y su puño se cerró alrededor de mis dedos.

—No pasa nada —le digo—. Quiero decir, no me malinterpretes, no dejarme verlos fue una mierda. Pero ahora que puedo…

—No me refiero a ellos —me interrumpe—. Me refiero a que debí contarte lo de tus padres biológicos. Que estaban vivos. Quise hacerlo, pero nunca lo hice.

Hago una pausa, evaluando un poco mis emociones. Durante muchos años fantaseé con ese reencuentro. Significaba tanto para mí.

¿Y ahora? Ya ni siquiera me importa. Esa fantasía simplemente se ha ido, como si nunca hubiera existido. Patrick McNulty es un maldito bastardo, el cual era mejor no conocer.

—Está bien, no pasa nada —le digo a Dmitry—. No me pierdo de nada importante.

—Aun así, debí contarte.

Le acaricio suavemente la mano.

—Me alegro de que estés bien. Y de que el enemigo no haya ganado.

—Carajo, tienes razón —dice Dmitry, con los ojos llenos de fuego—. Y una vez que salga de aquí, va a continuar la derrota. De una forma terrible.

Intenta sentarse, pero mi mano lo mantiene boca arriba.

—Nada de planes ni sobreesfuerzos hasta que salgas de aquí, ¿de acuerdo? —lo regaño—. Tú mismo lo aceptaste. ¿Recuerdas lo que dijo tu madre?

Frunce el ceño.

—No me lo recuerdes.

—Lo único importante aquí es que te recuperes, por completo —entona Vanna alegremente, entrando a la sala con una sincronización impecable y una tarta de chocolate en la mano—. ¿Cómo está mi hijo favorito?

—Creí que yo era tu hijo favorito —refunfuña Gavriil entrando detrás de ella.

Bastien le sigue.

—¿Te estás muriendo o qué? —le suelta de golpe a Dmitry.

—Nada de eso, Bastien —Vanna deja la tarta sobre la mesa y le sirve una buena porción Dmitry.

—Cómetelo —le ordena con severidad—. Todo.

—Pero mamá…

—Nada de peros; necesitas recuperar el peso que perdiste. Además, lo preparé yo misma. Ahora,

come. Hasta el último bocado.

—No prometo nada —suspira.

Y así es como pasamos la tarde, Dmitry y yo: comiendo tarta. Me insiste tanto en que coma, que al final me desmayo en la camilla, a reventar de pura gula. Aunque al menos consiguió que comiera algo.

Aunque Dmitry esté recuperando rápidamente las fuerzas, las cicatrices en sus mejillas aún son demasiado visibles. Tampoco está acostumbrado a estar en cama durante tanto tiempo. El primer día que le permiten ponerse de pie, ya está prácticamente fuera de la cama antes de que el médico termine con sus estrictas instrucciones.

El médico solo puede limitarse a observar a Dmitry por encima de sus lentes. Reconoce una batalla perdida cuando la ve.

—Ten cuidado de no esforzarte demasiado.

—No se preocupe —digo mostrándole una dulce sonrisa al médico y una mirada de 'escúchame bien' a Dmitry—. No lo hará.

Cuando se marcha, le digo a Dmitry en voz baja:

—Que Dios me ayude, no vas a correr ni a exigirte demasiado. Ahora, apóyate en mí.

—Bien —gruñe, enganchando su brazo alrededor de mi cintura.

Respiro con dificultad mientras lo miro. Tiene mejor aspecto que cuando ingresó al hospital, pero, aun así: sus moretones persisten, e incluso ayer se quedó dormido mientras jugábamos a las cartas. ¿Realmente está preparado para todo lo que nos espera fuera del hospital?

—Quizá —empiezo, sabiendo ya lo poco esperanzador que suena eso—, ¿podríamos esperar uno o dos días más?

Dmitry se levanta y se apoya en mí. Su peso casi me arrastra de vuelta a la cama junto con él, pero gruñe y redobla el esfuerzo hasta que se mantiene en equilibrio sobre sus pies.

Sonríe triunfante.

—Ya está. Ya no soy un inválido.

—No nos dejemos llevar. Todavía nos quedan muchos días por delante para mejorar.

Mira a lo lejos, sonriendo para sí mismo.

—Así que hay un futuro, entonces.

—¿Alguna vez hubo duda de ello?

Su mirada se desvía hacia mí.

—¿Qué es lo que ves en ese futuro?

Su mano encuentra la mía y, con el calor de su contacto, la leve sonrisa de sus labios y la emoción que me invade desde adentro, me entran ganas de decírselo.

—No lo sé… Para empezar, creo que me gustaría terminar mi novela gráfica.

Asiente con la cabeza.

—Excelente.

—¿Y tú?

Traza un pequeño círculo en mi palma con la punta del pulgar.

—¿Y yo qué?

—¿Vas a responder a tu propia pregunta? —le pregunto.

Su pulgar se detiene.

—Esa es una gran pregunta —dice por fin.

—Bueno, yo por mi parte veo más de esta deliciosa tarta en nuestro futuro.

Se ríe entre dientes.

—Ah, ¿sí?

—Pronto será mi cumpleaños —le informo.

—Tendré que estar bien para entonces, así podremos celebrarlo como se debe, a lo grande.

Le dirijo una mirada de reproche.

—No te atrevas a esforzarte de más por mi culpa. —luego, reprimiendo una sonrisa, añado—: Aún tienes seis meses más para planearlo bien.

Dmitry pone los ojos en blanco y me pellizca el muslo. Suelto un chillido y le aparto la mano de un manotazo, él se tambalea y luego nos tira a los dos a la cama, riendo y sin poder evitarlo.

—Sigues sin contestar —digo cuando recupero el aliento—. Deja de darle tantas vueltas al asunto.

—Veo vacaciones —dice muy serio.

—¿Oh?

—Tú y yo en la playa, y nadie más excepto por nosotros a kilómetros y kilómetros. No necesitaremos llevar nada. Ni siquiera ropa.

—Eso podría funcionar —digo mientras mis mejillas enrojecen—. ¿Y qué supones que haríamos todo el día?

Su sonrisa se calienta a medida que acerca sus labios se acercan, hasta que me susurra:

—Quizá algo así…

Entonces, sus labios encuentran los míos.

Dios, cómo echaba de menos esto. Sus labios rozando los míos, su lengua mostrándome lo que

quiere y nuestros cuerpos reaccionando ante la chispa que hay entre nosotros.

Su mano se desliza entre mis piernas y acaricia la humedad producto de sus besos por encima de mis pantis. Después de semanas de nada más que roces, caricias superficiales y besos suaves, es como recibir una descarga de energía. Cada centímetro de mí se retuerce, y de repente al dejarme llevar, mi brazo se mueve e inmediatamente mi codo se clava en una parte del abdomen de Dmitry que está vendada. Gruñe de dolor.

—¡Mierda! —exclamo—. Lo siento, de verdad, lo lamento.

—Déjalo ya —suelta—. Fui yo quien te empujó.

Me quedo sentada, sin saber qué hacer, ignorando cómo mi cuerpo arde por terminar lo que empezamos.

—Ahora, tómame de la mano —dice bruscamente, agarrándome de la muñeca.

Suelto una risita.

—¿O?

—No quieres saberlo —rezonga, aunque veo que se le dibuja una media sonrisa en los labios.

Nos quedamos así varias horas, aunque Dmitry acaba por dormirse. Vanna, Gavriil y Bastien pasan de visita, y se entretienen jugando a una partida de naipes en una mesa plegable que hemos preparado.

Ahora es más fácil estar con ellos. Son parte de la familia, mi familia.

Pero en el momento en el que se van a comer y estoy esperando a que vuelvan, se me revuelve el estómago. Me levanto de un salto y corro hacia el baño. Una vez dentro, me inclino sobre el inodoro, justo a tiempo para vomitar hasta lo que cene ayer.

Cuando acabo, me limpio la cara, tiro de la cadena y me lavo las manos. Luego miro fijamente mi reflejo, igual de desconcertado. ¿Qué demonios me pasa? ¿Habré ingerido algo en mal estado o será que…?

Espera: ¿cuándo fue la última vez que tuve mi periodo?

Trago saliva mientras cuento mentalmente hasta… hace un mes y medio.

Mierda. Mi periodo es regular. Nunca me falta ni una vez, nunca.

Podría ser que…

Llamo a Vicki.

—Hola, ¿cómo estás? —le digo en cuanto contesta.

—Estoy de maravilla, pero sé que no me llamaste para preguntarme eso —me dice. Oigo una sonrisa en su voz—. ¿Qué tienes? ¿Qué sucede?

—¿Sabes que nunca me falta mi periodo, cierto? —le digo—. Pues… acaba de pasar.

Silencio total, y luego:

—Mierda, Shann. ¿No creerás que…?

—Me hare una prueba de embarazo —le digo—. Hay una farmacia en el primer piso. Pero, ¿y si da positivo, V?

—¿Quieres que dé positivo?

—No lo sea —admito—. Simplemente me parece un momento inoportuno para ello. Dmitry y yo apenas estamos llegando a un buen momento en nuestra relación. ¿Y si esto lo estropea todo?

—¿Quieres que vaya hasta allá? —pregunta Vicki.

—No, está bien —ya estoy saliendo del baño—. Lo aprecio mucho, pero no puedo esperar. Necesito saberlo ya. Te avisaré en cuanto tenga los resultados.

—Te entiendo perfectamente —dice Vicki—. ¿Buena suerte?

—Gracias —digo, y cuelgo la llamada.

La única pregunta es: ¿en qué consiste la buena suerte? Y por qué se convirtió en una pregunta: ¿me siento realmente preparada para tener un bebé ahora? ¿Alguna vez las personas se sienten realmente preparadas para ello?

Compro el test, vuelvo a la habitación, me dirijo al baño y con las manos temblorosas me aplico la prueba. Los tres minutos siguientes, son los más largos de toda mi vida.

Y entonces aparece: dos líneas azules. Eso es todo, es oficial: estoy embarazada.

DMITRY

La puerta del baño se abre y Shannon sale con algo entre las manos.

—Tengo que decirte algo —dice con precaución.

—Que estás perdidamente enamorada de mí.

Arruga la nariz.

—Pero eso ya lo sabias.

—Que no puedes dejar de pensar en mí.

—Otra vez, eso es noticia pasada.

—Que por la noche sueñas que me acerco sigilosamente por detrás y deslizo mi mano entre tus…

—¡Dmitry!

Sonrío.

—Tienes razón, eso también lo sabía. ¿Qué sucede?

Parece temblorosa.

—Es algo enorme. Muy gordo.

—¿Me lo vas a decir o vas a seguir dándole vueltas al asunto?

Se sienta junto a mi cama.

—Tengo miedo, Dmitry.

Frunzo el ceño y me incorporo.

—Ya no tienes por qué tener miedo de nada, Shannon

—Pero y si… ¿Y si esto cambiara las cosas?

—Mientras la noticia no sea que decidiste unirte a la mafia irlandesa, nada cambiará.

Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido, en gesto de indignación.

—¿Cómo se te ocurre siquiera…?

—Dímelo ya, joder —gruño. Nunca fui el tipo de persona paciente ni mucho menos al que le gusta prolongar lo inevitable.

—Está bien —suelta—. Estoy embarazada. Si es que eso te importa.

Un sentimiento extraño se apodera de mí antes de poder encontrar las palabras. Una sensación que no había experimentado jamás, pero que al mismo tiempo me resulta familiar. Como si lo hubiera estado esperando toda mi vida.

Rápidamente se levanta de un salto y empieza a caminar.

—Lo sabía. Sabía que esto lo estropearía todo, que pondrías esa cara. Que volverías a ser el mismo hombre frío y estoico que conocí una vez y…

—Shannon —le digo—. Mírame.

Hace una pausa, se cruza de brazos, pero se niega a dirigirme la mirada.

—Shannon.

Finalmente, suspira.

—Bien. Ya te estoy mirando. ¿Feliz?

—¿Parezco un hombre frio y estoico de nuevo? —pregunto pacientemente. Seguro que ella puede ver lo que siento: sorpresa, alegría, y asombro al mismo tiempo…

Ella escudriña mi expresión, y tan pronto como analiza mis facciones, una sonrisa se dibuja en su cara cuanto más ve en mí.

—Bueno… en realidad, no. Pareces algo feliz, la verdad. Es raro, casi nunca pareces feliz.

—Solo no digas más nada y ven aquí —gruño con una sonrisa burlona.

Rodeándola con mis brazos me siento de jodidamente feliz. Y aquí estamos los tres: mi mujer, mi futuro hijo y yo.

—Cásate conmigo —sale de mis labios antes de que pueda evitarlo.

Shannon se aparta para mirarme con una sonrisa tonta.

—Ya estamos casados.

—¿Y eso qué? —le digo. La idea que se forma en mi cabeza es confusa, pero concreta al mismo tiempo.

—Entonces, ¿qué dices? —se ríe de nuevo, aunque su gesto es más de confusión que de otra cosa—. ¿Te gustaría que renováramos nuestros votos?

—Esta vez, quiero que sea real.

En cuanto lo digo, sé que es lo correcto. Una materialización de lo que llevaba tiempo dando vueltas en mi cabeza.

—Real —susurra asombrada, dándose vuelta para mirarme con lágrimas en sus hermosos ojos color avellana. Maldita sea, es tan preciosa.

—¿Puedo opinar esta vez?

—Sí, sí —digo con una carcajada—. Supongo que sí.

Me toma de las manos.

—Entonces, sí. Acepto.

Me siento como un idiota, sonriendo tanto hoy. Pero es que simplemente no puedo evitarlo.

—¿Quieres saber algo más? —Le pregunto.

—No sé si pueda aguantar esto por mucho más tiempo —dice. Entonces, su expresión de falsa inocencia se quiebra y vuelve a reír—. Entiendo, comprendo perfectamente, pero yo sí.

—Acabaré con los malditos irlandeses —digo en voz baja—. Conseguiré que Bastien y Gavriil creen otra rama de la Bratva dedicada a ese único fin, e iremos a la guerra contra ellos, los castigaremos por pagarle a Rafael para que asesinara a mi padre e intentar asesinarte a ti, la reina de mi Bratva.

Shannon procesa toda la información con una media sonrisa, asintiendo con la cabeza. Aunque su sonrisa se torna diabólica y retorcida, y sus ojos brillan de emoción, cuando pregunta:

—¿Con que ahora soy la reina de la Bratva?

—No cualquier reina —corrijo—. Mi reina.

EPÍLOGO: DMITRY

DIEZ MESES DESPUÉS

Parece mentira lo lejos que hemos llegado.

Vuelvo a caminar por mis propios medios, sin el maldito bastón. También he vuelto a correr, aunque sea en contra de las estrictas órdenes de los médicos y cada paso me duela una barbaridad. No pasa nada. El dolor no es nada nuevo, me hace saber que sigo vivo.

Gavriil y Bastien se preparan para partir mañana hacia Boston, donde se dedicarán a acabar con Patrick McNulty y toda su inmundicia. Shannon y yo hemos comenzado a comprar cosas para nuestra casa.

Ahora nuestro hijo tiene seis semanas.

Estamos aquí en este cálido martes: en la cima de la montaña Whiteface, de pie sobre su cresta rocosa, renovando nuestros votos. Shannon eligió este lugar. Dijo que había estado aquí una vez con sus padres y se enamoró de la montaña.

Cualquier cosa que haga feliz a mi mujer me hace feliz.

El aire de la montaña huele fresco y la vista de las colinas cubiertas de pinos que nos rodean es preciosa. Estoy inquieto en el altar, cambiando mi peso de un pie a otro. La multitud espera en silencio a la novia. Tengo que seguir forzando mi sonrisa para no parecer un maldito tonto delante de nuestros amigos y familiares.

Aunque eso es exactamente lo que soy: un maldito tonto enamorado.

El viejo y canoso padre Antonova está aquí arriba conmigo, igual que la primera vez que hicimos esto, aunque ahí acaben las similitudes. Esta vez, la madre de Shannon está sentada en primera fila.

Vicki, la mejor amiga de Shannon, también está aquí como su dama de honor. Espera a un lado, con un vestido ciruela oscuro, junto a Bastien y Gavriil, mis padrinos, con corbatas a juego.

El arco superior está adornado con cerezos en flor. Sabía que contarle a Shannon el sueño que tuve estando drogado en el hospital había sido una mala idea, pero hasta yo tengo que admitir que queda bien.

Una campana suena a lo lejos. Todo el mundo respira hondo y se gira, justo cuando Shannon sale de un grupo de árboles escoltada del brazo de su padre.

Está aún más guapa que la primera vez que pasamos por esto. El vestido fluye con la brisa a lo largo de las curvas de su cuerpo. ¿Ese destello en su mirada? Es real. No es forzado ni falso, sino real.

Nada es por aparentar esta vez. No hay rivales a los que impresionar, ni enemigos a los que someter. Esto aquí, ahora mismo, es solo para nosotros.

Shannon sonríe tímidamente al detenerse ante el altar. El sacerdote entona las mismas palabras que antes: sobre el deber, la lealtad y el amor. Esa parte no ha cambiado. Apenas escucho.

Entonces llega el momento.

—¿Aceptas a este hombre como tu esposo? —le pregunta el padre Antonova a Shannon.

Sus ojos color avellana parecen verdes hoy ante los últimos rayos de luz de la tarde, aunque están cubiertos de lágrimas. Necesito todo mi poder de voluntad para no estrecharla entre mis brazos y devorarla en el altar, aquí y ahora.

—Sí, acepto —dice.

—¿Y tú aceptas a esta mujer como tu esposa? —me pregunta.

Hago una pausa. Ha llegado el momento. El momento que estaba esperando.

He estado pensando mucho en lo que Shannon hizo en el altar la primera vez, y he decidido que yo también la sorprenderé.

—Yo… no.

Dejo de hablar sonriendo un poco, pero la sonrisa se desvanece en cuanto veo que se queda boquiabierta. No. Esto es demasiado cruel.

Así que me inclino rápidamente y añado en voz baja algo más.

—…no quiero que otro hombre te toque nunca más, Shannon. Eres mía y solo mía.

A Shannon se le llenan los ojos de lágrimas, sonríe, me da una palmada en el pecho y nuestros labios se juntan antes de que el cura pueda decir otra palabra.

Pues ya está. Estamos casados, y no hay nada mejor que sentir los labios de mi mujer tocando los míos.

El resto de la recepción se nos pasa comiendo: filete a petición mía, salmón a petición de mamá, patatas asadas a petición de Shannon, y no menos de una docena de postres diferentes, todos a petición de Gavriil.

Shannon lanza su ramo y Vicki lo atrapa, carcajeándose triunfante mientras lo alza por encima de su cabeza y le guiña un ojo a su acompañante, un policía cuya presencia incomoda a Bastien.

Bailamos hasta que se pone el sol y salen las estrellas. Vicki y Shannon bailan al ritmo de una vieja canción de los Black Eyed Peas que las hace chillar de emoción cuando suena.

En un momento dado, los padres de Shannon se acercan para darme la mano.

—Tuvimos nuestras dudas —admite su padre con una sonrisa de pesar, aunque todos sabemos que eran mucho más que dudas. No lo culpaba—. Pero ahora vemos que haces feliz a nuestra Shannon, y que eres un buen hombre para ella. Les deseamos salud y felicidad.

—Y queremos ser los primeros en ver las fotos de los bebés —añade la madre de Shannon—. Con esa estructura ósea tuya, serán preciosos, estoy segura.

—Si mis hijos se parecen a usted, seré un hombre muy afortunado —digo solemnemente.

Se pone roja enseguida y murmura algo sobre tener que rellenar su copa, antes de llevarse a rastras a su marido.

—Supongo que de verdad lo hiciste —dice Gavriil, acercándose a mí después de que se van—. Se acabó eso de salir de fiesta. Se acabó la diversión.

—Llevo meses casado —le recuerdo.

—Lo sé, pero ahora estás casadísimo. Es de verdad, ¿sabes?

Le doy una palmada en el hombro.

—Ve a engullir más rugelach.

—Me leíste el pensamiento.

—Ignóralo —dice Bastien, acercándose ahora que Gavriil se aleja hacia la mesa de los dulces—, solo está enfadado porque no lo dejaste traer una acompañante. Jura que esta chica nueva es 'buena'.

Ambos nos reímos.

—Sí, claro.

—Deberías sentirte orgulloso —dice Bastien, mirando a Shannon—, has construido algo real con ella. Casi hace que tu matrimonio parezca aceptable. Casi.

Los dos nos reímos de nuevo y le agarro el hombro.

—Soy un hombre afortunado. Deberías intentarlo alguna vez.

Bastien sacude un poco la cabeza.

—Me gusta demasiado mi trabajo. Casarme solo supondría una distracción.

—¿Te dice las mismas tonterías que me dijo a mí antes? —exige saber mamá mientras se acerca bailando el vals—. Llama distracción a una buena mujer. ¿De verdad, Bastien Nikolaev?

Bastien decide escabullirse.

—Gavriil charla con esa camarera que no deja de escaparse para fumar. Debería ir a buscarlo.

—Son como niños —suspira mamá con un movimiento de cabeza mientras él se va, antes de lanzarme una sonrisa orgullosa—, aunque a veces sí aprenden.

—Solo cuando nos vemos obligados, creo.

—Dime algo que no sepa. ¿Qué haces aquí todavía? —pregunta ahora—. Esta noche es para ti y tu amada. ¡Vete! La suite del penthouse los espera.

Sonrío.

—Creo que dijiste las palabras mágicas.

Shannon y yo dejamos atrás la fiesta. Bajamos la montaña con la capota bajada y el viento fresco de la montaña soplando a nuestro alrededor. Shannon entona una canción que va sonando en la radio. Yo me contento con tomarla de la mano y simplemente respirar.

Media hora más tarde llegamos al hotel Plaza Athénée sin perder tiempo. Apenas se cierra la puerta, gruño:

—Ven aquí.

La habitación es puro suntuoso lujo parisino, entre rojos y dorados, que hacen que Shannon salte de puntitas. Pero apenas me doy cuenta. Lo único que importa es la mujer que tengo delante.

Nuestras miradas se cruzan. Al segundo siguiente, su cuerpo y el mío de encuentran. Labios, lengua, curvas, todo entrelazado, caliente, desesperado.

—Llevo todo el maldito día queriendo hacer esto —le gruño al oído entre beso y beso.

Lo único que logra hacer es gemir.

La levanto y la tiro sobre la cama, luego me subo encima de ella y la beso sobre las sábanas de satén dorado.

—Quédate ahí —le ordeno—. Te tengo un regalo.

Al principio me mira confundida, pero cuando ve lo que estoy haciendo, sus ojos se voltean y se llena de lujuria.

Ato una de sus muñecas al poste de madera tallada de la cama con una cuerda de terciopelo y luego uso otro trozo del mismo material para sujetarle la otra mano.

Cuando termino, retrocedo para admirar mi obra.

—Ahora puedo hacerte lo que quiera.

—Parece más un regalo para ti que para mí —dice.

Le guiño un ojo.

—No estoy de acuerdo.

—Eres una bestia —declara.

—Te gustará. Deja que te muestre hasta qué punto.

Nuestros labios vuelven a encontrarse y mi lengua se introduce en su boca. Mis besos recorren su cuerpo, rozan su clavícula. Le bajo una manga de encaje blanco para poder besarle un hombro desnudo con piel de porcelana y luego el otro. Luego, le bajo la cremallera del vestido, se lo quito y lo tiro a un lado.

—Era caro —protesta.

—Entonces te compraré otro. Una docena más. Podemos hacer esto todos los días del resto de nuestras vidas. El dinero no se acabará, Shannon. Igual que este sentimiento.

—¿Qué sentimiento?

—Mi amor por ti.

Se sonroja desde la frente hasta los pies. Es tan jodidamente adorable que mi pene palpita. Quiero zambullirme en ella, pero quiero que este encuentro dure. Así que mantengo la distancia, la acecho, disfruto de la vista desde todos los ángulos.

—¿Qué estás haciendo? —murmura Shannon.

—¿Qué parece que hago? Me estoy preparando para un festín.

—Vuelve aquí —suplica, haciendo fuerza por mí.

Ladeo la cabeza con una sonrisa burlona.

—Di por favor.

—Oblígame —dice, mirando ferozmente.

—Muy bien, como quieras —digo encogiéndome de hombros mientras me levanto.

Estoy a tres pasos cuando grita.

—¡Dmitry!

—¿Sí?

Me fulmina con la mirada y murmura.

—Por favor.

—Así me gusta más —gruño mientras me quito el esmoquin y me abalanzo sobre ella.

Ni siquiera necesito meterle los dedos: ya está mojadísima. Nuestros cuerpos se integran y la penetro con facilidad. Cada centímetro de mí que entra en ella le arranca un gemido más fuerte.

—Dmitry —gime—. Por favor.

Le doy un beso intenso para provocarla, pero mantengo las caderas completamente inmóviles, dándole una tortura exquisita.

—¿Por favor qué?

—Por favor, fóllame.

Es todo lo que necesito oír para empezar a embestirla.

Está tan apretada, tan húmeda. Su vagina se adapta a mi pene a la perfección. Nuestros cuerpos se mueven juntos mientras el suyo se estremece de placer. Tenerla atada y con las piernas abiertas delante de mí… Es divino.

Se viene una vez, después de habérselo metido solo 12 veces.

—¡Más, por favor, no pares! —grita una vez que termina.

Estoy disfrutando demasiado como para ir tan rápido como ella quiere. Quiero disfrutarlo todo lo que pueda. Hasta que, con un tremendo tirón, Shannon se libera de sus ataduras y se sube encima de mí.

—Me toca a mí —dice con una sonrisa de satisfacción, empujándome sobre la cama.

Estoy a punto de decirle que ha sido una chica mala por desobedecer así mis normas, pero entonces se sienta a horcajadas sobre mí y desciende sobre mi miembro, y me doy cuenta de que ya no puedo hablar bien.

No importa. Las palabras ya no significan mucho. Ya hemos dicho dos veces las únicas palabras que importan.

~

La historia de los hermanos Nikolaev continúa en el Libro 2, GAVRIIL NIKOLAEV.